RACHEL McLEAN

SERIE INSPECTORA LESLEY CLARKE

LOS CRÍMENES DEL ACANTILADO



Copyright © 2021, 2024 por Rachel McLean

Copyright © 2025, para esta edición Ediciones Pluma Negra

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Ackroyd Publishing.

LOS CRÍMENES DEL ACANTILADO

INSPECTORA LESLEY CLARKE
LIBRO 2

RACHEL MCLEAN

Traducido por
M. L. CHACON

EDICIONES
PLUMA NEGRA

LOS CRÍMENES DEL ACANTILADO

Rachel McLean escribe thrillers que aceleran tu pulso y hacen trabajar tu mente. Tras convertirse en un fenómeno de la autopublicación, ha vendido millones de copias en formato digital, con un éxito masivo en el Reino Unido y un alcance internacional en crecimiento. Es autora de la serie *Inspectora Lesley Clarke* y de las series derivadas *McBride & Tanner* y *Crímenes en Cumbria*. En 2021 ganó el prestigioso premio Amazon Kindle Storyteller con *Los crímenes del castillo*, y sus libros regularmente alcanzan el puesto número 1 en la lista de ebooks más vendidos de Bookstat al momento de su lanzamiento.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79

Libro GRATIS
Otras Obras de Rachel McLean
Agradecimientos

CAPÍTULO UNO

AMEENA KHAN APARCÓ en un estrecho callejón del tranquilo pueblo de Studland y se quedó observando la oscuridad.

Aún no había amanecido; las últimas farolas de la calle seguían encendidas. Bostezó, salió del coche y fue al maletero, de dónde sacó la bolsa de la cámara y un grueso chubasquero. Levantó los dedos para sentir el aire húmedo. El pronóstico de la noche anterior decía que haría sol más tarde: las condiciones perfectas para lo que estaba planeando. Cerró el maletero, se puso el abrigo y se echó la bolsa de la cámara al hombro.

Siguió las señales y caminó por el borde del acantilado hacia Old Harry Rocks. Al llegar al promontorio, Ameena se detuvo y miró hacia el mar.

Las olas, invisibles en la oscuridad, rompían con fuerza contra las rocas del fondo. Mar adentro, atisbaba de vez en cuando el blanco de la espuma. Una bruma flotaba en el aire y la humedad calaba los huesos; al este, sobre la isla de Wight, despuntaba el alba. La luz era apenas suficiente para mantenerla alejada del borde del acantilado, para mostrarle dónde era seguro pisar.

Siguió por el sendero costero. Ya sabía dónde acamparía. Había estado allí docenas de veces; era su lugar favorito para fotografiar. Había un trozo de tierra donde la hierba no era demasiado larga, y las vistas eran para morirse.

Alcanzó el lugar deseado, se estiró, bostezó y colocó la chaqueta en el suelo. La hierba estaría húmeda por el rocío, incluso sin niebla

en el aire.

Hacia el este, los acantilados de Needles, en la isla de Wight, se perfilaban con más nitidez a medida que se acercaba el amanecer. Allí la vista era más luminosa, no estaba borrosa por la bruma. Si tenía suerte, sería un telón de fondo perfecto para su fotografía de Old Harry Rocks. Ameena no era fotógrafa profesional, pero llevaba quince años dedicándose a ello por afición.

Hacía cinco años que se había mudado a Dorset y había descubierto que podía alimentar su pasión en casi todas partes. Su marido, Tom, estaba encantado de quedarse en la cama los domingos por la mañana y cuidar de los niños mientras ella se levantaba antes del amanecer y se adentraba en la oscuridad. Cuando llegaba a casa, él apenas se estaba despertando y los pequeños, Brandon y Daisy, seguían acurrucados a su lado sin darse cuenta siquiera de que se había ido.

Pero Ameena estaba en su lugar feliz. Ahí fuera, entre la oscuridad y la humedad, mirando a través del mar hacia un amanecer que corría hacia ella. Sacó la cámara de la bolsa y la colocó sobre el chubasquero; luego dobló las mangas sobre ella. La cámara era valiosa y debía mantenerla seca. Había atornillado el objetivo la noche anterior, sabiendo lo perjudicial que podía ser hacerlo con la bruma matinal. Confiaba en haber elegido bien.

Miró hacia Bournemouth. El cielo se enrojecía detrás de la costa, formando una delgada línea brillante. Sintió que su corazón se aceleraba. Era el momento de empezar a hacer fotos de prueba. Quitó la tapa del objetivo y se acercó la cámara al ojo. Dado que la luz cambiaba con tanta rapidez, tenía que ajustar la configuración cada pocos minutos; pero eso era parte del atractivo.

Ameena nunca había sido una fotógrafa de apuntar y disparar; le gustaba demasiado toquetear los controles como para hacer eso. Disfrutaba ajustando la configuración, comprobando la cantidad de luz y consultando los medidores. Sin todo aquello, ¿qué sentido tenía?

Hizo unas cuantas fotos y bajó la cámara para comprobar lo que había captado. Estaban bien, un poco borrosas. Estimó que, en unos quince minutos, las condiciones mejorarían.

Volvió a acercarse la cámara al ojo y comprobó los niveles de luz. Había una pantalla en el visor. Usaba una cámara digital con pantalla incorporada, así que no necesitaba el visor. Pero acercarse la cámara a la cara la acercaba a la imagen. Se sentía parte del paisaje. Además, estabilizaba mejor la cámara y conseguía una imagen más nítida.

Sintió un movimiento detrás de ella y esperó que no fuera el viento. Cuando había salido de casa, el aire estaba en calma mientras conducía en solitario por los oscuros caminos rurales. A veces le daba miedo, pero también la hacía sentirse viva.

Ahí estaba de nuevo; ese movimiento detrás de ella. Sería un pájaro, tal vez, o un animal pequeño. Algo que venía a observar a la extraña mujer sentada en el acantilado al amanecer.

Entonces lo sintió: una mano en su hombro.

Se puso tensa, con la cámara aún pegada al ojo.

—No te muevas —dijo una voz.

Se relajó al reconocerla.

—¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo.

Ameena sonrió, sin dejar de mirar por el visor. La luz estaba cambiando; se acercaba el amanecer. Necesitaba que la dejaran en paz para poder captar aquel momento.

—Dame diez minutos —pidió.

Oyó una queja detrás de ella. La mano abandonó su hombro, y bajó la cámara para comprobar la pantalla.

Necesitaba ajustar la configuración. Se concentró en la tarea, sin distracciones. Se ocuparía de su visitante después de conseguir la foto perfecta. Con un poco de suerte, podría publicarla en el periódico local. No obtendría dinero por ella, solo satisfacción. No necesitaba el dinero.

Levantó la cámara y la empujó contra su cara para estabilizar la toma. La mano volvió a posarse en su hombro. Sintió un peso que la empujaba.

—Por favor… —Frunció el ceño—. Solo necesito diez minutos.

—No —fue la respuesta. El agarre en su hombro se hizo más fuerte.

Soltó la cámara, desesperada por no perder el momento. Había esperado semanas por un día como ese.

—Esto es importante —dijo, tratando de ocultar la exasperación en su voz. Dejó caer la cámara cuando las manos pasaron de sus hombros a sus brazos, tirando de ellos hacia sus costados. La correa le tiraba del cuello.

Se giró, gruñendo.

—¡Ahora no, por favor!

Una mano soltó su brazo y la abofeteó en la cara. Ella gritó y se llevó los dedos a los labios. ¿Aquello era sangre?

Otra bofetada.

—No me ignores.

—¿Qué…? —Respiró de forma entrecortada. ¿Qué estaba pasando?

«Mantén la calma», pensó.

—Podemos hablar de esto el lunes. Por favor, aquí no. —Miró a su alrededor. El acantilado estaba desierto.

—No —fue la única respuesta que obtuvo.

Miró fijamente los ojos de su agresor. ¿Cómo demonios la había encontrado allí arriba? Eran las cinco de la mañana, por el amor de Dios. ¿Quién sabía que ella solía venir? La única persona con la que hablaba de ello era su marido.

Su agresor la levantó del suelo, haciendo que la cámara se balanceara colgada de su cuello. Ella extendió la mano, intentando agarrarla.

—¡Suéltame!

Pero su atacante no la escuchaba. Dio una patada cuando sintió que la arrastraban hacia el borde del acantilado. El corazón le retumbaba en los oídos. El pecho se le ahuecó y el estómago se le encogió .

Sentía el frío a su espalda. La caída, el aire, el estruendo de las olas contra las rocas. Todo estaba más allá del vacío.

—¡Suéltame! —suplicó, gritando.

Oyó un gruñido y sintió otra bofetada. Gritó y consiguió liberar un brazo. Se agitó y notó piel húmeda bajo las uñas. Volvió a gritar al sentir que se inclinaba hacia un lado. Extendió los brazos en

dirección contraria, intentando recuperar el equilibrio, consciente de lo poco que había detrás de ella: solo aire, espacio, gravedad y succión.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras miraba fijamente la cara de su atacante.

—¡Espera! —gritó, el viento arrancándole las palabras de la boca.

—Te fuiste de la lengua —fue la respuesta, gritada también al viento—. Deberías haberte quedado callada.

Un último empujón, y sintió que la lanzaban hacia atrás. La gravedad la succionó mientras caía por el vacío.

Finalmente, gritó. Alto, como debía ser. Un grito a todo pulmón, pero ya era demasiado tarde.

Ameena cayó al vacío más allá de la cima del acantilado. Segundos después, chocó con estrépito contra las rocas, y las olas se abatieron sobre ella. Miró sin vida al cielo, y no pudo ver a los pájaros que ya se acercaban.

CAPÍTULO DOS

LESLEY SE DESPERTÓ al oír que llamaban a su puerta. La luz se filtraba por una ranura entre las cortinas.

«¿Qué hora es?», se preguntó. Levantó la cabeza de la almohada, con el cerebro abrumado.

La puerta se abrió y Sharon asomó la cabeza.

Lesley sonrió.

—Buenos días, cielo. ¿Has dormido bien?

Sharon había dormido en el sofá cama de la planta baja. La casa solo tenía un dormitorio, o al menos una habitación con cama. La otra habitación del piso de arriba parecía servir de trastero para el propietario: estaba llena de chismes, muebles viejos, aparatos eléctricos que Lesley imaginaba que estallarían con solo enchufarlos, y mantas y fundas de almohada que prefería no tocar.

Sharon cerró la puerta tras de sí y se sentó en el extremo de la cama de Lesley.

—Sí, mamá. He dormido bien.

Lesley intentó recordar cómo era tener dieciséis años y poder dormir en cualquier sitio. Estaba segura de que, si le pidiera a Sharon que durmiera en el camino de la entrada, la chica dormiría igual de bien. Ella, en cambio, a sus cuarenta y seis años, necesitaba una cama cómoda. Preferiblemente. una con un edredón grueso y una almohada que le diera apoyo.

Por desgracia, la cama de su casa de alquiler en Wareham no se ajustaba a esa descripción. El colchón estaba lleno de bultos y la

estructura crujía cada vez que se movía. Le aterraba imaginar lo que pasaría si alguna vez traía a alguien a casa. Se incorporó y colocó las almohadas detrás de ella.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó a Sharon.

Había estado enseñando a su hija los lugares de interés de Dorset, ansiosa por ser una buena madre. Desde que había pillado a su marido, Terry, con su amante en un viaje de vuelta a Birmingham, se había empeñado en ser la mejor madre posible. Sobre todo ahora, que iba a tener que quedarse en Dorset los próximos cinco meses.

—No me apetece hacer mucho hoy, mamá —contestó Sharon—. Me has paseado por todo el condado como si estuviéramos en una especie de viaje organizado. ¿No podemos relajarnos en el jardín un poco?

Lesley miró hacia la ventana.

—¿Tú has visto como tengo el jardín?

El jardín era diminuto, del tamaño de la nariz de un chihuahua y estaba lleno de maleza. El casero le había dejado claro que cualquier mejora corría por su cuenta. Pero hoy, un caluroso domingo de julio, no tenía ninguna gana de hacer nada por el estilo.

—¿Por qué no te llevo al pub de Kingston? —ofreció—. Podemos comer en su jardín y contemplar las vistas.

Sharon puso los ojos en blanco.

—¿Más vistas?

Lesley se rio.

—Bueno, es que eso se le da muy bien a los de aquí. No tienen mucho más, que digamos.

—No hace falta, mamá. Podemos quedarnos aquí. Ver la tele, leer…cosas así. No tienes que esforzarte tanto.

Lesley miró a su hija a los ojos. ¿Desde cuándo se había hecho tan mayor?

Apartó el pelo de la cara de Sharon.

—Gracias, cielo. Pero no quiero quedarme aquí todo el día. ¿Y tú?

Sharon asintió.

—Yo prefiero relajarme, mamá.

Lesley sabía que su hija necesitaba descansar. Su vida era estresante: acababa de terminar sus estudios de secundaria, sus padres estaban en plena separación y además, tenía que lidiar con una nueva mujer en casa. Julieta Villada, una profesora visitante de la universidad de Terry que se había mudado con él en cuanto este decidió que ya no tenía que fingir estar felizmente casado.

Sharon bostezó.

—¿Qué te parece esto? Iré a la panadería de la calle Norte. Traeré croissants y otras cosas, y luego nos sentaremos toda la mañana a charlar, ver la tele y leer el periódico.

Sharon hizo una mueca.

—¿Leer el periódico? ¿Quién hace eso hoy en día?

Lesley le dio un golpecito cariñoso en el brazo.

—¡Oye! Yo lo hago. Así que cállate.

—OK. —Sharon se encogió de hombros y salió de la habitación.

Lesley puso los pies sobre la fina moqueta y se puso la bata. Una mañana tranquila le vendría bien. No se molestaría en ducharse. Se cambiaría de ropa, iría a la tienda y luego volvería.

El teléfono vibró en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Lo sacó. «Trabajo no, por favor». La última vez que había pasado un fin de semana con Sharon, lo habían interrumpido por un asesinato a las afueras de Castillo de Corfe.

Pero no: era Elsa.

Lesley se acercó el teléfono a la oreja; su cuerpo se llenó de calor.

—Hola.

—Hola —respondió Elsa.

Lesley sonrió.

—¿Qué estás haciendo?

—Acabo de despertarme —respondió Elsa—. Te echo de menos.

—Lo siento —dijo Lesley mientras cerraba la puerta del dormitorio—. Es que, con Sharon aquí…

—No pasa nada. Solo llevamos juntas un mes y tienes que pensar en Terry.

—Sí.

De ninguna manera quería que Terry supiera lo de Elsa y ella. Su divorcio ya era bastante complicado, sin meter a otra mujer en el asunto.

—¿Nos vamos a ver hoy? —le preguntó Elsa—. ¿Cuándo vuelve Sharon a casa?

—Tiene el billete para el tren de las cuatro menos veinte que sale de Bournemouth —respondió Lesley—. ¿Puedo ir a verte después?

—Perfecto. Prepararé la cena.

Lesley se mordió el labio inferior, sintiéndose de nuevo como una adolescente.

—Lo estoy deseando.

Llamaron a la puerta.

—¿Mamá?

—Dieciséis años y todavía me pide que vaya a comprarle comida —murmuró Lesley al teléfono.

Elsa se rio.

—Sí, pero en realidad te encanta.

—Es verdad —respondió Lesley.

Hubo un tiempo en que le preocupaba que Sharon se pusiera de parte de Terry, que decidiera no querer tener nada que ver con su madre. Ese momento había pasado.

—Luego nos vemos, entonces.

—Hasta luego —dijo Elsa, y colgó.

Lesley se metió el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y bajó las escaleras.

«Muy bien. —Pensó para sí—. Pan, periódicos, día de relax».

Su teléfono volvió a sonar. Suspiró y se lo llevó a la oreja.

—¿Qué se te ha olvidado?

—Esto... Perdón.

—Dennis. —La expectación que Lesley había estado sintiendo se desvaneció. Si el sargento Frampton llamaba un domingo, solo podía ser por una razón—. ¿Qué ha pasado?

CAPÍTULO TRES

TEMÍA que el camino hasta el lugar del crimen no fuera a terminar nunca. Era media mañana, el sol brillaba con fuerza en lo alto y el cielo era tan azul que casi parecía blanco. Al menos, Lesley había tenido la precaución de llevar botas cómodas esta vez y no zapatos de tacón. Había ido a Dorchester después de resolver el caso de Archie Weatherton y se había comprado unas botas de cuero de tacón bajo que llevaba debajo de los vaqueros. Hoy no vestía traje: ni siquiera Lesley lo llevaba los domingos.

Dobló una curva y tomó un atajo a través de un campo de hierba larga y seca. A lo lejos, se veían la isla de Wight y las Needles. Oculto más allá del borde del acantilado, Old Harry Rocks. Oyó el trinar de los pájaros y el lejano mugido de las vacas a su espalda.

Ya se había levantado un cordón, y un equipo de personas la esperaba.

Dennis se volvió hacia ella.

—Buenas, jefa.

Lesley se humedeció la garganta, preparándose para lo peor.

—Dennis, ¿qué habéis encontrado?

—No se distingue gran cosa desde aquí arriba —respondió—. La hallaron ahí. —Señaló hacia el borde del acantilado, con una mirada cautelosa en los ojos. Hombre sensato: no quería acercarse demasiado.

—¿Se tiró desde aquí arriba? —preguntó Lesley.

Gail Hansford, la encargada de la escena del crimen, se adelantó.

—Me alegro de verte, Lesley.

—Lo mismo digo —respondió ella—. Dime qué has encontrado.

Gail levantó una mano para protegerse los ojos.

—Aquí arriba no hay mucho. Una chaqueta, un par de objetivos de cámara en una bolsa, algo de comida. No hay signos evidentes de lucha. No creo que la subieran aquí contra su voluntad.

—¿A qué hora la encontraron? —preguntó Lesley.

—Hace unas tres horas —respondió Gail.

Lesley consultó su reloj: se acercaban las once de la mañana.

—Unos veraneantes en alta mar vieron algo en las rocas —explicó Gail.

Lesley hizo una mueca.

—¿Sigue ahí abajo?

Gail asintió.

—Hemos enviado a los guardacostas a recoger el cuerpo. Uno de mi equipo los acompañará para preservar las pruebas lo mejor posible.

Lesley asintió.

—¿Y el patólogo?

Gail la miró exasperada.

—Es domingo, ¿no? En pleno verano. Hoy no vendrá.

Lesley suspiró.

—¿Está en otra fiesta de cumpleaños?

La última vez que habían encontrado un cadáver cerca del castillo de Corfe había sido un domingo por la tarde, y el doctor Whittaker estaba en la fiesta de cumpleaños de su nieta. El hombre era reacio a acudir a escenas del crimen, y mucho más en fin de semana.

—No le hemos dado suficiente antelación —intervino Dennis—, ya que no podíamos localizarlo.

—¿No tiene un equipo? — preguntó Lesley—. ¿Alguien que pueda salir en su lugar?

Gail se encogió de hombros.

—Durante los fines de semana, no.

—No vamos a dejarla a merced de las olas mientras esperamos —espetó Lesley.

Gail parecía aliviada.

—La llevaremos a la morgue. Brett tendrá que hacer lo que pueda y preservar el cuerpo lo mejor posible.

—Haz lo que tengas que hacer —concluyó Lesley—. No podemos ir de puntillas alrededor de un patólogo que se niega a hacer su puñetero trabajo.

Dennis frunció el ceño. Lesley lo ignoró.

—Entonces… —Lesley dio un paso hacia el borde, pero solo uno —. ¿Alguien ha echado un vistazo?

Gail negó con la cabeza.

—Puse dos cordones: uno aquí, para impedir que miembros del público se acerquen a la escena; y otro entre el chubasquero y el borde del acantilado. No quiero que nadie se acerque a borde sin querer mientras investigan.

Lesley miró al otro lado. El acantilado se inclinaba hacia abajo, lo que dificultaba ver dónde terminaba la tierra y empezaba el cielo.

—No dejaré que nadie de mi equipo se acerque a ese borde —reiteró Gail—. De ninguna manera.

—¿Estás preocupada por los desprendimientos de rocas? —preguntó Lesley.

—Aquí no —respondió Gail—. Este tramo de acantilado es del Triásico. Hecho de tiza, no de la arcilla de Swanage.

Dennis señaló detrás de él.

—Los desprendimientos de rocas hacia Lyme Regis pueden ser peligrosos, ya que el material es desmenuzable, volátil.

Lesley miró hacia el borde por donde había pasado la víctima.

—Esto me parece bastante peligroso. ¿Tenemos una hipótesis? ¿Suicidio, muerte accidental, algo peor?

Los ojos de Gail estaban fijos en el chubasquero, extendido en el suelo.

—Es improbable que una mujer que planeaba arrojarse por el acantilado dejara un chubasquero tan ordenado, con su bolso y el equipo fotográfico, pero no dejara la cámara en sí.

Lesley enarcó una ceja.

—¿Se llevó la cámara con ella?

—No está aquí arriba. Tiene que haber una cámara que vaya con todo ese equipo. Supongo que todavía está alrededor de su cuello.

Lesley se estremeció. Resistió la tentación de acercarse al borde y asomarse. Si se acercaba lo suficiente para ver el cadáver, se uniría a él.

—OK. —Tomó aire—. Vamos a echar un vistazo a la bolsa, entonces.

Gail levantó el cordón y la condujo hasta una bolsa para cámaras, que estaba en el centro de una chaqueta impermeable extendida. Lesley se puso los guantes protectores y abrió la cremallera.

—Dos objetivos, una bolsa de patatas fritas, una botella de agua y una manzana —enumeró Gail—. Y algunas cosas relacionadas con las cámaras. Brett sabría más que yo, pero está en la lancha con los guardacostas.

—¿Estás buscando indicios de que alguien la empujara? —preguntó Lesley.

—Aún no podemos sacar conclusiones. Al menos, hasta que tengamos la autopsia.

—Pero ¿qué parece por lo que tenemos de las pruebas forenses?

—Hay un único camino a través de la hierba aquí, mira. —Señaló a Lesley en la dirección por la que habían llegado. Había una línea tallada en la hierba, por donde habían caminado, y posiblemente otros antes que ellos.

—Así que, o estaba sola, o alguien siguió sus huellas —dijo Lesley—. ¿Qué hay de la gente que disfruta pasándose el día caminando?

—La mayoría no se acerca tanto al borde —respondió Gail—. Pero si alguien la perseguía, tal vez siguieron su camino. Quizá sabían cómo acercarse sigilosamente a ella.

—Hay que ser bastante preciso. —Lesley se levantó, sintiendo el sol en la cara—. ¿A dónde la llevarán?

—Al hospital de Poole —respondió Dennis.

Lesley se volvió hacia él y lo vio mirando más allá de ella, hacia el mar. El agua estaba en calma y las rocas de Needles se divisaban a lo lejos.

—Sigamos al cadáver, entonces —dijo Lesley—. A ver qué podemos averiguar.

—No tiene sentido —explicó Gail—. Si Whittaker va a hacer la autopsia, no dejará que nadie se acerque al cuerpo hasta que haya terminado.

Lesley apretó los dientes.

—¿Y cuándo es probable que la haga?

—No me preguntes. Espero que mañana.

—Esperas que mañana —repitió Lesley—. Así que tenemos un cadáver, no sabemos si es suicidio, asesinato, muerte accidental o qué, y nuestro patólogo no está preparado para hacer una guardia.

—Muerte accidental, lo más probable, ¿no crees, jefa? —dijo Dennis—. A ver, tenía la cámara alrededor del cuello. Podría haber estado caminando hacia el borde tratando de conseguir la toma perfecta, o tal vez incluso yendo hacia atrás para consiguir una toma hacia el interior.

Lesley se volvió para mirar detrás de ellos. Lo único que se veía era una amplia colina salpicada de margaritas.

—Aquí no hay nada que fotografiar.

—Si estaba en el borde —dijo Gail—, lo más probable es que intentara fotografiar las rocas de Old Harry Rocks.

—Tal vez se acercó demasiado —supuso Dennis— y perdió el equilibrio. —Estaba mirando hacia Swanage. Su ojo izquierdo se crispó.

Lesley se volvió hacia el mar. Una vez más se sintió atraída hacia el borde.

—No lo sabremos hasta que veamos los resultados de la autopsia. —Miró a Gail—. ¿Puedes pedirle a tu colega que le eche un vistazo al cuerpo de camino al hospital? A ver si puede comprobar si existen heridas defensivas o cualquier otra cosa clara.

—De acuerdo —afirmó Gail.

Lesley miró a Dennis.

—Ya no podemos hacer mucho más —sugirió el sargento.

Lesley reflexionó.

—Podemos seguir el cuerpo hasta el hospital. —Consultó su reloj —. Si nos vamos ahora, llegamos antes.

—Pero el patólogo...

—El patólogo puede irse a paseo. Vamos, Dennis. En marcha. —Hizo un gesto con la cabeza a Gail y la CSI volvió a su trabajo.

Los dos agentes se apresuraron por el camino de vuelta a Studland, Lesley agradecida de estar lejos de aquel borde del acantilado.

Por una vez, ¿podría encontrar un cuerpo en un maldito polígono industrial o en la parte trasera de un pub? ¿Algún lugar accesible que no requiriera botas de montaña? ¿O quizás un día entre semana, para poder terminar su tranquilo domingo con Sharon?

Mientras abría la puerta del coche, Dennis la saludó con un gesto de mano, a medio camino entre saludo formal y despedida. No parecía contento de no volver a casa. Lesley asintió con la cabeza. Los dos tendrían que acostumbrarse a ciertos cambios.

CAPÍTULO CUATRO

LESLEY OBSERVÓ cómo Dennis se alejaba lentamente en su coche. Era el tipo de hombre que iba por la vida deambulando con sus chaquetas de *tweed* y sus zapatos cómodos, pantalones cortados de una forma que a ella le recordaba a las películas de los años cincuenta. Cuando lo perdió de vista, se subió a su coche.

Comprobó la aplicación de Google maps y se dirigió al ferry de Sandbanks. A pesar de lo que había dicho Gail, quería estar en el hospital cuando llegara el cuerpo.

Cuando llegó al final de la cola, pasó por delante de un cartel que advertía de una espera de cuarenta minutos.

Apagó el motor y golpeó el volante. Sonó su teléfono y vio que era Dennis.

—Malas noticias, jefa.

—¿Ya has llegado? —le preguntó.

—Estás de broma, ¿no? Estoy al principio de la cola del ferry.

—¿Cómo has llegado al frente tan rápido?

—Tenemos prioridad. No me digas que te has puesto en la cola.

Miró por el retrovisor. Ya había media docena de coches alineados detrás de ella.

—Anda, dame las malas noticias —le contestó sin más.

—He hablado con la morgue. Han aceptado recibir el cuerpo, pero no van a hacer nada más hoy. Y no nos van a dejar entrar. No tiene ningún sentido ir para allá. Tendremos que esperar al *post mortem*.

Esperar. A la gente de Dorset le gustaba demasiado esperar.

Volvió a mirar por el retrovisor: había más de una docena de coches detrás de ella. Al menos no tendría que saltarse la cola.

—Nos vemos mañana —le dijo—. Bien temprano.

Giró el coche en la carretera y atravesó Studland. Por un momento pensó en volver al lugar del crimen. Tenía ganas de trabajar, de hacer algún avance. Pero como no se había hecho la autopsia y el cadáver no tenía identidad, no podía hacer nada más. Además, su hija la esperaba en casa.

Sharon había estado tomando el sol en el minúsculo jardín trasero de su madre cuando esta se marchó. A Lesley le había preocupado dejarla sola en una casa desconocida, pero Sharon había insistido en que se marchara.

—Tengo dieciséis años, mamá. Por el amor de Dios, vete.

Sharon no iba a verse envuelta en otra escena del crimen, no después de la última vez.

Lesley dirigió el coche hacia Wareham y tomó la B3351 por Castillo de Corfe. Tardó cuarenta y cinco minutos en hacer un trayecto de veinte. El tráfico era denso; los veraneantes intentaban llegar a sus caravanas y casas de alquiler por tierra firme en lugar de por el ferry. Los maldijo. Hacía solo unas semanas se había sorprendido de lo fácil que era moverse por este condado. Mucho más sencillo que las atascadas calles de Birmingham. Pero se estaba dando cuenta de que, en determinadas épocas del año, el tráfico de Dorset podía ser más denso que el de la infame Spaghetti Junction de Birmingham a las cinco de la tarde de un viernes.

Abrió la puerta de su casa y llamó a Sharon.

—Ya estoy de vuelta, cielo. Lo siento.

—No pasa nada. —Llegó la voz de Sharon desde el jardín—. ¿Qué hora es?

Lesley consultó su reloj y pensó en el tráfico que había cogido de vuelta de Studland.

—Mierda. Es hora de que salgamos hacia la estación si no quieres perder el tren.

Sharon apareció en la puerta trasera, bostezando. Tenía un lado de la cara quemado por el sol. Lesley la señaló.

—¿Te has quedado dormida en el jardín?

Sharon se encogió de hombros.

—Supongo que sí. ¿Por qué lo dices?

—Te has quemado con el sol, cielo.

Sharon se apretó la mejilla con un dedo y gimió del dolor.

—Ay, mierda. Voy a parecer Dos Caras total.

—¿Quién es Dos Caras?

—Es de Batman, mamá. Ya lo sabes.

Lesley la miró. Por supuesto que no lo sabía, pero decidió seguirle el rollo a su hija.

—¿Has hecho la maleta?

Sharon le lanzó una mirada de pánico.

—Venga, ponte a ello —ordenó Lesley—. ¡Y rápido!

Sharon pasó corriendo junto a ella, entró a toda velocidad en el salón donde había estado durmiendo. Metió la ropa y el neceser en la mochila y se la echó sobre los hombros, con la respiración agitada.

—Lista. Vámonos.

—Buena chica —dijo Lesley, esperando que no se hubiera dejado nada—. ¿Tienes el móvil? ¿Y el monedero?

—Ya nadie lleva monedero, mamá. Tengo el teléfono, que es lo importante.

—¿Tienes el billete de tren en el teléfono?

—Sí —respondió Sharon con esa voz que hacía que Lesley se sintiera octogenaria.

—Vale. Pues vamos a ver si llegamos al tren a tiempo.

Lesley salió corriendo de casa y se metió en el coche. Sharon la siguió, cerrando la puerta tras de sí.

Cuarenta minutos después, Lesley estaba de vuelta en el coche, recuperando el aliento. Sharon acababa de montarse en el tren. Tuvo que gritarle al revisor para que la dejara subir cuando sonó el silbato. A veces, tener dieciséis años tenía sus ventajas.

Lesley se alejó de la estación de Bournemouth. No tenía previsto volver a Wareham. Bajó el parasol y se miró en el espejo mientras esperaba para salir del aparcamiento de la estación. Se frotó las ojeras, donde el rímel se le había corrido. Tenía cuarenta y seis años, y no estaba nada mal. Pero Elsa era diez años más joven, y Lesley sentía cada día de esos diez años.

Condujo hasta el piso de Elsa, que estaba tres calles más atrás del paseo marítimo de Boscombe. Era un piso amplio, con grandes ventanales a ambos lados y muebles modernos. No podía ser más distinta de la desvencijada casita de Lesley en Wareham, con sus muebles antiguos y pasillos enanos. Elsa estaba cocinando cuando llegó Lesley.

—Pato a la naranja —anunció Elsa, y le dio un beso de bienvenida a Lesley.

Lesley resopló.

—¿Han llamado de los años setenta para que les devuelvan la comida?

Elsa le dio un ligero puñetazo en el brazo.

—No tienes que comer si no quieres.

Lesley sonrió.

—Huele muy bien.

—Me alegro. —Elsa se giró para preparar una ensalada. Sí que olía bien, pensó Lesley. ¿Qué tenía de malo lo retro? Dorset tenía mucho de eso.

Se sentó a la mesa de la cocina y se sirvió un vaso de vino blanco, relajándose en la silla.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Elsa—. ¿Lo has pasado bien con Sharon?

—Apenas pude verla. Me llamaron a la escena de un crimen.

Elsa dejó el cuchillo sobre la encimera y se volvió hacia Lesley.

—¿Una escena del crimen un domingo por la tarde? Eso no es muy típico de Dorset.

—Pues parece que ahora sí es así —respondió Lesley—. Parece que a la gente de aquí abajo le gusta dar la lata cuando los asesinan.

—¿Un asesinato? —preguntó Elsa, sorprendida.

Lesley se encogió de hombros.

—Podría haber sido un suicidio, o un accidente; pero algo me dice que es una muerte sospechosa.

Elsa tomó asiento frente a ella y cogió una copa de vino. La llenó y bebió un sorbo.

—¿Ah, sí?

Lesley le devolvió la mirada. Elsa tenía el pelo oscuro y los ojos azules, una combinación inusual pero llamativa. Sus ojos brillaban cuando miraba a Lesley, algo que hacía que Lesley se sonrojara.

—Era fotógrafa —explicó Lesley—. Dejó sus cosas en lo alto del acantilado. Todo ordenado sobre un chubasquero que había puesto en el suelo, quizá para protegerlo del barro.

—O de la humedad —sugirió Elsa.

Lesley negó con la cabeza.

—¿Has visto el tiempo que hace hoy?

Elsa se rio.

—Vivo en un piso alto. ¿No te has dado cuenta de que este sitio es una sauna?

Lesley asintió. Sauna o no, era mejor que su casa.

—Pero ¿quién deja su equipo así y luego se tira por un acantilado con la cámara aún colgada al cuello?

—¿Se llevó la cámara?

Lesley asintió.

—Eso parece. Los guardacostas y los CSI han llevado el cuerpo al hospital de Poole. Aún no la he visto.

Elsa entrecerró los ojos.

—Pobre mujer.

Lesley dio un sorbo a su vino.

—Pues sí.

Sonó su teléfono; era Gail.

—¿Alguna noticia de la escena del crimen?

—Hemos identificado el cadáver —dijo Gail.

Lesley silbó.

—Qué rápidos.

— Resulta que tenía el carné de conducir en el bolsillo. Brett lo encontró después de sacarla del agua.

Lesley frunció el ceño. ¿Quién llevaba el carné de conducir en el bolsillo?

—Adelante entonces —dijo.

—Su nombre era Ameena Khan —respondió Gail—. Treinta y cuatro años, una dirección en Christchurch.

—Léemelo en voz alta. —Lesley hizo un gesto a Elsa, que le pasó un sobre y un bolígrafo. Lesley dio la vuelta al sobre y garabateó la dirección en el reverso.

—Gracias —le dijo a Gail mientras observaba la dirección. No significaba nada para ella—. ¿Algo más?

—Me temo que no —respondió Gail—. Al menos ahora sabemos quién era.

Lesley tragó saliva. Alguien tendría que avisar a los familiares de Ameena. Colgó y miró a Elsa.

—Lo siento, Elsa.

—¿Tienes que irte?

—Tenemos un nombre y una dirección. Alguien tiene que ir a decírselo a los familiares. Podría ser yo. —Empujó el sobre a través de la mesa para que Elsa lo viera—. ¿Sabes dónde está esto?

Elsa asintió.

—Está a unos cinco kilómetros de aquí. Te llevo si quieres.

—Mejor no.

Elsa era abogada penalista. Aún no se había enfrentado a Lesley durante una interrogación, pero ya llegaría el momento.

—Lo pondré en Google maps —explicó Lesley—. Pero primero voy a llamar a Dennis para que asigne un agente de relaciones familiares.

Elsa asintió.

—Buena suerte. Cuando acabes, ¿vuelves?

Lesley se encogió de hombros.

—Depende de lo que tarde. —Se inclinó y cogió la mano de Elsa —. No me esperes para cenar.

Elsa giró su mano en la de Lesley para que sus dedos se entrelazaran.

—No te preocupes por eso. Sea la hora que sea, vuelve. No querrás estar sola después de esto.

Lesley asintió. Escribió el nombre encima de la dirección en el reverso del sobre.

Elsa puso un dedo encima.

—¿Esta es la víctima?

Lesley levantó la vista.

—Sí, Ameena Khan.

Elsa miró a Lesley a los ojos, con el rostro pálido.

—¿Cuántos años tenía?

—Treinta y cuatro —respondió Lesley—. Tenemos su carné de conducir.

Elsa apartó la mano.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lesley—. ¿La conoces?

—Sí… —La voz de Elsa era débil—. Trabaja conmigo, en mi bufete.

CAPÍTULO CINCO

AMEENA KHAN VIVÍA en una amplia casa unifamiliar en Christchurch. Lesley aparcó el coche y se dirigió a la puerta, preparándose mentalmente. Le habría gustado llevar su ropa de trabajo: falda en tonos pastel y zapatos elegantes. Sin embargo, vestía vaqueros y una camisa informal. En cualquier caso, aquello no podía esperar. Había llamado a Dennis de camino, pero él estaba ocupado con su familia.

Llamó al timbre y oyó una campanada en lo más profundo de la casa. Una voz gritó: «¡Papá!», y a Lesley se le encogió el corazón. La víctima tenía hijos.

La puerta se abrió, y un hombre de mediana estatura, rostro redondo y expresión amable se encontró con ella en la entrada.

—¿El señor Khan? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—Soy Tom Holroyd —respondió—. ¿Está buscando a mi esposa?

—¿Puedo pasar, por favor? —Lesley mostró su identificación.

Los ojos del señor Holroyd se abrieron con sorpresa.

—¿Qué ha pasado? Ameena no está en casa. Llevo horas llamándola... —Se le apagó la voz.

—Creo que es mejor que entre.

La hizo pasar, con la respiración entrecortada. Había dos niños en la cocina, correteando alrededor de una gran isla. Uno de ellos, un niño de no más de cinco años, le gritaba a su hermana, que parecía tener siete u ocho. Lesley les dedicó la sonrisa más amable que

pudo, dadas las circunstancias. Ambos corrieron hacia su padre y se acurrucaron entre sus piernas.

Lesley miró al señor Holroyd y a sus hijos.

—Creo que sería mejor que mantuviéramos esta conversación en privado —explicó.

Tom asintió, visiblemente desconcertado.

—Por supuesto. —Se inclinó hacia sus hijos—. Niños, id a la sala de la tele; podéis ver unos dibujitos.

Los vio cruzar unas puertas dobles y entrar en una sala con un enorme televisor.

El padre se volvió hacia ella. Le lanzó una mirada apesadumbrada antes de bajar la vista hacia la mesa que había entre ellos.

—Perdón por el desastre. Voy a recoger los platos. —Cogió los platos y los apiló.

—Señor Holroyd —interrumpió Lesley. Ya había visto ese tipo de comportamiento antes: querer hacer cualquier cosa para retrasar lo inevitable—. Eso puede esperar.

Él dejó los platos en la mesa.

—No son buenas noticias, ¿verdad? —Tenía los ojos enrojecidos.

Lesley tomó una silla y le indicó que hiciera lo mismo. Se sentó frente a ella y lo miró a la cara.

—Se trata de su esposa —comenzó—, de Ameena Khan.

Tom asintió con la cabeza.

—¿Ha tenido un accidente? ¿Tiene algo que ver con un cliente?

Lesley tragó saliva. Aquelloo nunca resultaba fácil.

—Me temo que encontramos a su esposa al pie de los acantilados en Old Harry Rocks, esta mañana. Cerca de Studland.

Su cabeza cayó sobre la mesa. Soltó un gemido desgarrador.

—Lo siento mucho, señor Holroyd. Un agente de relaciones familiares está en camino. Él le ayudará: contestará cualquier pregunta que tenga, y le ayudará a cuidar de sus hijos si lo necesita.

Holroyd levantó la vista. Soltó un suspiro.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? Salió por...

—¿Por qué salió, señor Holroyd? —preguntó Lesley.

—No la he visto. A veces sale temprano por la mañana, cuando hace buen tiempo.

Tropezaba con sus palabras, apenas conseguía pronunciarlas.

Lesley asintió.

—¿Fue a Ballard Down?

—Es uno de sus lugares favoritos. Le gusta hacer fotos de paisajes locales. Lugares emblemáticos, sitios, el tiempo, cosas así. Yo no lo entiendo. Por eso sale por la mañana temprano. Normalmente vuelve antes del desayuno. Al ver que no venía, supuse que había tenido que ir a la oficina.

—¿Va a menudo a la oficina en domingo?

—Ella es abogada. Tú eres policía. Ya sabes cómo son esas profesiones.

—Hoy no fue a la oficina —dijo Lesley.

La miró, parpadeando. Agachó de nuevo la cabeza y se agarró el pelo. Desde la habitación contigua, Lesley oyó gritar a uno de los niños. El señor Holroyd cerró los ojos momentáneamente y miró hacia la puerta. Murmuró algo ininteligible.

—¿Tiene a alguien que pueda venir a ayudarle con los niños?

—Cuéntame qué pasó —respondió en su lugar.

—Me temo que no sabemos mucho por el momento —admitió Lesley—. Solo que fue avistada por unas personas que viajaban en una lancha.

—¿Dónde?

—En los acantilados de Ballard Down, justo al sur de las rocas de Old Harry Rocks.

Tom asintió con la cabeza.

—Conozco esa zona. Me llevó allí muchas veces. El fin de semana pasado... ¿Cuándo pasó?

—Esta mañana. No pudimos trasladarla hasta esta tarde. Por eso no la identificamos ni nos pusimos en contacto con usted antes.

Le devolvió la mirada.

—¿Cómo la identificaron?

—Llevaba el carné de conducir. Ahí vimos su nombre y dirección.

Tom asintió de nuevo. Su cuerpo se desplomó; sus manos sostenían su cabeza.

—¿Ella pasó...? ¿Ella...?

Quería saber si había sufrido, pensó Lesley. Quería saber cuánto había tardado en morir. Pero la verdad era que, hasta que no hicieran la autopsia, Lesley no podía responder a esas preguntas.

—Lo siento mucho, pero ahora mismo no sé más. Se hará una autopsia en los próximos días, y puede que le necesitemos para identificar el cuerpo.

Parpadeó, con la mandíbula apretada.

—Por supuesto.

—¿Tiene a alguien que pueda venir? —volvió a preguntar—. ¿Alguien que pueda ayudar con los niños? ¿Con quién pueda hablar?

Sacudió la cabeza.

—No.

—¿Dónde trabaja?

—Soy director en una escuela, aquí a la vuelta de la...

Sabía lo que era estar en una posición de autoridad y ser golpeado por un tsunami como ese. La preocupación por defraudar a la gente, combinada con el estrés de no darse tiempo para procesarlo.

—Como ya le dije —intervino Lesley—, le hemos asignado un agente de relaciones familiares. Es el agente Hughes. Ya está de camino.

—No necesito ningún agente de relaciones familiares.

—Son de gran ayuda —replicó Lesley—. Alguien que abra la puerta, que haga las cosas prácticas. Que le ayude a seguir adelante.

—Seguir adelante… —susurró—. ¿Cómo se supone que voy a seguir adelante?

Lesley observó su rostro. Su reacción era genuina. No parecía que hubiera matado a su mujer hacía unas horas. Pero, a veces…

—Siento tener que preguntarle esto, pero ¿dónde estaba hoy por la mañana?

Tom renegó con la cabeza.

—Aquí, con los niños. Esperando a que Ameena volviera a casa. La llamé no sé cuántas veces, ¿doce, quizá? Le envié mensajes de texto. Revisa su teléfono, allí los encontrarás.

Lesley no recordaba que Gail hubiera mencionado un teléfono.

—Echaremos un vistazo. Pero ¿hay alguien que pueda confirmar que estuvo aquí todo el día?

Miró hacia el salón.

—Los niños.

Ella le sonrió. Eso no contaba.

—¿Algún vecino? ¿Pasó alguien por aquí? ¿Alguna entrega?

Tom movió la cabeza de nuevo.

—Es domingo. No es ese tipo de barrio. La gente es muy reservada. Lo siento, pero estuve aquí todo el día. Tendrás que creerme.

Tom se levantó de la silla y se apartó. Se agarró al borde del fregadero y se deslizó hacia el suelo, con el cuerpo tembloroso.

CAPÍTULO SEIS

LESLEY PASÓ por delante de las mesas de su equipo y entró en su despacho. Estaban todos: Dennis, los cabos Johnny Chiles y Mike Legg y, por último, la agente Tina Abbott. Lesley había incorporado a Tina al equipo después de que les ayudara en la investigación del asesinato del castillo de Corfe. A Dennis no le había hecho ninguna gracia, influido sin duda por un esnobismo instintivo hacia los patrulleros. Pero Tina estaba demostrando poco a poco su valía, minando las defensas del sargento.

Les hizo señas para que se unieran a ella.

La pizarra estaba lista: blanca, inmaculada y a la espera de un nuevo caso. La sacó de detrás de su escritorio, donde la guardaba cuando no la utilizaba. No le gustaba la idea de que la gente pasara por delante de la oficina de la planta baja y viera lo que había escrito en ella. El edificio era moderno y feo, con grandes ventanales de un cristal delgado. Con este calor, se alegraba de la corriente de aire, pero en invierno sabía que no pensaría lo mismo.

Sin embargo, ella no estaría allí llegado el invierno. Estaría de vuelta en Birmingham, donde pertenecía.

Dennis tomó asiento y cruzó las piernas, esperando a que empezara. Johnny y Mike se colocaron detrás de él. Tina se quedó junto a la puerta, como si todavía no se sintiera parte del equipo.

Lesley señaló la otra silla.

—Siéntate, Tina.

Tina miró a los dos cabos e hizo lo que Lesley le pedía. Mike le dedicó una sonrisa, mientras Johnny miraba a Lesley.

Lesley cogió un rotulador y señaló la pizarra. Escribió el nombre de Ameena Khan arriba, en el centro. Debajo, el nombre del marido de la mujer, Tom Holroyd. A un lado, añadió el nombre del bufete de Ameena: Nevin, Cross y Short. Sintió un escalofrío al escribir el nombre Short.

—Vale —dijo, volviéndose hacia su equipo—, tenemos a una mujer fallecida de treinta y cuatro años. Es posible que fuera suicidio o accidente, pero algo me dice que no es así. Trabajaba en un bufete de abogados en Bournemouth, sin signos de problemas. El marido parecía inocente, por lo que a mí respecta.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Dennis.

—Conmocionado. Horrorizado. Tendría que ser un maldito buen actor para fingir así.

Dennis se aclaró la garganta. Lesley le lanzó una mirada mordaz.

—Tendría que ser muy buen actor —dijo en su lugar.

Dennis asintió con la cabeza. No le gustaba que dijera palabrotas. El primer día la había amenazado con una hucha para ellas, que ahora estaba a buen recaudo en un cajón de su escritorio. Pero solo porque ella había dicho que intentaría moderar su lenguaje. Los dos cabos hablaban de forma diferente en la oficina que cuando salían con ella. Mike, en particular, había desarrollado un vocabulario totalmente nuevo. Lesley no sabía si eso era natural o si era su retorcida forma de intentar impresionarla. En cualquier caso, su juicio se basaría en su trabajo. Si era un buen cabo, lo apoyaría. Si no, le daría una buena reprimenda hasta que se convirtiera en uno.

—Entonces —continuó—: pruebas forenses, *post mortem*, testigos. —Escribió esas palabras en la pizarra.

—No hay señales de testigos, jefa. Por lo que sabemos, ocurrió antes de que nadie más estuviera allí arriba —intervino Tina.

—Eso encaja con lo que dijo su marido —confirmó Lesley—. Dijo que salió de casa antes del amanecer.

Tina asintió.

—En un día soleado habría estado muy concurrido más tarde. A los «*grockles*» les gusta ir a pasear allí desde Swanage, o desde Studland.

—¿*Grockles*?

Tina se sonrojó.

—Turistas, jefa.

Lesley miró la pizarra.

—Pero nadie la vio hasta que estuvo allí abajo.

—No se la podía ver desde el acantilado —dijo Johnny—. A menos que te acerques al borde, y la gente no suele hacerlo. Solo se la veía desde el mar.

Tina se volvió hacia él, moviéndose en su silla.

—Pero habría pasado algún barco antes, ¿no?

—Lo que importa aquí —dijo Lesley— es que nadie la vio allí arriba antes de que la empujaran. Y, por lo que sabemos, nadie vio a su agresor.

—Si de verdad hubo uno —intervino entonces Dennis.

Lesley lo miró.

—¿Has visto el ángulo de esos acantilados?

—Lo he hecho. —Su expresión era tensa.

—Es más difícil de lo que crees saltar por el borde donde la encontraron. Tendrías que dar un salto mortal. No podrías simplemente pasear por el borde y dejarte caer.

«Eso sí, pensó Lesley. No parece así cuando estás ahí arriba».

—¿Tal vez dio un salto con carrerilla? —propuso Dennis—. Si estaba decidida, es posible.

—Eso no explica lo de la cámara —respondió Lesley—. Todavía estaba alrededor de su cuello, mientras que la bolsa estaba colocada cuidadosamente sobre el chubasquero. ¿Qué clase de persona deja su bolsa fotográfica y su chaqueta bien puesta sobre la hierba, pero mantiene la cámara alrededor del cuello cuando salta hacia su muerte?

—Si le importara su equipo —dijo Johnny—, primero se habría quitado la cámara.

Lesley lo señaló con el rotulador.

—Exacto. Por eso estoy segura de que estamos ante una muerte sospechosa. Necesitamos saber si sufrió heridas defensivas. ¿Para cuándo está programada la autopsia?

—Para esta tarde —informó Dennis—. Whittaker está trabajando tan rápido como puede.

Lesley puso los ojos en blanco. Para el doctor Whittaker, «tan rápido como puede» era la velocidad de avance de un glaciar.

—¿Hasta esta tarde nada? —indagó.

Dennis se encogió de hombros.

—Es un hombre ocupado.

—¡Ay, Dios! —Lesley ignoró la mirada de Dennis—. De verdad que este hombre no sabe cuáles son sus prioridades.

—Se podría decir que, en realidad, sí lo sabe —dijo Dennis—. Quiero decir, la fiesta de cumpleaños de su nieta, atender a sus pacientes vivos antes que a los muertos… esas son sus prioridades. Sabe cuáles son y se centra en ellas.

—¿Y tú respetas eso? —le preguntó Lesley.

—No digo que lo respete, jefa. Solo digo lo que está pasando.

—Pues a mí no me vale.

Lesley deseó tener la autoridad para sustituir al patólogo. Pensó en Adana Adebayo, la mujer con la que había trabajado en las Midlands. Adana era eficiente, inteligente y tenaz. Nada que ver con Henry Whittaker, con sus modales condescendientes y su incapacidad para darse prisa por nadie.

—Sigamos. —Suspiró—. Así que la autopsia es esta tarde, si tenemos suerte. ¿Qué hay de las pruebas forenses? ¿Ha revisado Gail la bolsa de la cámara en busca de huellas?

—No estoy seguro —dijo Dennis.

—Nos informará en cuanto tenga algo —añadió Johnny.

Lesley asintió. Gail era buena. Meticulosa, profesional. Sabía cómo llevar una escena del crimen. El contraste entre ella y el patólogo no podía ser más marcado. Gail no tardaría en llegar a la oficina y darles lo que tuviera. No había razón para andar preguntándole.

—En ese caso —continuó Lesley—, necesitamos declaraciones de testigos. Averiguad si alguien en Studland la vio llegar. A ella o a su

posible atacante.

—¿Al amanecer, jefa? —preguntó Johnny.

—Sí, al amanecer. Puede que alguien se levantara temprano para ir a dar un paseo, para sacar al perro o simplemente que no pudiera dormir. ¿Nunca has salido a dar un paseo temprano y has visto a alguien mirando por la ventana? ¿Cantándole a un bebé en brazos para que se vuelva a dormir o lidiando con el insomnio?

El insomnio era un problema que Lesley conocía bien, pero no iba a revelar tal detalle a su equipo.

Colocó el marcador en su soporte.

—Johnny y Mike, id a Studland. Llamad a puertas y averiguad si alguien vio algo sospechoso: coches desconocidos, gente de vuelta de los acantilados por la mañana temprano.

—Sí, jefa —dijo Mike. Se dirigió a la puerta y Johnny lo siguió, con paso más lento. Miró a Dennis, que asintió.

Dennis se volvió hacia Lesley.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Tina y tú id a ver al marido.

—Pero ya lo has visto tú.

—Ya, pero anoche tenía a los niños con él, y hay más cosas que tenemos que preguntarle. Tenemos que averiguar qué estaba pasando en la vida de Ameena. ¿Tenía motivos para suicidarse? ¿Había alguien en el trabajo a quien hubiera cabreado?

—Sus colegas lo sabrán —sugirió Tina.

—Así es —confirmó Lesley—. Por eso voy al bufete de abogados.

Dennis alzó una ceja.

—¿Por tu cuenta?

Ella lo miró.

—Sí, por mi cuenta. ¿Tienes algún problema con eso?

—No, jefa. Yo me voy con Tina. Johnny y Mike pueden trabajar juntos. Tú te vas sola.

Ella resistió el impulso de explicarse.

—Eso es lo que haré, Dennis. Avísame si averiguas algo útil de Tom Holroyd, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Ya tengo unos cuantos años de experiencia a las espaldas, como ya sabes.

Lesley lo miró fijamente hasta que su mirada se apartó de la suya. Dennis no era el sargento más fácil de tratar, pero rara vez se rebelaba abiertamente.

Aun así, ahora no era el momento de hablarlo. Sabía que su predecesor, el inspector Mackie, había muerto al despeñarse por un acantilado. Sería aún más difícil para Dennis ignorarlo.

—Adelante, entonces. —Dio una palmada—. Poneos en marcha.

Dennis se dirigió a la puerta y esperó a que Tina pasara junto a él, haciéndole un gesto ostentoso para que pasara primero. Tina frunció los labios al pasar junto a él.

Lesley vio cómo cogían sus chaquetas y salían del despacho. Dennis ni siquiera creía que se tratara de un caso de asesinato. Pero Lesley podía sentirlo en su interior.

Alguien había matado a Ameena, la había tirado por el borde del acantilado. Posiblemente alguien cercano a la novia de Lesley.

Necesitaba averiguar por qué, y si Elsa estaba conectada.

CAPÍTULO SIETE

TINA MIRABA por el parabrisas mientras el sargento Frampton daba la vuelta a la manzana cercana a la casa de Ameena Khan.

—Ahí hay un sitio —dijo la agente.

—No es lo suficientemente grande. —Dennis sacudió la cabeza.

Tina apretó el puño sobre el regazo. A ese paso, se pasarían el día dando vueltas para aparcar.

—¿Por qué no aparcas detrás del coche patrulla de allí? —Señaló un coche de policía aparcado a tres casas de la de Ameena.

—Porque hay línea amarilla —respondió—. Quiero encontrar un sitio en el que sea legal estacionar el vehículo.

Tina sabía perfectamente que, como agentes de policía trabajando en un caso, podían aparcar en línea amarilla. Cualquier multa que recibieran sería anulada. Pero no, el sargento quería seguir las reglas.

Se mordió el labio inferior, obligándose a no hablar, mientras él daba otra vuelta a la manzana. Por suerte, Ameena vivía en un barrio con muchas calles interconectadas, así que el circuito no le llevó mucho tiempo. En el segundo intento, había rodeado dos manzanas en forma de ocho, buscando aún el lugar perfecto.

—¡Allí! —gritó Tina al señalar un espacio frente a una casa a unas diez puertas de la de Ameena. Sin doble línea amarilla, ni simple, ni líneas blancas, ni nada. Seguro que no podía rechazar esa sugerencia.

Dennis gruñó y metió el coche en el hueco.

«Por fin», pensó Tina. Salió del coche e intentó liberarse de la tensión acumulada.

—Escucha, agente —le dijo el sargento, mirándola por encima del techo del coche—. Observa y aprende. Esta es tu primera vez, así que déjame hablar a mí.

—Sí, sargento —respondió; aunque lo había hecho muchas veces. Había sido asignada como agente de relaciones familiares en al menos una docena de casos. Tal vez no había formado parte del equipo del CID de manera oficial, pero había tenido muchas oportunidades de hablar con testigos y víctimas. Muchas oportunidades para averiguar lo que realmente estaba pasando. Tina podía hacer que los entrevistados se sintieran cómodos, que le contaran cosas que ocultarían al CID. Pero el sargento Frampton nunca le daría crédito por eso.

Se colocó la chaqueta y lo siguió al otro lado de la carretera. El sol seguía pegando fuerte y ella sudaba con su grueso uniforme. Dennis llevaba la americana de *tweed* que le había visto casi todos los días desde que se unió al equipo. Se preguntó cuánto calor le daría. Le caían gotas de sudor por la frente y tenía el pelo engominado hacia detrás. Hizo una mueca.

Dennis se adelantó a ella y llamó al timbre. Ameena Khan vivía en una casa unifamiliar de aspecto agradable, en una calle ancha, no muy lejos del centro de Christchurch.

Tina se preguntaba cuánto costarían casas como esa. Los precios fluctuaban por todo el condado. Sandbanks tenía fama de ser una de las zonas inmobiliarias más caras del planeta, mientras que había partes de Poole destartaladas y tan baratas como cualquier otra del norte del país. Pero aquí, en Christchurch, los precios eran altos. Las personas mayores y adineradas del interior venían aquí a jubilarse, lo que hacía que los precios de las casas subieran. Bueno, eso y el efecto de los propietarios de segundas viviendas, que compraban casas y las dejaban vacías la mayor parte del año. Los habitantes de la zona, como Tina, no tenían ninguna posibilidad de comprar nada. Por eso ella seguía viviendo con sus padres.

Un agente uniformado abrió la puerta. Saludó con la cabeza al sargento Frampton.

El sargento frunció el ceño.

—Agente Hughes, ¿qué estás haciendo aquí?

—Soy el agente de relaciones familiares, sargento.

Frampton lo miró. Tina podía leer su mente: ¿qué hacía un hombre como agente de relaciones familiares? Pero el agente Hughes era bueno en ese papel, tan hábil como cualquiera de las mujeres para tranquilizar a las familias y hacerse invisible cuando estaban en su punto más bajo. Era el único hombre que hacía ese trabajo, y los demás policías masculinos se burlaban de él.

—¿Nos vas a dejar entrar entonces? —preguntó el sargento.

El agente Hughes se apartó. Compartió una mirada cómplice con Tina, que ya había trabajado con él. El sargento y Tina pasaron junto a él y entraron en un gran espacio diáfano situado en la parte trasera de la casa. Había un hombre sentado ante una larga mesa de comedor, aferrado a una taza de café.

El agente Hughes les siguió.

—Ese es Tom Holroyd —murmuró—. Es el marido de la víctima.

Tina asintió.

—Gracias, colega.

El sargento Frampton se acercó al hombre y le mostró su identificación.

—Soy el sargento Frampton. Siento tener que molestarle.

El hombre lo miró. Tenía los ojos enrojecidos y la cara gris. La papada le colgaba casi hasta el pecho.

Se encogió de hombros.

—¿Quién es usted?

—Como dije, soy el sargento Frampton. Esta es la agente Abbott. Somos del equipo de investigación de delitos graves. Esperamos poder averiguar más sobre su esposa.

El hombre se quedó aún más boquiabierto.

—¿Delitos graves? Entonces, ¿está confirmado que la asesinaron?

—Aún no lo sabemos con certeza —explicó el sargento—, pero la inspectora Clarke, la investigadora a cargo, quiere poner las cosas en marcha lo antes posible, por si acaso.

El hombre se llevó la taza a los labios y volvió a dejarla en el suelo.

—Creo que la conocí ayer. ¿Alta, rubia?

El sargento asintió. El agente Hughes se acercó al señor Holroyd.

—¿Quieres otra taza, amigo?

Holroyd lo miró.

—Como quieras.

El agente Hughes le quitó la taza y se dirigió al fregadero. Llenó la tetera y se volvió para mirar a Tina.

—¿Quieres un té?

Ella miró hacia el sargento. Sacudió la cabeza.

—Ahora no, lo siento —dijo al agente Hughes—. Por nosotros no te molestes.

—Como queráis. —Llenó la tetera.

El sargento se sentó a la mesa, enfrente del señor Holroyd. Tina rodeó la mesa y se sentó frente al sargento, de modo que entre los dos flanqueaban al hombre.

Se miraba las manos, que volteaba sobre la mesa, observando las uñas. De vez en cuando, se llevaba una a los labios y la mordisqueaba.

—¿Dónde están sus hijos? —preguntó Frampton.

Holroyd levantó la vista antes de contestar.

—Con su abuela.

El sargento asintió, aliviado de que no fueran a interrumpirle en el interrogatorio.

—Habló con mi jefa anoche, tengo entendido —continuó.

—Sí, ella quería... No me acuerdo muy bien de lo que quería. Me habló de Ameena.

Tina encogió los dedos de los pies en sus zapatos. No importaba cuántas veces se había sentado con gente como Tom Holroyd, nunca se hacía fácil.

—Solo necesitamos saber si estaba ocurriendo algo en el trabajo o en su vida personal, que pudiera indicar que alguien quería hacer daño a su esposa —preguntó el sargento.

Holroyd lo miró.

—¿Hacerle daño?

El sargento asintió.

—¿Matarla, quieres decir? —dijo el hombre.

El sargento se puso rígido.

—A lo mejor —respondió, con voz suave.

El marido de la víctima negó con la cabeza.

—No puedo creer que alguien se enfadara tanto con ella. A ver, es abogada. Como abogada, te haces enemigos, ¿no? No sé, no es lo mío. Nunca me molesté con eso. Ojalá lo hubiera hecho.

—¿No hablaban de trabajo? ¿No habló de ningún caso en particular con usted?

Holroyd negó con la cabeza.

—Por Dios, no. Era inflexible en cuanto a la confidencialidad. Era abogada penalista. Trataba con... Bueno, no sé con quién trataba, pero puedes imaginártelo, ¿no?

Tina asintió. Ya se lo imaginaba. Se preguntó si Nevin, Cross y Short trataban con el tipo de delincuentes a los que ella estaba acostumbrada: delitos menores, robos, pequeñas agresiones. O si estarían más habituados a los delincuentes que perseguía el MCIT. La inspectora iba a ir al bufete; si alguien podía averiguarlo, sería ella.

Tina extendió la mano sobre la mesa, dejándola cerca de la del hombre, pero sin llegar a tocarla.

—¿Podría haber alguien que quisiera hacerle daño a usted? —preguntó.

El sargento le dirigió una mirada.

Holroyd la miró fijamente.

—Soy director de un colegio de primaria, claro que no.

—¿Algún padre furioso porque expulsara a su hijo? —preguntó el sargento.

Tom Holroyd se volvió hacia él.

—No es ese tipo de escuela. Es un colegio pequeño, somos una gran familia, nos llevamos bien. Claro que hay algunos niños traviesos, pero nada grave. Hace años que no tengo que expulsar a ningún niño.

—¿Y no hay padres que se hayan puesto en su contra por algún motivo? —insistió el sargento.

Holroyd se encogió de hombros.

—¿Por qué iban a hacerlo? Por supuesto que no.

Tina apretó los puños sobre la mesa. Podía sentir el dolor y la desesperación que desprendía aquel hombre. Ahora mismo, no sabía cómo pasar de un día a otro, ni siquiera de un momento a otro.

—¿Cómo se encontraba? —le preguntó Tina—. ¿En los últimos días o semanas?

La miró.

—Estaba estresada, supongo. Preocupada por algo. Un caso, me dijo; aunque no me dijo cuál.

—¿Tenía un caso difícil en este momento? —preguntó Frampton.

Holroyd asintió.

—Creo que sí. Dios, debéis pensar que soy un marido terrible. Nunca le hablé de su trabajo, ni siquiera cuando la estresaba.

—No pensamos nada por el estilo. —Lo tranquilizó Tina.

El agente Hughes colocó una taza llena delante del señor Holroyd, que la cogió y bebió de ella, larga y lentamente. Los tres agentes lo observaban. Finalmente, volvió a dejarla sobre la mesa y cerró los ojos.

—No puedo ayudar en nada —concluyó—. No hay nada que pueda decir. Era una mujer feliz, teníamos un matrimonio feliz y dos hijos preciosos. Ella no se hizo esto y si alguien se lo hizo, no tengo ni idea de quién.

CAPÍTULO OCHO

LESLEY IBA en su coche hacia Bournemouth; golpeaba el volante con los dedos. Irónicamente, el tráfico disminuía a medida que se acercaba al centro de la ciudad.

Lejos de los «*grockles*», el tráfico era más previsible, menos estacional. Allí sabía cuánto tardaría en llegar de un lugar a otro. En la isla de Purbeck, en cambio, podía tardar entre diez minutos y hora y media en recorrer la poca distancia que separaba Wareham de Swanage.

Aun así, había indicios de que se encontraba en una zona turística. Las tiendas exhibían carteles en la puerta que anunciaban todo tipo de helados, la gente vestía pantalones cortos y camisetas, y se respiraba un ambiente de relajación y alegría.

El bufete de Nevin, Cross y Short estaba en el centro de la ciudad. Lesley vio en una señal de tráfico el nombre de Boscombe, donde vivía Elsa, y se preguntó si estaría trabajando. ¿Admitiría conocer a la investigadora principal del caso? ¿Sabrían sus colegas del bufete que Elsa era lesbiana?

Lesley no estaba segura de lo que pensaba al respecto. Una parte de ella esperaba que Elsa no estuviera en la oficina hoy y que pudiera hablar con alguno de los otros socios. Hasta ayer no se había enterado de que Elsa era socia.

Sabía que trabajaba en un bufete de abogados penalistas en Bournemouth. Entendía que algún día podría enfrentarse a ella en un caso, pero ninguna de las dos había hablado mucho de trabajo.

No se le había ocurrido que Elsa sería uno de los miembros más veteranos del bufete.

Lesley dejó el coche en el aparcamiento subterráneo de Hinton Road. Bournemouth formaba parte de una expansión urbana que comenzaba en Poole y se extendía hasta Hampshire. Pero, al salir del aparcamiento, se encontró rodeada de edificios bajos y con vistas al mar. Extensión urbana o no, desde luego no era Birmingham.

Se dirigió a las oficinas de Nevin, Cross y Short y pulsó el timbre de la puerta. La fachada del bufete era poco atractiva: solo una puerta de cristal oscurecido entre unas tiendas y un cartel encima que anunciaba el nombre del bufete.

—¿Puedo ayudarle? —dijo una voz por el interfono.

Se asomó y vio una cámara. Mostró su identificación.

—Soy la inspectora Clarke, de la policía de Dorset —anunció—. Me gustaría hablar con uno de los socios.

—Un momento, por favor.

Lesley se apartó. ¿Era esta la clase de empresa que admitiría al instante a un agente de policía, o la harían esperar?

Un momento después, su pregunta obtuvo respuesta con el sonido del timbre de la puerta. Se apoyó en ella para entrar en el edificio. Delante había un tramo de escaleras y unas placas en la pared que le indicaban que tres empresas ocupaban esas oficinas. El bufete de Elsa no era tan grande como parecía.

Se apresuró a subir las escaleras y se encontró con una mujer vestida con un impecable traje pantalón negro que la esperaba arriba.

—Me llamo Amanda —dijo—. Soy la asistente personal del señor Nevin. ¿Puedo ayudarla?

—¿El señor Nevin es socio? —le preguntó Lesley.

La mujer asintió.

—En ese caso, me gustaría hablar con él.

—No es tan sencillo. Esta mañana tiene un juicio.

—Soy la investigadora principal del presunto asesinato de uno de sus abogados. Esto tiene prioridad.

La mujer se agarró los dedos y señaló un banco de sillas tapizadas de terciopelo.

—Por favor, espere aquí.

Lesley gruñó y se dirigió hacia las sillas. La asistente desapareció tras una puerta de madera. En lugar de sentarse, Lesley se acercó a la puerta y se detuvo a escuchar. No había cristal, no se veía nada a través. Se preguntó qué habría más allá. ¿Una gran oficina diáfana o un laberinto de pasillos? ¿Para qué tipo de empresa trabajaba Elsa? ¿Una de vidrio reluciente, escritorios modernos y alta tecnología, o una de esas anticuadas del centro de Birmingham, con pequeñas habitaciones y escaleras estrechas, en los mismos despachos de mala muerte que habían tenido durante décadas?

La puerta se abrió y Lesley casi se cae. Amanda, la asistente personal, le tendió una mano, pero Lesley se enderezó antes de que tuviera que cogerla.

—No sabía que estaba ahí. —La recepcionista miró hacia las sillas —. Le pedí que...

Lesley le dedicó una sonrisa.

—¿Está listo para recibirme?

La mujer la miró, con ojos llenos de duda y desconfianza.

—Sígame.

Al otro lado de la puerta había una enorme oficina de aspecto diáfano. «Este espacio debe de abarcar tres o cuatro tiendas de las de abajo», pensó Lesley. Se preguntó cuántos delitos se cometían en Bournemouth para justificar un bufete tan grande.

Siguió a la mujer por el amplio piso hasta un despacho de cristal situado en una esquina. Un hombre de rostro ancho, pelo canoso y bronceado anaranjado se encontraba dentro sentado, inclinado sobre el papeleo. Su escritorio de roble ornamentado era lo único que no brillaba.

La asistente llamó a la puerta y el hombre levantó la mano e hizo un gesto sin levantar la vista. La mujer abrió e hizo pasar a Lesley.

Lesley se acercó al escritorio.

—¿Señor Nevin? —preguntó mientras mostraba su identificación.

—El mismo. —Cerró un expediente y levantó la vista. Llevaba el pelo engominado y un traje entallado y caro. Estaba claro que no

era un bufete que viviera de abogados de oficio.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Nevin.

—¿No se ha enterado?

El abogado cambió su rostro a una expresión apropiada de preocupación.

—Por supuesto que sí, una tragedia. Pobre señora Khan.

«Pues sí, pobrecilla», pensó Lesley. Había notado el típico bullicio al atravesar la oficina: charlas animadas y gente ocupada con sus quehaceres diarios. Nadie parecía lamentar la muerte de la abogada.

Lesley tomó asiento frente a Nevin, a pesar de no haber sido invitada a hacerlo.

—Estoy aquí para averiguar si la señora Khan podría haber tenido a alguien que deseara hacerle daño —dijo, yendo directamente al grano.

Nevin se reclinó en la silla y puso las manos bajo la barbilla.

—No se anda por las ramas, ¿eh? ¿Nos conocemos?

—Llevo mes y medio en el MCIT.

—Eso lo explica. ¿Han arrestado a uno de nuestros clientes?

—Eso dependerá de quiénes sean sus clientes —replicó Lesley.

—Eso es asunto nuestro.

Pronto averiguaría quiénes eran sus clientes, pensó Lesley.

—Entonces —continuó mientras cruzaba las piernas—, háble me de Ameena Khan. ¿En qué casos trabajaba? ¿Con quién trabajaba?

Nevin miró a través del cristal hacia el resto de la oficina.

—Dirigía uno de nuestros equipos. Tenía un grupo de personas trabajando para ella. Asociados, asistentes jurídicos, una asistente personal… Ya sabe.

Lesley no lo sabía, pero no lo dijo.

—¿Y en qué estaba trabajando?

—Me temo que eso es información confidencial.

Lesley suspiró.

—Esta es una investigación policial, señor Nevin. Si necesito conseguir una orden para sacarle esa información, lo haré. Pero sería mucho más sencillo para ambos si usted cooperara.

Nevin bajó las manos al escritorio y se inclinó hacia delante.

—En este mismo momento, mi equipo está revisando todos sus expedientes y comprobando qué queda pendiente. Habrá cabos sueltos que atar, casos a los que asignar responsabilidades. Seguro que lo entiende.

Lesley lo entendía. Y también entendía que aquel hombre estaba más interesado en el buen funcionamiento de su bufete que en el destino fatal de una de sus abogadas. Se preguntó cómo sería trabajar allí.

Resistió el impulso de girarse en su asiento para ver si Elsa estaba en el despacho de fuera. Había mantenido la mirada baja durante todo el trayecto. Quería hacerse una idea del lugar, pero también andar con cuidado de no encontrarse con ninguna mirada.

—¿Y quiénes son los otros socios?

—¿Los otros socios? Bueno, estoy yo, Harry Nevin, el socio gerente. Luego están Aurelia Cross y Elsa Short. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Qué lugar ocupaba Ameena Khan en el orden jerárquico?

—Era una socia júnior. Su nombre aún no estaba en la puerta, pero no le quedaba mucho. Era buena. Eficiente, implacable y dura como una roca.

Lesley se dio cuenta de lo fácil que le resultaba a Nevin hablar en pasado.

Puso su tarjeta sobre el escritorio.

—Aquí tiene mi dirección de correo electrónico para que envíen los detalles de sus casos actuales.

Suspiró.

—¿Supongo que no tengo elección?

—La verdad es que no.

Levantó la tarjeta, sosteniéndola entre las puntas de los dedos como si fuera contagiosa.

—Estoy seguro de que uno de los asistentes jurídicos podrá solucionarlo. ¿Es todo lo que necesita?

—No del todo. ¿Tenía Ameena algún enemigo? ¿Algún cliente que pensara que le había fallado? ¿Casos que perdió?

Nevin se rio.

—Todos se cabrean cuando pierdes, eso ya lo sabrá. He visto en el juzgado cómo ustedes mismos se cabrean cuando ganamos.

—Necesito datos concretos de cualquier criminal violento que haya acabado en la cárcel a pesar de la representación de Ameena.

—Pero precisamente esos estarían en la cárcel, ¿no?

—No necesariamente. Ya no. O puede que tengan amigos fuera.

—¿De verdad cree que un cliente descontento empujó a mi abogada por el acantilado?

—Todavía no creo nada —respondió—. Solo necesito obtener toda la información de fondo que pueda.

—Lo pensaré —dijo Nevin, mientras se reclinaba tanto en la silla que Lesley temió que se cayera. Echó un vistazo a la tarjeta, ahora sobre su escritorio, que estaba despejado salvo por eso y el solitario expediente—. Y le avisaré si se me ocurre algo.

—Y mientras tanto, haga que nos envíen los archivos.

—Por supuesto que lo haremos. Conozco la ley. —Asintió con la cabeza.

«Así es», pensó Lesley. Nevin conocía bien la ley, y se aseguraría de darles solo lo que era legalmente obligatorio. Nada más.

Lesley solía intentar no enfrentarse a los testigos. Pero con Harry Nevin, se dio cuenta de que no iba a ser fácil. No se imaginaba que trabajar con él fuera muy divertido. No parecía el tipo de persona que hubiera apoyado a Ameena Khan, a pesar de ser supuestamente tan buena abogada. ¿Podría haberla llevado al suicidio? No. No parecía tan malo.

—¿Eso es todo? —preguntó entonces Nevin—. Como ya se imaginará, soy un hombre ocupado.

«Por supuesto que es un hombre ocupado», pensó Lesley. ¿Es que acaso no lo eran todos?

Lesley se levantó de su asiento.

—Si se le ocurre algo, me llama ¿de acuerdo?

Nevin le devolvió la mirada.

—Por supuesto que lo haré, inspectora. ¿Por quién me toma?

CAPÍTULO NUEVE

JOHNNY CAMINABA de vuelta a su coche. Le pesaban los pies. El sol seguía pegando fuerte y la camisa se le pegaba a la espalda.

Las últimas dos horas habían sido una tremenda pérdida de tiempo. Ni un testigo, ni una novedad.

Al abrir la puerta del coche, vio que Gail bajaba del promontorio. Sus dos técnicos, Gav y Brett, ya estaban cargando cosas en la furgoneta del equipo forense.

Johnny se acercó a ellos.

—¿Ya habéis terminado?

—Sí —respondió Gail—. Todo hecho. Hemos quitado el cordón y retirado todas las pruebas que pudimos encontrar. Lo hemos metido todo en bolsas para llevarlo al laboratorio. Le mandaré el informe a tu jefa cuando volvamos a la oficina.

—Gracias. ¿Algo útil?

—No mucho. Está la bolsa y el equipo fotográfico. Ni que decir tiene que buscaremos huellas dactilares y comprobaremos si hay restos de ADN. Nunca se sabe, podría haber algo más que las huellas de la víctima, pero lo dudo.

Johnny asintió.

—¿Crees que fue un suicidio después de todo?

Gail negó con la cabeza.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que, si alguien la empujó por el acantilado, sabía lo que hacía. Tuvieron cuidado de cubrir sus huellas. Solo había una ruta a través de la hierba hasta el lugar

donde estaba su abrigo. Si hubo un asesino, fue lo bastante listo como para seguir el mismo camino que ella.

—¿Lo has fotografiado? —preguntó.

—No, esta vez decidí ahorrármelo —respondió Gail con sarcasmo —. No le veía sentido.

Johnny se quedó mirándola y Gail se rio.

—Pues claro que sí, Johnny. ¿Quién te crees que soy? Estará todo en tu tablón en el despacho de Lesley al final de la tarde.

Johnny sonrió. Le caía bien Gail, a pesar de los cotilleos sobre ella y su exmarido a los que a Dennis le gustaba aludir.

Oyó pasos que se acercaban por detrás, sería Mike.

Johnny se volvió.

—¿Has tenido suerte?

Mike parecía tan abatido como Johnny.

—Nada, colega. Nadie vio nada: ni coches extraños, ni individuos que no reconocieran, y nadie parece haber visto a Ameena Khan en persona. Todo el mundo por aquí cierra las cortinas por la noche, las mantiene cerradas y no se levantan hasta las ocho de la mañana.

—Qué suerte tienen, joder —dijo Johnny, pensando en su horario, que estaba a punto de empeorar después de que su mujer diera a luz—. OK. —Se volvió hacia Gail—. Esperemos que encuentres algo útil en esa cámara.

—Como he dicho —dijo—, no tengo muchas esperanzas. Nos vemos en la oficina, ¿vale? —Subió a la furgoneta y se marchó.

Johnny miró a Mike.

—Voy a subir —le dijo.

—¿Hasta la cima del acantilado?

—¿Dónde si no?

—Pero los CSI han terminado allí.

—Ya, pero quiero verlo por mí mismo.

—Te entiendo. Quieres tener una idea de cómo sucedió. Ponerte ahí mismo y verlo.

Johnny se encogió de hombros. Sabía que esa no era la verdadera razón por la que iba a subir a la cima, y Mike también, pero ninguno de los dos iba a admitirlo.

—¿Vienes?

—Por qué no —respondió Mike—. Tal vez descubra algo yo también.

Johnny refunfuñó; sabía que Mike también tenía sus razones para subir hasta allí.

Recorrieron el sendero en silencio. El mar a un lado, unos setos enmarañados al otro. Por fin, los setos desaparecieron y se encontraron en el promontorio cerca de Old Harry Rocks. Delante de ellos estaba el terreno que conducía a las rocas. A la derecha, el camino costero, que atravesaba la villa de Ballard Down y continuaba hacia Swanage.

Johnny tomó el desvío hacia el lugar donde habían dejado el abrigo y el equipo fotográfico de Ameena Khan. Al llegar, recorrió la zona para ver si encontraba el sendero en la hierba del que había hablado Gail. Pero ya no estaba. No supo ver dónde había estado Ameena cuando la empujaron.

—Pobre mujer —dijo mientras exhalaba, mirando al mar—. Vaya manera horrible de morir.

Mike asintió. Se quitó la chaqueta y se la colgó del hombro.

—Horroroso.

—¿Crees que lo supo? —preguntó Johnny—. ¿Que alguien estaba a punto de empujarla? ¿Cuánto tiempo crees que tuvo?

Mike se encogió de hombros.

—Puede que nunca lo sepamos. Puede que fuera repentino, puede que no.

—Ella vino aquí por sus propios medios —dijo Johnny—. No la trajeron a rastras.

—Eso es cierto; lo confirman las pruebas.

Johnny se metió las manos en los bolsillos. Se apartó de Mike y siguió por el borde del acantilado, en dirección a Swanage. Al cabo de un rato, llegó al punto en el que el sendero costero se unía con el camino de Purbeck, que iba hacia el interior. Se detuvo.

Se volvió hacia el mar y se quedó mirando el horizonte, sin decir nada. Mike estaba a su lado, haciendo lo mismo.

Al cabo de unos instantes, Johnny dejó escapar un largo suspiro.

—Será mejor que volvamos a la oficina.

—Tienes razón —respondió Mike. Miró hacia abajo, hacia las rocas ocultas debajo de ellos—. Estás pensando en Mackie.

Este fue el lugar donde el inspector Mackie se había tirado por el acantilado cuatro meses antes.

Johnny había estado allí unas cuantas veces desde entonces. Primero, cuando fue la escena de un crimen. Otra vez, después de que se concluyera que Mackie se había suicidado. Después, más de una vez, para intentar exorcizar sus propios demonios.

—Pobre desgraciado —dijo sin más—. ¿Cómo debe ser sentirse tan desesperado?

Mike se estremeció.

—Ni idea, colega.

Johnny se volvió hacia su compañero y miró hacia atrás por donde habían venido. El inspector Mackie había tenido la misma opinión sobre el suicidio que la mayoría de los policías. Sabían lo que era recoger los pedazos. Conocían a los guardacostas, a los conductores de coches o trenes. Los paramédicos. Por no hablar de la familia.

Sabía que ningún policía lo haría, a menos que estuviera realmente desesperado.

Mackie se había jubilado en enero. Una jubilación para la que había trabajado durante muchos años. Una jubilación que había esperado con impaciencia. Había bromeado sobre cómo ocuparía su tiempo cuando los demás siguieran trabajando en casos, lo poco que los echaría de menos. Se había mostrado alegre al respecto.

Entonces, ¿por qué se había suicidado?

—Vamos —dijo Mike—, tenemos que volver para informarles de que no conseguimos nada yendo puerta por puerta.

Johnny asintió.

—Y tengo la autopsia.

La cara de Mike se ensombreció.

—Pues qué divertido.

—Ni que lo digas —dijo Johnny, mientras volvían hacia el coche.

CAPÍTULO DIEZ

LESLEY DESCENDIÓ las escaleras del bufete de abogados. El eco de sus pasos acompañaba sus pensamientos sobre lo que acababa de presenciar.

Harry Nevin se había mostrado cauto. A pesar de haber accedido a entregar los expedientes, había en él un aire de desafío que a Lesley le hacía creer que ocultaba algo. Esperaba que los archivos lo aclararan. Además, al salir del despacho, se dio cuenta de que la gente la observaba con nerviosismo. Como si supieran para qué estaba allí y no les hiciera ninguna gracia. Por supuesto, la muerte de Ameena Khan condicionaba su reacción ante su presencia, pero había sentido un matiz adicional en el ambiente al atravesar la oficina diáfana. Algo más que dolor, más que conmoción. Algo parecido a la decepción.

Mientras se alejaba del edificio, oyó una voz detrás de ella.

—¡Disculpe!

Lesley se giró y se palmeó los bolsillos. ¿Se había dejado algo? ¿El teléfono, su bloc de notas? No llevaba bolso.

Una joven mujer negra salió corriendo por la puerta de la oficina. Llevaba una chaqueta rosa fuerte con unos pantalones grises y parecía elegante y eficiente.

—¿Era a mí a quien busca?

La mujer asintió. Miró hacia las ventanas del bufete.

—¿Es usted la inspectora que trabaja en el caso de Ameena?

—Sí, soy la inspectora Clarke. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Sam. Soy la asistente personal de Ameena. —Bajó los ojos—. O debería decir lo era. —Se abrazó a sí misma, como si de repente la realidad de la muerte de su jefa la golpeara.

—¿Tiene algo que quiera decirme? —preguntó Lesley.

La gente las empujaba a ambos lados. La calle se estaba animando; no estaban lejos de la calle principal con las grandes tiendas.

La mujer, Sam, le devolvió la mirada, con los ojos llenos de preocupación.

—¿Qué le dijo el señor Nevin?

—Eso es confidencial, me temo. ¿Por qué? ¿Qué espera que me haya dicho?

La mujer frunció el ceño.

—No, perdone. No pasa nada. No necesita que venga a molestarla. —Se dio la vuelta.

Lesley alargó la mano y tocó el brazo de la mujer, ansiosa por no agarrarla en plena calle.

No quería que se escapara. Nadie corría detrás de un policía si no tenía algo importante que decirle.

—¿Tiene información sobre Ameena?

La mujer se quedó inmóvil, de espaldas a Lesley. Levantó la cabeza lentamente y miró de nuevo hacia las ventanas del bufete. Se volvió hacia Lesley, con cara de desconfianza.

—No estoy segura.

Lesley dio un paso hacia ella.

—Venga conmigo. —Llevó a la mujer hacia el edificio, donde no podían ser vistas desde arriba.

Mientras caminaban, la mirada de Sam no dejaba de subir hacia el primer piso.

—¿Tiene miedo? —le preguntó Lesley—. ¿Hay algo que necesite saber?

Sam negó con la cabeza.

—No. No es miedo. Es que...

Lesley ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—No le va a enviar todos los archivos —dijo la mujer.

—¿Perdón?

—Le ha pedido los archivos de Ameena, ¿verdad? Le ha preguntado en qué casos trabajaba.

Lesley volvió a mirar a la mujer.

—Así es.

—Verá, he visto los programas de la tele; sé cómo van estas cosas. Una abogada muere, una abogada criminalista. Querrá saber quiénes eran sus clientes, si alguien estaba cabreado con ella, alguien cuyo caso haya perdido, alguien que podría querer matarla.

—No estamos seguros de que haya sido un asesinato —explicó Lesley—. Podría tratarse, tan solo, de una muerte accidental.

Sam miró a Lesley a la cara. Sus fosas nasales se ensancharon. Había seguridad en sus ojos.

—¿Qué sabe, Sam? Puede decírmelo en confianza.

Pero la joven negó con la cabeza.

—Todo lo que puedo decirle es que no le enviará todo.

—¿A qué se refiere con eso?

—Pues que le enviará un montón de archivos, incluso algunos que puede que ni siquiera sean de Ameena. Pero no será todo, y no será lo que necesita.

—En ese caso, ¿puede decirme qué necesito? —La impaciencia de Lesley iba en aumento.

Sam se apartó de un tirón. Miró hacia la puerta principal del edificio. Salía un hombre vestido con un traje gris ajustado. Sam tiró de Lesley por el lateral del edificio.

—No puedo decírselo —dijo—, pero quiero que sepa que tiene que indagar más.

—Si hay archivos importantes o un caso en particular del que necesito saber, debe decirme de qué se trata.

—Lo siento, no puedo. Confidencialidad del cliente.

—Esto es una investigación policial, señorita...

—Chaston. Sam Chaston.

—Señorita Chaston, esto es una investigación policial. Estoy segura...

—Si hablo, me juego el puesto.

—No va a perder su trabajo por ayudar a la policía en una investigación oficial.

Sam volvió a mirar hacia el edificio. Se frotaba los brazos y tiritaba a pesar del calor del día.

—No puedo decir nada, solo quiero que sepa que tendrá que indagar más.

Lesley sacó su tarjeta del bolsillo y se la entregó.

—Si decide que quiere contarme más, llámeme, de día o de noche. Es importante.

La mujer asintió. Cogió la tarjeta, la dobló con cuidado y se la guardó en la blusa. Echó una última mirada a Lesley y se marchó a toda prisa.

Lesley la siguió por el lateral del edificio y la vio entrar en la oficina.

La joven se sacudió al entrar, como si necesitara quitarse de encima la conversación con la inspectora.

Lesley miró hacia las ventanas del primer piso. Algo ocurría en aquel bufete, algo que podía ser relevante para la muerte de Ameena y que nadie de dentro se lo decía.

Pero lo que Harry Nevin no sabía era que Lesley ya tenía a alguien dentro.

CAPÍTULO ONCE

JOHNNY SE SITUÓ unos pasos por detrás del patólogo para no estorbar. Un altavoz situado en un aparador, más allá de la camilla donde estaba el cadáver, emitía música clásica.

El doctor Whittaker lo miró, alzando una ceja.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo —dijo.

Johnny se encogió de hombros. No era difícil llegar a tiempo a una de las autopsias del doctor Whittaker. El hombre tardaba horas, a veces hasta días, en considerar que el cadáver estaba listo para ser examinado.

—Yo también me alegro de haber llegado a tiempo. Así puedo observar.

—No irás a vomitarme encima, ¿verdad? —se burló el patólogo.

Johnny había asistido a muchas autopsias. Como cabo durante ocho años, había presenciado docenas de ellas. Además, había visto cosas mucho peores que esta. Cuerpos hinchados por el agua, marcados por el fuego, cuerpos tan descompuestos que apenas eran reconocibles como humanos.

El cadáver de Ameena Khan estaba intacto y sus heridas eran relativamente leves. Tenía el torso cubierto de moratones negros, rojos y amarillos, la cara destrozada por un lado y los brazos con hematomas que le recorrían toda la piel.

Aparte de eso, parecía tranquila. Tumbada en la camilla, con los ojos cerrados y los brazos a los lados. Aún no la habían abierto y

tenía el mismo aspecto que cuando los guardacostas la sacaron de las rocas del acantilado.

El altavoz cambió a otra melodía. Johnny lo miró.

—¿No te parece bien la música? —preguntó el doctor Whittaker —. ¿Crees que es demasiado alegre?

A Johnny la música no le sonaba nada alegre y negó con la cabeza.

—*La cueva de Fingal*, de Mendelssohn —le dijo el patólogo—. Me pareció un tema apropiado. La música me ayuda a concentrarme.

Entonces dirigió su atención al cuerpo.

—Empecemos con las heridas externas. No necesitamos abrirla todavía.

Johnny miró a Ameena. Sentía que lo que estaban a punto de hacerle era una especie de invasión de su intimidad, agravado por el hecho de que las heridas sufridas en su muerte apenas habían roto la piel. La única hemorragia externa estaba en la mejilla izquierda, que aparecía destrozada. Johnny esperaba que el patólogo pudiera determinar si el daño lo habían causado rocas o un asaltante.

Whittaker dio un paso hacia el cadáver y le puso los dedos en la frente.

—Mmm. La cara... tiene contusiones significativas en la mejilla izquierda, laceraciones a lo largo de la mandíbula y la piel está rota... —Hizo una pausa, murmurando para sí—. En tres sitios. —Señaló con la cabeza a un ayudante que estaba al otro lado de la mesa tomando notas.

—¿Crees que alguien la golpeó? —le preguntó Johnny—. Me preguntaba por las heridas en la cara.

Whittaker movió la cabeza de un lado a otro, observando las heridas.

—Parecen consistentes con el choque de la cara contra las rocas. Arañazos irregulares. —Entrecerró los ojos—. Y hay fragmentos de roca incrustados en la piel.

Johnny asintió. Sacó su cuaderno del bolsillo e hizo una anotación: Fragmentos de roca. Contusiones importantes, sufridas cuando se cayó.

Whittaker dirigió su atención al pecho de la mujer. De nuevo, había hematomas significativos. Parecía un cuadro abstracto. Franjas rojas, amarillas, marrones y negras salpicaban su piel.

Whittaker recorrió con los dedos los bordes de los hematomas, presionando con suavidad la piel. Johnny no estaba seguro de por qué. ¿Quizá la piel cambiaba de color con la presión?

—Mmm —repitió Whittaker—. Es un poco más difícil de decir en víctimas de piel oscura. —Miró a Johnny—. Pero, aunque a veces cueste verlos, los hematomas son iguales que en cualquier otra piel.

Johnny sintió que se le curvaba el labio superior. Intentó imaginar lo que diría la inspectora si estuviera aquí. Tragó saliva y no dijo nada. «Cobarde», se recriminó a sí mismo.

Whittaker se inclinó sobre el cuerpo de la mujer y se dispuso a examinar su pecho.

—No hay señales de piedras o rocas aquí, pero podría asumirse que la ropa la protegió.

Entonces miró a Johnny.

—¿Asumo que la forense tiene la ropa?

Johnny asintió. No tenía ni idea de lo que tenían los forenses, pero sabía que, si la ropa estaba disponible, la examinarían. Gail y su equipo eran muy estrictos.

—Mira aquí —dijo Whittaker—. El patrón de este hematoma también coincide con el que sufrió al caer sobre las rocas. Todas las contusiones están en la frente y ninguna en la espalda. Imagino que cayó de cabeza y aterrizó boca abajo. —Alzó una ceja—. ¿Sabes cómo la encontraron los guardacostas?

Johnnie asintió.

—Boca abajo. —Eso era todo lo que le habían dicho, pero era suficiente.

Whittaker levantó uno de los brazos de la mujer.

—Sin embargo, sus brazos no concuerdan con esa hipótesis. Tiene hematomas aquí en la parte superior del brazo, en ambos lados.

Johnny sintió que se animaba.

—¿Infligidos por un atacante?

Whittaker lo miró.

—Punto para ti, muchacho. Sí, mira esto. —Levantó el brazo derecho de Ameena, alzándolo para que su mano apuntara hacia el techo—. Mira este hematoma de aquí.

Johnny rodeó al médico para ver mejor. Oyó al ayudante del patólogo moverse detrás de él, pero Johnny no apartó la vista del cuerpo.

En efecto, tenía moratones en la parte superior del brazo. Tres pequeños círculos, tres áreas de piel oscurecida.

—Alguien la sujetó con mucha fuerza —dijo el patólogo—. Tiene hematomas que apuntan a que fue sujetada. Levantada, tal vez. Marcas de dedos. Solo puedo ver tres en este brazo.

Dejó caer el brazo bruscamente. Johnny dio un respingo al oírlo chocar con la mesa. Whittaker se movió hacia el otro lado y examinó el otro brazo.

—Sí, tenemos cuatro aquí. Compatibles con que alguien le agarrara el brazo por detrás.

El doctor Whittaker soltó el brazo de Ameena y se acercó a Johnny. Le agarró del brazo para demostrarle.

—¿Ves? —Lo soltó.

—¿Así que la levantaron y la tiraron por el acantilado? —Johnny se frotó el brazo con gesto tenso.

Whittaker lo miró.

—Soy patólogo, no clarividente.

Johnny sostuvo su mirada, decidido a no dejarse achicar por el patólogo. Whittaker era perezoso y lento. Era un patólogo bastante decente, pero Johnny imaginaba que la nueva inspectora había trabajado con gente mejor. Él, en cambio, era un cabo experimentado. Sabía cómo hacer bien su trabajo y llegar a tiempo a los sitios. Se enderezó.

—¿Estás diciendo que no fue un accidente?

Whittaker asintió.

—Ni un suicidio tampoco. No cabe duda de que alguien empujó a esta mujer por el acantilado.

CAPÍTULO DOCE

LA CÁMARA de Ameena Khan estaba mojada, pero no lo suficiente como para estropearla del todo.

Gail la había desmontado y le había quitado la tarjeta de memoria. También había retirado la batería, que había sufrido una fuga. La noche anterior había colocado la cámara y la tarjeta en el kit que utilizaban para secar los objetos eléctricos: una bolsa hermética que contenía sílice y otros productos químicos ideales para secar sin causar más daños.

Abrió el precinto y sacó la cámara y la tarjeta, esperando que aún pudiera recuperar los datos.

Encendió la cámara y comprobó que los botones funcionaban y el menú estaba operativo, pero no era por ahí por donde iba a empezar.

Cogió la tarjeta y la insertó en la ranura del portátil. Tragó saliva y abrió el gestor de archivos. ¿Habrían sobrevivido las fotos? ¿Quedaría alguna imagen?

Solo había una forma de saberlo.

Gail se humedeció los labios mientras accedía al disco duro externo. Bingo. Más de cien fotografías, con fecha y hora; cada una con sus metadatos: lugar de la toma, ajustes de la cámara, la ubicación GPS.

«Perfecto. Menos mal que era una fotógrafa seria, y usaba una réflex digital», pensó.

Navegó hasta las fotografías del domingo por la mañana. La primera marcaba las 4:30 de la madrugada. Mostraba a un hombre tumbado en la cama, con dos niños pequeños a cada lado. Dormían los tres, los niños echados sobre su padre como si fuese una parte más de la cama.

Gail sintió que se le ablandaba el corazón. Ameena se había detenido a hacer una foto de su familia antes de salir, cuando aún no había amanecido. Transmitía una calidez familiar que desarmaba.

Se encogió de hombros para sacudirse la pesadez y pasó a la siguiente fotografía. Era del camino entre Studland y Old Harry Rocks; lo reconoció por sus viajes de ida y vuelta mientras examinaba la escena del crimen. Ameena no había estado lejos de donde Gail había aparcado su furgoneta cuando tomó esa imagen. Miró la hora: las 5:12. Pasó a la siguiente.

Estaba más adelante en el camino, con más cielo ocupando el encuadre. Una mancha de mar era visible por encima de los acantilados. El reloj marcaba las 5:14.

Siguieron más fotografías, un vídeo en *stop-motion* del viaje de Ameena hasta el promontorio. Gail sintió que se le helaba la piel mientras esperaba el momento en que Ameena moriría.

Los fotogramas en *stop-motion* iban seguidos de una serie de imágenes fijas de la misma escena: una vista panorámica de Old Harry Rocks. Se diferenciaban por la luz y la calidad, pero no por el contenido. La mujer había estado experimentando con los ajustes de la cámara. De vez en cuando, aparecía otra toma hacia el mar o hacia Bournemouth. Estaba anticipando el amanecer, esperando la luz perfecta.

Después, dos tomas de una tarjeta blanca: Ameena calibrando los niveles de luz. Esta mujer se tomaba en serio la fotografía.

Era macabro, pero Gail solo podía esperar que hubiera seguido disparando hasta el final. Siguió adelante. Más tomas de Old Harry Rocks; según crecía la luz, los ajustes cambiaban. A veces, había una pausa para ajustar algún parámetro, y luego aparecían unas cuantas tomas más, con encuadres y ajustes ligeramente diferentes.

Ameena había marcado claramente el lugar para sus fotos: el sitio donde había dejado su abrigo. ¿Se habría sentado sobre él para

no mojarse con el rocío? ¿O para proteger su equipo?

Gail volvió a avanzar. La siguiente fotografía no era de Old Harry Rocks, sino del cielo. Era azul de media intensidad, de espaldas al amanecer. Gail intentó determinar el ángulo. ¿Directamente hacia arriba?

Luego, otra toma del cielo, esta con un matiz rosado en un lado: el amanecer. Le siguieron otras tomas similares, todas representando partes del cielo. Ninguna parecía encuadrada deliberadamente.

Eran diez, doce, catorce, veinte. Gail revisó los metadatos: la cámara había estado en modo ráfaga. Las tomas se transformaron en otras imágenes: hierba borrosa, el mar más allá de los acantilados, las rocas, la isla de Wight a lo lejos. El encuadre era ahora aleatorio, caótico.

Gail trató de imaginar dónde había estado Ameena cuando se tomaron, si es que la palabra «tomaron» era adecuada. Tenía la sensación de que aquellas imágenes habían sido captadas pasivamente, casi por accidente. Gail siguió adelante, con el pecho oprimido.

La siguiente imagen mostraba una mano. Gail entrecerró los ojos y la amplió. La mano era borrosa, oscura, como surgida de una pesadilla. Respiró hondo, se giró en su asiento y le hizo señas a Gav para que se acercara.

—Mira esto.

Gav se inclinó sobre su silla y miró la pantalla por encima del hombro de Gail.

—¿Esto es de la cámara de Ameena Khan? —preguntó.

Gail asintió con un nudo en la garganta.

—¿De quién crees que es? —susurró Gail, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Su asesino? —Gav inclinó la cabeza hacia un lado.

Gail asintió con el pulso acelerado.

—Tenemos que identificarlo.

CAPÍTULO TRECE

LESLEY ENTRÓ en la oficina y encontró a Mike y Tina mirando fijamente las pantallas de sus ordenadores.

—Jefa —dijo Mike, levantando la cabeza—, tengo el correo electrónico de la firma de abogados.

—¿Con los archivos? —preguntó Lesley.

Mike asintió.

—Echemos un vistazo.

Lesley arrastró una silla mientras Mike sacaba un juego de carpetas.

—Tres casos —dijo Mike.

—Continúa.

—Uno por robo con agravantes: Troy Barnes. Otro por un caso de agresión sexual: Collin Thrumpton. Y lueg, un caso de fraude: Pauline Silvers.

—Recuerdo haber visto ese en las noticias —dijo Tina—. Era una médico de cabecera que defraudó a su consulta.

—Tiene que haber de todo en esta vida —dijo Lesley y soltó un silbido.

—Ya te digo —comentó Mike.

Lesley sonrió.

—Entonces, ¿Ameena ganó o perdió estos casos?

—El de robo con agravantes, lo perdió. Aunque el tipo recibió una pena condicional, así que no fue a la cárcel. El de agresión sexual está en curso; parece que están intentando llegar a un acuerdo con

la fiscalía. El de fraude se está alargando. Aún no tiene fecha de juicio.

—Vale —dijo Lesley—, estaremos atentos a ese último.

—¿Crees que la médica de cabecera pudo haberla matado? —preguntó Tina.

—No creo nada —respondió Lesley—. Solo quiero seguir el caso, por si nos lleva a alguna parte. Dijiste que salió en las noticias; mira a ver qué puedes conseguir online.

—Vale, jefa. —Tina volvió a su ordenador.

Lesley señaló la pantalla de Mike.

—Comprueba los metadatos. Quiero ver si falta algo.

—¿Metadatos? —repitió él con cara de póker.

—Metadatos. —Lesley lo miró—. Sabes lo que son los metadatos, ¿verdad?

Mike se encogió de hombros.

«Que Dios me ayude», pensó. Ojalá pudiera contar con la subinspectora Finch y su asistente Connie Williams. Ya habrían examinado a fondo todos los metadatos, no habrían dejado ni una duda por resolver y tendría el resultado de sus análisis en el tablón del caso, con una clara indicación de qué es lo que faltaba exactamente.

Tomó aire.

—Los archivos tendrán información sobre sí mismos, no solo sobre su contenido. Cosas como las fechas en que se crearon, cuándo se guardaron por última vez, el autor, dónde se crearon, en qué máquina… ese tipo de cosas.

Le cogió el ratón y pulsó varias veces.

—Mira, ahí. Échale un vistazo. —Se volvió hacia la agente—. Tina, ¿tienes algo sobre el caso de fraude?

Tina la miró, con el ceño fruncido.

—Un tema desagradable. Los otros socios de la consulta están furiosos y amenazan con demandarla.

—¿Mientras hay un caso criminal en curso? —Se sorprendió Lesley.

Tina se encogió de hombros.

Lesley negó con la cabeza.

—No pueden iniciar el procedimiento mientras el caso esté en curso, pero... por otro lado, significa que el resultado de ese caso es importante para bastantes personas.

—Pero son médicos, jefa —dijo Mike—. Han jurado proteger la vida, no van a matar a nadie.

Lesley lo miró.

—Nada de suposiciones, Mike. La gente puede sorprenderte.

Dennis entró.

—Jefa —comenzó—, lo siento, no me di cuenta de que habías vuelto.

—Encantada de verte, Dennis. ¿Algo que informar?

Dennis sacudió la cabeza.

—Nada desde que salí de casa del marido. Pobre tipo.

Lesley alzó una ceja.

—Sí, pobre tipo; sin embargo, tenemos que mantener una estrecha vigilancia sobre él.

Dennis asintió.

—Estamos investigando los casos en los que trabajaba Ameena —explicó—. Tratando de encontrar las lagunas. ¿Qué tienes, Mike?

—Le estoy cogiendo el truco —respondió este—. Tengo la última fecha en que se abrieron los expedientes. En dos de los casos, hace más de diez días. El otro, el de agresión sexual, se creó la semana pasada.

—¿En qué estaba trabajando entre medias?

—Tal vez estaba de permiso —sugirió Dennis.

Lesley negó con la cabeza.

—Su asistente me dijo que faltaría algo. Sea lo que sea, será en lo que estaba trabajando mientras tanto.

Tina levantó la mano. Lesley la miró.

—Esto no es el colegio, agente Abbott.

—Perdón, jefa… Es que acabo de ver algo interesante. Se me ocurrió echar un vistazo a los registros judiciales y ha aparecido el nombre de Ameena Khan en otro caso, un tal Steven Leonard.

Lesley se acercó al escritorio de Tina.

—¿De qué se le acusa?

—Drogas. Suministro y posesión con intención.

—¿Con cuánto lo pillaron? —preguntó Lesley.

—Con quinientas pastillas de éxtasis.

Lesley silbó.

—Menuda fiesta. ¿En qué etapa está?

—Dictaron sentencia a finales de la semana pasada, jefa.

—Eso encaja con nuestra línea de tiempo. ¿En qué quedó?

Tina se volvió hacia ella.

—Una multa. Quinientas libras.

—¿Quinientas pastillas de éxtasis y solo le ponen una multa de quinientas libras?

—Pues sí que sabía moverse —dijo Dennis.

—Lo llevaron a juicio —dijo Tina—, al Tribunal de Magistrados.

—Es raro que algo así lo lleven los magistrados, ¿no?

—Es algo más que raro —reprochó Dennis.

Lesley se dio un golpecito en la mejilla. Tenía razón. ¿Por qué no fue al Tribunal Superior? También pensaba que le habrían impuesto una pena de prisión o al menos una multa mayor.

—Vale —concluyó Lesley—, investiga un poco más. Averigua qué pasó para que el magistrado fuera tan amable con el tipo. ¿Qué hizo Ameena?

—De acuerdo, jefa. —Tina volvió a su pantalla.

—Estoy dispuesta a apostar que ese es el caso que su asistente personal avisó de que faltaría, y ese podría ser el motivo. Consigue todo lo que puedas sobre ello, Tina. Busca en los archivos del tribunal y encuentra informes de noticias. Averigua quién es el fiscal, tendremos que hablar con él.

—Vale.

La puerta se abrió y Johnny y Gail entraron juntos. Lesley se sentó en su silla.

—Me alegro de veros a los dos. ¿Habéis estado juntos?

Johnny se sonrojó y miró a Gail.

—Hemos llegado aquí a la vez, de casualidad.

Lesley se rio.

—No pasa nada, Johnny. Se te permite entrar en el edificio con una mujer, ¿sabes? Incluso una mujer mayor como Gail.

Gail golpeó el hombro de Lesley.

—¡Oye! No sabes la edad que tengo.

Lesley sonrió.

—Lo siento. ¿Cómo os ha ido?

—La autopsia fue productiva, jefa —comenzó Johnny—. Tiene hematomas en la parte superior de los brazos con huellas dactilares.

—¿Huellas dactilares? —repitió Lesley—. Entonces ahora sabemos que no se trata de una muerte accidental. —Miró al resto del equipo—. Lo cual hace que lo que estáis investigando sea un poco más urgente.

—Y hay más —continuó Johnny—: tenía piel bajo las uñas.

—¡Cojonudo! —exclamó Lesley, al tiempo que captaba la mirada de Dennis—. Fantástico. ¿Te vale eso?

Dennis gruñó.

—¿Lo han enviado todo al laboratorio y lo van a analizar para ADN?

—Sí, jefa —respondió Johnny.

—Haré un seguimiento —añadió Gail—. Mientras tanto, tengo otra cosa.

—Dale —dijo Lesley.

Gail se sentó en la silla de Dennis. Dennis, de pie detrás del escritorio de Mike, le dirigió una mirada de desaprobación. Gail se encogió de hombros y sacó una bolsa de pruebas.

—Esta es la cámara de Ameena —dijo. Sacó una bolsa de pruebas más pequeña—. Y esta es la tarjeta de memoria.

—¿Contiene fotos? —preguntó Lesley—. Por favor, dime que tienes fotos de su atacante.

Gail le echó una mirada a Lesley.

—Más o menos.

—Muéstramelo.

Gail sacó una carpeta y la abrió para mostrar fotografías. Imágenes del cielo, la hierba, el mar. Todas borrosas.

—Creo que este es el momento en que la agarraron y la tiraron por el acantilado. En ese momento, se debió de haber girado o, al menos, giró la cámara, porque tenemos esto.

Dio la vuelta a la última foto. Era la silueta de una mano contra el cielo.

—Buen trabajo. —Lesley se agachó para ver mejor.

Miró a Gail.

—Está oscuro. No puedo decir si el tipo llevaba guantes.

—O la tipa.

—Eso es un tío —soltó Johnny—. Mira esos dedos.

Gail enarcó las cejas. Lesley captó su expresión.

—Buen intento, Johnny, pero no saquemos conclusiones precipitadas. ¿Puedes mejorar la resolución, Gail?

—Ya he enviado una copia al equipo forense digital —confirmó Gail—. Esperemos que puedan darnos una respuesta definitiva.

—Vale —dijo Lesley—. ¿Cuánto tiempo tardarán?

—Debería tener una respuesta mañana.

—Avísame en cuanto lo tengas.

Dennis se acercó a su silla, mirando fijamente a Gail como si intentara que la desalojara por pura fuerza de voluntad. Gail se levantó y le dedicó una sonrisa.

Lesley asintió hacia Gail.

—Bien hecho. Esto nos dará algo con lo que trabajar hasta que tengamos el análisis de ADN.

CAPÍTULO CATORCE

LA ATENCIÓN de Lesley no estaba en las noticias de la televisión, a pesar de que su cara estaba a poco más de un metro de la pantalla, gracias a su cutre salón. La noticia principal en los informativos locales había sido la muerte de Ameena: imágenes de archivo de Old Harry Rocks seguidas de un reportero de pie en Studland, al final del camino. Estaba claro que no habían conseguido declaraciones de nadie implicado en el crimen, porque no tenían nada que revelar. «Aunque lo cierto es que yo tampoco tengo nada», pensó Lesley.

Recordó la expresión de Sam Chaston, la asistente personal de Ameena, cuando la persiguió por la calle. La mujer parecía asustada. Más de lo que Lesley esperaría por una violación de la cláusula de confidencialidad que habría firmado Sam en el bufete. Y luego estaban Harry Nevin y su reticencia a responder a sus preguntas sobre el caso y sobre Ameena.

¿Qué pasaba en esa empresa?

Apagó el televisor y se levantó, frotándose los vaqueros. Tenía alguien con quien hablar.

Diez minutos más tarde, estaba sentada en la barra del Duque de Wellington, donde Elsa ayudaba de vez en cuando a su hermano, el propietario. Elsa estaba al otro lado de la barra, sirviendo a dos hombres y charlando con ellos. De vez en cuando miraba a Lesley, pero no la saludó. Lesley esperó mientras golpeaba la barra con la tarjeta de crédito.

Por fin, Elsa terminó de hablar con los hombres y se acercó a ella.

—Hola. —Extendió una mano y rozó la de Lesley.

Lesley sonrió.

—Hola. ¿Cómo va todo?

Elsa se encogió de hombros.

—Noche tranquila.

—No me refería a eso. ¿Qué tal en el trabajo? Imagino que habrá un ambiente raro.

Elsa se volvió hacia la caja registradora y presionó varios botones con movimientos bruscos.

—No quiero entrometerme —continuó Lesley—, pero...

Elsa se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres tomar? ¿Un gin-tonic? ¿Una copa de vino tinto?

Lesley frunció el ceño.

—Un vino tinto, por favor.

—Marchando. —Elsa le dio la espalda y le sirvió una copa. Lo colocó delante de Lesley, casi derramando la bebida, y cogió la tarjeta de crédito de Lesley. Se dio la vuelta.

Lesley se preguntó qué habría sido de la mujer que le había rozado la mano cariñosamente hacía unos instantes.

—Lo siento, Elsa, pero sería una tontería por mi parte no preguntarte sobre esto. Eres socia en el jodido bufete.

Elsa volvió con la máquina de tarjetas de crédito. Lesley pasó la tarjeta por encima. Elsa gruñó y se dio la vuelta, devolviéndola al mostrador del fondo del bar.

—Sabes que no puedo hablar contigo —dijo Elsa, aún de espaldas a Lesley—. Tú mejor que nadie entenderás lo de la confidencialidad con el cliente, y mi lealtad a mi empresa.

—¿Dónde estabas hoy? —le preguntó Lesley.

Elsa se volvió con brusquedad.

—¿Cómo que dónde estaba? ¿Quién eres, mi madre?

Lesley sintió que se le caían los hombros.

—No es eso. Estuve en tu bufete. Te busqué. No estabas.

Una pareja había entrado en el bar. Elsa se fue hacia ellos y se entretuvo charlando mientras tomaba nota de su pedido. Lesley la

observó mientras la impaciencia le recorría el cuerpo.

«No la presiones. Deja que se acerque a ti a su debido tiempo», pensó.

Pero Lesley no tenía tiempo. Este era un caso de asesinato. Elsa podría estar en peligro.

Elsa terminó de servir a la pareja y se dirigió al otro extremo de la barra, con el paño de cocina en la mano. Lesley sabía que no necesitaba limpiar nada. La observó, esperando. Cuando Elsa pasó junto a ella y se dirigió hacia las patatas fritas, Lesley extendió la mano y agarró los dedos de Elsa.

—No hagas eso —dijo Elsa.

—¿Tu firma sabe de mí? —susurró Lesley—. ¿Saben que tienes novia?

—¡Así que ahora eres mi novia! —espetó Elsa—. La semana pasada ni siquiera estabas segura de si...

—Nevin estuvo raro conmigo. No estoy segura de si es por el caso, que ocultaba algo sobre Ameena, o porque sabe de mi conexión contigo.

—¿Conexión? ¿Eso es lo que tenemos?

Lesley apretó el puño contra la barra.

—¡Maldita sea, Elsa! No le demos más vueltas. Sé que es incómodo para ti, pero solo quiero un poco de información. Quiero saber en qué trabajaba Ameena. Cómo era su vida familiar.

—Era una asociada júnior. Apenas hablaba con ella.

—No es un bufete tan grande —reprochó Lesley—. Seguro que trabajaste con ella en algún caso.

Elsa negó con la cabeza.

—Una o dos veces, tal vez. Nada importante. No puedo ayudarte, Lesley. Tienes que preguntar a mis colegas. Tienes que hacerlo de forma oficial.

Lesley se obligó a tragar saliva.

—Entonces, ¿con quién debo hablar? Harry Nevin no ha sido de gran ayuda.

Pensó en contarle a Elsa lo de la asistente personal de Ameena. Pero Elsa era socia y la asistente tenía miedo de perder su trabajo.

—¿Quién puede decirme en qué trabajaba Ameena? ¿Cómo era su vida familiar? ¿Tenía enemigos? Y Nevin, ¿es el tipo de hombre que esconde algo a la policía?

Elsa se encontró con la mirada de Lesley.

—Es mi compañero, Lesley. Nos conocemos desde hace más de diez años. —Suspiró—. ¿Qué esperas que te diga? ¿Que es un tipo dudoso que mentiría a la policía? —Tomó aire—. Por supuesto que no. Es un respetado abogado penalista que tiene muy buena reputación.

—Vale —dijo Lesley—. Entonces, ¿por qué no me lo está contando todo?

Elsa negó con la cabeza.

—No quiero discutir esto contigo. Si quieres hablar conmigo, vienes al despacho y lo haces oficialmente.

Lesley se hundió un poco en el taburete.

—No intento ponerte en una situación difícil, Elsa. Solo quiero averiguar lo que pueda sobre Ameena. ¿Y si alguien más de tu bufete está en peligro? ¿Y si tú estás en peligro?

Elsa se burló.

—No necesitas ser el caballero de brillante armadura, Lesley. Sé que eres poli, pero puedo arreglármelas sola.

—No me refería a eso.

Elsa gruñó antes de darse la vuelta para colocar los vasos en las estanterías. Miró por encima del hombro el vaso de Lesley.

—¿Te has terminado la copa?

Lesley empujó el vaso hacia Elsa, esperando que se lo rellenara.

Elsa negó con la cabeza.

—Será mejor que te vayas a casa. Estoy segura de que tienes una botella de tinto en la cocina.

CAPÍTULO QUINCE

LESLEY ESTABA en la puerta de su despacho, observando a su equipo. Se habían reunido alrededor de su mesa, a la espera de que hablara. Dennis había ocupado una de las sillas frente a la suya y Johnny se había apresurado a ofrecerle la otra a Tina. Por la expresión en la cara de Tina, Lesley se dio cuenta de que no le había parecido un gesto caballeroso, como Johnny habría esperado, sino condescendiente. Tina era diez años más joven que Johnny y necesitaba sentarse tan poco como él.

Mike y Johnny revoloteaban a ambos lados de las dos sillas, reacios a ocupar la silla de Lesley, al otro lado del escritorio. Lesley, en lugar de ocupar su asiento habitual, se quedó de pie junto a la puerta, deseosa de obtener una perspectiva diferente. Estaba más cerca de la pizarra, y estar en pie la mantenía alerta.

—Vale —comenzó—, ¿qué tenemos?

Tina giró la silla para ver mejor la pizarra y a Lesley.

—He mirado los expedientes de Ameena, los que nos enviaron y los que no.

—¿Conseguiste los archivos del caso de Steven Leonard? —preguntó Lesley.

Tina asintió.

—No de sus abogados. Pero tengo el expediente policial. Hablé con el agente que se ocupó del caso del equipo CID de Bournemouth.

—Bien pensado. ¿Y? —continuó Lesley.

—Fue un caso sencillo de posesión con intención de suministrar. Se declaró culpable, compareció ante el magistrado y le impusieron una multa.

—¿Una multa? —Se sorprendió Lesley—. ¿Era su primer delito?

—Ni mucho menos. Tiene un historial de arrestos periódicos.

—Así que Ameena hizo un trato con la fiscalía. Era buena en su trabajo.

Dennis levantó la vista.

—Tenía quinientas pastillas.

Lesley miró de Dennis a Tina.

—¿Cómo se las apañó para conseguirlo?

—Lo investigaré.

—Hazlo —le pidió Lesley—. Tenemos que averiguar qué pasó exactamente. ¿Quién era el magistrado?

Tina sacó la lengua y escribió en su libreta.

—¿Quizás el cliente no estaba contento porque ella le pidió que se declarara culpable?

—Un tipo con muchos antecedentes, lo dudo —dijo Lesley—. Y si ella lo convenció para hacer el trato... debería estar agradecido. Es un trato jodidamente bueno para lo que le pillaron.

Dennis enarcó una ceja.

—Lo siento, Dennis —murmuró—. No entiendo cómo un cliente con múltiples delitos al que le han puesto una multa por suministro de drogas puede molestarse lo más mínimo.

Johnny negó con la cabeza, y Mike se encogió de hombros.

—Sigue la pista —concluyó Lesley, mirando a Tina—. Esto me huele un poco mal.

—Lo haré.

—Vale, entonces tenemos las pruebas forenses. —Lesley se acercó a la pizarra y cogió el rotulador. Señaló las dos fotografías que había añadido Gail. Una mostraba las uñas de Ameena con restos de piel atrapados bajo ellas. La otra era la foto de la mano de la cámara de Ameena—. Cualquiera de ellas podría llevarnos hasta el asesino. Tendremos su ADN de la piel debajo de sus uñas, y si podemos mejorar la foto, podríamos obtener huellas dactilares.

—El análisis de ADN podría llevar unos días —explicó Dennis—. El laboratorio tiene una capacidad limitada.

Lesley suspiró. Sabía que no serviría de nada pedir que lo hicieran por la vía rápida.

—Asegúrate de informarme en cuanto lleguen los resultados. Tendremos que compararlos con la base de datos.

—Si el asesino no está fichado... —comenzó a decir Dennis.

—Seamos optimistas —lo interrumpió Lesley—. Vamos a suponer que nos llevará a alguna parte y, mientras tanto, tenemos la mano de la fotografía. Gail ya está con el equipo forense digital para ver si pueden conseguirnos una imagen mejor. ¿Llevaba anillo?

Mike se acercó a la pizarra. Entrecerró los ojos ante la foto.

—Hay un bulto en el dedo anular —anunció—. Podría ser un anillo, pero si es una alianza, no nos dirá mucho.

Lesley negó con la cabeza.

—Es una mano derecha. Se distinguen los nudillos, y el pulgar a la izquierda lo confirma. Si es un anillo, no será una alianza. Si es distintivo, podría ayudarnos.

Mike asintió.

—Puedo investigarlo, si quieres.

Lesley negó con la cabeza.

—Gail ya está en ello. Quiero que vengas conmigo a hablar con la asistente personal de la víctima.

—Quizá sepa por qué Leonard recibió una sentencia tan indulgente —sugirió Tina.

Lesley se volvió hacia ella.

—Bien pensado. Necesito su dirección y su número de teléfono personal. Hablaremos con ella fuera del trabajo.

—En ello, jefa —respondió Tina.

Lesley sonrió. Estaba contenta de haber incorporado a Tina al equipo.

—Gracias, Tina. Averigua dónde vive, y Mike y yo iremos a hablar con ella.

—OK.

—Espera, mejor no. —Lesley rectificó—. Tina, ya tienes bastante con los expedientes del caso. Mike, encárgate tú de averiguar la

dirección.

Asintió con la cabeza.

—Así que eso deja a Harry Nevin y a los otros socios. Quiero hacer un seguimiento con ellos, ver su reacción cuando les preguntemos por Steven Leonard. Quiero saber por qué no nos han dicho toda la verdad, y qué falta aún.

—Cross y Short —dijo Dennis—. Aurelia Cross y Elsa Short. — Dennis esquivó la mirada de Lesley.

—¿Por qué no estaban allí ayer? —preguntó Lesley. Podía imaginar la ausencia de Elsa, pero ¿y la de Aurelia Cross?

Dennis se encogió de hombros, con la mirada fija en el tablero.

—¿Estaban en el tribunal, tal vez?

—Tenemos que hablar con ellas también.

Lesley pensó en la conversación que había mantenido con Elsa la noche anterior. Debería declarar un interés personal, pero su relación con Elsa aún no había llegado a ese punto, ¿no?

Respiró hondo. Si ocultaba esto, podría ser contraproducente.

—Conozco a una de ellas.

Dennis alzó una ceja.

—¿A una de las socias?

Se encontró con su mirada. Él la miraba de esa forma que tiene la gente cuando intenta parecer natural pero no lo consigue.

—Sí, Elsa Short. Trabaja en el pub de mi barrio.

—No puede ser la misma mujer —dijo Johnny—. ¿Qué abogado hace noches en la barra de un bar?

Lesley deslizó su alianza por el dedo. Aún la llevaba puesto, a pesar de todo.

—Su hermano es el propietario, ella lo ayuda de vez en cuando. Nos hemos hecho amigas.

—Si nunca investigáramos a gente que conocemos del pub, no conseguiríamos hacer nada —dijo Dennis—. No creo que sea un problema.

—No creía que fueras mucho de pubs —le dijo Lesley.

—Te equivocarías.

Lesley alzó una ceja. Puede que a Dennis le gustara el pub, pero ella sabía que no era un gran bebedor.

—Aun así, preferiría que la entrevistara otra persona. No quiero acusaciones de parcialidad.

Dennis se encogió de hombros.

—Puedo hablar yo con ella, si tú quieres hablar con Aurelia Cross.

—No. Llévate a Johnny al bufete de Nevin, Cross y Short. Habla con Cross y Short. Quiero saber su opinión sobre lo que ha pasado. A ver si nos dicen algo que Harry Nevin no haya dicho, y pregúntales qué sabían de Steven Leonard.

—Me parece muy bien —dijo Dennis y se levantó—. Venga, en marcha.

Lesley asintió. Por fin, su sargento se ponía las pilas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

DENNIS Y JOHNNY condujeron en silencio hacia Bournemouth. Al acercarse a las afueras de la ciudad, Johnny carraspeó.

—Nevin, Cross y Short —dijo—. ¿Has tenido muchos tratos con ellos, sargento?

Dennis miró por el retrovisor. Un camión se asomaba por detrás, esperando para adelantar. Redujo la velocidad para dejarlo pasar y se concentró en la carretera mientras hablaba con Johnny.

—Me he cruzado con Aurelia Cross un par de veces; parece que lleva la mayoría de los casos menores del bufete. No estoy seguro de haber coincidido con los otros dos. Creo que nuestro departamento trataba con Nevin.

—Me dio la sensación de que ayer fue la primera vez que la inspectora hablaba con él.

Dennis apretó con fuerza el volante.

— Johnny, cuando digo «departamento» no me refería a la inspectora sino al inspector Mackie.

—Ah —dijo Johnny, juntabdo las manos entre las rodillas. Ninguno de los dos hablaba mucho de su antiguo jefe; era difícil hablar de su muerte. Condujeron en silencio hasta llegar al centro de la ciudad.

Johnny comprobó si había plazas de aparcamiento mientras se acercaban al bufete.

—Hay un aparcamiento subterráneo ahí.

Dennis negó con la cabeza.

—Aparcaré en la calle.

—Hay que pagar para aparcar en toda la calle.

Dennis lo miró.

—Esto es Bournemouth, Johnny. Mi antigua zona de trabajo. Aquí tengo enchufe, nadie me va a multar.

Johnny se encogió de hombros mientras Dennis ya estaba abriendo la puerta del coche. Lo siguió, mirando con recelo hacia el parquímetro. Dennis se rio.

Johnny llegó hasta Nevin, Cross y Short y pulsó el timbre. Se oyó una voz por el interfono.

—Hola, ¿puedo ayudarle?

—Somos el sargento Frampton y el cabo Chiles —dijo Dennis—. Estamos aquí en relación con...

Sonó un timbre y atravesaron la puerta. Delante había unas escaleras de metal y linóleo. No era lo que esperaban de una de las mayores firmas de Bournemouth.

Se apresuraron a subir las escaleras y encontraron a una mujer en la parte superior esperando.

—Siéntense ahí —les dijo—. No les haremos esperar mucho.

—¿Nos esperaban? —preguntó Dennis.

La recepcionista se encogió de hombros.

—Me dijeron que estuviera preparada.

Dennis miró a Johnny mientras el cabo tomaba asiento, pero él prefirió permanecer de pie. No veía la utilidad de ponerse cómodo si no iban a estar allí mucho tiempo.

—Sabían que veníamos —dijo Johnny—. ¿Llamaste tú antes de salir?

—Nunca llamo antes, Johnny. Pero supongo que, si una de tus socias ha aparecido asesinada, no será una gran sorpresa que la policía venga a verte.

Se abrió una puerta detrás de él y apareció un hombre de mediana edad. Tenía la cara ancha y redonda, las mejillas sonrosadas y el pelo canoso y ralo. Sonrió y tendió una mano a Dennis.

—Sargento Frampton —comenzó—. Soy Harry Nevin. Encantado de conocerle.

Dennis ignoró la mano. No se sentía cómodo estrechando la mano de la gente, nunca se sabía a quién podías arrestar un día.

—Entren —añadió Nevin—. Los estábamos esperando.

—¿Quiénes? —preguntó Dennis.

—He reunido a los socios.

Dennis lo siguió dentro, apresurándose a mantenerle el ritmo.

—Preferiría hablar con cada uno de ustedes por separado.

Nevin negó con la mano.

—Es un poco tarde para eso. Ya le están esperando.

—Usted es un abogado penalista, señor. Comprenderá que las declaraciones de las personas pueden diferir, siempre que sean interrogadas por separado.

—No es que seamos testigos presenciales de un crimen. Solo somos sus colegas. Y, además, somos gente ocupada. Debería considerarse afortunado de que podamos verle.

Dennis intercambió una mirada con Johnny.

—Con todo respeto, señor —le dijo a Nevin—, una de sus asociadas júnior ha muerto. No me imagino que le sorprenda que la policía necesite hablar con usted.

Nevin gruñó. Abrió de un empujón la puerta de una sala de conferencias con paredes de cristal. Dentro había dos mujeres. La más cercana tenía unos cuarenta años; era una mujer atractiva de pelo oscuro y ojos azules penetrantes. Su colega rondaba los sesenta y tenía el pelo largo y gris recogido en un moño. Su ropa y su pelo la hacían parecer una antigua matrona, pero la intensidad de su mirada daba la impresión de cualquier cosa menos maternal.

Nevin señaló dos asientos y Dennis y Johnny los ocuparon. Nevin se sentó frente a ellos, entre sus dos compañeras.

—Gracias por recibirnos —dijo Dennis—. ¿Pueden decirnos sus nombres?

La mujer más joven, la atractiva, se inclinó sobre la mesa.

—Elsa Short. ¿Y ustedes son?

—El sargento Frampton y el cabo Chiles —dijo Dennis, indicando a Johnny.

Elsa asintió.

—Y yo soy Aurelia Cross —dijo la otra mujer—. Espero que esto sea breve.

Dennis alzó una ceja.

—Tardará lo que tenga que tardar, señora.

Johnny sacó su bloc de notas del bolsillo, y Dennis se removió en su silla. Era moderna y dura.

—Necesitamos saber más sobre el historial laboral de la señora Khan, sobre los casos en los que estaba trabajando y, en particular, sus movimientos en las dos últimas semanas.

—¿Creen que estaba tramando algo? —preguntó Elsa.

—No creemos nada —respondió Dennis—, pero necesitamos obtener todos los antecedentes posibles.

—Estoy segura de que todo esto ya se lo dio Harry ayer —dijo Aurelia.

—Pudimos obtener alguna información, sí —dijo Dennis—. Mi colega habló con él.

—La inspectora Clarke —añadió Nevin, curvando el labio.

—Entonces —continuó Dennis—, ¿pueden hablarnos de sus pautas de trabajo en las últimas semanas, de los casos que tenía asignados? ¿Estuvo todos los días o se tomó alguna baja por enfermedad? ¿Sufría algún problema de enfermedad o aflicciones de salud mental?

—¿Salud mental? —repitió Aurelia Cross—. ¿Qué están insinuando? ¿Creen que se suicidó?

—Ahora estamos seguros de que su muerte es sospechosa —respondió Dennis—. Así que necesitamos saber si su trabajo estaba relacionado con su muerte.

—¿Alguien de aquí la mató? —preguntó Elsa Short.

—No necesariamente. Imagino que es más probable que...

—¿Así que quiere que le entreguemos información confidencial de clientes para que pueda hacerse una mejor idea de Ameena y de cómo era? —interrumpió Elsa.

—Comprendo la necesidad de confidencialidad del cliente —aseguró Dennis—. Pero también entenderán la importancia de formarnos una idea lo más completa posible en una investigación por asesinato.

Ella sostuvo su mirada sin pestañear.

—Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

Sintió que Johnny se agitaba a su lado. «No les muestres que estás incómodo, muchacho».

—Empecemos por la semana pasada —dijo Dennis, volviéndose hacia Nevin—. ¿Dónde estuvo el viernes?

—Miren —dijo Nevin—, sé que han estado husmeando en sus casos y que creen que estuvo involucrada en el caso de Steven Leonard.

Dennis entrecerró los ojos.

—¿Lo estaba?

—Ha estado hablando con el policía que arrestó a Leonard.

Dennis se puso tenso. ¿Cómo sabía eso Nevin?

—Puedo decirle —continuó Nevin— que era mi cliente, no el de Ameena.

—Entonces, ¿por qué aparece Ameena como su abogada en los archivos policiales? —preguntó Dennis.

Nevin se encogió de hombros.

—Fue el primer nombre que obtuvieron cuando detuvieron a Leonard. Él les dio su nombre, pero fui yo quien lo representó. El caso Leonard no tiene nada que ver con Ameena. Pueden dejarlo estar.

Dennis ladeó la cabeza.

—Steven Leonard era un criminal de poca monta para un abogado experimentado como usted.

—No miramos así a nuestros clientes, sargento.

—Y, además —continuó Dennis—, los registros judiciales dicen lo mismo. Ameena Khan era la abogada de registro.

—Una vez más —dijo Nevin—, todo esto se debe a un error administrativo cometido por la policía, que se transmitió al Tribunal de Magistrados. Compruébenlo con el CID de Bournemouth. Confirmarán que se equivocaron y que fue conmigo con quien trataron.

A su lado, Aurelia Cross se reclinó en su silla. Tenía las manos en el regazo y los hombros bajos. Elsa Short, en cambio, estaba

tranquila. Miraba entre Dennis y Johnny con aquellos ojos azules como el acero.

Dennis ya sabía que, si había algo que descubrir sobre el caso de Steven Leonard, tendrían que hacerlo sin la ayuda de Nevin. Pero tenía que defender a sus antiguos colegas del Bournemouth.

—El sargento Biggins, de la comisaría de Bournemouth es un buen agente, con mucha experiencia. Confío en él.

—El sargento Biggins se equivocó —replicó Nevin—. Es irrelevante, déjelo.

Johnny se inclinó hacia él.

—Para ahorrarles tiempo, ¿podríamos hablar con la asistente personal de Ameena para saber sus movimientos en las últimas semanas?

«Buena idea», pensó Dennis.

Aurelia Cross negó con la cabeza.

—Sam está de baja por enfermedad.

—Podemos contactar con ella en casa —respondió Johnny.

—No voy a darles información privada —dijo Cross.

—Esta es una investigación de asesinato —dijo Dennis—. Tenemos derecho a su número de móvil.

Aurelia Cross gruñó.

—No sabe nada y no se encuentra bien. Déjenla en paz.

Nevin se levantó.

—Ya dije que éramos gente ocupada. Eso es todo por ahora.

Dennis permaneció sentado.

—Todavía tenemos que preguntar…

Nevin golpeó la mesa con el puño.

—Sargento Frampton, tenemos clientes que necesitan nuestra atención. No tenemos nada más que decir, y ya tienen todos los archivos. Hablen con el marido de Ameena. Imagino que esto resultará ser algún tipo de incidente doméstico.

Dennis se quedó mirándolo. Ambos sabían que no había nada de doméstico en la muerte de Ameena Khan. Pero Dennis no conseguiría nada de Harry Nevin si intentaba presionarlo.

Se levantó y miró al abogado por encima de la mesa.

—Si necesitamos algo más, estaremos en contacto.

—Sí, hagan eso —respondió Nevin.

CAPÍTULO DIECISIETE

LESLEY TOMÓ la A352 en dirección a Dorchester. La carretera estaba muy transitada en la otra dirección, llena de veraneantes que se dirigían a la playa. Pero su ruta estaba despejada y llegó en veinticinco minutos.

Al cruzar la A35, en las afueras de la ciudad, sonó su teléfono: Dennis.

Conectó el manos libres.

—¿Cómo te ha ido?

—Hola a ti también.

Lesley puso los ojos en blanco.

—No me entretengo con saluditos.

—No está de más ser educado —replicó Dennis.

Tensó la mandíbula. Dennis tenía sus debilidades. Le gustaba que las cosas se hicieran a la antigua, con educación. A veces la sacaba de quicio.

—Cuéntame cómo ha ido —le pidió Lesley.

—Hablamos con los tres socios: Nevin, Cross y Short.

Al oír el nombre de Elsa, Lesley pisó el pedal del freno. Un coche tocó el claxon detrás de ella. Miró por el retrovisor y se disculpó con la mano.

—Espera un momento, Dennis. —Se detuvo. Cuando estuvo parada en un arcén, cogió el teléfono—. Dime lo que dijeron.

—No mucho, jefa. Nevin insistió en que el caso de Steven Leonard no tenía nada que ver con Ameena. Dijo que fue él quien se

encargó de ese caso.

—Pero en Bournemouth te dijeron...

—Nevin dice que el agente de Bournemouth se equivocó.

—¿Por qué iba a equivocarse? —preguntó—. Además, está el expediente judicial.

—Insiste en que era su caso, no de ella. Dice que el error viene de Bournemouth y que por eso el expediente judicial está mal.

—Pero dijiste que hablaste con uno de tus antiguos colegas.

—Sí, el sargento Biggins. Me dijo que trató con Ameena Khan personalmente.

—Entonces, ¿por qué Harry Nevin mentiría al respecto? —preguntó—. Es socio principal de un importante bufete local. ¿Por qué mentiría para hacernos creer que se estaba encargando de un caso menor de posesión con intención de suministro?

—No lo sé, jefa —respondió Dennis—. Pero creo que deberíamos investigarlo.

—Estoy de acuerdo. ¿Dónde estás ahora?

—A las afueras de Bournemouth. De vuelta a la oficina. Johnny va conduciendo; no me apaño con el manos libres.

Lesley sonrió.

—Ponte a investigar cuando vuelvas. Llama antes a Mike y Tina y diles que empiecen.

—Sí, jefa.

—Muy bien. Yo voy de camino al laboratorio forense. Deberían tener las fotos listas para nosotros. Tal vez tengan incluso los resultados del ADN. —Arrancó el coche.

—Hay una cosa más —añadió Dennis.

Lesley apagó el coche.

—¿Qué cosa?

—La asistente personal de Ameena Khan, la que te agarró ayer en la calle, está de baja por enfermedad.

—No me pareció que estuviera muy enferma.

—Aurelia Cross nos dijo que se había ido de baja. Al parecer está muy enferma y debemos dejarla en paz.

—Ya veo —musitó Lesley—. Eso me parece más que una coincidencia. —Recordó el rostro de la joven cuando la había parado

en la calle. Parecía asustada. Quizá tenía razón para estarlo.

Tamborileó con los dedos en el volante. Gail podría enviarle esas fotos por correo electrónico.

—Yo me encargo de Sam. Tú vuelve a la oficina y ponte con el caso de Steven Leonard.

—¿Sam? —preguntó Dennis.

—La asistente personal, Dennis. Tiene nombre.

—Por supuesto. —Dennis colgó.

Lesley marcó otro número.

—Mike, ¿ya me conseguiste esa dirección?

CAPÍTULO DIECIOCHO

TINA SE PUSO rígida cuando el sargento y Johnny volvieron a la oficina.

Prefería cuando estaban fuera; se sentía más cómoda en compañía de Mike. Este no la miraba como si fuera una impostora. Para ser justos, Johnny no lo hacía todo el tiempo, solo cuando el sargento estaba con él. Johnny se transformaba en cuanto Frampton estaba cerca. Y Tina se había dado cuenta de que el sargento no estaba de acuerdo con que trabajara con ellos. No le gustaba tener a un patrullero en el equipo. O eso, o no era bueno trabajando con mujeres.

Mike colgó el teléfono.

—¿Cómo os ha ido?

La mirada de Dennis pasó de Mike a Tina.

—No muy bien.

Dennis se sentó en su silla y encendió el ordenador. Mike lo observó, esperando más información. Tina se desplomó en su silla. Se estaba acostumbrando. En cuanto salía de la sala, intercambiaban historias y se ponían al día sobre el caso. Pero, en lo que se refería al sargento, ella no necesitaba participar.

Johnny le guiñó un ojo.

—¿Todo bien por aquí?

Tina sonrió en respuesta.

—Todo bien.

Mike había girado su silla hacia Johnny. Hablaban en voz baja. Tina suspiró y volvió a su ordenador.

No dejaría que esto la afectara. Demostraría que podía hacer este trabajo, que era un miembro digno del equipo. No sabía si se comportaban así por su uniforme o por su sexo. En cualquier caso, la única manera de superarlo era ponerse manos a la obra.

El equipo de crímenes graves nunca había tenido a una patrullera entre sus filas. Y si el sargento se salía con la suya, ella no duraría. Pero le gustaba trabajar para la inspectora. Disfrutaba metiéndose en casos como ese. Quería conservar el trabajo. Y no quería enfadar a nadie.

Volvió al expediente de Steven Leonard. El hombre tenía una serie de delitos previos: posesión, robo con allanamiento de morada, agresión leve… todos de poca monta, pero persistentes. Lo habían condenado a varias penas suspendidas, y había pasado la mayor parte de su vida adulta con un brazalete en el tobillo. Antes de eso, había estado dos veces en centros de detención de menores. Su primera detención por drogas fue a los dieciséis años. Su jefe figuraba como adulto responsable. Parecía que sus padres estaban fuera de juego.

El jefe era un hombre llamado Arthur Kelvin. Tina conocía ese nombre.

Siguió investigando en los archivos. El negocio en el que Leonard había trabajado era el desguace de Hamworthy. Lo había visitado un par de veces cuando llevaba uniforme. El CID sospechaba que era una tapadera para una operación de blanqueo de dinero. Pero, que ella supiera, nunca habían conseguido nada.

Si Steven Leonard tenía tantos antecedentes penales, ¿cómo había conseguido una condena tan leve por posesión con intención de suministrar? Nada de eso tenía sentido. A menos que tuviera algo que ver con su jefe.

Miró más allá de su pantalla.

—Sargento.

El sargento levantó la vista.

—¿Sí, Tina? —Su voz le recordó a un profesor de escuela aburrido que le sigue la corriente al más lento de la clase.

Tragó saliva.

—Creo que querrás ver esto.

Dennis se levantó y se paseó alrededor de su mesa, dejando claro que no tenía prisa. Tina señaló la pantalla.

—El primer delito de Steven Leonard fue cuando tenía dieciséis años, sargento. Entonces trabajaba para el desguace de Hamworthy. Arthur Kelvin actuó como su adulto responsable en los interrogatorios policiales.

Dennis frunció el ceño.

—¿Has hablado con la inspectora sobre esto?

—Acabo de verlo.

—Vale. Ya se lo diré yo si necesita saberlo.

—Por supuesto.

Volvió a su escritorio sin una palabra más.

—¿Crees que aquí podría haber un...? —preguntó Tina, y se estremeció cuando él la interrumpió.

—Dudo que sea relevante, Tina.

—Pero si hay un vínculo con el...

—Déjalo, agente. Tenemos que centrarnos en el bufete de abogados. Esto no está conectado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

SAM CHASTON, asistente personal de Ameena, vivía en una estrecha casa adosada en Springbourne, un suburbio al este del centro de Bournemouth.

Lesley aparcó el coche y observó la calle. El único movimiento era el de una mujer que se dirigía a una pequeña hilera de tiendas en el extremo opuesto.

Inspeccionó la casa de Sam. No había señales de vida. Las cortinas de la ventana principal estaban echadas y la puerta, bien cerrada.

Subió por el camino, comprobando si había movimiento en las casas de los vecinos, y llamó a la puerta. Al cabo de unos instantes, esta se entreabrió, con la cadena aún sujeta. Lesley mostró su carné de identidad.

—¿Sam Chaston? Soy la inspectora Clarke. Hablamos ayer.

Sam negó con la cabeza.

Lesley puso la mano en la puerta.

—¿Puedo entrar, por favor?

Sam miró más allá de Lesley hacia la calle.

—¿De qué va esto?

—Es sobre lo que tenías tantas ganas de contarme ayer.

Los ojos de Sam recorrieron el rostro de Lesley.

—No puedes quedarte mucho tiempo. —Quitó la cadena y abrió la puerta con movimientos torpes, como si le costara tomar la

decisión. Se quedó en el umbral, mirando a Lesley como si esperara que la mordiera. Tenía los ojos muy abiertos y la piel enrojecida.

Lesley le dedicó una sonrisa. Miró a la joven de arriba abajo. Sam llevaba un traje morado y una elegante blusa blanca. Estaba completamente maquillada y llevaba el pelo bien peinado.

—No pareces enferma —dijo Lesley.

—¿Perdona?

—Tus jefas nos dijeron que estabas de baja.

—Ah, no… Es solo que, con Ameena muerta, no tengo nada que hacer.

Lesley frunció el ceño. Eso no era lo que les habían dicho.

—Por favor —dijo Lesley—. Estoy segura de que preferirías que tuviéramos esta conversación dentro.

Sam se asomó por encima del hombro de Lesley, mirando al otro lado de la calle.

—No es un buen momento.

—Ayer parecías ansiosa por hablar conmigo. ¿Qué ha cambiado? —Lesley miró hacia el pasillo. Una sillita plegada estaba apoyada en una pared y había juguetes desparramados al pie de la escalera—. ¿Tienes un niño?

Sam asintió.

—Una hija. Está en la guardería.

—¿Solo una? —le preguntó Lesley.

Sam asintió.

—¿Estás sola?

—Sí —confirmó Sam—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Pareces nerviosa.

—No puedo poner en peligro mi trabajo —le explicó Sam—. No quiero meterme en problemas.

—¿Te ha amenazado alguien? ¿Alguien del trabajo?

—No, claro que no. —Sam volvió a mirar por encima del hombro de Lesley. Su mandíbula se aflojó.

Agarró la puerta y la empujó hacia Lesley.

—Por favor, necesito que te vayas.

Lesley miró a su alrededor.

Un Fiesta de color marrón había aparcado detrás de su coche y un hombre salió de él. Tenía el pelo largo y grasiento, y una cara que haría que cualquier mujer saliera corriendo. Su coche tenía largos arañazos en el lateral. No era el mejor barrio, pero, aun así, no encajaba. Dudaba mucho que viviera aquí.

Se volvió hacia Sam.

—¿Está aquí por ti?

La puerta estaba cerrada.

Lesley bajó los hombros. Se dio la vuelta y caminó hacia el hombre. Al acercarse, él la miró con el ceño fruncido y se dio la vuelta. Se metió en el coche y se marchó.

Lesley se quedó de pie en la acera, mirando cómo desaparecía el vehículo. ¿Qué demonios estaba pasando?

CAPÍTULO VEINTE

GAIL ESTABA CONSULTANDO en Google las vistas por satélite del lugar del crimen cuando sonó su teléfono. Lo cogió sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

—Hola Gail. Soy Sunil.

Sunil Chaudhary era miembro del equipo forense digital. Gail le había enviado las fotos de la cámara de Ameena con la esperanza de que pudiera mejorarlas. En particular, la foto de la mano.

—¿Tienes algo para mí? —le preguntó.

—Buenas noticias.

Gail se reclinó en la silla y le hizo una señal a Brett, que estaba en el escritorio detrás de ella.

—Cuéntame —le dijo a Sunil.

—Estoy seguro de que es la mano de un hombre. Las proporciones de los dedos, el grosor de los nudillos y el anillo parecen de hombre.

Gail se incorporó.

—¿Qué anillo?

—Es indistinto en la silueta, pero cuando realzas la foto y mejoras la iluminación, definitivamente lleva un anillo.

—¿Qué tipo de anillo? —preguntó, y vio que Brett acercaba su silla al escritorio. Sus ojos exploraron su rostro.

—Es un anillo de sello —dijo Sunil—. Cuadrado, de plata, o quizá de oro blanco. Aunque creo que es de plata, a juzgar por los arañazos que tiene.

—¿Algún grabado? ¿Alguna marca distintiva?

—No veo nada, lo siento. Solo un anillo.

—¿En qué dedo está?

—En el dedo anular.

—¿De qué mano?

Gail no había podido distinguirlo en la versión original de la foto. O era una mano derecha tomada desde el dorso, o una mano izquierda tomada desde la palma.

—Es la mano derecha —confirmó Sunil—, lo que significa que probablemente no sea un anillo de bodas.

—En ese caso, ¿puedes distinguir el cuadrado del anillo de sello?

—Claro que sí —contestó—. Debería estar en tu bandeja de entrada ahora mismo.

Abrió el correo electrónico de Sunil. En efecto, había una versión mejorada de la fotografía de la mano del hombre. El anillo se veía con claridad. Era plateado, con la parte superior cuadrada y algunos arañazos en el lateral. Había un grabado, pero no pudo distinguir los detalles.

Miró a Brett.

—¿Te resulta familiar?

Este sacudió la cabeza, mirando la pantalla.

—Gracias Sunil —se despidió—. Te debo una.

—La próxima vez que estemos en el pub, me invitas a una copa.

—Hecho.

Se volvió hacia Brett.

—Tenemos que rastrear esto, encontrar de dónde vino.

—Podría haber venido de cualquier parte —respondió su compañero—. Es solo un anillo.

Pero Gail sacudió la cabeza.

—Es grueso, parece caro. Dependiendo de lo que esté hecho...

—Un anillo así es de plata —dijo Brett, ladeando la cabeza—. ¿Cuánto costará? ¿Cien, doscientas libras? No es tan caro.

Gail alzó una ceja.

—¿Es que acaso te compras muchas joyas caras?

—No. —Se rio.

—Vale, se lo daremos al equipo de investigación. A ver si pueden localizar a los joyeros.

—¿Quieres que mire yo en joyerías en su lugar? —ofreció Brett.

—No, este es su trabajo.

—Podría ser de alguna joyería de la zona —insistió—. Tengo un amigo que…

—Brett —le interrumpió—. No es nuestro trabajo localizar joyeros. Tú sigue con lo que estás haciendo. Llamaré a Lesley.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LESLEY APORREÓ la puerta de la casa de Sam.

—¡Sam! ¡Déjame entrar! ¿Quién era ese hombre?

—Vete. —Oyó la voz de Sam—. No quiero hablar contigo.

—Sam, por favor. ¿Quién es? ¿Por qué le tienes miedo?

—Los tuyos han debido irse de la lengua. Ahora ellos lo saben.

Lesley miró hacia atrás, en la dirección por la que se había marchado el hombre. Podría haberle seguido, pero tenía fotos de su coche y de su matrícula.

Abrió el buzón y miró a través de él. Pudo ver los pies de Sam al pie de la escalera.

—Sé que tienes miedo, Sam, pero estoy aquí para ayudarte. Si se te ocurre algo, si quieres hablar conmigo, llámame. Tienes mi número de móvil.

—Vete.

Lesley suspiró. Dejó caer la solapa del buzón y regresó al coche. Aún tenía que ir a Dorchester, al laboratorio forense. Agarró el volante mientras conducía, con la mandíbula tensa.

Intentó llamar a Dennis, pero su línea estaba ocupada. «Maldita sea. ¿Qué estará haciendo?»

Tenía fotos en su teléfono. El coche, el hombre, las matrículas. Suponiendo que el coche le perteneciera, y que esas matrículas no fueran falsas, lo localizarían.

Volvió a llamar a Mike.

—Hola, jefa.

—Mike, te voy a enviar unas fotos. Quiero que identifiques al hombre.

—¿Qué hombre?

—Acabo de ir a casa de Sam Chaston y este tipo apareció mientras yo estaba allí. Estoy segura de que le tenía miedo. Me pregunto si lo han enviado para amenazarla.

—¿Del bufete de abogados?

—No lo sé. Pero sea quien sea, necesitamos su identidad.

—No hay problema, jefa. Envíalas cuando quieras.

—Te las enviaré por correo electrónico ahora.

Miró por el retrovisor y señalizó para detenerse. Estaba en una autovía y justo delante había una zona de descanso. Detuvo el coche y sacó el teléfono del soporte. Unos instantes después, había enviado un correo electrónico a Mike con las fotos adjuntas.

Estaba a punto de marcharse cuando sonó el teléfono. Era un número oculto.

Contestó.

—Mike, ¿los tienes?

—¿Quién es Mike?

Mierda. Conocía esa voz.

Arrancó el motor y se alejó.

—Terry, estoy trabajando.

—Tenemos que hablar, Lesley —dijo su marido.

—Acabo de decírtelo: estoy trabajando. Estoy en medio de un caso de asesinato, y voy conduciendo.

—Estás con el manos libres. Ir al volante no te ha parado nunca.

—¿Has llamado solo para criticarme o tienes algo que decir?

La última vez que Lesley había hablado con Terry en persona fue cuando ella volvió a casa para una visita sorpresa. Tenía una reunión en Birmingham y había decidido regresar la noche anterior. Entró en casa y encontró a la amante de su marido en la cocina.

—¿Qué quieres, entonces? —espetó, acelerando.

—Fui un mierda, lo siento.

Lesley no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué quieres, Terry?

—Creo que deberíamos hablar con calma, de un ser humano a otro. No a través de abogados.

Ahora sabía por qué llamaba.

—Veo que has recibido la carta de mi abogado.

Había contratado a un hombre llamado Christopher Draper, amigo de Elsa. Le había dicho que era un respetable abogado de familia y que podría conseguirle lo que le correspondía.

—No llamo por eso —dijo Terry.

—Mentira —reprochó Lesley—. Crees que vas a perder la casa y temes que vas a perder también la custodia de Sharon. Me ha dicho que os habéis peleado.

—Eso no es asunto tuyo...

—Soy su madre, Terry. Necesito saber si te has estado metiendo con ella.

—Estás a doscientas jodidas millas de distancia.

—Ciento cuarenta, para ser precisos, y Sharon ha estado aquí todos los fines de semana. Está claro que no quiere pasar tiempo contigo y tu noviecita.

—No es mi noviecita. Se llama Julieta.

Lesley agarró el volante. Debería reducir la velocidad. Debería parar el coche.

—No me interesa —le dijo—. Solo necesito una respuesta a la carta de mi abogado.

En la carta, ella decía que impugnaba su demanda de divorcio. Él había intentado alegar un comportamiento irrazonable, diciendo que Lesley trabajaba demasiado y que había sido imposible vivir con ella, pero ella tenía más munición que eso. Tenía pruebas de adulterio. Por el amor de Dios, los había pillado *in fraganti*.

Llegó a las afueras de Dorchester y señalizó a la derecha para entrar en la ciudad.

—Estoy trabajando —repitió—. Has visto la carta de mi abogado, tienes que responder formalmente.

—Creo que deberíamos ir a mediación —sugirió—. Hablarlo como adultos.

Giró a la izquierda y luego a la derecha. No estaba del todo segura de dónde estaba el laboratorio forense, tan solo conducía a

ciegas hacia el centro de la ciudad.

—Me lo pensaré —le dijo a Terry.

—Gracias.

Lesley tocó la pantalla del teléfono para finalizar la llamada, con el cuerpo alterado. Se había perdido, pero no le importaba.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

DENNIS CONSULTÓ SU RELOJ. Las doce y cinco, una hora aceptable para tomarse un descanso. Levantó la vista de su escritorio.

—Johnny, ¿tienes media hora?

Johnny frunció el ceño.

—¿Media hora, sargento? ¿Qué pasa?

—Vamos a tomar una pinta.

—¿Una pinta?

—No tiene que ser una pinta, Johnny. Vamos a tomar un poco de aire fresco, ¿de acuerdo?

Johnny se encogió de hombros. Intercambió miradas con Mike y se levantó. Cogió la chaqueta y se la colgó de los hombros.

—Vamos, entonces —dijo Dennis.

—Un momento, sargento. —Johnny abrió el cajón superior de su escritorio y rebuscó en su interior. Sacó unas monedas y se las metió en el bolsillo. Dennis se preguntó si el agente tenía cartera.

Veinte minutos más tarde, estaban en el Ship Inn. Era una taberna casera con muebles antiguos y una amplia chimenea, apagada en aquel momento. Dennis pidió una pinta de cerveza tostada con limonada y un bocadillo de queso y tomate. Johnny pidió una pinta de alguna cerveza de moda y un sándwich de palitos de pescado.

Dennis lo miró.

—¿Sándwich de palitos de pescado? ¿Esto qué es, una guardería? —protestó.

Johnny se tapó la boca mientras se le caían las migas sobre la mesa.

—Está de moda, sargento.

—¿Cómo puede estar de moda un bocadillo de palitos de pescado?

Johnny se encogió de hombros.

—Palitos de buena calidad, supongo. Salsa tártara de lujo.

—Se parecen a los sándwiches que me daba mi madre —dijo Dennis.

Johnny tragó saliva y se rio.

—Sabe bien. —Volvió a reclinarse en su silla—. ¿Qué pasa entonces, sargento?

—Aquí puedes llamarme Dennis. —Habían trabajado juntos durante más de diez años. Habían pasado de la Uniformada al CID al mismo tiempo, Dennis como sargento y Johnny como cabo.

—¿Cómo van las cosas en casa? —le preguntó Dennis—. ¿Cómo está Alice?

Johnny sonrió.

—Está enorme.

—¿Cuándo sale de cuentas?

—En septiembre. Un niño.

Dennis sonrió.

—Qué bien. Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré, sargento… digo, Dennis. ¿Cómo está Pam?

—Está fabulosa.

—Según tú, siempre está fabulosa —dijo Johnny.

Dennis se quedó mirándolo.

—Eso es porque mi esposa es una mujer magnífica. No te atrevas a criticarla.

Johnny levantó las manos en señal de súplica.

—Nunca me atrevería. —Dio otro mordisco a su sándwich de pescado y se limpió la boca con una servilleta.

Dennis observó su sándwich de queso y tomate. A pesar de los gruesos trozos de pan blanco, bastante más caro que el blanco de

molde que compraba Pam, era sencillo e insípido.

—¿Qué ocurre, entonces? —preguntó Johnny.

—Quería comentarte algo. —Dennis se inclinó sobre la mesa—. Entre tú y yo.

Johnny asintió.

—Por supuesto. ¿Tiene que ver con el caso?

—Sí. ¿Conoces el caso de Steven Leonard, el que la inspectora cree que Harry Nevin nos está ocultando?

—Sí —contestó Johnny—, el que encontró Tina.

Dennis gruñó.

—Solía trabajar para Arthur Kelvin.

—¿Quién? —quiso aclarar Johnny.

—Steven Leonard.

—¿Arthur Kelvin? ¿El mismo de siempre?

—¿A cuántos Arthur Kelvins conoces? —amonestó Dennis.

Johnny se encogió de hombros. Se limpió las manos en los pantalones, haciendo que Dennis hiciera una mueca de desagrado.

—Cuando lo arrestaron por primera vez —continuó Dennis— trabajaba en el desguace de Kelvin. Kelvin lo defendió, le dio una referencia.

Johnny ahogó una carcajada.

—¿Una referencia de Arthur Kelvin?

—Se hace pasar por un respetable empresario. Aún lo hace.

Johnny puso los ojos en blanco. Ambos sabían qué clase de hombre era Arthur Kelvin. Pero también sabían cómo se presentaba y cómo sus caros abogados habían conseguido evitar que se metiera en problemas. Hasta ahora.

—¿Crees que los Kelvin podrían estar relacionados con todo esto? —le preguntó Johnny.

Dennis echó un vistazo al bar y sintió un cosquilleo en la piel.

—Baja la voz, hijo.

—Lo siento, sargento.

Dennis se rascó la barbilla. Se había dejado un parche sin afeitar justo en el centro, en la parte inferior.

—No —contestó entonces—. No creo que esté relacionado con todo esto. Pero sí creo que tenemos que vigilar nuestras espaldas.

La cara de Johnny se ensombreció.

—¿Después de lo que pasó con...?

Dennis puso la mano sobre la mesa.

—No hablamos de eso, ¿a que no?

—Lo siento —murmuró Johnny. Apartó el plato y cogió el vaso. Dio un largo trago, recorriendo el bar con la mirada. Finalmente, dejó el vaso.

—¿Se lo has contado a la inspectora?

Dennis negó con la cabeza.

—No necesita saberlo. No es relevante.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas a mí?

—Tenía que hablarlo con alguien. —Dennis se estremeció, irritado por tener que dar explicaciones—. Solo quería que lo supieras.

Johnny asintió, mirando su reloj.

—Será mejor que...

Dennis le agarró del brazo.

—Si esto estalla, más nos vale estar preparados.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LOS CSI TRABAJABAN en una oficina a las afueras de Dorchester, que sufría de corrientes de aire. Lesley estaba sentada junto a Gail, tiritando a pesar del calor que hacía fuera, y observaba cómo la encargada de la escena del crimen se desplazaba por las fotos en su ordenador.

Habían mejorado la imagen de la mano del hombre de la cámara de Ameena, y se veía claramente un anillo de sello. Lesley se inclinó para mirarlo. Era plateado, con la parte superior cuadrada y arañazos visibles. Había un grabado que se veía borroso en la foto. La mano era blanca, con algunos pelos en los nudillos y arrugas. Así que ese hombre era lo bastante poderoso como para empujar a Ameena por el acantilado, pero no lo bastante joven como para tener las manos suaves.

Lesley se volvió hacia Gail.

—¿Podemos sacar huellas de esto?

Gail negó con la cabeza.

—Muestra el dorso de la mano. Aunque el dorso de la mano puede tener marcas distintivas, aquí no hay nada útil.

Lesley torció los labios.

—¿Y esta es la única foto que tenemos de su mano?

—Si tuviéramos otra, te la habría enseñado.

Aun así, al menos tenían el anillo.

—¿Tienes alguna idea de dónde viene? —preguntó Lesley, señalándolo.

Gail se encogió de hombros.

—Brett tiene la teoría de que es de un joyero local. No hay muchos que vendan anillos así por aquí. Muchos venden anillos con minerales: amatistas, ópalos, ese tipo de cosas. Todo el rollo de la Costa Jurásica. Pero la mayoría son para mujeres. No hay muchas joyerías locales que vendan anillos de hombre.

Lesley lo miró, deseando poder distinguir el grabado.

—Podría haberlo comprado por internet. O en una tienda fuera de la zona.

—Merece la pena echar un vistazo —dijo Gail—. Tal vez uno de tus chicos pueda comprobar las joyerías locales.

Lesley asintió.

—Empezaremos lo más cerca de la escena del crimen, en Swanage. Hay algunas joyerías en Castillo de Corfe. Luego miraremos en Bournemouth y Poole.

—Podrían ser bastantes negocios —dijo Gail.

—Ni idea de cuántas joyerías hay en este condado —respondió Lesley—. Pero espero que solo haya unas pocas que vendan anillos como ese.

—Y que pueda recordar quién lo compró —añadió Gail.

Lesley señaló la foto.

—¿Es caro?

Gail negó con la cabeza.

—Brett calcula unas cien o doscientas libras. Nada del otro mundo.

—Aun así, suficiente como para que guarden los recibos —dijo Lesley—. Merece la pena intentarlo. Le diré a alguien del equipo que lo investigue.

Sonó su teléfono.

—Inspectora Clarke.

—Jefa, soy Mike.

—Mike, tengo otro trabajo para ti —le dijo.

—Ah, vale. Pero tengo un nombre que darte.

—¿El tipo de la casa de Sam Chaston?

—El mismo. Su nombre es Danny Rogers, vive en Ringwood.

—¿A qué distancia está eso? —preguntó Lesley. Había pasado por Ringwood, en Hampshire, cuando se mudó por primera vez desde las Midlands. Recordaba haber estado sentada en el tráfico durante al menos una hora después de aquello.

—No es nada —dijo Mike—. Veinte minutos a Bournemouth por la A338.

Lesley se recostó en su silla. ¿Estaba esto relacionado con el asesinato?

—Tal vez es su novio —sugirió Mike.

Sacudió la cabeza.

—No lo miraba como si fuera su novio. Lo miraba como si estuviera asustada.

—¿Exnovio, entonces?

—A lo mejor.

Uno de los colegas de Gail se acercó a Lesley, indicándole que necesitaba hablar con Gail. Era alto, de pelo desgreñado. Lesley retrocedió en su silla y le dejó pasar. Se agachó para hablar con Gail en voz baja. Lesley intentó escuchar mientras hablaba con Mike.

—¿Rogers tiene antecedentes?

—Una trifulca, hace tres años.

—¿Violencia doméstica?

—¿Estás pensando que tal vez es su ex?

—Probablemente no lo sea, pero no podemos descartarlo. ¿Puedes comprobar su expediente? Asegúrate de que no haya informes relacionados con su dirección o la de Sam. Y quiero hablar con él.

Mientras Mike leía en voz alta una dirección en Ringwood, Lesley tuvo una idea.

—¿Dónde trabaja?

—Un momento.

El colega de Gail se enderezó. Saludó a Lesley con una inclinación de cabeza y volvió a su mesa.

—Tengo su lugar de trabajo —dijo Mike—. Es un taller de carrocería en Christchurch.

«Bien. Un poco más cerca de casa», pensó Lesley. Miró la pantalla de Gail.

Mike leyó en voz alta la dirección.

—¿Puedes enviármela por mensaje? La pongo en el GPS.

Últimamente lo usaba mucho. Se preguntaba si llegaría al punto en el que las carreteras le resultaran familiares. Seguramente sería en el momento en que terminara su misión y la enviaran de vuelta a Birmingham.

—Antes de que te vayas, Mike, tengo una imagen que me gustaría que echaras un vistazo. ¿Conoces alguna joyería local que venda anillos de hombre?

—Ninguna, lo siento.

Lesley estaba segura de haber visto a Mike con un anillo en la mano derecha.

—Te lo enviaré de todos modos. Dime si tienes alguna idea de dónde lo pueden haber comprado.

Asintió a Gail, que hizo clic varias veces con el ratón.

—¿Lo tienes? —le preguntó Lesley a Mike.

—Sí, lo estoy abriendo.

—Hay una foto adjunta —le dijo—. Échale un vistazo al anillo.

Hubo una pausa mientras abría el correo electrónico y examinaba la foto.

—¿Alguna idea? —le preguntó—. ¿Alguna joyería que venda ese tipo de cosas?

—No, jefa. Pero creo que lo he visto antes.

Se le erizó la piel.

—¿Dónde?

—No estoy seguro. —Bajó la voz.

—Mike, ¿sigues ahí?

—Espera un momento.

Oyó movimiento al otro lado del teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a tu oficina. No te importa, ¿verdad?

—¿Por qué vas a entrar en mi despacho?

—Quiero mirar la pizarra.

Los ojos de Gail se clavaron en Lesley. Esta se encogió de hombros ante la forense.

—¿Lo has visto en alguien cuya foto está en el tablón? —le preguntó a Mike.

—Solo quiero comprobarlo.

—OK. —Sentía que se le oprimía el pecho. Miró a Gail, que observaba su rostro.

Unos segundos después, Mike volvió a la línea, sin aliento.

—Tenía razón, jefa.

—¿Razón en qué? —Lesley se incorporó.

—He visto este anillo antes.

—¿A quién? —Lesley pasó las uñas sobre el escritorio, consciente de la mirada de Gail sobre ella.

—A Nevin —respondió Mike—. Se lo he visto a Harry Nevin.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LESLEY VOLVIÓ A MIRAR el rostro expectante de Gail mientras esperaba a que contestaran al teléfono. Gail le devolvió la mirada con las fosas nasales ensanchadas. Lesley tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—Vamos —susurró Lesley entre dientes. Sabía que estaba allí; había hablado con su secretaria. ¿Por qué no respondía a su llamada?

Por fin descolgaron el teléfono.

—Superintendente Carpenter.

—Señor, soy la inspectora Clarke.

—Lesley. ¿Tienes algún progreso del que ponerme al día?

—Sí, señor. Tenemos un sospechoso.

—¿Ya? Buen trabajo. ¿Quién?

—Harry Nevin, señor. Es un socio mayoritario del bufete donde trabajaba nuestra víctima.

—¿Y en qué te basas para sospechar de él?

—Tenemos una foto que hemos sacado de la tarjeta de memoria de la cámara que llevaba la víctima. Muestra la mano de un hombre. El hombre de la foto lleva un anillo que coincide con uno que Mike vio en la mano de Nevin cuando fuimos a entrevistarle.

—Mmm.

Silencio.

Gail dijo algo, pero Lesley no supo qué. Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Los nervios de Gail aumentaban su propia inquietud.

Si Elsa estaba trabajando con un asesino...

No podían esperar. Tenían que ir a buscar a Nevin ahora.

Carpenter volvió a la línea.

—¿Tienes algo más, aparte de ese anillo?

—Actuó de forma sospechosa cuando lo entrevisté. Dijo que entregaría los expedientes relativos a los casos actuales de la víctima, pero omitió uno. Ocultó deliberadamente información a la investigación.

—Eso no es lo mismo que asesinato, Lesley.

—Lo sé, señor. Pero este anillo...

—No es suficiente, inspectora. Necesitas algo más.

Lesley suspiró. Se lo esperaba.

—Me gustaría ir a entrevistarlo.

—Me parece justo —dijo—, pero procura no despertar sus sospechas. Harry Nevin es un respetado miembro de la comunidad jurídica de Bournemouth. Sabrá lo que te traes entre manos en cuanto entres por esa puerta.

Ella asintió. Harry Nevin podía ser inteligente, pero ella era más lista.

—Hablaré con él, señor. Ya le contaré cómo me va.

CAPÍTULO VEINTICINCO

DENNIS REGRESÓ a la oficina con Johnny a pocos metros. Johnny eructó en voz baja al sentarse. Dennis le dirigió una mirada de desaprobación.

—Lo siento, sargento —dijo Johnny, levantándose—. ¿Alguien quiere café?

—Con leche y sin azúcar para mí —refunfuñó Dennis.

Mike negó con la cabeza.

—Ha ocurrido algo, sargento.

Dennis se quitó la chaqueta y la colgó sobre la silla.

—¿Sí?

—Harry Nevin —dijo Mike—, es el hombre de la fotografía.

—¿Qué fotografía? —preguntó Dennis.

Mike le hizo señas para que se acercara. Dennis se inclinó sobre el escritorio y miró la fotografía en la pantalla del cabo.

—Ameena Khan tomó esta foto justo antes de morir. Bueno, no creo que la tomara como tal; más bien fue su cámara la que la capturó automáticamente. Había un montón de fotos. Esta fue la última.

—Es la mano de un hombre —dijo Dennis.

Mike asintió.

—Sí. Y fíjate en el anillo. Estaba seguro de haberlo visto antes. Revisé el tablero, miré algunas de las fotos que tenemos de Nevin y vi que tiene un anillo exactamente igual.

Dennis lo miró.

—Buen trabajo. Pero no es suficiente para acusarlo de asesinato.

Los hombros de Mike se desplomaron.

—Es suficiente para sospechar de él, sin duda. La inspectora está hablando con el super ahora mismo.

—¿Ah, sí? —Dennis se enderezó—. No es típico de ella.

Lesley había dejado claro, cuando se unió al equipo, cuál era su enfoque policial: minuciosidad, procedimiento, construcción de un caso. No le gustaba alertar a un sospechoso hasta tener la certeza de que la fiscalía aceptaría procesarlo y un jurado lo declararía culpable.

—¿Por qué está hablando con el super? —se preguntó Dennis en voz alta—. No tenemos nada; es solo un anillo.

Mike se encogió de hombros.

—Ella habló con Nevin. Quizás piensa que hay algo más.

—Yo también hablé con él —confirmó Dennis—. Fue obstructivo, pero es un abogado criminalista. ¿Qué esperábamos?

Sonó el teléfono de Dennis: era Lesley.

—Jefa, ¿qué pasa? Mike me dice que tienes una pista sobre Harry Nevin.

—No es suficiente para arrestarlo todavía, pero sí para querer volver a hablar con él. Posiblemente bajo caución, aunque preferiría que no. Necesitamos saber si tiene coartada para el domingo por la mañana.

Dennis miró a Mike. Eso era más propio de la inspectora. No era habitual que se lanzara a un caso sin pruebas sólidas.

—¿Qué necesitas que haga, jefa?

—Voy a Nevin, Cross y Short. Son las seis y media; igual Nevin está todavía allí. Pero es el jefe, puede que se haya ido. Así que quiero que vayas a su domicilio. A ver si puedes hablar con él.

—¿Quieres que te espere? —preguntó Dennis.

—No. No podemos permitirnos esperar. Ve directamente allí. Averigua dónde estaba cuando Ameena Khan murió. Comprueba su coartada, habla con su mujer, si la tiene, con su familia o con cualquiera que pueda corroborarla.

—Vale, jefa.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LESLEY APARCÓ en doble línea amarilla frente al bufete de Nevin, Cross y Short. Le daba igual que la multaran. Estaba allí por asunto oficial de la policía y tenía prisa. Corrió por la zona peatonal que rodeaba la oficina y pulsó el timbre. Sonó un tono largo que esperaba que resonara en las oficinas del fondo. Esperó. No hubo respuesta.

Miró el reloj: las siete menos cuarto.

Se apartó de la pared y miró hacia las ventanas del primer piso. Tres de ellas estaban iluminadas. Los abogados nunca se iban pronto a casa. Todavía habría alguien allí arriba, trasnochando. Preparándose para el juicio de mañana.

¿Estaba Elsa ahí, con Nevin?

Volvió al timbre y lo pulsó de nuevo. Por fin oyó una voz.

—Estamos cerrados. ¿Quién es?

Era un hombre, no la mujer con la que había hablado antes.

—Soy la inspectora Clarke de la policía de Dorset. Necesito hablar con Harry Nevin urgentemente.

—No está aquí.

Pensó en la distribución de los despachos. Nevin en su despacho acristalado en una esquina; todos los demás, en sus escritorios en la zona diáfana.

—¿Está seguro? —preguntó Lesley—. Compruébelo.

—Veo toda la oficina desde aquí. Nevin no está.

Lesley intentó recordar dónde estaba la terminal del interfono. ¿Cerca de la puerta? ¿Del despacho de Nevin? ¿O se podía acceder desde cualquier teléfono de allí arriba?

—Quiero que me deje entrar. ¿Cómo se llama?

—No te voy a dejar entrar —respondió el hombre—. ¿Tienes una orden de registro?

Lesley apretó los dientes. Malditos abogados.

—Si no está aquí —preguntó entonces—, ¿dónde estará?

—En casa, imagino —fue la respuesta—. Prueba en su casa.

Lesley tragó saliva.

—Lo haré.

CAPÍTULO VEINTISIETE

DENNIS SE ENCONTRABA en la puerta de la casa de Harry Nevin. Johnny estaba detrás de él. Podía sentir los nervios del joven vibrando a su alrededor. «Cálmate, hijo».

Nevin vivía en una generosa casa de ladrillo rojo apartada de la carretera en Canford Cliffs. Era una de las zonas más caras de Poole. Menos opulenta que Sandbanks, pero no por mucho. Con más carácter, pensaba Dennis.

Pulsó el timbre, con cuidado de no apretar demasiado, y se apartó. En una casa como esa, habría una cámara. Adoptó una expresión adecuada para las circunstancias.

Una pantalla junto a la puerta cobró vida y apareció una mujer. Era rubia y parecía más joven que Harry Nevin.

—Hola.

—¿Señora Nevin?

—Sí.

—Soy el sargento Frampton. Estoy tratando un asunto con su marido. Le agradecería si pudiera hablar con él.

—¿Qué hora es? —preguntó la mujer.

—Son las siete en punto —murmuró Johnny al oído de Dennis.

—Las siete en punto, señora Nevin. Siento molestarla tan tarde, pero es bastante urgente.

—No está aquí.

Dennis miró a Johnny.

—Tal vez todavía está en la oficina —murmuró Johnny.

Dennis volvió a mirar la pantalla.

—¿Sigue en el trabajo?

—A mí no me pregunte —dijo la mujer.

La pantalla se apagó.

—La inspectora ha ido al bufete —dijo Johnny.

Dennis asintió. No había oído nada de ella; esperaba que estuviera ocupada hablando con Nevin.

Dennis le echó un vistazo a la puerta.

—Vamos a darle un par de minutos.

Su teléfono vibró. Lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta. Había recibido un mensaje de la inspectora: «No hay señales de Nevin en la oficina. ¿Está en casa?»

Se lo enseñó a Johnny, que bajó los hombros.

Dennis fue a llamar al timbre de nuevo, justo cuando se abrió la puerta. La mujer los observó un instante. Era por lo menos veinte años más joven que Nevin y llevaba un vestido de aspecto caro con zapatillas de estar por casa. Llevaba el pelo bien peinado y un maquillaje impecable.

—Señora Nevin. —Dennis mostró su placa—. Siento molestarla a estas horas de la noche. ¿Puede decirme dónde podría estar su marido?

Ella adoptó una expresión de irritación.

—No está muy lejos.

Dennis enarcó una ceja.

—¿Qué significa eso?

—Estará en Studland, sin duda —respondió—. Sale de la oficina a las cinco, finge que es para venir a casa conmigo. —Se frotó la nariz y apartó la mirada—. Pero no es eso lo que hace.

—¿Por qué está en Studland? —preguntó Johnny.

Dennis le dio un codazo en las costillas. «Dejemos que la mujer nos lo cuente a su ritmo».

—Está con su amante —respondió—. La muy puta.

Dennis sintió que se le enrojecían las mejillas.

—¿Sabe exactamente en qué parte de Studland vive?

—No quiero hablar de eso. —La señora Nevin fue a empujar la puerta para cerrarla, pero Dennis dio un paso adelante.

—Por favor. Tenemos que hablar con él.

Ella lo observó. Dennis se dio cuenta de que la mujer estaba sopesando las consecuencias de darles la dirección, que culminarían con la policía llamando a la puerta de la amante de su marido. Entonces, sonrió.

—De acuerdo. Les daré su dirección.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LESLEY APARCÓ el coche en la carretera de la costa que lleva al ferry de Studland. La dirección que le había enviado Dennis estaba por allí. La novia de Nevin vivía en uno de los bloques de apartamentos que dan al puerto de Poole.

«Qué suerte tienen algunos», pensó.

Había leído que esa franja contenía unos de los terrenos más caros del mundo y que las casas costaban millones de libras. Desde fuera no parecían gran cosa, pero cuando te girabas hacia el otro lado y contemplabas el paisaje, era fácil entender por qué tal reputación.

Ffion Nevin les había dado el nombre de la novia de su marido: Priscilla Evans. Lesley se preguntó a qué se dedicaba aquella mujer, cómo ganaba el dinero suficiente para vivir en una casa con aquellas vistas. Cerró la puerta del coche y abrió la aplicación de Google maps en su móvil para intentar averiguar qué edificio era el de Priscilla.

Unas casas más adelante, vio el coche de Dennis aparcado a un lado de la carretera. Él seguía dentro, con Johnny a su lado. Llamó a la ventanilla y Dennis la bajó.

—¿Me estás esperando? —le preguntó.

—Es lo que me pediste, jefa.

—Gracias —dijo ella, mientras recorría con la mirada los pisos de enfrente.

Quería estar allí cuando entrevistaran a Nevin. Quería ver su mirada cuando le preguntaran por la muerte de Ameena Khan. También quería comprobar si llevaba puesto el anillo.

—Vamos entonces. Vamos a por él.

—¿No creí que tuvieras una orden de arresto? —bromeó Dennis.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Empezó a caminar hacia el edificio de apartamentos que había identificado como aquel en el que vivía Priscilla Evans.

Oyó dos portazos detrás de ella. Sin girarse para comprobar que sus compañeros la seguían, se adelantó y encontró el timbre del piso correcto. Lo pulsó largo y tendido.

Esperaron a que respondieran al timbre. Lesley se volvió hacia Dennis y Johnny.

—Tan pronto como entremos, los separamos. Necesitamos saber si ella puede darle una coartada sin que tengan oportunidad de acordar sus versiones.

—De acuerdo, jefa —dijo Johnny. Dennis asintió.

El intercomunicador crepitó detrás de ella.

—Hola.

Lesley se volvió hacia él.

—Inspectora Clarke, de la policía de Dorset. Venimos a ver al señor Harry Nevin.

—Aquí no está —respondió la voz.

Lesley miró a sus colegas. Si no estaba ahí, ¿dónde demonios se habría metido?

—¿Quién es usted? —le preguntó Lesley.

—Soy su amiga, Priscilla Evans.

—Ja, amiga —murmuró Johnny, con una sonrisa maliciosa.

«No empieces», pensó Lesley. Se imaginó a Julieta, la nueva novia de su marido, de pie en su cocina. No podía quitársela de la cabeza, aunque ella misma estuviera ya rehaciendo su vida.

—Espere un momento —dijo la voz. El interfono volvió a crepitar y sonó el timbre.

Lesley empujó la puerta y los tres entraron. Delante había una amplia escalera, enmoquetada y limpia a más no poder. Subieron un piso y encontraron la puerta del apartamento ya abierta,

esperándoles. En el umbral había una mujer. Era alta y negra, con el pelo oscuro y ondulado recogido sobre la cabeza. Maquillaje sutil. No era lo que Lesley había esperado del informe de Dennis sobre lo que le había contado Ffion Nevin.

—Lamento molestarla, señora Evans —dijo Lesley—, pero necesitamos hablar urgentemente con el señor Nevin en relación con una investigación de asesinato.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—¿El asesinato de quién?

«Así que no le había hablado de Ameena Khan», pensó Lesley.

—De una colega del señor Nevin.

—Harry no ha estado aquí desde hace varios días —dijo Priscilla —. Lo siento, ni idea de dónde está.

—¿Estaría aquí normalmente por la tarde?

La mujer se encogió de hombros.

—A veces, a veces no. Depende.

—¿De qué?

Priscilla se cruzó de brazos.

—Depende del humor en que me encuentre.

Lesley sonrió. Le gustaba la actitud de esa mujer.

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Claro que pueden. Pasen.

Siguieron a la mujer al interior. El piso era luminoso y espacioso, con amplios ventanales que daban al puerto. Los muebles eran pálidos y discretos, y todo se centraba en aquella vista.

La mujer señaló una mesa grande de cristal y los tres agentes se sentaron. Priscilla se unió a ellos.

—¿En qué puedo ayudarles, entonces?

—Necesitamos saber si estuvo con Harry el domingo por la mañana —explicó Lesley.

—El domingo por la mañana... ¿Por qué?

—Su colega fue asesinada el domingo por la mañana. Tenemos que averiguar dónde estaba.

—¿Creen que Harry la mató? —La mujer frunció el ceño—. De ninguna manera. Harry no haría daño a una mosca.

—¿Estaba con él? —insistió Lesley.

—Espere un momento. —Priscilla se acercó a una estantería y cogió un diario. Hojeó sus páginas.

—Aquí está —dijo—. El sábado por la noche fuimos a ver una obra de teatro en Bournemouth. Después volvimos aquí y se quedó toda la noche. Se fue sobre las diez de la mañana, directo a la oficina… o eso me dijo. —Levantó la vista—. Siempre dice eso, pero sé que suele ir a casa con su mujer. Pueden comprobarlo con su secretaria.

—¿Puedo llevarme eso, por favor? —le preguntó Lesley.

La mujer se aferró a su diario.

—¿Por cuánto tiempo lo necesitaría?

—No mucho —aseguró Lesley—. Se lo devolveremos en cuanto acabemos con él.

La mujer no soltó la agenda.

—Tiene todas mis citas.

—Como digo, lo devolveremos en cuanto acabemos con él.

Se preguntó si la mujer quería ocultar algo en el diario. Lo miró, y su mirada osciló entre el diario y su dueña.

Lentamente, la mujer soltó el diario. Lo empujó hacia el otro lado de la mesa.

—Envíelo de vuelta tan pronto como termine con él, ¿de acuerdo? Y no hay forma de que Harry haya matado a nadie.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

LESLEY, Dennis y Johnny estaban sentados en el coche de Dennis. Lesley en el asiento del copiloto y Johnny detrás. Los tres contemplaban el puerto.

—Entonces, ¿dónde narices está? —preguntó Lesley, notando la mirada de aprobación de Dennis. Hace unas semanas, habría dicho: «¿dónde demonios está?» y se habría ganado un gesto de disgusto de su sargento. No siempre le resultaba fácil, pero estaba aprendiendo a moderar su lenguaje.

Dennis negó con la cabeza.

—Tal vez, escondiéndose de nosotros.

—Podría estar en cualquier parte —sugirió Johnny. Se inclinó hacia delante, metiendo la cabeza entre los dos asientos delanteros —. ¿De cena, en el cine, dando un paseo?

Lesley negó con la cabeza.

—Esté donde esté, está solo. No se ha llevado a su mujer, ni a su amante. Me preocupa que sospeche que vamos tras él.

—No estoy seguro de que ir tras él sea la expresión correcta —dijo Dennis—. Lo único que tenemos es ese anillo.

—Me basta para sospechar y para querer hablar con él.

—¿Pues dónde está?

—Tal vez con un cliente —dijo Johnny.

Lesley se giró en su asiento.

—No es mala idea. Si uno de los clientes de Ameena tiene algo que ver con todo esto, podría haber ido a verlo. ¿Steven Leonard, tal

vez?

—Es posible —dijo Dennis—. ¿Crees que deberíamos pasarnos por allí?

Lesley negó con la cabeza.

—Si he aprendido algo a lo largo de los años sobre los hábitos de los abogados, entonces creo que Nevin estará en su despacho mañana temprano. Dennis, nos vemos allí a las ocho. Espera; no quiero que nos vean.

—Como quieras.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Johnny.

—Tú y Mike seguid a ese tal Rogers. Quiero saber por qué la asistente personal de Ameena le tenía tanto miedo.

—Lo haré —dijo Johnny.

—Y luego está el ADN. Podríamos obtener los resultados mañana —continuó Lesley—. Si pertenece a Nevin, entonces Carpenter no nos impedirá arrestarlo.

Dennis enarcó las cejas, con los ojos fijos en el puerto. El sol se ponía y los barcos llegaban desde el mar.

—Si es así, entonces tenemos a nuestro hombre —dijo Dennis.

Lesley abrió la puerta del coche, pero, antes de salir, contestó a Dennis:

—Razón de más para hablar con él lo antes posible. Mañana a las ocho, no llegues tarde.

Salió del coche y se dirigió al suyo. En efecto, le habían puesto una multa de aparcamiento. Maldijo y rompió el papel en pedazos, pero luego se arrepintió. Tendría que enseñárselo a alguien del equipo de administración para que lo anularan.

Se metió los trozos en el bolsillo y subió al coche, golpeando el volante con las manos. Se sentía tensa, frustrada y acalorada.

¿Dónde demonios estaba Harry Nevin? ¿Por qué no había estado en ninguno de sus lugares habituales? ¿Se estaba escondiendo o era una coincidencia?

Giró el contacto. «De vuelta a Wareham», pensó. Tomaría el ferry y conduciría por la carretera comarcal. Tardaría más que yendo por la autopista, pero retrasaría el regreso a aquella casa vacía y a la comida para llevar recalentada que la esperaba.

CAPÍTULO TREINTA

ELSA APARCÓ el coche en la playa, cerca de Sandbanks. Cerró la puerta y se volvió para mirar el mar. Era una mañana tranquila, sin apenas brisa en el agua. Los barcos ya se adentraban en el mar, pequeños puntos blancos que se movían sobre un manto azul.

Los envidiaba. Su vida estaba dominada por el trabajo; apenas tenía un día libre. Los fines de semana los dedicaba a ponerse al día con el correo electrónico y a leer archivos para preparar la semana. Anhelaba tener tiempo libre para salir en barco. Había aprendido a navegar de niña, cuando su padre le había enseñado los fines de semana que no trabajaba. También había sido abogado y trabajaba muchas horas al día, pero no tantas como ella. Los tiempos habían cambiado.

Consultó su reloj. Las ocho y cinco: llegaba tarde. Él solía ser muy estricto con estas cosas. Se apresuró a ir a la cafetería de siempre y pidió un café con leche. Buscó una mesa fuera y volvió a mirar el reloj. Qué raro que no la estuviera esperando.

Sacó el teléfono del bolso y vio que no tenía ningún mensaje ni correos nuevos. Nada de él, nada de nadie de la empresa. Frunció el ceño y volvió a revisar sus correos, esta vez más despacio. No había nada.

Se levantó y miró a su alrededor. Estaba sentada en una pequeña terraza con vistas a la playa. El interior, más allá de las altas ventanas, estaba vacío. Y él siempre se sentaba fuera cuando no llovía.

Volvió a comprobar sus mensajes. Hojeó WhatsApp, Facebook y Twitter. Nunca utilizaba las redes sociales para ponerse en contacto con ella, pero empezaba a preocuparse.

Marcó un número.

—Nevin, Cross y Short, despacho de Harry Nevin, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo su asistente personal.

—Amanda, soy Elsa.

—Hola, señora Short. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—¿Ya ha llegado?

—No le espero hasta las once y media, tiene una comparecencia en el juzgado a primera hora.

Elsa apretó el móvil con fuerza. Harry no le había mandado ningún mensaje para decirle que no iba a venir. La última vez que había hablado con él fue ayer por la tarde. Habían confirmado la cita, aunque no figurara en la agenda de ninguno de los dos. Volvió a mirar el reloj: las ocho y veinte. Nunca llegaba tarde.

—¿Puedes pedirle que me llame cuando llegue?

—Por supuesto —respondió Amanda—. Tal vez debería intentar enviarle un mensaje de texto. ¿O puedo hacerlo yo por usted si así lo prefiere?

—Ya lo he intentado. No contesta.

—Si la sesión ha comenzado, lo habrá apagado.

Si tenía que ir al juzgado, no empezaban hasta las diez. ¿Dónde estaba entonces?

—¿Puedo hacer algo más por usted, señora Short? —preguntó Amanda de forma cordial—. ¿Dónde está?

Elsa frunció el ceño. Sus colegas no sabían que Harry y ella tenían esas reuniones privadas en la playa de Sandbanks. Había ciertos casos y clientes de los que preferían no hablar en la oficina.

Se rascó la mejilla.

—Lo intentaré de nuevo en su móvil. No es urgente.

Colgó y volvió a abrir la aplicación de correo electrónico. Arrastró la pantalla hacia abajo para actualizarla. ¿Dónde estás, Harry?

Llamó a su número de móvil. No contestó.

Se tomó el último sorbo de café con leche y salió de la cafetería de camino hacia la playa. Quizá estuviera ahí, en la arena. A él

también le gustaba mirar los barcos.

Pero no había rastro de él. Una mujer joven observaba a un niño pequeño que cavaba en la arena con una pala de plástico. Una pareja de mediana edad corría detrás de un perro que jugaba con las olas. Era una de las pocas playas de la zona donde se admitían perros.

Se volvió hacia la cafetería. Se metió dentro y recorrió el local una vez más. Definitivamente no estaba allí. En realidad, nunca había llegado. ¿Dónde diablos estaba Harry Nevin?

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

ERAN las ocho y cuarto de la mañana cuando Johnny y Mike llegaron a casa de Danny Rogers, en Ringwood. Vivía en un piso encima de un estanco, al que se accedía por una puerta encajada al lado de la tienda. La puerta estaba arañada, con manchas de barro en la parte inferior y una larga grieta vertical en la madera. En el exterior había una bolsa de basura, con un desgarrón lateral que dejaba ver los restos de un pollo asado y cartones vacíos de McDonald's.

Johnny golpeó la puerta, arrugando la nariz por el olor a comida podrida. No hubo respuesta.

Un hombre salió del quiosco. Era corpulento, de mediana edad y parecía molesto.

—¿Qué pasa aquí?

Johnny mostró su placa.

—Policía de Dorset. Necesitamos hablar con Danny Rogers. ¿Vive en el piso de arriba?

El hombre negó con la cabeza.

—No quiero tener nada que ver con eso, colega.

—No pasa nada —respondió Johnny—. Solo queremos hablar con él en relación con un caso.

El hombre miró hacia la ventana del primer piso.

—No da más que problemas. No paro de pedirle al casero que se deshaga de él, pero...

—Seremos rápidos —dijo Mike.

El hombre gruñó y volvió a entrar en su tienda.

Johnny volvió a golpear la puerta.

—Somos la policía, Danny. Déjenos entrar.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta. Un hombre delgado de unos veinte años los miraba fijamente. Se pasó la mano por los ojos y bostezó.

—¿Qué queréis? Es temprano.

Johnny mostró su placa.

—Cabo Chiles y cabo Legg. ¿Conoce a una mujer llamada Sam Chaston?

El hombre torció la cara.

—¿Sam qué?

—Sam Chaston —respondió Mike—. Fue a visitarla ayer.

El hombre miró a Mike con los ojos entrecerrados.

—¿Quién lo dice?

—Nuestra colega —respondió Johnny—, la inspectora Clarke. Estaba visitando a Sam cuando apareció usted en su coche, y entonces se fue a toda prisa.

—No sé de qué estás hablando.

—Comprobamos su matrícula en el sistema —dijo Mike.

—¿Nos va a dejar entrar? —preguntó Johnny—. No creo que quiera que el tipo de abajo escuche toda nuestra conversación.

Rogers sonrió satisfecho.

—Puede escuchar lo que le dé la gana, me importa una mierda.

Johnny frunció los labios.

—¿De qué conoce a Sam?

—¿De quién estás hablando?

—De Sam Chaston —repitió Johnny con paciencia. El tipo le estaba tomando el pelo, y él lo sabía. Lo único que tenía que hacer era mantener la calma y repetir la información una y otra vez—. La mujer que visitó ayer.

—¿Sam Chaston?

Johnny le hizo un gesto a Mike, que sacó su teléfono. Buscó una foto de Sam y se la mostró.

Rogers se inclinó hacia delante para mirar. Olía a humedad, como si no se hubiera lavado en varios días, y su aliento apestaba a

cerveza.

—Ah, sí. Sam. No sabía cómo se apellidaba.

—¿De qué la conoce? —insistió Johnny.

Rogers se encogió de hombros.

—No lo sé, de aquí y de allá.

—¿Y por qué fue a verla?

—Porque me apetecía.

—Parecía asustada de ti.

—¿Cómo lo sabes? No estabas allí.

—Nuestra colega dijo que Sam parecía aterrorizada cuando apareciste.

—Ese es su problema.

—¿Es su novia? —preguntó Mike.

Rogers se rio.

—Ni de coña es mi maldita novia.

Johnny acercó el teléfono a Rogers.

—¿De qué la conoce, Danny? Esto es parte de una investigación por asesinato.

Rogers alzó una ceja.

—¿Está muerta?

—No —aclaró Johnny—, pero otra persona sí. Alguien con quien trabajaba.

Rogers se aclaró la garganta y se rascó la nariz.

—Ah, ahora me acuerdo. Es amiga de mi novia, Jasmine. Por eso la conozco.

—¿Y por qué fue a verla? —preguntó Johnny de nuevo.

Se encogió de hombros y resopló.

—Para llevarle algo, iba a devolverlo.

—Pero no devolvió nada. Se metió en su coche a toda prisa y se marchó.

—¿De qué estás hablando?

—Salió corriendo —dijo Mike.

Rogers lo miró.

—Yo no huyo de nada, colega.

—Vio a nuestra colega, la inspectora Clarke —replicó Mike—, se volvió al coche y salió disparado.

—Ah, sí —dijo Rogers entonces—. Me acordé de que no lo tenía.

—Vale —dijo Johnny—. Entonces, ¿qué era esa cosa que se suponía que iba a devolver?

—No sé, no lo tenía, ¿no?

—¿Así que volvió aquí y lo recogió? —preguntó Mike.

Rogers lo miró de nuevo.

—No. Era un libro y no lo tenía. Jasmine no me lo había dado después de todo.

—¿Qué libro era? —preguntó Johnny. Miró a Mike. Danny Rogers no le parecía un tipo que leyera muchos libros.

Se encogió de hombros de nuevo.

—Era solo un libro. Una de estas mierdas de novelas para chicas que Jasmine quería prestarle a su amiga.

—OK —dijo Johnny—. Así que no le estaba devolviendo algo a Sam después de todo. Se lo estabas prestando.

—Sí —respondió Rogers.

—¿Y si hablamos con Jasmine sobre ello, corroborará su versión de los hechos?

Rogers lo miró y Johnny notó que se le crispaba el gesto.

—Claro que lo hará. No es ninguna versión.

—Vale —dijo Johnny—. ¿Dónde vive Jasmine?

Rogers se le quedó mirando un momento. Su mirada se dirigió a la ventana del piso de arriba.

—Vive aquí conmigo. ¿Qué esperabas?

—¿Está en casa?

—Está en el trabajo.

—¿Dónde trabaja?

Rogers se encogió de hombros.

—No me acuerdo. Ha empezado en un sitio nuevo la semana pasada.

—¿A qué hora llega a casa? —preguntó Mike.

Rogers se rascó la cabeza.

—¿Cuándo llega la gente a casa? ¿A las cinco y media? ¿Seis?

—De acuerdo —dijo Johnny—. Espérennos entonces. Volveremos y hablaremos con ella.

—No hace falta que hables con ella —dijo Rogers—. No tiene nada que decirte.

—Nos dirá si usted fue a ver a Sam Chaston para devolverle el libro. Ella podrá decirnos si conoce a Sam Chaston.

Rogers se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. —Retrocedió hacia la puerta.

Johnny se metió la mano en el bolsillo, a punto de darle al hombre su tarjeta.

—No quiero nada de ti, colega —dijo Rogers—. Le diré a Jasmine que te espere.

Y les cerró la puerta en las narices.

Johnny se volvió hacia Mike.

—La va a llamar para asegurarse de que dan la misma versión.

Mike asintió.

—Necesitamos su número de móvil.

Johnny llamó a la puerta de nuevo.

—¿Danny?

Oyó golpes, pasos subiendo las escaleras.

—No va a volver —dijo Mike.

Johnny suspiró. Dennis le daría una reprimenda por no conseguir el número de teléfono de Jasmine.

Miró a Mike.

—Ya te digo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

STEVE HASKINS APRETÓ los puños en la parte baja de la espalda y se estiró mientras miraba el mar. Hoy prometía ser un día cálido. Corría una ligera brisa de mar y el sol había quemado las nubes de esta mañana. Eran las diez de la mañana y ya estaba sudando.

Se volvió hacia su esposa, Sukhi, que estaba sacando tumbonas de la caseta de la playa.

—Espera, amor. Te ayudo con eso.

Bajó una y levantó una mano para protegerse los ojos del sol.

—Sigo enredándome con ellas, pero lo conseguiré. Tú vigila a Max.

—No te preocupes —le respondió Steve—. Yo me encargo de las tumbonas, tú juega con Max.

Su esposa suspiró.

—Yo juego con Max todo el día, todos los días. Hoy te toca a ti.

—Vale —dijo. Se giró y vio a Max corriendo por la playa. Perseguía una pelota, riendo.

—¡Maxie! —lo llamó.

Su hijo lo ignoró. Se desvió hacia un lado y corrió hacia el otro extremo de la fila de casetas de playa. Steve dio un paso adelante mientras su hijo desaparecía más allá de las casetas.

Maldita sea.

—¡Max!

Steve oyó un ruido detrás de él, era Sukhi dejando caer una silla.

—¿Qué ha pasado? —Su mujer había captado el tono de su voz.

—Nada, cariño. Está escondido en la parte de atrás de las casetas otra vez.

—Ojalá no hiciera eso.

Se volvió hacia ella.

—Voy a por él.

El espacio detrás de las casetas era estrecho, perfecto para un niño de tres años. A Steve no le hizo ninguna gracia entrar allí tras él: aún tenía los arañazos de ayer.

Pasó junto a la hilera de casetas. Sukhi estaba en silencio, observándolo sin duda.

—¡Max!

Oyó un gemido detrás de las cabañas. El corazón le dio un vuelco.

—¡Max! ¡¿Dónde estás?!

Sukhi estaba detrás de él.

—¿Has oído eso?

Steve se volvió hacia ella.

—Está jugando. No te preocupes.

Otro gemido. Sukhi le agarró el hombro.

—Está por ahí.

Steve se llevó un dedo a los labios. —Silencio.

—¡Papá! —sonó la voz de su hijo. Steve sintió que se le aflojaban los músculos.

—Está ahí. Está bien.

—No me gusta que ande por ahí. ¿Has visto la cantidad de basura que hay?

Steve la había visto. Detrás de las casetas de la playa había mucha suciedad, probablemente un riesgo para la salud pública. La empresa que les había alquilado la caseta afirmaba que la zona se limpiaba con regularidad, pero aquello parecía un vertedero. Detrás de las casetas había una pendiente pronunciada hacia los acantilados. La gente tiraba basura desde arriba, los muy guarros. Steve había pasado ayer por detrás, buscando la pelota de Max, y vio cosas en las que prefería no pensar.

—¡Max! —llamó con voz firme—. ¡Sal ahora mismo!

—¡Papi!

Steve apretó los dientes. La voz de Max parecía provenir de detrás de su propia caseta. Había un pequeño hueco entre ella y la siguiente. lo suficientemente estrecho como para que Max pudiera pasar, pero no para Steve.

¿Por qué demonios dejaban huecos así en los laterales de las casetas de playa? ¿Por qué no las vallaban?

—Iré hasta el otro lado —le dijo a Sukhi—, a ver si puedo acceder desde ahí.

Pasó corriendo por delante de la hilera de casetas y rodeó el extremo más alejado. Se introdujo en el hueco entre la última y la ladera cubierta de hierba, y empezó a vadear la basura acumulada.

Sin mirar hacia abajo, siguió adelante.

—Max, ya viene papá —gritó—. ¡No pasa nada!

—¡Papi!

Steve pudo ver una silueta que se movía. Max estaba a medio camino de la hilera de casetas, más allá de la suya. Se apresuró lo más que pudo en el reducido espacio. Su pie chocó con algo húmedo y blando y sintió una oleada de náuseas.

Max estaba más cerca ahora, su cara visible. Se volvió hacia Steve, con el rostro enrojecido.

—Ya voy Maxie. Está bien, te tengo.

—¡Papi! ¡Papá, el hombre!

«¿Qué hombre?». Max sintió que el pavor le atenazaba el pecho.

—No te acerques al hombre —le dijo a su hijo.

—Está dormido, papá.

Dios mío. Había un vagabundo durmiendo en la parte trasera de la caseta y Max lo había encontrado.

—Ven aquí, Max —le dijo entonces—. Ven con papá.

Max se dio la vuelta y se dirigió hacia Steve. Su pequeño cuerpo chocó con las piernas de Steve, que lo agarró con fuerza.

—No pasa nada, Maxie. Estás a salvo. ¿Dónde está el hombre?

Miró más allá de su hijo, listo para enfrentarse al extraño.

—¿Dónde está, Maxie?

Max se dio la vuelta y señaló. Estaba llorando.

—Está ahí, papá. Está dormido. ¿Por qué está dormido?

Steve miró a través de la penumbra. En efecto, había una silueta tumbada sobre la basura detrás de su caseta. Dio un paso adelante.

—Maxie, vuelve con mamá.

Max no se movió. Steve consideró la posibilidad de empujarlo a través de la brecha entre su caseta y la siguiente, pero no tenía ni idea de si Sukhi estaba ahí fuera esperándole.

—Max —dijo, con la voz temblorosa—, ponte detrás de mí y no mires.

Steve dio un paso hacia el hombre. Era canoso, con la cabeza apuntando en dirección contraria a Steve y la piel pálida en la nuca. Se le veía el borde de un ojo: abierto, mirando hacia el cielo.

Steve tragó saliva. Dominado por un acto reflejo, dio una patada y golpeó al hombre, moviéndolo al instante. Ahora el ojo era invisible.

—¿Qué le pasa, papá? ¿Por qué está ahí?

—No lo sé, Maxie, pero no te preocupes. Vamos.

Volvió a mirar al hombre. Llevaba un traje elegante y una corbata roja. No era un vagabundo, ni un veraneante tampoco.

—Vamos, Maxie.

Steve se dio la vuelta y empujó a su hijo a lo largo del hueco detrás de las casetas tan rápido como pudo, respirando con dificultad. Por fin, emergieron cual corcho que sale de una botella.

Sukhi los estaba esperando.

—¡Maxie! Cariño. —Extendió los brazos, y Steve se lo entregó.

—Hay un hombre ahí detrás —le susurró a su mujer.

—¿Un hombre? —Miró a Max—. ¿Le ha hecho daño a Max?

Steve negó con la cabeza.

—¿Tienes el móvil aquí?

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Llama a emergencias.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—GIRA A LA DERECHA —indicó Dennis—. Ahí se puede aparcar.

Lesley sabía que no estaban lejos del piso de Elsa, pero, aun así, no conocía aquellas carreteras. Estaban en el acantilado de Boscombe, al este del centro de Bournemouth. A su derecha estaba el mar; a su izquierda, la ciudad.

—¿Y ahora hacia dónde?

Dennis señaló con la mano.

—Gira a la derecha, el aparcamiento está allí.

Aparcó el coche con vistas a los acantilados. Delante del coche no había más que aire.

—No veo nada.

—Es demasiado empinado —respondió Dennis—. Estarán ahí abajo.

Lesley asintió y salió del coche. Una vez más, se trataba de un aparcamiento de pago. Ignoró las señales y se volvió hacia el sargento.

—¿Cómo bajamos?

—Sígueme.

Siguió a Dennis hasta un camino zigzagueante que descendía por el acantilado. Caminaron por él, arrastrados por la gravedad.

—Maldita sea, esto es... Dios, esto es muy empinado —protestó Lesley.

Dennis sonrió.

—Al menos lo intentas.

—Lo intento mucho y bien, Dennis.

Llegaron al pie de los acantilados. Delante de ellos estaba la entrada al muelle de Boscombe, con sus heladerías y puestos para comprar recuerdos. A ambos lados se extendía la playa. La playa de Bournemouth era uno de los arenales ininterrumpidos más largos de la costa sur. Siete millas, le había dicho Dennis. No había tenido mucha oportunidad de verla, a pesar de estar a pocas calles del piso de Elsa.

Dennis miró más allá de ella e indicó con la cabeza.

—El cordón está ahí.

Lesley se volvió y vio un cordón policial en el paseo de cemento frente a una hilera de casetas de playa. La cinta ondeaba con la brisa. Los veraneantes se reunían en la playa y la gente miraba en dirección al cordón. «El entretenimiento de hoy», pensó frunciendo el ceño.

Detrás del cordón, Lesley vio a Gail y a uno de sus técnicos. Se deslizó por debajo de la cinta y saludó con la cabeza a la encargada de la escena del crimen.

—¿Qué tenemos?

—Hombre de mediana edad —dijo Gail—. Lo encontraron muerto detrás de estas casetas de playa.

—¿Has estado allí? —le preguntó Lesley.

—Sí. Es un espectáculo macabro.

—¿La escena o el hombre?

—Ambos.

Lesley hizo una mueca.

—Llévanos a verlo.

—Es un pasaje estrecho —le dijo Gail—. Tienes que ir hasta el final de las casetas y meterte por el hueco que tienen detrás.

Lesley se encogió de hombros.

—He hecho cosas peores. —Se sintió aliviada de no estar en la cima de un acantilado o en un campo embarrado.

—Vas a necesitar esto. —Gail le dio un par de botas de agua.

Lesley hizo un gesto con la mano.

—No hace falta, no estamos en un campo con fango.

Gail miró los pies de Lesley.

—Créeme. Te alegrarás de tenerlas.

Lesley llevaba puestos sus nuevos botines de cuero. Las botas que le había dado Gail eran negras, altas y sólidas.

Se quitó los botines y metió los pies en las botas de agua.

—¿Dónde están las mías? —le preguntó Dennis.

—No tengo otro par —respondió Gail—. Estas son las mías de repuesto.

—Vale —suspiró Dennis—. Supongo que tendré que arriesgar mis pantalones.

Gail se encogió de hombros.

—Lo siento.

—Vamos, entonces —dijo Lesley—. Vamos a ver.

—Seguidme. —Gail los condujo hasta el final de la hilera de casetas. Estaban alejadas del paseo marítimo, sobre una plataforma de hormigón elevada. Tenían el tejado blanco y las paredes de cada una estaban pintadas de un color distinto al de sus vecinas. Alrededor de la mitad parecían estar en uso, pero les habían pedido a sus dueños que abandonaran la zona.

Subieron los escalones de la plataforma y rodearon la última caseta de playa. Gail se apretujó en un hueco entre esta y el acantilado.

—Te dije que estaba apretado —avisó.

—No te equivocabas. —Lesley se abrió paso a codazos por el espacio, siguiendo el ritmo de Gail. Dennis iba detrás de ella—. ¿Crees que lo trajeron por aquí?

—No. —La voz de Gail resonó en el reducido espacio—. Lo empujaron por el borde del acantilado.

Lesley miró hacia arriba. El acantilado era diferente del promontorio de tiza que había sobre Old Harry Rocks. Aquí los acantilados eran más rojizos, de arcilla. En lugar de ser escarpados, tenían una pendiente pronunciada y estaban cubiertos de hierba fina. A pesar de la pendiente, eran lo bastante empinados como para arrojar un objeto pesado.

Gail se detuvo y Lesley casi chocó con ella.

—Aquí es. —Gail señaló hacia abajo.

Lesley no podía ver nada.

—¿Dónde está?

—Aquí mismo. Lo siento.

El espacio era oscuro y reducido. Lesley no podía ver más allá de la forense.

—Pasa —dijo Gail. Se apoyó lo más que pudo en la pared del acantilado, tratando de apartarse del camino de Lesley. La inspectora miró por encima de su hombro.

Más allá de Gail, en el suelo, entre el acantilado y la caseta de madera, yacía un hombre. Tenía el pelo canoso y la cara redonda. Miraba hacia arriba, pero el estrecho ángulo entre la caseta y el acantilado, junto con la superficie irregular creada por los detritus debajo de él, significaban que la única parte que Lesley veía con claridad era la nuca.

Lesley ladeó la cabeza.

—¿Qué es eso en el lado de su cabeza?

A Gail le costó darse la vuelta en el reducido espacio.

—Parece una herida. No quiero moverlo hasta que llegue el patólogo.

Lesley alzó una ceja.

—¿Dónde está Whittaker, de todos modos?

—Está aquí —respondió Gail—. Me envió un mensaje de texto hace unos momentos.

«Mensajes de texto», pensó Lesley. Así que Whittaker reconocía vivir en el siglo XXI.

—Pues ¿dónde está?

—Está esperando al otro lado de esta caseta.

—¿Que está qué?

—Dice que por aquí atrás no se va a meter.

Lesley miró al cielo. «Que Dios me ayude».

—Es patólogo, tiene que estudiar el cadáver antes de que lo traslademos.

Gail se encogió de hombros.

—A mí no necesitas convencerme.

—Entonces, ¿podemos moverlo antes de que el patólogo lo haya revisado? ¿Quizás alguno de su equipo pueda hacerlo?

Gail negó con la cabeza.

—Él no tiene equipo. No confía en nadie para ir a las escenas del crimen.

—¿Y qué pasa cuando no está trabajando? —preguntó Lesley exasperada.

—Cuando no está trabajando, esperamos a que empiece a trabajar.

Lesley apretó la mandíbula. Tenían que encontrar un patólogo mejor. Alguien más complaciente, que no los tratara como a sus subordinados.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de una máquina pesada cerca de su oreja derecha.

—¿Qué coño es eso?

Detrás de Lesley, Dennis carraspeó. Ella se volvió.

—Lo siento, Dennis. No sabía que estabas ahí.

El sargento enarcó una ceja.

Gail la empujó a un lado.

—Ese debe ser Gav. Está serrando la parte trasera de la caseta para darnos un mejor acceso.

Lesley se agachó, tirando de su cuerpo hacia el acantilado para alejarse de la madera.

—¡Dile que pare hasta que salgamos!

—¡Gav! —lo llamó Gail—. ¡Espera cinco minutos!

Lesley miró la parte trasera de la caseta.

—Podría haber pruebas en la madera. No podemos destruirla sin más.

Gail negó con la cabeza.

—No lo trajeron aquí. —Señaló hacia arriba—. Lo empujaron.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió Gail—. Mira las huellas que bajan por el acantilado.

Lesley miró hacia arriba. La hierba estaba dañada. Un arbusto, a dos metros de altura, parecía haber sido golpeado con algo pesado.

—Bajó por ahí —afirmó Gail.

—¿Qué hay de los arbustos?

Gail asintió.

—Hay mucha basura aquí abajo, pero nada tan sólido como para hacer eso.

—Aun así, tenemos que mantener todas las posibilidades...

—Confía en mí —le pidió Gail—. Este es mi trabajo.

—De acuerdo —respondió Lesley.

El aserrado había aumentado de intensidad y Lesley tenía dolor de cabeza.

—Vamos a echarnos hacia atrás —dijo Gail—, y luego salimos por la caseta.

Lesley y Gail retrocedieron, arrastrando los pies. Dennis avanzaba detrás de ellas. Lesley miró el cuerpo en el suelo. Esperaba que no lo alteraran.

—Os aseguraréis de que la parte trasera de la caseta caiga hacia delante, ¿verdad? —preguntó Lesley.

Gail la miró.

—No tienes que decirnos cómo hacer nuestro trabajo.

—Es verdad, disculpa. —Tenía que confiar en Gail. La mujer sabía lo que hacía.

Se oyó un estruendo y la pared trasera cayó lejos de ellos, hacia la parte delantera. Alguien la detuvo antes de que tocara el suelo. La bajaron suavemente y luego la apartaron.

—¡Aseguraos de conservar las piezas! —gritó Gail—. Quiero preservar cualquier prueba que haya en esa madera.

Lesley la miró.

—Pensé que habías dicho que no lo trajeron por aquí.

—Eso no significa que no pueda haber pruebas forenses en la parte trasera de la caseta. Comprobamos todos los rincones.

Lesley asintió. Gail era minuciosa, tal como a ella le gustaba.

Gail atravesó la caseta. Sus dos colegas habían sacado la pared trasera y la habían apoyado en la pasarela de hormigón. A su lado, Henry Whittaker los miraba parpadeando y luego ladeó la cabeza para mirar por detrás de ellos.

—Ahora me toca a mí, supongo.

Lesley puso los ojos en blanco.

—Doctor Whittaker, le estábamos esperando.

—Seguro que sí —gruñó como respuesta.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

WHITTAKER SE INCLINÓ sobre el cuerpo.

—Tenemos a un hombre blanco, de unos cincuenta años, por lo que parece. Ligeramente pasado de peso, sin heridas visibles desde este ángulo. Pero...

Movió la cabeza del cadáver, girándola hacia un lado.

Lesley hizo una mueca. El hombre tenía un corte profundo en la nuca. El pelo estaba pegado y la sangre se coagulaba a su alrededor. Era espesa, pegajosa y ennegrecida.

—Es la causa probable de la muerte —dijo el doctor Whittaker.

—¿Está seguro? —le preguntó Lesley.

La miró antes de contestar.

—No puedo estar seguro al cien por cien hasta que haya llevado al tipo a la morgue. Pero una herida así mataría a un hombre. Si no inmediatamente, lo haría la hemorragia interna. —Señaló la cabeza —. ¿Ve la decoloración alrededor de la herida y en su cara? Hemorragia. Las heridas en la cabeza pueden derramar mucha sangre.

Lesley miró hacia el acantilado.

—¿Le dieron aquí el golpe o antes de caer?

—Se necesitaría algo de fuerza para dar un golpe así aquí. Dudo mucho que se pudiera hacer en el espacio reducido detrás de estas casetas. —Siguió su mirada—. No. Primero lo golpearon, luego lo empujaron hacia abajo.

—¿No lo trajeron desde el paseo?

—He oído lo que piensa la gente del CSI, y estoy de acuerdo con ellos. No encuentro ninguna prueba de que lo hayan arrastrado aquí. Tendría astillas en la piel, rasguños del arrastre. Tiene hematomas en el hombro, ¿ve? —Bajó el cuello de la camisa del hombre, y Lesley se agachó para ver un hematoma debajo—. Es el tipo de hematoma que te haces cuando te golpeas contra algo, no cuando te arrastran. Será donde se golpeó contra los arbustos al bajar. —Miró hacia arriba—. Hay bastantes.

—¿Estás seguro de que no se golpeó la cabeza al caer? ¿Con una roca, tal vez?

El patólogo miró hacia el acantilado.

—No veo nada tan afilado como para hacer eso. Fuera lo que fuera, era puntiagudo. Este fue un golpe deliberado, uno fuerte. Los arbustos habrían ralentizado su descenso, lo que significa que, si golpeó algo, no habría sido con suficiente fuerza. —Se enderezó—. Alguien le hizo esto.

Lesley asintió. Un segundo caso de asesinato en tres días.

Se volvió hacia Gail.

—Tenemos que comprobar si hay señales de que alguien más estuviera aquí y acordonar la zona en lo alto del acantilado. Comprobar si hay cámaras de seguridad, cualquier casa o piso con vistas. Quiero saber si tenemos testigos.

Gail la miró.

—Los testigos no son mi trabajo, Lesley.

—Lo siento.

Lesley suspiró. Se volvió hacia Dennis, que se había unido a ellos dentro de la caseta.

—Dennis, ¿has pillado todo lo que he dicho?

—Por supuesto —confirmó—. Hablaré con Johnny y Mike para que se pongan con ello.

—Vale. —Volvió a mirar el cuerpo—. Entonces, ¿sabemos quién era? ¿Llevaba alguna identificación?

Ahora que lo habían movido, vio la cara del hombre por primera vez, o lo poco que quedaba visible a través de la espesa capa de sangre. Le tapaba el ojo derecho y le cubría la mejilla. Incluso sus seres más queridos tendrían dificultades para reconocerlo.

Lesley extendió una mano hacia la pared de la caseta. Esto nunca era fácil.

Gail se inclinó para registrarle los bolsillos.

—Nada. Completamente vacío —dijo la forense.

—¿Podría el asesino haberle vaciado los bolsillos? —se preguntó Lesley.

—No hay mucha gente que no lleve absolutamente nada en el bolsillo —respondió Gail—. Así que yo diría que sí, es posible.

—Eso es algo. Puede que se hayan dejado su ADN.

—A menos que llevaran guantes.

Lesley suspiró.

—Esperemos que nuestro asesino no fuera tan listo. Podría haber sido una pelea de borrachos en lo alto del acantilado. Alguien lo golpeó demasiado fuerte y se cayó.

Gail negó con la cabeza.

—¿Has visto la altura de las vallas de ahí arriba? No se puede empujar a alguien así por accidente. Quienquiera que fuese, tuvo que levantarlo y llevarlo por encima. —Miró al patólogo—. ¿Hay alguna prueba de que lo arrastraran por encima de la valla?

El patólogo negó con la cabeza.

—Por lo que puedo ver con él vestido, no; pero, obviamente, sabremos más cuando hagamos la autopsia.

Lesley se agachó para ver mejor el cadáver. Un anillo en el dedo derecho llamó su atención. Era un anillo de sello.

Volvió a mirarle a la cara. Ahora que sabía qué ver, era reconocible.

—Oh, mierda…

Miró a Dennis.

Muerto, no había reconocido al hombre. Había algo en el tamaño de su personalidad que lo había hecho diferente en vida.

—Lo conozco —dijo Lesley—. Tú también, Dennis. Lo hemos interrogado.

Gail se giró para mirarla.

—¿Quién es?

Lesley tragó saliva antes de contestar.

—Se llama Harry Nevin.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

EL PATÓLOGO SEGUÍA INSPECCIONANDO el cuerpo de Harry Nevin, con Lesley a su lado sin perder detalle.

Dennis se apartó y observó la escena. Miró arriba y abajo del acantilado, preguntándose cuánta fuerza haría falta para empujar a un tipo tan grande como Nevin. Estaban seguros de que Nevin había matado a Ameena. En ese caso, ¿quién había matado a Nevin? ¿Y estaban relacionadas ambas muertes?

Dio un paso hacia Lesley, y ella se volvió hacia él.

—¿Qué piensas, jefa?

—Tienen que estar conectados —contestó Lesley—. Era bastante probable que Nevin fuera el responsable de la muerte de Ameena. Lo que significaría que alguien pudo haberlo matado por haberla matado a ella.

—O alguna otra persona podría haberlos matado a ambos —sugirió Dennis.

Lesley se encogió de hombros.

—Sabremos más cuando tengamos los resultados del ADN. —Miró a Gail—. ¿Para cuándo los esperamos?

—El laboratorio dijo que sería hoy o mañana. Veré si pueden apurarlo.

—Gracias.

Lesley miró a Dennis.

—Me quedaré aquí un rato, vigilando. Pero quiero que los cabos y tú empecéis con las grabaciones y los testigos. Iré a verte cuando

acabe aquí.

Dennis se alejó de la escena del crimen, hacia el camino que subía el acantilado. Sería bastante más duro subir que bajar. Cuando llegó al final del camino, vio a Johnny que venía en dirección contraria.

—Que hay, Johnny —le saludó.

—He oído que tenemos otro cadáver —dijo Johnny.

Dennis asintió.

—Harry Nevin.

—¡Ostras! ¿El mismo Harry Nevin...?

—El mismito. ¿Vienes de la oficina?

Johnny hizo un gesto por encima del hombro.

—Mike está conmigo, fuimos a ver a Danny Rogers.

—¿Y?

—Fue obstructivo. Insistió en que Sam Chaston era una amiga de su novia, pero no le creímos. Hay algo sospechoso ahí.

—Vale, averigua si su novia respalda su historia —le pidió Dennis.

—Lo haré —respondió Johnny.

—Mientras tanto, la inspectora quiere que veamos si alguna cámara de vigilancia da a la escena del crimen. Y tenemos que ir de puerta en puerta ahí arriba. —Dennis señaló hacia los pisos en lo alto de los acantilados.

Johnny siguió su mirada.

—No hay problema, jefe.

—Vamos, entonces. —Dennis subió la colina, deseando estar más en forma.

Mike bajaba hacia ellos.

—¿Todo bien, sargento? ¿Qué tenemos?

—Harry Nevin. Lo empujaron por el acantilado. En algún momento de anoche, lo más probable.

Mike hizo un gesto de dolor.

—¿En serio?

Dennis no quería tener la misma conversación de nuevo.

—Quiero que empieces a cotejar pruebas y conseguir testimonios de testigos. ¿Puedes hacer eso?

Mike asintió. Parecía decepcionado.

—¿Me quieres en la oficina?

Dennis se rascó la nariz.

—Los patrulleros ya están llamando a las puertas. Quiero a alguien de vuelta en la base, reuniéndolo todo. —Miró hacia la escena del crimen. La inspectora parecía absorta; él sabía cómo arrancar una investigación. Ya lo había hecho mil veces.

—Vamos, entonces.

—Sí, sargento. —Mike volvió a subir la colina, con paso decidido. Era casi treinta años más joven que Dennis, quien lo envidiaba por eso.

—¿Quieres que me quede aquí contigo? —le preguntó Johnny, con una sonrisa en los labios.

—Te quiero aquí, sí. Llama a la puerta de esos pisos. Averigua si hay cámaras de seguridad. Pregunta a los residentes si vieron actividad sospechosa anoche. Si empujaron a Harry Nevin, alguien pudo haberlo visto.

—¿Así que no lo trajeron desde la carretera y lo arrastraron por detrás de las casetas de playa? —preguntó Johnny.

—Hay pruebas de que cayó por el acantilado. Restos en los arbustos.

—Esa valla es un poco alta para pasar un cuerpo por encima. —Johnny levantó la vista, protegiéndose los ojos del sol de la mañana.

—Podríamos estar buscando a más de un sospechoso —dijo Dennis—. Solo hay una forma de averiguarlo.

—OK.

Antes de que Johnny pudiera darse la vuelta, Dennis le puso una mano en el brazo.

—Espera un momento.

Johnny alzó una ceja.

—¿Pasa algo, sargento?

—Ese caso de Ameena Khan, del que no nos hablaron...

—¿El de Steven Leonard? —preguntó Johnny.

—Tenemos que hablar con él —respondió Dennis—. Si la familia Kelvin tiene algo que ver con esto, necesitamos saberlo.

—¿Has hablado de ello con la inspectora?

—Todavía no. —Dennis miró hacia la colina—. Me voy a su casa. Tú encárgate de los interrogatorios puerta a puerta.

—Por supuesto, sargento. ¿Estás seguro de que quieres ir allí?

Dennis miró hacia el acantilado y luego a su compañero.

—Lo estoy.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LESLEY CONTESTÓ EL TELÉFONO. Se apartó el pelo de la cara, echándoselo tras la oreja, mientras el viento del mar comenzaba a levantarlo en remolinos.

—Dennis, ¿alguna noticia?

—Solo una cosa, jefa. Johnny ya ha llegado. Lo he enviado a los pisos en la parte superior del acantilado. Averiguará si tenemos testigos o cámaras de seguridad. Pensé en ir a ver a la señora Nevin y darle la noticia. Alguien tiene que hacerlo.

Lesley volvió a echarse el pelo hacia atrás, maldiciendo el viento.

—No, no vayas. Lo haré yo.

—Parecías ocupada en la escena del crimen.

—De todas maneras, Dennis, iré yo.

—Bueno, entonces yo iré a hablar con las socias Cross y Short.

Lesley dudó un instante. Sería mejor que ella no estuviera presente cuando hablaran con Elsa.

—Vale, pero llámame antes de hablar con ellas. Quiero informar primero a la esposa.

—Lo haré, jefa. —Y colgó.

Lesley se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió hacia Gail. Había notado algo raro en Dennis al teléfono. Cuando habló con él, no mencionó nada de desaparecer para hacer entrevistas. Dijo que buscaría cámaras de seguridad y testigos. Pero Johnny podía encargarse de eso, y los patrulleros también estarían con el puerta a puerta.

—¿Cómo vamos? —le preguntó a Gail.

—El patólogo ha terminado por ahora —respondió Gail.

En efecto, Whittaker estaba guardando sus cosas en su maletín.

Lesley se acercó a él.

—¿Sigue pensando que fue el corte en la nuca lo que le mató?

—No veo nada más —le dijo—. Obviamente, hay que hacer la autopsia y entonces podré confirmarlo. No me gusta comprometerme antes de eso.

«Ya me lo imaginaba», pensó Lesley.

—¿Cuándo será el post mortem?

El doctor se encogió de hombros.

—Mañana, imagino.

—Seguramente hoy sería más apropiado.

—Soy un hombre ocupado, inspectora.

Lesley se apretó una uña contra el muslo.

—Tenemos dos asesinatos relacionados, eso tiene prioridad.

—No puedo dejar de lado el resto de mi trabajo porque tenga prisa. —Se puso a su altura y la miró fijamente.

—En ese caso, dígame lo que ha sacado de su examen in situ. ¿Alguna herida defensiva?

—Ninguna —dijo el patólogo—. Sus manos están limpias.

—Vale. A ver si puede hacer algún cambio en su agenda, ¿no? Estoy segura de que mis jefes estarían contentos si pudiera hacer la autopsia hoy.

Whittaker enarcó una ceja.

—Yo no respondo ante sus jefes, inspectora Clarke.

Lesley apretó la mandíbula. Henry Whittaker era un grano en el culo, pero si ella no se portaba bien, podía retrasar la autopsia aún más.

—Solo avíseme cuándo vaya a hacer la autopsia y enviaré a uno de mis chicos.

—Por supuesto. —Recogió su maletín y se marchó.

Lesley se quedó de pie junto a Gail, observando al patólogo que se dirigía, a grandes zancadas, hacia el final de la playa.

—Este hombre me da dolor de cabeza —protestó Lesley.

—Sé lo que quieres decir —respondió Gail—. Llevo años trabajando con él.

—Parece que lleva aquí desde la prehistoria.

—No seas tan dura con él. Sabe lo que hace.

—Es lento —replicó Lesley—. Grosero, arrogante y no coopera en absoluto. Cuando trabajaba en las Midlands, teníamos...

Gail le puso una mano en el brazo.

—Ahora no estás en Birmingham, Lesley. Tienes que trabajar a nuestro ritmo.

—Pero tú no trabajas a paso de tortuga —le dijo Lesley—. Eres una de las CSI más eficientes que he conocido.

Gail sonrió.

—Gracias por el cumplido, pero no te servirá de mucho.

Lesley se rio.

—No necesitas cumplidos para trabajar duro. Te dejo con ello.

—Te diré si encontramos algo más.

—Sé que lo harás. —Lesley se alejó.

Se acercó a un agente uniformado que estaba cerca del cordón.

—Necesito que me lleven a Canford Cliffs —le pidió—. ¿Puede llevarme uno de los suyos?

—Por supuesto, señora. Sígame.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

STEVEN LEONARD VIVÍA en un piso de protección oficial en el norte de Bournemouth. Los veraneantes que acudían a esta ciudad seguramente no se imaginaban que había gente de la zona que vivía en lugares como ese. Igual se pensaban que todo eran jubilados ricos y multimillonarios con sus apartamentos de lujo en Sandbanks. Pero, como todas las ciudades, Bournemouth tenía sus peores zonas.

Dennis aparcó el coche y se dirigió a la puerta exterior del bloque de apartamentos. Era un edificio bajo, con seis viviendas apretadas en dos plantas. Llamó al piso número tres.

El intercomunicador crepitó y una voz masculina habló.

—Sí, ¿qué quieres?

—¿Señor Leonard? —preguntó Dennis—. Soy el sargento Frampton. Quiero hacerle unas preguntas.

—¿Tienes una orden?

—No está arrestado, solo tengo unas preguntas.

—¿No tienes una orden, entonces?

—Como he dicho —continuó Dennis—, solo necesito información sobre un caso. Estoy seguro de que, si coopera con nosotros...

—Si no tienes una orden, no vas a entrar —reiteró el hombre.

El interfono enmudeció. Dennis miró arriba y abajo la fila de botones. A esas horas de la mañana, el botón de acceso para repartidores funcionaría. Lo pulsó, y la puerta se abrió, la empujó con el codo y subió las escaleras con paso ligero.

La puerta de Leonard estaba llena de grafitis. Dennis llamó con los nudillos.

—¡Lárgate!

—Señor Leonard, solo quiero hacerle unas preguntas. No me iré hasta que hable conmigo.

—No tienes orden judicial así que no puedes obligarme a hacer nada.

Dennis apoyó el puño en la puerta. Ojalá tuviera un patrullero con él, para que pudiera atravesar la puerta. Pero no tenía una razón legítima para entrar por la fuerza en aquel piso. Lo único que sabía era que Steven Leonard era el acusado en el caso que faltaba en los archivos de Ameena Khan, que la asistente personal de Ameena Khan había advertido a la inspectora sobre ello y, por supuesto, que Leonard había trabajado intermitentemente para una de las familias más deshonestas de todo Dorset.

—¿Todavía trabajas para los Kelvin? —preguntó a través de la puerta.

Silencio.

—¿No vas a responder a mi pregunta?

La puerta se abrió. Detrás había un hombre calvo y con sobrepeso. Dennis sabía por su ficha, que Leonard solo tenía treinta y cuatro años, pero aparentaba veinte más. Llevaba una camiseta raída, con agujeros en la zona del estómago, y unos pantalones cortos que parecían dos tallas más pequeños.

—Ya no trabajo para ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó Dennis—. Oí que has tenido problemas últimamente.

Leonard negó con la cabeza.

—Me libré. ¿Es que acaso no te acuerdas?

Dennis bajó la mirada hacia el tobillo del hombre. El hecho de que llevara pantalones cortos hacía evidente que tenía una tobillera electrónica. Dennis y Steven Leonard tenían opiniones muy diferentes sobre lo que significaba «librarse».

—¿Cuánto tiempo tienes que llevar eso?

Leonard se pasó una mano por la cara y resopló.

—No es asunto tuyo.

—Por el contrario, sí lo es —replicó Dennis—. Porque tu nombre ha surgido en relación con la investigación de un asesinato.

Leonard lo miró con el ceño fruncido.

—Ni idea de lo que estás hablando, colega. —Le cerró la puerta en las narices.

Dennis se planteó inclinarse hacia ella para mantenerla abierta. Pero estaba solo y sabía qué clase de hombre era Steven Leonard.

—Volveré —le avisó—. Mi jefa tiene preguntas para ti.

Leonard escupió en el suelo de la entrada.

—Que le den por culo a tu jefa.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

LESLEY DIO un par de palmadas en el techo del coche patrulla como despedida y vio cómo se alejaba por la calle de Harry Nevin. Observó la casa del hombre. Era amplia, de ladrillo rojo y estaba apartada de la carretera. El jardín delantero estaba lleno de arbustos saludables y árboles maduros.

«Una casa así le habrá costado un buen pico», pensó. Pero Harry Nevin era socio de un prestigioso bufete de abogados. No le faltaba el dinero.

Se acercó a la puerta principal y pulsó el timbre. Echó los hombros hacia atrás, se alisó la chaqueta y se atusó el pelo para no parecer que acababa de pasar una hora en una playa ventosa.

La puerta se abrió y Ffion Nevin la miró, parpadeando.

—¿Qué ha pasado?

Lesley mostró su identificación.

—Soy la inspectora Clarke. ¿Puedo pasar, por favor?

—¿Dónde se ha metido Harry?

—Creo que deberíamos tener esta conversación dentro.

La mujer se agarró a la puerta.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi marido?

—Por favor, señora Nevin. Sentémonos en algún sitio.

El rostro de la señora Nevin palideció. Se apartó de la puerta y dejó que Lesley entrara detrás de ella.

Lesley cerró la puerta y echó un vistazo al pasillo. Había tres puertas: una que daba a una amplia cocina, otra a un elegante

comedor y una tercera a un luminoso salón. Lesley señaló con la cabeza el salón. La señora Nevin asintió y Lesley pasó.

Se sentó y esperó a que la mujer la imitara. La señora Nevin se acomodó en una silla, sin apartar los ojos del rostro de Lesley.

—¿Qué le ha pasado? ¿Estaba con su amante?

—Me temo que no —respondió Lesley—. Fuimos allí y ella no lo había visto.

—Entonces, ¿dónde estaba? No me diga que tiene otra mujer.

Lesley se inclinó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y se humedeció los labios antes de hablar. Odiaba esa parte de su trabajo, por muchas veces que lo hiciera.

—Me temo que tengo malas noticias para usted, señora Nevin.

La mujer la miró fijamente. En sus mejillas se formaron manchas rojas.

—Encontramos a su marido en la playa de Boscombe esta mañana —continuó Lesley—. Me temo que estaba muerto.

La señora Nevin se agarró al brazo del sofá.

—No puede ser. Está mintiendo.

—Lo siento mucho, señora Nevin. Yo misma pude identificar a su marido. Pero necesitaremos que venga más tarde y que lo haga usted formalmente. Mientras tanto, ¿hay alguien que pueda venir aquí, o a quien usted pueda acudir?

La señora Nevin entrecerró los ojos.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se ahogó?

—Lo encontramos al pie de los acantilados —explicó Lesley—. Se había caído.

—¿Se suicidó?

—No hay indicios de ello, señora Nevin. Creemos que alguien lo empujó.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—¿Que lo empujaron?

—Esa es la hipótesis en la que estamos trabajando.

—¿Pero quién? ¿Uno de sus clientes? Ay, Dios mío... —La mujer apartó la mirada.

Lesley ladeó la cabeza.

—¿Hay alguien más en casa? —No había oído movimiento ni voces y no sabía si la pareja tenía hijos.

—No —respondió la mujer—. Harry y yo vivimos solos. —Se agarró la rodilla—. O vivíamos…

Lesley se inclinó hacia delante.

—¿Hay alguien que podría haber querido hacerle daño a su marido?

—Era abogado criminalista. Seguro que hay mucha gente.

—¿Pero alguien en concreto? ¿Alguien para quien él o su empresa hubieran trabajado recientemente?

—¿Cree que esto está relacionado con esa mujer Ameena Khan?

—Ahora mismo no lo sabemos —respondió Lesley—, y no queremos sacar conclusiones precipitadas. Pero investigaremos la posibilidad de que ambas muertes estén relacionadas.

Se resistió a decirle que Harry Nevin había sido el principal sospechoso de la muerte de Ameena Khan. Ahora que estaba muerto, se retractaba de esa suposición.

—No sé nada de sus clientes —dijo la señora Nevin—. No me hablaba de su trabajo.

—¿Alguno de ellos vino aquí? —preguntó Lesley—. ¿Tenía reuniones en casa?

La mujer frunció el ceño.

—Sí. A veces recibía visitas por la noche, para que yo no tuviera que quedarme sola.

—¿Con quién se reunía por las noches?

—No lo sé. Él los dejaba entrar y los llevaba directamente a su estudio. Yo no los veía.

Lesley miró hacia la puerta.

—¿Podría mostrarme dónde está su estudio, por favor?

La mujer se levantó con movimientos espasmódicos y condujo a Lesley hasta la cocina. Esta se extendía a lo largo de la parte trasera de la casa, con grandes ventanales que daban a un largo jardín. La llevó a través de una puerta trasera. El estudio parecía encontrarse en un garaje reconvertido.

—Es por aquí.

Lesley entró. Era una habitación espaciosa con un bonito escritorio de roble en el centro y un amplio ventanal al frente. Encima del escritorio había documentos apilados y un teléfono móvil junto a ellos.

—¿Es ese el teléfono de su marido? —preguntó Lesley.

La señora Nevin se encogió de hombros.

—Supongo que sí, si está en su escritorio.

—¿No se lo llevó ayer?

—No lo sé. No lo he visto desde que se fue a trabajar ayer por la mañana.

Lesley se acercó. Sobre el escritorio había un teléfono básico, no un *smartphone*.

¿Por qué Harry Nevin tenía un teléfono desechable?

Se volvió hacia la señora Nevin.

—Voy a tener que llevarme esto. —Sacó unos guantes del bolsillo y una bolsa de pruebas. Colocó el teléfono dentro.

Miró a su alrededor.

—Probablemente también tendremos que registrar esta habitación, llevarnos su ordenador y todos sus archivos.

La mujer asintió.

—Hagan lo que necesiten.

Lesley la miró.

—¿Tiene a alguien a quien pueda acudir? ¿Algún familiar cercano? ¿Amigos?

La señora Nevin tragó saliva.

—Mi madre vive en Londres. Podría ir, pero prefiero estar aquí.

—Lo entiendo —respondió Lesley—. ¿Tiene alguna vecina con quien pueda estar? No quiero dejarla sola.

La mujer negó con la cabeza.

—No es ese tipo de calle. La casa de al lado está vacía la mitad del tiempo. Los dueños la usan como casa de vacaciones.

—¿Tendrá alguna amiga en la zona?

La señora Nevin se quedó mirándola.

—No son el tipo de amigas... —Frunció el ceño—. Pero sí, se me ocurre alguien.

—Muy bien —dijo Lesley—. ¿Quiere que me encargue yo de llamarla?

—No, ya lo hago yo —respondió con voz débil.

Ffion Nevin estaba de verdad sorprendida. Fuera lo que fuese lo que había estado haciendo su marido, parecía improbable que ella supiera algo al respecto o estuviera implicada.

—Antes de irme, ¿le suena el nombre de Steven Leonard? —le preguntó Lesley.

La señora Nevin negó con la cabeza.

—¿Steven qué?

—Era cliente del bufete de su marido. Me pregunto si habrá venido aquí en algún momento.

La mujer se encogió de hombros.

—Lo siento. Harry a veces hablaba de cosas que le estresaban, pero nada concreto. Me contaba sus discusiones con Aurelia Cross, pero no hablaba de casos. Era abogado; sabía que no debía hacerlo.

Lesley asintió.

—Enviaremos a un agente de relaciones familiares para que la apoye en los próximos días. Pero mientras tanto, llame a su amiga. Necesita a alguien a su lado.

La señora Nevin miró alrededor.

—No sé dónde está mi teléfono.

—No se preocupe —dijo Lesley—, yo le ayudaré a encontrarlo.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

AURELIA CROSS TENÍA un despacho en la esquina más alejada de Harry Nevin. Dennis se sentó en una silla, esperando a que apareciera la mujer. Una asistente lo había hecho pasar con movimientos nerviosos. Le ofreció un café y pareció aliviada cuando lo rechazó.

Dennis miró por la ventana que había más allá del escritorio. Tenía vistas al mar. «Bonito lugar para trabajar», pensó. Miró a su espalda, hacia la esquina de las oficinas donde debería haber estado Harry Nevin.

¿Había venido ayer? ¿Había hablado con sus colegas sobre en qué estaba trabajando? ¿Sospechaban sus compañeros que era el hombre que había matado a Ameena Khan?

Su teléfono vibró y vio un mensaje de la inspectora. Estaba con Ffion Nevin. Dennis levantó la vista cuando se abrió la puerta y entró Aurelia Cross.

—Otra vez usted.

Dennis se levantó.

—Siento molestarla.

Aurelia Cross señaló la silla.

—Siéntese. Acabemos con esto de una vez.

—Esto no es una continuación de nuestra entrevista anterior —le explicó Dennis.

—¿No? ¿Entonces qué es? —Rodeó el escritorio y se sentó. Se reclinó en la silla, con las manos juntas bajo la barbilla.

—Me temo que tengo malas noticias. —Dennis esperó su reacción.

—¿Malas noticias? De eso nos sobra aquí.

—Es acerca de su socio, Harry Nevin.

El rostro de la mujer se ensombreció.

—¿Qué ha hecho ahora?

Dennis la miró con escepticismo.

—¿Qué espera que haya hecho?

Ella hizo un ademán con la mano para quitarle importancia.

—Ya sabe lo que quiero decir. No creo que haya hecho nada. ¿Qué pasa? ¿Para qué ha venido?

—Me temo que el señor Nevin ha fallecido, señora Cross.

—¿Fallecido?

—Sí. Encontraron su cuerpo esta mañana en la playa de Boscombe.

La mujer se enderezó en la silla. Se echó hacia delante y apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Muerto? ¿Harry? —Tomó aire—. Harry es jodidamente inmortal.

Dennis hizo una mueca de incomodidad por el lenguaje de la abogada.

—El cuerpo aún no ha sido identificado formalmente, pero es el señor Nevin. Yo mismo he estado allí. —No explicó que no había visto el cuerpo de Nevin en persona; la palabra de su inspectora era suficiente.

La mirada de Aurelia Cross se desvió hacia el despacho exterior.

—¿Quién más lo sabe?

—Mi inspectora ha ido a informar a su mujer. Y había algo de prensa en la escena.

—¿Prensa? Por mí pueden mantenerlos alejados, no quiero especulaciones.

—No hay mucho que podamos hacer para controlar lo que publican —dijo—. Pero lo que me gustaría es averiguar en qué ha estado trabajando el señor Nevin. ¿Quiénes son sus clientes actuales? ¿Hay alguien que pueda querer hacerle daño?

—¿Cree que fue asesinado? —La mirada de la mujer se tensó.

—Así es. ¿Le sorprende?

Aurelia Cross se encogió de hombros.

—Lo encontraron en Boscombe. Supuse que se habría tirado por el acantilado.

—¿Por qué querría suicidarse el señor Nevin?

Levantó las manos, encogiéndose de hombros.

—Hombre de mediana edad. La crisis de los cincuenta. Estrés en el trabajo. Varias mujeres a la vez. Dios, la pena que da su mujer. Por no hablar de su amante.

—¿Sabe lo de su amante? —le preguntó Dennis, con el labio crispado.

—Todo el mundo sabe lo de su amante.

Dennis se estremeció. Los hombres como Harry Nevin trataban con desprecio a las mujeres. No tenían sentido de lo que era correcto.

—¿Cree que su mujer podría haber querido hacerle daño por haberle sido infiel?

Cross negó con la cabeza.

—No, no lo creo. No es esa clase de mujer. Estará destrozada. Lo quiere, a pesar de que la trataba como a la mierda.

Dennis apretó la mandíbula.

—Necesitamos saber los nombres de los clientes a los que representaba en este momento, y de cualquiera que pudiera desearle algún mal.

Aurelia Cross negó con la cabeza.

—Estaremos aquí un buen rato si quiere la respuesta a eso.

Dennis la miró.

—Tengo bastante tiempo.

Llamaron a la puerta. Se volvió y vio a Elsa Short fuera, mirando a Aurelia Cross. Esta le hizo señas para que entrara, y Elsa abrió la puerta.

—Elsa, será mejor que sepas lo que ha pasado.

Elsa Short asintió a Dennis.

—Buenos días, ¿qué ha pasado?

—Me temo que Harry Nevin ha muerto —dijo Dennis.

Short alzó una ceja.

—¿Harry? —Se acomodó en la silla junto a él—. ¿Ameena y Harry en la misma semana? —Miró a Aurelia Cross—. ¿Qué van a pensar nuestros clientes?

Cross le dirigió una mirada de desaprobación.

—Imagino que estarán preocupados por el bienestar de la mujer de Harry, igual que todos nosotros.

La joven socia se burló.

—Su mujer, y su novia, y el resto, probablemente.

—No hablemos mal de los muertos —amonestó Cross.

Dennis la miró. Ella misma había estado hablando mal de él antes de que entrara su colega. Se preguntó qué tipo de relación tenían esas dos mujeres.

Short se volvió hacia Dennis.

—¿Qué le pasó?

Dennis le contó los detalles del hallazgo del cadáver de Nevin. Ella lo observó, con expresión de asombro, aunque Dennis no fue capaz de descifrar si era una reacción auténtica. ¿Sabría más de lo que decía?

—Necesito preguntarles dónde estuvieron anoche —dijo Dennis.

Ambas mujeres asintieron.

—Por supuesto —dijo Cross—. Revisaremos nuestros diarios.

—Y necesitaré los datos de los clientes del señor Nevin y de cualquiera que haya querido hacerle daño.

Elsa se burló.

—Entonces será una larga lista.

Era la segunda persona que lo decía. Dennis se preguntó qué había hecho Harry Nevin para molestar a tanta gente.

—Aun así, necesitaré la información.

—Nos pondremos a ello —dijo Aurelia Cross—. Uno de nuestros asistentes se lo enviará a su despacho.

—Gracias. —Dennis sacó dos copias de su tarjeta de visita del bolsillo y las colocó sobre el escritorio—. Si se les ocurre algo, llámenme, por favor.

—Por supuesto que sí —dijo Cross. Se levantó, indicando que la reunión había terminado.

Dennis la miró. Aurelia Cross tenía un don para hacerte sentir como un intruso.

—Llámeme —reiteró—, por lo que sea, quiero saberlo.

—O a su inspectora —dijo entonces Short.

—O a mi inspectora —repitió Dennis.

Elsa Short se quedó mirándolo a la cara más tiempo del que le pareció cómodo.

—Así lo haremos —confirmó la joven socia. Se levantó y salió del despacho, dejando que Dennis la siguiera.

CAPÍTULO CUARENTA

LESLEY VOLVIÓ a la oficina tras conseguir que la llevaran en otro coche patrulla. La próxima vez llevaría su coche. Conducir con Dennis significaba que podía quedarse tirada en la escena de un crimen, o con un testigo.

Entró en la oficina y encontró que Tina era la única persona allí.

—Hola, señora —dijo Tina—. ¿Qué tal la mañana?

Lesley hizo una mueca.

—No tienes que llamarme señora, Tina.

—Lo siento, es la costumbre.

Lesley suspiró.

—No fue fácil. Ffion Nevin está hecha un desastre.

—Ameena Khan, y ahora Harry Nevin. ¿Cómo murió Nevin?

—Aún no lo sabemos con seguridad, pero parece que lo tiraron por el acantilado cerca del muelle de Boscombe.

Tina frunció el ceño.

—Boscombe Chine; es precioso allí. Llevé a mi hermano el fin de semana.

—¿Chine?

—Es una palabra local que se usa para describir un barranco que baja hasta la playa.

Lesley asintió. Más dialecto.

—Pues sí, estás en lo cierto. Es un buen lugar para tomarse un helado y pasar un día de playa, pero no para encontrar un cadáver, como hizo esa pobre pareja y su pequeño.

Tina hizo una mueca.

—Pobre niño.

Lesley asintió, con el rostro tenso.

Tina apartó la mirada hacia la ventana. Ambas mujeres se sumieron en sus pensamientos. Lesley esperaba que el niño fuera demasiado pequeño para recordar lo que había visto. Sus padres, desde luego, no lo eran.

La inspectora se encogió de hombros para salir de su ensueño.

—Tenemos que ponernos a trabajar. ¿Dónde está Mike?

—Fue al almacén de pruebas del caso de Ameena Khan. Quería hablar con el encargado para comparar las pruebas forenses.

—Muy bien. ¿Ha llegado ya algo?

Tina negó con la cabeza.

—Vale. Contacta con Gail, dime si encuentra algo.

—Ya le dejé un mensaje, jefa.

Lesley sonrió a Tina. Para ser una agente uniformada, era prometedora como investigadora.

Se echó hacia atrás y cogió un bolígrafo del escritorio de Mike. Se golpeó los dientes con él.

—Ameena Khan y Harry Nevin. Quiero saber qué conexiones hay entre ellos, aparte de que trabajaban para la misma empresa. ¿Se encargaba Ameena de los mismos casos que Nevin? ¿Compartían vida social? ¿Tenían amigos? ¿Tenían una aventura?

—¿Una aventura, jefa? —preguntó Tina—. ¿Crees que...?

Lesley se levantó.

—Me imagino que Harry Nevin ya estaba bastante ocupado, pero un hombre con una amante puede tener una segunda. Quiero averiguar todo lo que los unía. Empieza con las conexiones profesionales, luego mira los aspectos sociales.

—¿Incluyendo el caso Leonard?

—Sí —respondió Lesley—. Averigua hasta qué punto Harry Nevin estaba implicado en ello. Afirmó que él era el abogado y no Ameena, por eso no nos envió los archivos. Pero ¿es cierto, o estaban los dos involucrados?

—¿Ha hablado el sargento contigo sobre el enlace con los Kelvin? —preguntó Tina.

—¿Qué enlace y quiénes son los Kelvin?

—La familia Kelvin. Leonard solía trabajar para ellos.

Lesley se encogió de hombros.

—¿Quién es la familia Kelvin?

La cara de Tina se ensombreció.

—El grupo más chungo de todo Dorset.

Lesley se sentó en la silla de Mike.

—¿Por qué no me dijeron nada de esto?

Tina le devolvió la mirada, parpadeando.

—Lo siento, jefa. Hablé con el sargento. Supuse que...

—No has hecho nada malo, Tina —dijo Lesley.

«¿Por qué Dennis no se lo estaba contando todo?»

—Cuéntame más —le pidió a la agente—. ¿Quién es esta familia Kelvin?

—Una familia de crimen organizado —le explicó Tina—. De poca monta, comparado con lo que estás acostumbrada a ver en Birmingham, imagino. Llevan un montón de negocios: blanqueo de dinero, un poco de contrabando de drogas, ese tipo de cosas. Entran y salen por el puerto de Poole.

Lesley se inclinó sobre el escritorio.

—Quiero saber más sobre ellos. ¿Por qué han sido detenidos? ¿Algún procesamiento?

Tina negó con la cabeza.

—Unos cuantos procesamientos, pero muy pocas condenas. No de la familia, al menos. Son listos, contratan buenos abogados.

Lesley se hundió en la silla. Conocía a un hombre así, o lo había conocido en Birmingham. Trevor Hamm, jefe del crimen organizado en la ciudad. Había tardado años en conseguir que lo condenaran por algo. Y al final fue por lucrarse con la prostitución, no por los asesinatos por los que debería haber caído.

—De acuerdo, Tina. Quiero saberlo todo sobre la familia Kelvin. ¿Quiénes son sus abogados? ¿Trabajaba Harry Nevin para ellos y, si así era, pasó algo entre ellos? ¿Lo habían despedido recientemente? ¿O lo contrataron? ¿Cometió algún error en un caso? Todo lo que puedas conseguir, quiero saberlo, y quiero saberlo ayer.

Tina asintió. Parecía asustada.

—De verdad que lo siento, jefa.

—Deja de disculparte, Tina. No es tu culpa.

Lesley se levantó y se apartó del banco de escritorios. Entró en su despacho y cerró de un portazo.

«Maldito Dennis. ¿Por qué no le estaba contando todo lo que sabía? ¿Y dónde coño se había metido?»

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

EL TERRENO detrás de la caseta de playa, donde se había encontrado el cadáver de Harry Nevin, era seco y arenoso. No era ni mucho menos ideal para conservar huellas de pisadas, pero Gail había encontrado una. No sabía si pertenecían al padre del niño que había hallado el cuerpo o al propio Nevin.

Dudaba que fuera de su asesino, ya que lo habían empujado desde lo alto del acantilado. Pero iba a hacer un molde, por si uno de los atacantes de Nevin hubiera bajado a ver cómo estaba.

Era sorprendente la cantidad de asesinos que cometían estupideces así.

Gav ya la había fotografiado, junto con los daños causados a la vegetación más arriba en el acantilado. Ahora su colega se encontraba en la cima, en una zona que habían acordonado justo encima del lugar donde se encontró el cadáver. Estaba examinando la hierba y la valla, tratando de encontrar restos de ropa que pudieran haber quedado atrapados cuando empujaron a Nevin por encima de la valla.

Gail se levantó, estiró la espalda y deseó haber sido más sensata y haberse puesto en cuclillas en vez de doblarse. Sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo y miró hacia el acantilado, esperando que fuera Gav. Era más rápido hablar por teléfono que subir y bajar la cuesta.

Sin embargo, era Brett, que estaba de vuelta en el laboratorio revisando las muestras que habían recogido.

—Hola, Brett, dime que estás teniendo un día mejor que el mío.

—¿Tan mal te está yendo? —preguntó el técnico.

Gail torció el gesto.

—Estoy tratando de recoger una huella que es solo polvo.

—Ah, sí —respondió—. Gav me dijo que el suelo es bastante arenoso por allí.

Gail asintió.

—¿Tienes noticias, entonces?

—De hecho, sí. Buenas noticias. Bueno… noticias al menos.

—Continúa.

—Tenemos el análisis del ADN de las células de la piel que encontramos bajo las uñas de Ameena Khan.

Gail sintió que se le encogía el estómago.

—¿Y?

—Tenemos una coincidencia.

Se alejó un paso de la huella. No quería pisotearla por accidente, dada su excitación.

—Vamos, entonces, no me tengas en ascuas.

Brett se rio. Le encantaba hacerle eso. Cabrón descarado.

—No es nadie en la base de datos de delitos —dijo—, nadie que haya sido detenido. Pero sí es alguien cuyo ADN hemos tomado hace muy poco.

—Brett —le avisó—, basta. Dime quién es de una vez.

—Lo siento, jefa. De acuerdo: es Nevin. El ADN bajo las uñas de Ameena Khan pertenece a Harry Nevin.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

LESLEY SE SENTÓ, la silla inclinada hacia la ventana, ansiosa por ver cuándo regresaban Dennis y Johnny. Cuando vio el Astra marrón de Dennis, salió de su despacho.

Tina levantó la vista y captó su expresión tensa.

—¿Todo bien, jefa?

—Sí. —Empujó las puertas y se dirigió a las escaleras.

Dennis y Johnny se acercaban al edificio cuando Lesley salió de él. Llamó la atención de Dennis y alzó una ceja.

Los dos agentes se detuvieron al verla.

—Jefa —dijo Dennis.

—¿Podemos hablar, por favor? —preguntó, ignorando la expresión de confusión de Johnny.

Dennis se volvió hacia el cabo.

—Sube y escribe las notas de la entrevista.

Johnny asintió a Dennis, lanzó una mirada recelosa a Lesley y luego entró.

—¿Todo bien? —preguntó Dennis. Se tocó la varilla de las gafas.

—Ven conmigo.

Lesley se volvió para observar el edificio. No quería hacer esto dentro. Lo guio hasta el lateral del edificio, una zona pavimentada con un banco que parecía utilizado por fumadores.

Dennis estaba de pie detrás de ella, con la postura rígida. Tenía agarrada la corbata.

—Anda, deja de parecer un niño al que han llamado al despacho del director —espetó Lesley.

Dennis se soltó la corbata.

—¿Hay algún problema? No estoy seguro de por qué... —Miró hacia el edificio.

Lesley se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—Háblame de la familia Kelvin, Dennis.

Un destello de reconocimiento pasó por la cara del sargento.

—Esto…

—Me han dicho que se remontan varias décadas, tal vez siglos. Crimen organizado.

—Así es —asintió Dennis.

—Y Steven Leonard trabajaba para ellos.

Dennis la miró a los ojos.

—Así es.

—¿Por qué no me dijiste que este caso podría estar relacionado con una importante familia criminal de la zona?

Dennis echó los hombros hacia atrás antes de contestar.

—El vínculo es tenue, señora. Podría no haber sido nada. No había necesidad de...

—Ya sabes cómo trabajo. Compartimos información, nos reunimos a menudo para hablar de lo que vamos encontrando. Nos ayuda a establecer conexiones, a superar los obstáculos. Has tenido muchas oportunidades de contármelo, ¿por qué no lo has hecho?

Él la miró; sus ojos recorrieron su rostro. Lesley esperó mientras su sargento decidía si iba a mentirle de nuevo o, al menos, volver a ocultar la verdad.

—Todo lo que puedo decir es que lo siento, señora.

—Anda, no me vengas con «señora». Lo dices cuando estás nervioso, ¿lo sabías?

—Lo siento. —Se llevó la mano a las gafas.

Lesley se mordió el labio inferior.

—¿Has descubierto algo significativo, aparte de que Leonard trabajaba para los Kelvin? ¿Estaban relacionados con su arresto?

—No hemos podido encontrar ninguna prueba de eso, señora. Quiero decir… jefa. Pero para ser franco, ese es su modus operandi.

Tienen una serie de empleados de poca monta que hacen los trabajos sucios. Y cuando los arrestan, los dejan a la deriva.

—Pero Arthur Kelvin le dio una referencia a Leonard cuando este la necesitó.

—Porque proyecta una cierta imagen, jefa. Un honrado empresario local que protege a sus empleados sin importarle en qué líos se metan. En cierto modo, le hace parecer menos culpable.

Lesley resopló.

—A partir de ahora, me mantienes al tanto de cualquier línea de investigación. ¿Sí o sí?

—Sí, jefa —dijo Dennis, mientras asentía con la cabeza.

—Vale. Vamos dentro, no sea que empiecen a decir que nos hemos fugado. —Lo miró—. O que te he tirado por un barranco.

Dennis no pudo evitar abrir los ojos con asombro y Lesley sonrió.

—Es broma, Dennis. Relájate.

Dennis asintió entonces, y Lesley se apartó de él, algo exasperada.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

LESLEY VOLVIÓ A SUBIR LAS ESCALERAS, consciente de que Dennis se demoraba detrás de ella. No le gustaba tener que regañarlo, pero no podía permitir que su sargento le ocultara cosas. Al entrar en la oficina, vio que Johnny y Mike miraban a Dennis. ¿Les había hablado a ellos de los Kelvin?

Tina estaba concentrada en su pantalla, pero su lenguaje corporal mostraba cierta rigidez. Miró a Dennis al pasar.

—A mi despacho, todos —dijo Lesley.

Entró a grandes zancadas, cogió el tablón y lo llevó al centro de la oficina. Los cuatro miembros del equipo entraron tras ella, con Dennis al fondo. Johnny lo miraba, pero Dennis no le correspondía la mirada.

—¿Qué tenemos, entonces? —preguntó Lesley. Señaló la pizarra con la punta del dedo—. La posible conexión del caso de Steven Leonard con la familia Kelvin. ¿Ameena también los representaba?

—Que nosotros sepamos, no —dijo Tina—. He investigado sus casos. No encuentro ningún indicio de que Ameena tratara con nadie más que con Steven Leonard en ese caso.

—Yo también hice algunas llamadas —intervino Mike—, a Bournemouth CID. He revisado todos los casos en los que se cruzaron con ella en el último año, y ninguno parece estar relacionado con los Kelvin.

Lesley se cruzó de brazos.

—Habladme de la familia Kelvin, entonces. ¿Necesitamos interesarnos por ellos?

Dennis tomó aire.

—Arthur Kelvin es nieto de Philip Kelvin, quien inició la encarnación moderna del negocio familiar en los años sesenta.

—¿Cuál es esa versión? —preguntó Lesley.

—Drogas y blanqueo de dinero, en su mayoría.

—¿Algo más? ¿Prostitución, crímenes violentos, contrabando de armas?

Dennis negó con la cabeza.

—Que sepamos, no. Se especula que empezaron como contrabandistas. Se remonta siglos atrás.

—Negocio familiar —añadió Johnny.

Lesley lo miró.

—No me importa si es un negocio familiar. Quiero saber quiénes son y si están relacionados con la muerte de Ameena Khan. Si ella representaba a un hombre que trabajaba para ellos, y desde el bufete nos ocultan ese hecho, quiero saber por qué.

Pensó en Elsa. ¿Sabría ella lo que estaba pasando? ¿Iba a tener que interrogar a su novia?

Esto empezaba a acercase demasiado a ella.

—Investigad un poco más —ordenó—. Seguro que todos tenéis contactos asociados con los Kelvin. Esta gente siempre anda metida en todos los meollos.

Su equipo asintió y Dennis murmuró algo.

—¿Algún problema, Dennis? —le preguntó Lesley.

—En absoluto, jefa.

Lo miró con dureza. Dennis estaba chapado a la antigua y podía ser un pesado. Pero era diligente y había dado muestras de lealtad. No quería enemistarse con él.

—De acuerdo —continuó Lesley—. También quiero saber qué conexión había entre Harry Nevin y la familia Kelvin. ¿Quién era su abogado habitual para asuntos criminales? ¿Podrían haber matado ellos a Nevin?

—¿Tienes alguna razón para pensar que los Kelvin mataron a Nevin, jefa? —preguntó Dennis.

—Ahora mismo no tengo motivo para pensar nada, pero quiero descartar cualquier posibilidad.

Sonó su teléfono.

—Inspectora Clarke.

—Lesley, soy Gail. Tengo novedades.

—Espera —contestó Lesley—, te pongo en altavoz. Tengo al resto del equipo aquí conmigo.

Lesley puso el teléfono sobre la mesa y activó el altavoz.

—¿Podéis oírme? —preguntó Gail.

—Sí, podemos —afirmó Tina.

—Vamos —dijo Lesley.

—Muy bien —respondió Gail—. Tenemos el ADN de debajo de las uñas de Ameena, de la piel que consiguió arrancar a su atacante.

—¿De quién es? —preguntó Lesley.

—Es de Harry Nevin.

Johnny silbó. Lesley levantó la vista y observó al equipo.

—Entonces —dijo Lesley—, si Nevin mató a Ameena, necesitamos saber por qué. Y si es así, ¿quién mató a Nevin?

Nadie contestó.

—¿Cómo vamos con las cámaras de seguridad? ¿Hay testigos presenciales?

—Todavía nada —dijo Johnny—. Los patrulleros siguen llamando a las puertas. Pero es pronto, la gente aún está trabajando. Puede que tengamos un poco más de suerte cuando empiecen a volver a sus casas.

—Manteneos al tanto —pidió Lesley—. Si damos con alguien, que uno de vosotros vaya allí de inmediato a interrogarlo. Mejor aún, dos de vosotros, para que podamos cubrir a tanta gente como sea posible.

Los dos cabos asintieron.

—¿Y de las pruebas forenses? —preguntó entonces Lesley.

La voz de Gail sonó por el teléfono.

—Hay una huella detrás de la caseta de playa. Le he hecho una foto y he intentado obtener un molde, pero no he tenido mucha suerte dado el tipo de suelo. Y Gav ha encontrado tela en la valla en la parte superior del acantilado. Podría no estar relacionado. Pero lo

analizaremos de todos modos, a ver si podemos averiguar de dónde es y dónde podría haber sido comprada.

—Bien —dijo Lesley—. ¿Algo más?

—Gav está mirando algunas huellas de neumáticos en el suelo en la parte superior de la valla. Junto al aparcamiento. No estoy segura de que sean recientes, pero nunca se sabe.

—Excelente —respondió Lesley—. Me alegra ver que estás progresando.

—Te mantendré informada —le dijo Gail.

—Vale. —Levantó la vista del teléfono—. ¿Qué pasa con la autopsia?

Dennis dio un paso adelante. Seguía tenso, con los hombros rígidos.

—Sucederá más tarde hoy.

—Caray —exclamó Lesley—, a Whittaker le han metido un cohete por el culo.

Dennis se encogió de hombros.

—Han retrasado otro trabajo.

—Me alegra oírlo. Quiero que vayas y averigües exactamente qué mató a Nevin. Si fue ese corte en la nuca, averigua cuál fue el arma.

Entonces Lesley miró su teléfono.

—Gail, ¿supongo que no hay ninguna señal de un arma en la cima del acantilado?

—Ah, sí —dijo Gail—. Perdona, se me olvidó. La tengo aquí en el bolso.

—Ja, ja —respondió Lesley.

—Lo siento, Lesley, me lo has puesto a huevo. —Gail se rio.

Lesley colgó y miró al equipo.

—En marcha, entonces. Tenéis muchas cosas que hacer.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

DENNIS SALIÓ a grandes zancadas del edificio. Su cuerpo vibraba de irritación e indignación ante su nueva jefa. Odiaba la forma en que lo había llevado al callejón para regañarlo, como si fueran colegiales, sin detenerse ni un momento a pensar en por qué no se lo había contado.

Pero, en el fondo, sabía que se había equivocado. Ella era la investigadora principal, además de ser su jefa. Debía contarle todas sus sospechas sobre un caso, por muy incómodo que le resultara.

Abrió de un tirón la puerta del coche y se metió dentro. Cuando estaba a punto de arrancar, sonó su teléfono.

—Sargento Frampton —gruñó por respuesta.

—Sargento, le llamo del laboratorio de patología. Siento llamarlo tan tarde.

Los hombros de Dennis se desplomaron.

—¿Qué pasa?

—Han llamado al doctor Whittaker por otro asunto. La autopsia de Harry Nevin será mañana por la mañana.

Dennis miró hacia el techo de su coche. La inspectora tenía razón: Henry Whittaker era lento e ineficiente.

—¿A qué hora mañana?

—A primera hora.

—¿Qué significa «a primera hora» para vosotros?

—No hay necesidad de ponerse así.

Dennis apretó los puños.

—Lo siento —dijo, intentando sonar más calmado—. ¿A qué hora tengo que estar allí?

—A las nueve y media.

Las nueve y media de la mañana… Eso no era precisamente primera hora. La inspectora ya llevaría un par de horas en la oficina para entonces. El caso habría progresado, ella estaría esperando el informe. Pero él sabía que no tenía sentido tratar de apresurar a Whittaker.

—Muy bien —respondió—. Nos vemos entonces.

Puso las manos en el volante y se inclinó hacia delante, deteniéndose antes de que su cabeza tocara el volante. Miró la oficina a través del parabrisas. Nadie lo esperaba allí; eran las cuatro y la autopsia iba a haber sido su última tarea del día.

No estaba de humor para volver. Todos lo habían observado cuando regresó con la inspectora. No sabía qué era peor: la petulancia de Tina o la preocupación de Johnny.

Puso la llave en el contacto y salió del aparcamiento.

Media hora más tarde, se detuvo ante unas pesadas verjas. Abrió la ventanilla para pulsar un timbre.

—¿Quién es? —se oyó una voz por el interfono.

—Soy el sargento Frampton, de la policía de Dorset.

—Espere.

Se recostó en el asiento y observó las verjas. Eran altas, de madera, pintadas de marrón oscuro. Se preguntó cómo sería la casa del otro lado.

El interfono crepitó.

—Adelante.

Recuperó el aliento y vio cómo se abrían las verjas, sorprendido de que no lo hubieran echado. Una vez abiertas, vio un amplio camino de entrada con una casa más allá. El piso superior sobresalía en el alero, con balcones a ambos lados y vistas al puerto detrás de la casa. La puerta principal estaba abierta y una mujer con un vestido negro y un delantal blanco lo esperaba. Le indicó dónde debía dejar el coche. Dennis se detuvo y bajó, dirigiéndose con premura hacia ella. Tenía la sensación de que, si se entretenía, le dirían que se marchara.

La empleada hizo un gesto con la cabeza.

—Sígame, por favor.

Tragó saliva y la siguió al interior de la casa. Estaban en un amplio vestíbulo. Unas anchas escaleras se alzaban ante ellos. Puertas dobles a ambos lados: un salón a la izquierda y un estudio a la derecha.

En lugar de conducirlo por una de esas puertas, la mujer continuó hacia la parte trasera. Abrió una puerta y salieron a un modesto salón con grandes ventanales que daban al mar. Dennis se quedó mirando las vistas. Por eso estas casas eran tan valiosas. No eran los ladrillos ni la argamasa. Eran las vistas.

—Sargento Frampton.

Se giró. Un hombre estaba de pie detrás de un escritorio situado junto a la puerta, en ángulo, para disfrutar de las mejores vistas. Era un hombre de unos cincuenta años, delgado y atlético. Su cabello oscuro mostraba los primeros signos de encanecimiento en las sienes.

Dennis lo reconoció. Le recordaba a su padre, Sydney Kelvin, aunque este había tenido una cicatriz que le recorría la cara desde la sien hasta la barbilla. Nunca habría encajado en el patio de recreo de millonarios que era Sandbanks. Pero su hijo, Arthur —el hombre sentado frente a Dennis—, encajaba allí como un guante.

—Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que uno de los vuestros llegara a mi puerta —dijo Kelvin—. No te esperaba a ti, sin embargo.

Dennis se enderezó.

—¿A quién esperabas?

—A la mujer, la de Birmingham. Tu nueva inspectora. ¿Sabías que solía trabajar para un hombre desaparecido bajo el esquema de protección de testigos?

—No —respondió Dennis. No tenía ningún deseo de hablar de su jefa con Arthur Kelvin.

—Deberías saberlo —le dijo Kelvin. Se levantó y rodeó el escritorio. Se apoyó en él, a solo un par de pasos de Dennis. Este se mantuvo firme; no quería que lo vieran retroceder.

—Se llamaba David Randall. Ahora tendrá otro nombre —dijo Kelvin—. Estaba compinchado con el crimen organizado en Birmingham. Se rumorea que tu nueva jefa acabó con él y con los tipos para los que trabajaba. Testificó contra ellos y tuvo que desaparecer. Típico policía; no se puede confiar en él para nada.

Dennis alzó una ceja.

—Quizá no esté tan limpia como parece —dijo Kelvin—. Después de todo, se necesita un ladrón para atrapar a un ladrón.

Dennis pensó en su nueva jefa. Su insistencia en seguir el procedimiento: construir un caso, reunir pruebas y hacerlo todo según las normas. «Quizá, si la señora protesta demasiado, es por algo», pensó.

Pero no. Lesley estaba limpia. Siempre había sabido oler a un poli corrupto a la legua.

—Te he dejado entrar solo porque eres un veterano —dijo Kelvin, inclinándose hacia atrás, con las manos apoyadas en el escritorio—. Ya sabes cómo son estas cosas. Mackie pensaba que eras bueno.

—¿Cómo sabes lo que el inspector Mackie pensaba de mí? —preguntó Dennis, sin poder contenerse.

Kelvin se rio.

—Qué ingenuo, sargento. En cualquier caso, sé por qué estás aquí.

—¿En serio?

—Sí. Y no te voy a decir nada.

—¿Decirme nada sobre qué? —replicó Dennis.

Otra carcajada.

—Buen intento, sargento. ¿Qué tenéis contra mí? Apuesto a que nada.

Dennis se encontró con la mirada del hombre.

—No estoy aquí para hablar de nuestra investigación. Estoy aquí para hacerte unas preguntas.

Kelvin se apartó del escritorio y se acercó a Dennis, quien no pudo evitar estremecerse. El hombre se detuvo un paso delante de él, mirándole fijamente a los ojos. Permaneció allí unos instantes, sonriendo. Dennis sintió que se le aceleraba el corazón, aunque no pensaba moverse ni un centímetro.

Kelvin se rio y se dio la vuelta. Se acercó a la ventana y apoyó las yemas de los dedos en el cristal.

—Una pasada, ¿verdad? —dijo Kelvin—. Me costó una pasta de cojones, pero mira qué belleza. —Se volvió hacia Dennis—. Impresiona a las mujeres.

Dennis se aclaró la garganta. No iba a hacer ningún comentario al respecto.

—Entonces —dijo Kelvin—, ya te puedes largar.

—Estamos trabajando en un caso de asesinato —le dijo Dennis—. Dos de hecho. Estoy seguro de que los conoces. Ameena Khan y...

—Sé en qué estáis trabajando, sargento. Medio jodido Dorset lo sabe. Crees que tengo algo que ver, pero estás apuntando al tipo equivocado. Necesitas mirar más cerca de casa.

Dennis alzó una ceja.

Kelvin se humedeció los labios.

—Vuelve al bufete, sargento. Nevin, Cross y Short son un grupo desagradable. Se odian entre ellos. Por eso son tan buenos abogados. Allí encontrarás a tu asesino. —Se apartó de la ventana e hizo un gesto de despedida—. Ya te estás largando, sargento. Aquí hemos terminado.

—Quería preguntarte por el caso de Steven Leonard —dijo Dennis.

—No sé de qué estás hablando.

—Steven Leonard trabajó en uno de tus negocios. Ameena Khan era su abogada.

Kelvin negó con la cabeza.

—¿Esperas que sepa el nombre de cada pringado que trabaja para mí? No tengo ni idea. Ahora, vete.

Dennis oyó abrirse la puerta tras él. La mujer del delantal estaba allí de nuevo. Parecía sacada de una película: pulcra, uniforme perfectamente planchado, ni un pelo fuera de su sitio.

—Venga conmigo, por favor —le pidió sin más.

Dennis volvió a mirar a Kelvin.

No debería estar allí. No quería generar una queja.

Siguió a la mujer fuera de la casa y se dirigió a su coche. Puso la llave en el contacto y empezó a dar marcha atrás, girando el coche

en el ancho camino de entrada hasta quedar frente a las puertas. Al hacerlo, un destello rojo le llamó la atención. Pisó el freno y se volvió para mirar.

Aparcado al lado de la casa había un Corsa rojo. De unos cuatro años de antigüedad, con un rasguño en el lateral. No era el tipo de coche que Arthur Kelvin conducía.

Pero Dennis conocía ese coche.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

LESLEY SUBIÓ A SU COCHE. Eran las seis. Dennis habría terminado la autopsia. ¿Por qué no había oído nada de él?

Cogió su teléfono y marcó su número. No contestó. Frunció el ceño y llamó al laboratorio de patología.

—Soy la inspectora Clarke. ¿Está el sargento Frampton todavía con usted?

—Lo siento, señora, no.

—¿Se ha marchado?

—No estoy seguro, déjeme comprobarlo.

Lesley tamborileó con los dedos sobre las rodillas mientras esperaba.

—No parece que estuviera aquí, señora.

—¿Han terminado ya la autopsia de Harry Nevin?

—No, se pospuso. Será mañana por la mañana.

—¿Cómo dice? —preguntó Lesley.

—El doctor Whittaker no pudo hacerla y la ha pospuesto para mañana por la mañana.

«Maldita sea».

—OK, gracias.

Lesley miró por la ventana. Hoy Dennis le había ocultado información. Y ahora había desaparecido y no contestaba al teléfono. ¿Qué le pasaba?

Volvió a marcar su número. Seguía sin contestar. Suspiró y arrancó el coche. Ya se ocuparía de esto mañana.

Mientras conducía hacia Wareham, sonó su teléfono: Gail.

—Hola, Gail. ¿Alguna novedad?

—Esto es un poco raro —dijo Gail.

Lesley sintió que se le helaba la carne.

—¿Qué clase de raro?

—Algo raro. ¿Puedes reunirte conmigo en la escena del crimen de Ameena Khan?

—¿De Ameena Khan, no de Harry Nevin?

—Sí, de Ameena Khan. Me dirijo hacia allí, no está lejos de donde vivo. ¿Puedes reunirte conmigo en Old Harry Rocks?

—¿Tienes alguna prueba nueva? —preguntó Lesley.

—No del todo. Tú reúnete conmigo; te lo explicaré cuando lleguemos.

Lesley colgó y siguió conduciendo. Ya había pasado el desvío a su propia casa. Studland estaba más allá de Wareham, pasado Corfe y hacia la costa.

Aparcó el coche en el mismo sitio que la última vez, cogió las botas y el impermeable del maletero y comenzó a caminar por el sendero.

Cuando llegó a la escena del crimen, Gail estaba de pie mirando al mar, cerca del lugar desde el que Ameena Khan había caído por el acantilado. El sol se estaba poniendo e iluminaba a Gail por detrás. Una suave brisa le alborotaba el pelo. Si no supiera que una mujer había muerto allí apenas unos días antes, parecería idílico.

Lesley llamó a Gail mientras se acercaba, para no sobresaltarla.

Gail se volvió.

—Gracias por venir. Sígueme. —Hizo un gesto con la cabeza y empezó a caminar hacia Swanage, alejándose de Studland.

—¿De qué va esto? —preguntó Lesley, esforzándose por mantener el ritmo.

—Tú solo ven conmigo.

Caminaron por el sendero costero, siguiendo el promontorio hasta que llegaron a un punto donde entraba otro sendero por el lado derecho. Gail dejó de caminar. Se volvió y miró hacia el mar.

—¿Qué pasa? —dijo Lesley.

—Aquí es donde Mackie, tu predecesor, murió.

Lesley siguió la mirada de Gail por el acantilado.

—Se suicidó.

—Eso es lo que dijo el forense. —Gail se encogió de hombros.

—¿Tú no lo crees?

—El ángulo no cuadra. Mira ahí abajo. —Gail señaló el acantilado.

Unos espesos arbustos se amontonaban en el borde, bloqueando la vista hacia el mar. Lesley oía las olas, pero no podía ver el lugar donde el mar se estrellaba contra las rocas. Se inclinó para intentar ver mejor, pero le fue imposible.

—Supongo que había menos vegetación cuando murió —dijo Lesley.

Gail negó con la cabeza.

—Siempre ha sido así, desde que tengo memoria. No entiendo por qué alguien se tiraría desde aquí. Existe la posibilidad de quedarse atrapado en los arbustos, pero, incluso si no pasara eso, tendrías que dar un salto de olimpiadas para superar el borde con el ángulo que tiene el acantilado.

Lesley miró hacia el mar.

—¿Así que estás diciendo que no se suicidó?

Gail suspiró.

—Dejó una nota. Era auténtica. Trajimos a un grafólogo y todo, pero era su letra. Analizamos el estilo, el lenguaje que utilizó… todo. Sin duda, la nota era de él.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—No lo sé —dijo Gail—. Lo planteé en su momento. Dije que no estaba segura de si sería un lugar ideal para saltar, dadas las condiciones del acantilado. —Señaló hacia donde había muerto Ameena Khan—. Si fueras a suicidarte, tendría mucho más sentido hacerlo por allí. Los acantilados son tan peligrosos que la gente se ha caído por accidente. Sería fácil.

—¿Crees que alguien lo mató?

—No lo sé —contestó Gail—. Lo encontraron en el fondo del acantilado. Las pruebas forenses demostraban que había caído por el acantilado. Había daños por los arbustos y las rocas. Los minerales de su ropa coincidían con los del acantilado.

—¿Así que no lo arrojaron desde el mar? —confirmó Lesley—. ¿Nadie lo trajo en un barco?

Gail negó con la cabeza.

—Si lo hicieron, desde luego lo disimularon de puta madre.

Lesley puso una mano en el hombro de Gail.

—¿Quieres que reabra el caso?

—No. —Gail se volvió hacia ella—. Creo que no.

Lesley trató de imaginar cómo reaccionaría Carpenter si le pidiera que volviera a examinar el suicidio de su anterior inspector.

—Es solo una sensación que tengo —explicó Gail—. No es suficiente, lo sé. Ninguna de mis dudas es del ámbito forense, y ese no es mi sitio para comentar. Esto es para tus chicos.

—¿Pero no les interesa? —preguntó Lesley.

Gail agitó una mano para ahuyentar un enjambre de moscas.

—Era su inspector. La idea de que lo asesinaran...

—Me parece que la idea de que se suicidara es bastante peor.

Los hombros de Gail se hundieron.

—Les afectó mucho. Sobre todo, a Dennis. No le gusta hablar de ello.

Gail empezó a caminar de vuelta por donde habían venido.

—Ignórame —le pidió—. Estoy diciendo tonterías. Tenemos un caso en el que centrarnos.

—Aun así —respondió Lesley—. Si crees que hay una razón sólida para dudar que Mackie se suicidara, tal vez deberíamos hacer algo al respecto.

Se acercaban al acantilado donde había muerto Ameena. Gail se detuvo y la miró.

—Mejor no removamos el avispero. Olvida que te he contado esto. Olvida que te traje aquí.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia Studland.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

DENNIS SALIÓ de la casa de Kelvin y aparcó al otro lado de la carretera. Estaba en doble línea amarilla, algo que le incomodaba. Pero si aparcaba más lejos, no podría ver cuándo salía el coche rojo.

Al cabo de quince minutos se abrieron las puertas y salió el Corsa. Se alejó de Dennis y se dirigió hacia Bournemouth.

Dennis lo siguió. Una vez fuera de la vista de la casa, se acercó al coche y encendió las luces repetidamente. Pudo ver una silueta dentro del coche. El conductor miraba por el retrovisor, intentando averiguar qué pasaba. El coche se detuvo y Dennis se paró detrás de él.

Salió un hombre. Dio un portazo y se dirigió hacia el coche de Dennis. Se detuvo al reconocerlo, y se le desencajó la mandíbula. Siguió avanzando, tirando de la manga de su chaqueta.

Dennis bajó la ventanilla.

—Sargento —dijo Johnny.

—Johnny, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —espetó Johnny.

Dennis negó con la cabeza.

—No, hijo. Necesito saber por qué estás aquí.

El cuerpo de Johnny se desinfló.

—No quiero hablar del tema.

—Es demasiado tarde para eso.

—Mira, sargento. Ambos estamos en doble amarilla. Conduzcamos hasta el aparcamiento que está pasado la rotonda: allí

podemos hablar.

—Ni se te ocurra irte —le avisó Dennis.

Johnny lo miró a los ojos.

—No lo haré.

Johnny regresó a su coche y se metió dentro. Condujo hacia el aparcamiento, despacio y con cuidado. Aparcó cerca de la playa. Dennis lo siguió y aparcó a unos metros de él.

Johnny salió del coche y se dirigió a la playa. Cuando llegó a la arena, se detuvo y se sentó. Aquel lugar estaba tranquilo, el sol se ponía a sus espaldas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Dennis, de pie junto a él.

—No voy a quedarme en ese aparcamiento —respondió Johnny —. No quiero que nadie escuche esto.

—¿Oír qué? ¿Qué está pasando?

Johnny negó con la cabeza.

—¿Qué hacías en casa de Arthur Kelvin? Vi tu coche en la entrada —dijo Dennis.

Johnny se volvió para mirarlo.

—No lo entiendo, sargento. ¿Por qué estabas tú allí?

—Estaba siguiendo una pista.

—No recuerdo que la inspectora dijera nada al respecto.

—No te atrevas —dijo Dennis.

—Lo siento. —Johnny apartó la mirada.

Dennis tragó saliva. Se agachó hacia el suelo y se sentó junto a Johnny. Se le iban a llenar los pantalones de arena y Pam lo regañaría.

—Cuéntame —dijo Dennis, pensativo. Johnny había estado en la reunión informativa que terminó justo antes de que saliera de la oficina. Habría tenido que ir a toda velocidad para llegar allí antes que él.

Pero no todo el mundo era tan cuidadoso como Dennis.

—Tu coche estaba en la entrada —dijo Dennis—. Estaba escondido. ¿Estabas escondido mientras yo estaba allí? ¿Escuchaste mientras hablaba con él?

—No. Yo estaba... No necesitas saber dónde estaba.

Dennis cerró los puños sobre su regazo. Pasó una pareja persiguiendo a un perro. La mujer reía y el hombre corría para seguirla.

Dennis tenía la garganta seca.

—Dime, Johnny. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Estaba siguiendo una pista, como tú. —Johnny trató de inyectar confianza en su voz, pero no funcionó.

—No me mientas. ¿Qué tiene contra ti?

Johnny giró la cabeza hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Johnny, te conozco desde que empezaste en el cuerpo. Eres un buen policía, un buen hombre. No irías allí a menos que tenga algo contra ti.

Johnny apartó la mirada.

—No quiero hablar de eso.

Dennis puso una mano en el hombro de Johnny.

—No quiero tener que denunciarte. Tienes que hablar conmigo. Confía en mí.

Johnny se limpió la mejilla.

—Es mi hermano. —Cerró los ojos—. Le compró drogas a uno de los tipos de Kelvin. Me llamaron y dijeron que iban a chivarse.

Dennis sintió que sus miembros se relajaban.

—¿Por qué no me lo dijiste? Deberías habérmelo contado.

—¿Y luego qué? —respondió Johnny. Abrió los ojos, mirando al mar—. Voy y te digo: «mi hermano compra drogas». ¿Y entonces qué? ¿Qué le harías a una persona que compra drogas? Lo arrestarías.

—No necesariamente.

Johnny entrecerró los ojos.

—No me mientas, sargento. Lo habrías tratado como a cualquier otro. Y el caso es que deberías hacerlo.

—¿Por qué no dejaste que lo hicieran? —preguntó Dennis.

Johnny se encogió de hombros.

—Mi hermano es… Bueno, es diferente. Tiene problemas de aprendizaje. No puede ir a la cárcel.

—No iría a la cárcel —dijo Dennis—. Si tiene una enfermedad mental...

—Nunca lo han diagnosticado. No se creerían ni una palabra. No podía dejar que le pasara eso.

Dennis asintió. Sabía lo que era sentir lealtad hacia tu familia. Sabía cómo podía entrar en conflicto con sus responsabilidades como agente de policía.

—Johnny, tienes que parar esto.

Johnny se pasó la manga por la cara.

—No puedo, sargento. Si me detengo, David caerá.

—¿Es David tu hermano?

Johnny asintió.

—Sabes que Kelvin está relacionado con este caso, ¿verdad? —le dijo Dennis.

Johnny volvió a asentir.

—Por eso quería verme.

—¿Quería saber sobre la investigación? —Dennis alzó una ceja.

Johnny bajó la cabeza.

—Lo siento, sargento.

—¿Cuánto le dijiste?

—No mucho. No sé mucho.

Dennis apretó los dientes. Sentía lealtad y afecto hacia Johnny. Lo conocía desde que era joven, lo había visto crecer como agente de policía; también lo había visto entrar en el CID y convertirse en cabo.

Si Dennis le contaba a la inspectora lo que había visto, la carrera de Johnny estaría acabada. No tendría trabajo, ni pensión, ni futuro.

Pero al mismo tiempo, si estaba ayudando a los Kelvin...

Dennis tragó saliva.

—Vamos. —Se levantó—. Tienes que volver a casa. Yo también, Pam me estará esperando.

Johnny se levantó y se sacudió los pantalones.

—Vas a decírselo a la inspectora, ¿a que sí?

Dennis negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero necesito que pares.

Johnny lo miró.

—No puedo parar. Mi hermano...

—Encontraremos una manera de evitarlo —le explicó Dennis, mirándole a los ojos—. Yo te ayudaré.

Johnny tenía los ojos enrojecidos.

—¿Lo harás? ¿En serio? ¿Lo harás por mí?

Dennis asintió. Johnny era probablemente la única persona por la que lo haría. Iba en contra de todos sus instintos como agente de policía, pero no en contra de sus instintos como amigo.

Puso una mano en el hombro de Johnny y le dio un apretón.

—Venga, vamos a tomar algo y luego podemos irnos a casa.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

LESLEY DEJÓ el bolso en el sofá y se dirigió a la cocina. Abrió los armarios, impaciente. No tenía energía para cocinar y quería encontrar algo rápido que pudiera calentar.

Bingo. Los restos de un curry para llevar, en un recipiente de plástico al fondo del frigorífico. Lo sacó, lo pinchó con un tenedor y lo metió en el microondas.

Lesley sabía cocinar. De hecho, era buena cocinera. Cuando vivía en su espaciosa casa adosada de cuatro dormitorios con su marido, Terry, había disfrutado organizando cenas, aunque, desde que la habían ascendido a inspectora, no había tenido tiempo para ese tipo de cosas. Pero aquí, en su casa de alquiler, tenía una cocina destartalada que olía a humedad y no sentía la necesidad de cocinar nada.

Se dirigió al salón mientras esperaba a que sonara el microondas. Encendió la televisión: un *reality show*. Hizo una mueca y lo apagó. Cogió el teléfono y llamó a Zoe, su colega de las Midlands.

—Subinspectora Finch.

—Hola, Zoe. Soy Lesley. ¿Cómo va todo?

—Me alegro de saber de ti, Lesley. Las cosas van bien. Mo está haciendo el examen de inspector y Connie se va a presentar al de sargento.

—Creía que el otro de tu equipo iba para sargento… ¿el galés?

Zoe se rio.

—Rhodri. Mejor no hablar de eso. Hizo el examen y suspendió.

Lesley hizo un gesto de dolor.

—Oh, no.

—Ahora mismo es como un dragón con dolor de muelas. Pero podrá presentarse de nuevo. Perdona, Lesley, pero no me has llamado para preguntar por mi equipo. ¿Qué puedo hacer por ti?

Lesley se tumbó en el sofá. El microondas sonó en la cocina. Lo ignoró.

—Estabas investigando al inspector Mackie por mí.

—Espero que fuera útil —respondió Zoe.

—Lo fue. Pero hay más preguntas.

—OK. —Zoe sonaba interesada.

Lesley había pedido a Zoe que investigara al inspector Mackie porque nadie en su nuevo equipo estaba dispuesto a hablar de él. Desde el primer día, había tenido la sensación de que era uno de esos temas que era mejor evitar.

—Una de las CSI de aquí, se llama Gail. Ella es...

—¿CSI? —dijo Zoe—. ¿Te has mudado a los Estados Unidos?

—Ja, ja —respondió Lesley—. Así es como llaman aquí a los FSI. Se creen que están en Los Ángeles, pero en realidad es más como *Se ha escrito un crimen*.

Zoe se rio.

—Entonces, ¿qué pasa con ella, la tal Gail? ¿Es buena?

—Lo es —afirmó Lesley—. Es muy buena. Me llevó al lugar donde Mackie murió, un acantilado a las afueras de Swanage.

—Ni idea de dónde está eso —dijo Zoe.

—Es un tranquilo pueblo costero, a unas diez millas de donde vivo ahora. Cerca de una escena del crimen que estoy investigando.

—¿Otro asesinato? —Silbó Zoe—. Vaya, vaya. Estás teniendo impacto en el lugar. O es que, a lo mejor, de verdad es como *Se ha escrito un crimen*.

Lesley se rascó la cabeza.

—Ya, me lo estaba preguntando... En cualquier caso, Gail no cree que fuera un suicidio.

—Y tú tampoco, ¿a que no? A ver, reservó el crucero ese un par de semanas antes de morir.

—La gente hace cosas erráticas —dijo Lesley—. Incluso la gente que es suicida. Quizá su mujer lo presionaba demasiado. Quizá quería parecer normal.

—Ya, pero ¿crees que fue un suicidio? —insistió Zoe.

Lesley negó con la cabeza.

—No.

—¿Estás diciendo que crees que fue un asesinato? —preguntó entonces Zoe.

Lesley suspiró.

—No sé lo que creo, pero desde luego no puedo hablar de ello aquí con nadie.

—Puedes hablarlo con esa tal Gail —sugirió Zoe—. ¿No es parte de tu equipo?

—No —respondió Lesley—. Aquí solo tienen un par de equipos de CSI. Gail se reparte entre diferentes unidades, pero nos llevamos bien. Es buena, me hace sentir que no estoy en una zona rural atrasada. Pero ella es solo una CSI, no va a investigar un posible asesinato, y también podría meterse en problemas. Así que...

—¿Quieres que siga husmeando? —ofreció Zoe.

—Si no te importa.

Lesley se levantó y se dirigió a la cocina. Abrió la puerta del microondas y sacó el cartón de comida para llevar. Estaba caliente y casi se le cae.

—¡Ay!

—¿Estás bien? —dijo Zoe.

—Acabo de terminar la cena. Es digno de tus habilidades culinarias: comida para llevar recalentada.

—Estoy comiendo mucho de eso en este momento. Nicholas se ha ido de mochilero por Europa con Zaf antes de ir a la uni.

Lesley sonrió. Sabía que Zoe solo comía comida casera cuando su hijo estaba en casa. De lo contrario, comía pescado con patatas fritas o alubias de lata.

—Lo que significa que estoy por mi cuenta cuando no estoy en el trabajo —continuó Zoe—. ¿Qué necesitas que haga?

—¿Estás segura de que a Frank no le importará? —quiso confirmar Lesley.

—Lo haré en mi tiempo libre —le aseguró Zoe—. El inspector Dawson no tiene por qué saberlo.

—¿Ahora es inspector permanente?

—Casi. En lo que a él respecta, es pan comido.

—Suena como Frank.

—Sí. Bueno, dime qué necesitas.

—Vale. Aquí hay una familia, unos tal Kelvin —comenzó Lesley—. Son un poco como Trevor Hamm, pero más viejos.

—¿Más viejos?

—Se remontan muy atrás. Hay rumores de que fueron contrabandistas hace siglos.

Zoe silbó.

—En Birmingham no tenemos de eso.

—Quiero saber más sobre ellos. Vínculos con la policía, casos de corrupción, ese tipo de cosas.

—¿Mackie específicamente? —sugirió Zoe.

Lesley asintió.

—Pero mantenlo en secreto, ¿quieres? No quiero que mi superintendente se entere.

—Claro que no —dijo Zoe—. No te preocupes, puedes confiar en mí. ¿Qué tipo de delito quieres que mire?

—Blanqueo de dinero, drogas, ese tipo de cosas.

—Así que son de poca monta en comparación con Trevor Hamm.

Lesley se rascó la barbilla.

—Aún no lo sé. Arthur Kelvin parece ser el jefe. Tiene una casa de lujo en Sandbanks.

—¿No es ese el sitio ridículamente caro que sale en la tele?

—Lo es —respondió Lesley—. Una casa allí debe valer unos cuantos millones de libras, y él no consiguió esa pasta con chatarrerías y lavanderías.

—No.

A Lesley se le ocurrió que Zoe estaría pensando en Bryn Jackson, su antiguo ayudante del jefe de policía, que se había comprado una casa palaciega en Edgbaston con lo que sacaba de la corrupción policial.

—Bueno —dijo Lesley—, mi curry se está enfriando.

—Que lo disfrutes —se despidió Zoe—. Te aviso si encuentro algo.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

EL INSPECTOR MACKIE había sido incinerado en el crematorio municipal de Broadstone, a las afueras de Poole. Era un lugar bastante agradable, pero demasiado impersonal para el gusto de Dennis. Al menos, la viuda del hombre había dispuesto que se colocara una placa para que hubiera un lugar donde recordar a su marido.

Dennis estaba de pie delante de la placa, una más de una hilera insertada en una pared diseñada para parecer más antigua de lo que en realidad era. Tenía inscrita la insignia de la policía de Dorset, pero no había epitafio, nada que indicara que aquel trozo de metal conmemoraba a un hombre que había dedicado cuarenta y cinco años a servir al público.

Frunció los labios, intentando recordar la cara de Mackie. Se estaba desvaneciendo rápidamente en su memoria y corría el riesgo de ser reemplazada por la imagen de su cuerpo al pie de los acantilados: retorcido y magullado, con la cara cubierta de arañazos por los arbustos por los que había caído. Se había roto las dos piernas, y la sangre de una herida en la sien se había mezclado con las olas que lo bañaban.

Cuando Dennis llegó al lugar, no sabían quién era. Un hombre que iba en kayak lo había visto desde el mar, y desde lo alto del acantilado era invisible. Registraron la zona en busca de indicios de por dónde había pasado y encontraron daños en los arbustos, pero

nada más. Gail Hansford había cuestionado que alguien eligiera ese sito para arrojarse al mar, pero él había zanjado el tema.

El inspector había dejado una nota claramente escrita y confirmada de su puño y letra. Se había quitado la vida.

A Dennis le hubiera gustado que su jefe le hubiera contado lo que le preocupaba. Pero ni Dennis ni Mackie eran de los que hablaban de sus sentimientos. Y Dennis era un humilde sargento. Había venerado a Mackie; su guía y su ejemplo habían sido responsables de su éxito como sargento. Pero su relación había sido práctica y de negocios.

Exhaló un largo suspiro y se estremeció. Consultó su reloj. La autopsia, en el hospital de Poole, estaba a diez minutos en coche. Sería imposible aparcar.

Se apartó de la placa, deseando haber venido antes. Un paseo por los terrenos del crematorio a veces le levantaba el ánimo, le daba un poco de calma para recordar al inspector. No era lo mismo que pasear por un cementerio, por supuesto, pero servía para algo.

Se volvió hacia el aparcamiento. Un empleado se dirigía hacia él, sin duda a punto de ofrecerle alguna frase de consuelo. Dennis agachó la cabeza y se apresuró hacia el coche, sin ganas de hablar.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

A TINA le gustaba ser la primera en llegar a la oficina. Cuando estaba vacía, se sentía como si fuera suya. El privilegio de sentarse sola en el banco de escritorios que, hasta hacía seis semanas, habían ocupado exclusivamente miembros del equipo de investigación le hacía sentirse especial.

Se sentó en su escritorio y encendió el ordenador. La inspectora le había pedido que investigara a la familia Kelvin. Tina creía que podría hacerlo de memoria. Ya de patrullera había tenido muchos encontronazos con ellos.

Los Kelvin procuraban mantenerse en el lado correcto de la ley, pero había una serie de empleados de poca monta que se habían metido en líos por tráfico de drogas. Los miembros de la familia Kelvin tenían muchos negocios por todo el condado: desguaces, lavanderías, un club nocturno en Poole e incluso una planta de reciclaje. En los últimos años, el blanqueo de dinero parecía haberse vuelto ecológico.

Los empleados subalternos tenían la costumbre de vender pequeñas cantidades de droga en las calles de Poole y Bournemouth, y de ser detenidos haciéndolo. Incluso se habían producido algunas detenciones de personas que introducían drogas de contrabando en el puerto de Poole. A esos empleados siempre se les despedía y nunca eran personas con muchos años de servicio, siempre en lo más bajo de la cadena alimentaria. Tina, al igual que sus colegas, sabía que había gente de más categoría en los negocios

de Kelvin que movía los hilos. Sin embargo, la policía nunca había tenido pruebas para acabar con nadie. Al parecer, a los Kelvin se les daba bien echar la culpa a los de abajo.

Buscó en los registros. Miró en la base de datos HOLMES los informes judiciales y los registros de arrestos. Anotó todos los casos en los que el arrestado trabajaba para una de las empresas de Kelvin. Que ella conociera, había al menos uno. Eso le hizo pensar.

Se detuvo y entró en la web del Registro Mercantil. Introdujo la dirección conocida de Kelvin en Sandbanks, además de las direcciones comerciales conocidas, y encontró seis empresas más. Volvió al sistema HOLMES para compararlas con los informes de arrestos. Aparecieron más resultados, casi un cincuenta porciento más.

Creó una hoja de cálculo en la que puso los nombres de los empleados a la izquierda, junto con la empresa en la que trabajaban, su cargo y cuánto tiempo llevaban en el puesto.

Volvió a los archivos para ver los nombres de los abogados que habían representado a esas personas. Encontró sesenta y cinco casos en total, todos detenidos por delitos menores de drogas. Seguro que no tenían sesenta y cinco abogados diferentes.

Revisó cada caso e introdujo el nombre del abogado que los había representado. Había media docena de nombres, pero la mayoría solo aparecían una o dos veces. El nombre de Ameena Khan solo aparecía una vez, en el caso de Steven Leonard. Tina continuó con la lista.

Cuando terminó, se sentó y miró su hoja de cálculo.

Reorganizó las filas por orden de nombre del abogado.

Un nombre aparecía en cincuenta y dos de los sesenta y cinco casos. El mismo nombre había representado a todos esos empleados de Arthur Kelvin.

Tina se inclinó hacia la pantalla. El nombre le resultaba familiar.

Era de alguien a quien habían entrevistado, una socia del bufete. Elsa Short.

CAPÍTULO CINCUENTA

—YA ESTÁS AQUÍ —dijo el doctor Whittaker cuando Dennis entró en la sala *post mortem*.

—Yo también me alegro de verte. —Dennis se encogió de hombros.

Whittaker gruñó.

Sonaba música. Vivaldi. Whittaker se volvió hacia Dennis, adivinando sus pensamientos.

—Pensé que no estaría de más alegrar el ambiente. —Miró el cuerpo sobre la mesa—. Era necesario, la verdad.

El cuerpo de Harry Nevin yacía boca abajo.

—Quería empezar por este corte —dijo Whittaker, señalando la parte posterior de la cabeza—. Es profundo.

Habían limpiado la herida, el pelo ya no estaba enmarañado de sangre y el corte era claramente visible. Dennis distinguió astillas de hueso y tejido cerebral. Tragó saliva y se obligó a no apartar la mirada.

Whittaker se inclinó sobre el cuerpo y retiró la piel alrededor de la herida. Dennis parpadeó mientras miraba. La carne estaba desgarrada en algunas partes, mezclada y destrozada.

—Un buen mamporro —dijo Whittaker.

Dennis asintió.

—Le perforó el cráneo. —Whittaker introdujo la punta del dedo en una abertura del cráneo de Nevin.

Dennis apretó el puño.

—Debe de haber sido un buen golpe para poder atravesarle el cráneo —dijo Whittaker—. Pobre cabrón.

Dennis se estremeció.

—¿Qué clase de arma sería capaz de eso?

Whittaker se inclinó aún más sobre el cadáver, murmurando para sí. Se volvió, como si acabara de darse cuenta de que Dennis había hablado.

—¿Qué decías, viejo?

—¿Qué tipo de arma crees que lo hizo? —repitió Dennis.

Whittaker tomó aire.

—No fue un martillo, es demasiado contundente. Un cuchillo, supongo. Es un golpe fuerte, y afilado. Tendría que ser un cuchillo de buena calidad para atravesar el cráneo así.

Dennis asintió.

—¿Un cuchillo de cocina?

—No, no. Nada de eso. Mira la piel. Mira la carne aquí. —Señaló las laceraciones en la parte posterior de la cabeza—. Es irregular. El cuchillo era dentado, definitivamente no era un cuchillo de cocina. Y era fuerte, hecho de algún tipo de acero reforzado.

—¿Cómo podría alguien perforar la parte posterior de un cráneo con un cuchillo? —preguntó Dennis—. No me imaginaba que fuera lo bastante contundente.

Whittaker se apartó del cuerpo. Inclinó la cabeza hacia abajo y levantó la mano para hacer un amago de golpearse la parte trasera del cráneo.

—El golpe vino desde arriba —explicó—, pero la víctima debía de estar ya tendida en el suelo. Para aplicar tanta fuerza, necesitarías algo detrás que hiciera resistencia. Así que ya lo tenían en el suelo.

—¿No habría estado luchando? —preguntó Dennis.

Whittaker negó con la cabeza.

—La herida está demasiado limpia y no hay señales de heridas defensivas ni marcas de prácticas.

—¿Marcas de práctica?

—Ya sabes —le respondió Whittaker—. Esas pequeñas punzadas que se ven cuando alguien hace un primer intento de golpear antes de dar el golpe de verdad.

Dennis asintió. Las había visto en otras víctimas. La mayoría de los asesinos se ponían nerviosos al clavar el cuchillo. Su primer intento no era suficiente, y necesitaban unos cuantos golpes.

Whittaker se volvió hacia el cuerpo.

—Quienquiera que haya hecho esto sabía lo que hacía y no tuvo el menor miedo.

Con la ayuda de un asistente, levantó el cuerpo para mostrar el rostro. Un moratón oscuro recorría el lateral de la nariz y había arañazos en el pómulo derecho.

—Dijiste que no había heridas defensivas —dijo Dennis.

—Estas no son heridas defensivas —replicó Whittaker—. Esto es consecuencia del arrastre por el suelo. Es la típica raspadura de asfalto. Normalmente lo vemos en accidentes de tráfico.

Dennis se agachó y echó un vistazo, aliviado de no estar mirando el cráneo del hombre.

—¿Así que estaba tendido en el asfalto cuando lo golpearon?

—Eso es lo que yo concluiría —afirmó Whittaker—. Alguien lo derribó, lo arrastró y luego lo apuñaló.

—¿Podría una sola persona hacer eso? —preguntó Dennis.

Whittaker arrugó la nariz.

—Es un tipo pesado. Me imagino que no.

—¿Tal vez estaba drogado?

—Hemos hecho un análisis toxicológico. Nada. Aproximadamente cinco unidades de alcohol, una traza de cocaína… el tipo de cantidad que se ve cuando se ha tomado hace una semana. Nada que lo hubiera drogado lo suficiente como para hacerlo caer al suelo.

—Así que lo sorprendieron —dijo Dennis—. Lo noquearon, lo tiraron al suelo y lo apuñalaron en la nuca.

—Si lo noquearon, la marca estaría cerca del lugar de la puñalada —dijo Whittaker—. Por eso no podemos distinguirla. —Metió las manos en los bolsillos de su bata de laboratorio y examinó el cadáver—. Estos tipos sabían lo que hacían. No fue un crimen pasional.

—¿Tipos?

Whittaker se encogió de hombros.

—No me imagino que una mujer sea lo suficientemente fuerte para hacer esto. ¿Y tú?

—Te sorprenderías.

—Hubo dos asaltantes, posiblemente más —concluyó Whittaker —. Uno para derribarlo y otro para asestar el golpe. Pesa alrededor de noventa kilogramos.

Dennis asintió.

—Gracias.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

UNA NOTIFICACIÓN de correo electrónico apareció en la parte superior de la pantalla de Mike. Lo abrió, esperanzado.

—Perfecto —siseó. Eran imágenes de las cámaras de seguridad de lo alto de los acantilados de Boscombe Chine.

—Gracias, Johnny —murmuró para sus adentros.

Tina lo miró a través de los escritorios.

—¿Tienes algo?

Mike asintió con la cabeza.

—Imágenes de las cámaras de seguridad

—¿Puedo mirar contigo?

—Claro.

Tina arrastró su silla hasta quedar junto a Mike, que pinchó en el enlace del correo.

El primer archivo era de primera hora de la tarde, de las 19:00 a las 20:00. Lo puso en avance rápido y solo hizo una pausa cuando vio movimiento en el encuadre. Varios coches iban y venían, la gente salía de ellos, se alejaba y volvía.

Hasta aquí, todo normal. Pinchó en el siguiente vídeo, a partir de las ocho de la tarde. Repitió la misma rutina. De nuevo, se veía a gente aparcar sus coches, una pareja con cara de estar practicando sexo en la parte trasera del suyo y unos cuantos paseadores de perros.

Bostezó.

—Empiezo a desear haberme quedado en mi mesa —dijo Tina—. Esto es un aburrimiento.

Mike asintió.

—Comprobemos el siguiente.

La siguiente cinta comenzaba a las 21:00. Empezaba a anochecer y el sol bajo se reflejaba en la parte trasera de los coches. Mike observaba a la gente ir y venir. La actividad había disminuido, menos gente salía a pasear. Intentó recordar la temperatura del martes por la noche. Fresca, si no recordaba mal. Más tarde había llovido.

Observó cómo la gente aparcaba sus coches, los dejaba, volvía a ellos, se alejaba. Pero nada.

—Vale, a por el siguiente.

El siguiente empezaba a las diez. Ahora estaba más oscuro. Solo había cinco coches en el aparcamiento. A las diez y cuarto, se detuvo una furgoneta oscura.

Mike se incorporó en su silla y Tina se acercó a la pantalla.

La furgoneta aparcó en un lugar al borde del aparcamiento, con la puerta lateral oculta a la cámara y a los demás coches. Mike esperó, agarrando un bolígrafo que había cogido de su escritorio.

Al cabo de unos instantes, una figura salió por la puerta del conductor y se dirigió a la parte trasera de la furgoneta, desapareciendo de la vista. Otra figura salió del lado del pasajero y se dirigió a la parte trasera de la furgoneta, desapareciendo también. Las dos reaparecieron por la parte trasera de la furgoneta. Mike no podía estar seguro de si eran las mismas dos personas o si habían salido dos más del interior o quizá del lateral.

Esperó. Un coche aparcado más adelante se alejó, dejando un hueco mayor entre la furgoneta y el resto de los vehículos.

A las 22:20, las dos figuras desaparecieron detrás de la parte trasera de la furgoneta. A las 22:23 reaparecieron, esta vez acompañadas. Había tres personas caminando y otra que arrastraban entre ellos.

Mike notó cómo se le tensaban los hombros. Miró a Tina, que tenía las mejillas sonrojadas.

—Esto es lo que buscábamos —susurró Tina tras humedecerse los labios.

Mike asintió con los ojos fijos en la pantalla.

Las tres figuras se dirigieron hacia la cima del acantilado, arrastrando a la cuarta. Desde este ángulo, era difícil distinguir a los individuos. Lo único que podían ver eran las siluetas de las cuatro personas que se dirigían hacia la cima del acantilado. El que estaba siendo arrastrado parecía grande, compatible con el tamaño del cuerpo de Harry Nevin. De los otros tres, había dos figuras más altas y una más baja.

—¿Una mujer? —se preguntó Tina en voz alta.

Mike se encogió de hombros.

—O un hombre bajo.

Ambos se inclinaron cuando el grupo llegó a la valla. Una de las figuras más altas miró hacia atrás, hacia los coches del otro lado del aparcamiento. Allí no había movimiento. Mike ya había visto a gente salir de aquellos coches y caminar hacia el sendero que llevaba a la playa, lo que significaba que los coches estaban vacíos. Pero detrás había apartamentos, posibles testigos. Hablaría con Johnny; tendrían que llamar a más puertas ahora que tenían una franja de tiempo.

Comprobó la hora en la imagen: las 22:31.

Las tres personas levantaron al cuarto por encima de la valla que separaba el aparcamiento del acantilado. El cuerpo se enganchó en los pinchos de la barandilla.

Mike contuvo la respiración.

—Tela. Podría haberse quedado enganchada.

Tina se encogió de hombros.

—Tendremos que consultarlo con Gail.

Mike asintió de nuevo, con la respiración entrecortada.

Por fin, los tipos de la imagen consiguieron que el cuarto hombre superara la barandilla y lo arrojaron al vacío. Antes de soltarlo, una de las dos figuras más altas le dio un empujón, lo que hizo que cayera al vacío sin chocar contra el acantilado. Este tenía una pendiente pronunciada, pero no era tan escarpada como el de Old Harry Rocks.

El cuerpo desapareció del encuadre. Mike observó a las tres personas restantes, con el corazón en la boca.

Se volvieron hacia la furgoneta. Eran bultos amorfos con ropas anodinas. Tenían el pelo corto o llevaban gorros. Cuando se acercaron a la furgoneta, la figura más baja se detuvo. Se apoyó en el capó. Una de las figuras más altas se volvió hacia la más baja, hablando.

—¿Qué crees que están haciendo? —preguntó Tina con voz grave.

—No lo sé —respondió Mike—. Tú concéntrate en verlo todo bien.

Al cabo de un momento, la mano de la figura más baja se dirigió a su cabeza. Mike había acertado: llevaba un gorro. La persona se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo.

Miró a Tina.

—Pelo largo.

Tina asintió.

—No es lo suficientemente claro. Tendremos que mejorar la nitidez de la imagen.

—Es una mujer —afirmó Tina—. Y es zurda, muy probablemente.

Volvió a mirar la figura. Veían a una mujer, estaba claro. La forma de su cuerpo, la manera en que se movía y se pasaba la mano izquierda por el pelo.

—Tienes razón.

—Dios —dijo Tina—. ¿Qué clase de mujer haría una cosa así?

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

LESLEY SE FROTÓ LOS OJOS. Había dormido mal; se despertó varias veces dándole vueltas a lo que Gail le había contado sobre el inspector Mackie. Le preocupaba que alguien pudiera enterarse de la investigación de Zoe y llegar hasta ella.

Pero no. Confiaba en Zoe. Si se podía confiar en alguien para ser discreta, era en la subinspectora Finch.

Bostezaba cuando Dennis abrió la puerta de su despacho. Levantó la vista, sorprendida de que no hubiera llamado a la puerta.

—Jefa —la saludó sin más.

Lesley miró más allá de él. Mike y Tina estaban apiñados en el escritorio de Mike, mirando su ordenador. Johnny estaba sentado solo en su escritorio, con el cuerpo tenso, replegado sobre sí mismo, con las manos hundidas entre las rodillas. Lesley se preguntó qué le estaría pasando.

Dennis cerró la puerta y puso dos fotografías en la pizarra. La habían dividido en dos: a la izquierda estaba el caso de Ameena, a la derecha el de Nevin. Las fotografías que Dennis añadió eran de las heridas de Nevin, la parte delantera de la cabeza y la trasera. Lesley rodeó su mesa y se acercó a la pizarra para verla mejor.

—¿Has estado en la autopsia?

Dennis asintió con la cabeza.

—¿Pensé que fue ayer por la tarde?

El sargento se volvió hacia ella.

—Whittaker la pospuso, la retrasó hasta esta mañana.

—¿Por qué no volviste a la oficina anoche?

Dennis tragó saliva.

—Ya me encontraba allí; era demasiado tarde para regresar. Pensé que era mejor levantarme temprano esta mañana e ir directamente.

Miró el reloj sobre su escritorio: las 10:30 de la mañana.

—No es tan temprano.

—Ya sabes cómo es Whittaker.

Lesley refunfuñó y volvió a mirar las fotos. No estaba de humor para otra discusión con Dennis.

—¿Qué nos muestra esto? —le preguntó—. ¿Qué piensa Whittaker?

—El corte en la nuca —comenzó Dennis, señalándolo— fue un solo golpe, sin heridas de práctica. Quien lo hizo había matado antes. Está limpio, pero es una hoja dentada. No es un cuchillo de cocina ni nada del estilo.

—¿Y la cara? —preguntó Lesley.

—Eso es por haber sido arrastrado por el suelo; raspaduras de asfalto, al parecer. Whittaker cree que estaba boca abajo, noqueado antes de ser apuñalado por detrás en la nuca. O eso, o lo sujetaban con fuerza.

Lesley giró la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué apuñalar a alguien en la nuca? ¿Por qué no degollarlo?

Dennis se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero eso es lo que Whittaker cree que pasó.

—¿Así que cree que el asesino sujetó a Nevin o lo noqueó y luego lo apuñaló?

Dennis negó con la cabeza.

—Cree que hubo dos asaltantes.

Lesley alzó una ceja.

—¿Dos?

Dennis asintió.

—Uno para tirarlo al suelo y otro para apuñalarlo. Habría que emplear bastante fuerza para atravesarle el cráneo con la hoja de un

cuchillo. Era un cuchillo afilado, fuerte, de acero reforzado, según el patólogo, y quien lo hizo estaba seguro de sí mismo.

Lesley tragó saliva.

Llamaron a su puerta. Se giró y vio a Mike y Tina fuera, expectantes. Les hizo un gesto para que entraran.

Mike abrió la puerta y se dirigió a su escritorio; Tina lo siguió. Johnny seguía fuera en su mesa. Dennis le hizo una seña y él también entró, sin mirarlo a los ojos.

Lesley los observó, preguntándose qué había pasado entre ellos. Dennis y Johnny eran viejos amigos. Esperaba que lo que fuera que ocurría no afectara a su capacidad para hacer su trabajo.

—¿Qué tienes? —le preguntó a Mike.

—Imágenes de las cámaras de seguridad, jefa. Te las he enviado por correo electrónico.

Se inclinó hacia su ordenador y giró la pantalla para que todos pudieran verla.

—Adelanta a las 22:25, jefa, en el tercer archivo. —Señaló la pantalla. Tina se colocó detrás de él, tambaleándose de un pie a otro.

Lesley abrió el archivo y avanzó hasta las 22:25. Había una furgoneta a la derecha de la imagen y dos coches a la izquierda.

—¿Es la furgoneta en lo que nos queremos fijar? —preguntó la inspectora.

Mike asintió.

—El resto de los coches está vacío; vi a sus ocupantes salir antes. En esa furgoneta, algo está a punto de pasar.

Lesley volvió la vista a la pantalla, junto con el resto del equipo. Todos contenían la respiración.

En la imagen, tres personas salieron por el lateral de la furgoneta, arrastrando a una cuarta.

Ella señaló.

—¿Ese es Nevin?

Mike asintió.

—Seguro que lo es.

Lesley observó cómo tiraban de su cuerpo desplomado hacia la valla que separaba el aparcamiento del acantilado. Tardaron un rato

en levantarlo y pasarlo por encima. El cuerpo quedó atrapado unos instantes, con la ropa enganchada en los pinchos de la parte superior.

Lesley giró el cuerpo hacia Dennis.

—¿Tenemos restos forenses de esa valla?

—Hablé con los CSI —dijo Tina—. Han recogido retazos de tela de los pinchos.

—Excelente —dijo Lesley.

Volvió a mirar la pantalla. Estaban lanzando a Nevin por encima de la valla. Su cuerpo voló brevemente en el aire antes de aterrizar con lo que ella imaginó que sería un ruido sordo y desaparecer de la imagen.

Las tres personas regresaron a la furgoneta. Dos de ellas eran altas; la otra, más baja. La más baja se apoyó en el capó. Se llevó la mano a la cabeza y se quitó lo que parecía un gorro, dejando al descubierto una larga cabellera.

A Lesley se le cortó la respiración. La persona en la pantalla se pasó las manos por el pelo.

—Eso es una mujer, jefa —dijo Tina—. Al menos creemos que lo es.

—Podría ser un hombre bajo con el pelo largo —objetó Dennis.

—Mira cómo se mueve —dijo Tina al tiempo que se inclinaba hacia el ordenador y rebobinaba unos instantes. Reprodujo de nuevo el fragmento. Observaron cómo la mujer caminaba hacia la furgoneta. Su andar era diferente al de los demás: más suave, más fluido.

—Tienes razón —dijo Lesley—. Parece que tenemos a dos hombres y una mujer.

—¿Y quiénes son? —preguntó Dennis, más para sí que para los demás.

Tina dio un paso adelante.

—Tengo la información sobre la familia Kelvin que me pediste, jefa.

—Continúa.

Tina tenía un papel enrollado en la mano. Lo alisó y lo pegó en la pizarra. Era la impresión de una hoja de cálculo: una lista de

nombres y casos.

—Estos son todos los casos que he podido encontrar relacionados con la familia Kelvin. Gente que trabajó en los negocios que, según el Registro Mercantil, pertenecen a la familia. En algunos de ellos, Kelvin actuó como árbitro; en otros, no. Pero todos fueron despedidos poco después de sus delitos, y todos están relacionados con drogas.

Lesley se acercó a la pizarra. Tina señaló la última columna de la hoja de cálculo que mostraba el nombre del abogado que trabajaba en cada caso. Lesley desvió la mirada hacia ella y sintió que se le crispaba la mejilla.

—Son sesenta y cinco casos en total —continuó Tina—. Sesenta y dos de ellos tienen abogados del bufete Nevin, Cross y Short. Cincuenta y dos tienen a la misma mujer: Elsa Short.

Lesley se quedó mirando el nombre de Elsa, repetido en la columna.

Se apartó de la pizarra y se apoyó en el escritorio.

—Muy bien hecho, Tina —dijo, y tomó aire—. Tengo que pensar en esto. Vosotros seguid con lo que estáis haciendo. Ya os diré qué hacer.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, todos los miembros del equipo estaban de vuelta en sus mesas. Parecían ocupados, pero, al mirar por la puerta de su despacho, Lesley se dio cuenta de que estaban distraídos.

Los ojos de Johnny no dejaban de parpadear en dirección a Dennis, quien, a su vez, evitaba su mirada. Tina y Mike se removían en sus sillas.

Lesley cogió su bolso y se atusó el pelo. Respiró hondo y abrió la puerta.

—He recibido una llamada de Gail. Tengo que ir a la escena del crimen, volveré pronto.

Se apresuró a atravesar la oficina y llegó a la puerta antes de que alguien tuviera la oportunidad de interrogarla. Solo deseaba que Gail no la llamara mientras estaba fuera.

Media hora más tarde, estaba en el aparcamiento subterráneo de Bournemouth. El mismo lugar donde aparcó cuando había ido a entrevistar a Harry Nevin.

Cerró de golpe la puerta del coche y trató de contener sus emociones. Se apresuró a llegar a la calle del bufete. Se quedó en el umbral de la tienda de enfrente, oculta por las sombras. Sacó su teléfono.

Sonó tres veces antes de que Elsa contestara.

—Hola —dijo Elsa—. ¿Todo bien?

—Necesito hablar contigo —respondió Lesley—. Ven abajo.

—¿Abajo?

—Estoy enfrente de tu oficina. Sal un momento, necesito hablar contigo.

—¿De qué se trata, Lesley? Estoy ocupada.

—Es urgente, Elsa. Nadie sabe que estoy aquí, quería hablar contigo antes de que se hiciera oficial.

—¿De qué estás hablando?

—Por favor —suplicó Lesley—, baja. No le digas a tus colegas adónde vas, solo di que vas a tomar un café.

—Nunca salgo a tomar café. Tengo un asistente personal que me los trae.

—No me importa lo que digas, solo diles que necesitas un descanso. Aire fresco, lo que sea… que vas a entregar unos archivos. —Lesley tensó la mandíbula—. Tú solo baja, por favor.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Como tú digas.

Lesley esperó con los ojos fijos en el edificio. Por fin se abrió la puerta y Elsa salió.

Le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Elsa miró hacia un lado y hacia el otro y cruzó la calle, dirigiendo a Lesley una mirada divertida.

—¿A qué viene tanto secretismo? ¿Qué pasa?

—Ven a tomar un café conmigo —contestó Lesley—. No quiero hacer esto aquí.

Elsa suspiró.

—No quiero ir a tomar un café contigo. Vamos a dar un paseo por la playa.

—OK.

Lesley siguió a Elsa en dirección a la playa. Dado que el sol se ocultaba tras las nubes, había menos gente. Lesley se sentía extraña caminando en traje por el paseo marítimo. La gente pasaba junto a ellas, ignorándolas. Ocupados con sus vacaciones o su tiempo fuera de la oficina.

Aun así, Lesley mantuvo la voz baja.

—Hemos estado investigando a la familia Kelvin —comenzó.

—Vale —respondió Elsa—, ¿por qué?

—Había un expediente, un caso que Harry Nevin nos ocultó, en el que Ameena trabajaba. Supuse que, si lo ocultaba, sería por una buena razón.

—Podría haber sido un despiste —sugirió Elsa.

Lesley dejó de caminar y se volvió hacia Elsa.

—¿Tenía Harry Nevin la costumbre de ser despistado?

Elsa se encogió de hombros.

—A veces, últimamente, se distraía. Actuaba de forma extraña, llegaba tarde a la oficina o se iba temprano.

—Tenía una amante, ¿no? —dijo Lesley.

—Siempre había tenido amantes. Esto era nuevo.

Lesley siguió caminando.

—Estudiamos los archivos de Kelvin. Identificamos a todos los empleados que habían sido arrestados en los últimos años.

Sintió que la respiración de Elsa se aceleraba.

—¿Y por qué necesitas hablarme de esto?

Lesley puso una mano en el brazo de Elsa.

—Encontramos sesenta y cinco casos en los que empleados de las empresas Kelvin habían sido detenidos por delitos relacionados con drogas. En cincuenta y dos de ellos, tú eras la abogada.

Elsa se encogió de hombros.

—¿Y? Defiendo muchos casos de drogas.

Lesley se volvió hacia ella.

—¿Dónde estabas el martes por la noche, Elsa?

Elsa entrecerró los ojos. Dio un paso atrás, casi golpeando a un hombre que pasaba.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Y el domingo por la mañana?

—Creo que deberías irte.

—Quería hablar contigo antes que nadie —explicó Lesley—. Tengo que hablarles de nuestra relación. Ya les he dicho que somos amigas, pero si te estamos investigando...

—No hay razón para investigarme. —El gesto de Elsa se tornó duro.

—Espero que tengas razón. Pero comprenderás que no podemos...

Elsa levantó la mano como si fuera a abofetear a Lesley. Lesley abrió mucho los ojos.

Elsa se detuvo, con la mano aún levantada.

—No sé qué pensar —dijo Elsa—. Creía que te importaba.

—Y me importas —le dijo Lesley.

—Ya… pero te importa más tu trabajo. Has venido a cubrirte las espaldas, para que tus colegas no se enteren de que te acuestas conmigo. Lo único que te interesa es tu carrera.

—Eso no es verdad. He venido a advertirte. Vine a averiguar lo que pudiera antes de tener que volver con mis colegas y entrevistarte formalmente.

—¿Vas a arrestarme?

—No —respondió Lesley—, por supuesto que no. Pero habrá más cosas que necesitemos saber. Prepárate, recibirás una llamada.

Elsa gruñó.

—Gracias por la advertencia —dijo con voz sarcástica. Se dio la vuelta y se alejó, dejando a Lesley observando su retirada.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

TINA SE QUEDÓ MIRANDO la pantalla, revisando todos los casos relacionados con la familia Kelvin. Había escarbado en ellos de todas las formas posibles, buscando toda la información disponible. No era su fuerte; como agente estaba más acostumbrada a dirigir el tráfico y a ocuparse de disturbios. Aún estaba esperando los cursos que la ayudaran a encajar en el papel intermedio que ocupa un patrullero que empieza a trabajar en el equipo de investigaciones criminales.

La jefa llevaba fuera más de una hora, pero nadie había dicho nada. El ambiente en la oficina era tenso. El sargento y Johnny no se habían dirigido la palabra en toda la mañana, y Mike trabajaba en silencio en su escritorio, sin querer involucrarse.

Tina se echó hacia atrás, estiró los brazos por encima de la cabeza y miró la hora. Casi la hora de comer.

—¿Alguien quiere una taza de té? —preguntó.

Mike asintió, con los ojos fijos en la pantalla y los hombros encorvados.

—Ay, mierda —siseó Mike.

—¿Qué pasa? —preguntó Tina.

Mike sacudió la cabeza.

—Mira esto.

Tina se levantó y se dirigió al escritorio de Mike, contenta de estirar las piernas. El sargento y Johnny estaban sentados en sus escritorios, mirando las pantallas de sus ordenadores, sin hablar.

En la pantalla de Mike, la reportera local Sadie Dawes daba las noticias locales. Sadie era guapa, siempre inmaculada independientemente del lugar desde el que informara. Incluso ahora, de pie en la playa de Boscombe Chine, llevaba el pelo en su sitio y su chaqueta no tenía ni una arruga.

Mike señaló la pantalla.

—Esa es la escena del crimen.

Tina asintió.

—Es lógico que informen desde la escena de un asesinato local.

—Sí, ya. —Se frotó los ojos—. No sé por qué he reaccionado así.

Tina se encogió de hombros.

—No pasa nada. —Era evidente que estaban todos agotados.

La puerta de la oficina se abrió y entró la inspectora. Se dirigió a su despacho sin hacer contacto visual con nadie.

El sargento levantó la vista. Se levantó de la silla, a punto de hablar con ella. Luego vio su expresión sombría y volvió a sentarse. Tina miró a Johnny, que tenía los ojos fijos en el sargento y el gesto torcido.

—Mike —susurró Tina—, ¿sabes qué pasa con Johnny y el sargento?

Mike sacudió la cabeza, con la mirada fija en la pantalla.

—Mira esto —dijo en su lugar.

—¿Qué dice?

—Escucha.

Se apiñaron frente a la pantalla, escuchando el informe de Sadie.

«*Como informamos ayer, un destacado abogado local fue encontrado muerto aquí ayer por la mañana. Ahora podemos revelar que su cuerpo fue lanzado por encima del acantilado, y no arrojado detrás de las casetas de la playa. También podemos revelar que este caso está estrechamente relacionado con otro caso reciente en la isla de Purbeck*.»

La cámara se alejó para dar un plano más amplio de la playa. El cordón policial había desaparecido; los CSI habían terminado.

«*El cadáver hallado aquí —continuó Sadie— era el de Harry Nevin, socio principal del bufete Nevin, Cross y Short. El cuerpo encontrado el domingo cerca de Old Harry Rocks era el de Ameena*

Khan, socia júnior del mismo bufete. La policía ha estado investigando las conexiones entre ambos crímenes, y la posibilidad de que un cliente o colega descontento matara a ambos abogados. Pero ahora podemos comunicarles en exclusiva que fuentes próximas a la investigación nos han informado de que Nevin era el principal sospechoso del asesinato de Ameena Khan.»

Tina se volvió hacia Mike, quien se había quedado con la boca abierta.

—¿De dónde han sacado eso?

Al otro lado de los escritorios, el sargento se levantó.

—Apágalo. No quiero que lo veas.

Mike levantó la vista.

—El asesino también estará viendo esto. Tenemos que saber lo que está pasando, lo que está en el ojo público.

La puerta del despacho de la inspectora se abrió. Se asomó, con la cara roja.

—A mi despacho todos. ¡Ahora mismo!

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

EL EQUIPO se apresuró a entrar en el despacho de Lesley. Todos parecían inquietos.

Lesley se paseaba entre la mesa y la pizarra, con el portátil girado sobre la mesa. Lo había congelado al final de las noticias.

—Cerrad la puerta —espetó sin dejar de caminar.

Johnny, de pie al fondo, lo hizo.

Lesley observó al equipo uno por uno, con el cuerpo tenso.

—Acabo de recibir una llamada del superintendente Carpenter. —Señaló hacia la pantalla del portátil—. ¿Habéis visto esto?

El equipo al completo asintió al unísono, con la mirada baja.

—¿Cómo han conseguido esta información? —Volvió a señalar a la pantalla, moviendo el dedo—. Las noticias locales tienen a Nevin como principal sospechoso. —Se acercó a su equipo—. ¿Quién co… —se mordió la lengua— se lo ha dicho?

Dennis cambió de un pie a otro.

—Solo sabemos lo del ADN desde ayer.

—Para un periodista que husmea tras una historia, eso son años. —Dio un puñetazo en el escritorio—. Hay que fastidiarse… Las malditas noticias locales. Normalmente están contentos con reportajes de obra de teatros escolares y Yorkshire Terriers que recaudan dinero para alguna organización de caridad. No tienen la capacidad para destapar pruebas en una historia como esta.

Lesley apretó el puño contra el escritorio. Le dolía el cuello. Se llevó una mano a la nuca, con una mueca de dolor.

Miró a su equipo.

—Lo que significa que alguien se lo dijo. —Frunció los labios—. «Fuentes cercanas a la investigación». ¿Habéis oído eso?

Nadie habló. Lesley agitó la mano hacia la pantalla del portátil y se repitió a sí misma, más alto:

—¿Lo habéis oído?

Oyó murmullos.

Miró a cada miembro del equipo por turnos. Dennis tenía los ojos fijos en la pantalla del portátil, las manos en los costados y los dedos moviéndose contra las perneras del pantalón. Tina miraba al frente, parpadeando, casi firme. Mike, a su lado, estaba más relajado, pero su expresión era grave. Johnny, que se había quedado al fondo, tenía las mejillas coloradas; se rascó el cuello y se humedeció los labios.

—¿Quién? —Empujó el portátil a un lado y se levantó para sentarse en el escritorio—. ¿Quién se lo ha dicho?

Miró de Johnny a Dennis. No se habían hablado en todo el día.

—Johnny, Dennis —espetó—. ¿Qué os pasa hoy? Algo está pasando.

—Nada, jefa —dijo Dennis.

Ambos hombres intercambiaron miradas. Siguieron sonrisas reacias.

Johnny carraspeó y retrocedió hacia la puerta. Si daba un paso más, estaría fuera de la oficina. ¿Qué le pasaba?

—Tina, Mike —continuó—, ¿tenéis algo que necesitéis contarme?

Ambos negaron con la cabeza.

—No, señora —dijo Tina, con voz ronca.

—Nada, jefa —murmuró Mike.

Lesley soltó un suspiro. Apretó los dientes y golpeó con los pies la parte delantera del escritorio. Agarró el borde del escritorio con los dedos. Sentía un nudo en el estómago. Quería llevárselos a ver a Carpenter con ella, que les cayera la misma bronca a todos.

—Todos fuera —dijo en su lugar.

Johnny abrió la puerta de un tirón, aliviado de que le dejaran salir. Lesley vio cómo se escabullía hacia su escritorio. Tina y Mike le

siguieron, intercambiando miradas mientras se sentaban ante sus ordenadores. Dennis se quedó dentro y cerró la puerta.

—He trabajado con esos tipos durante años —le dijo—. No harían una cosa así.

—Has trabajado con Johnny y Mike durante años. ¿Qué hay de Tina?

Dennis se encogió de hombros.

—No la conozco tan bien, pero creo que la conozco lo suficiente... no es de las que harían eso. Mírala, está abochornada.

Lesley saltó del escritorio. Dennis dio un paso atrás.

—¿Por qué Johnny no mira a nadie a los ojos? —le preguntó.

Dennis se llevó la mano a las gafas y luego las soltó.

—Tiene problemas personales. Me estoy ocupando de ello, jefa. No tienes por qué preocuparte.

—¿Problemas personales? ¿Nada que ver con el caso?

—No —respondió él, sin devolverle la mirada—. Es algo que necesita superar. Todo irá bien.

Lesley refunfuñó.

—Pues dile que se dé prisa. Ahora vete, tengo que ir a ver al superintendente, que me va a poner de vuelta y media.

—Sí, jefa.

Bajó la mirada mientras abría la puerta.

Lo miró fijamente.

—Y si tienes el más mínimo indicio de que uno de ellos está detrás de esto, me lo dices.

—De acuerdo, jefa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

LESLEY SE ALISÓ LA CHAQUETA. Sacó su espejo de mano del bolso y comprobó su maquillaje.

Parecía arreglada, respetable. No era suficiente y lo sabía.

Volvió a guardar el espejo en el bolso y salió de su despacho, mirando al equipo al pasar. Dennis miraba a Johnny; Mike y Tina se lanzaban miradas. Lesley no dijo nada al pasar junto a ellos.

Se apresuró hacia el despacho de Carpenter, obligándose a ir más despacio a medida que se acercaba.

«Respira», se dijo a sí misma. «Cálmate». No tenía nada que ocultar, nada de lo que avergonzarse.

Llegó a la puerta de su despacho y se humedeció los labios. Enderezó los hombros y llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Abrió la puerta y entró, con pasos medidos. Cerró la puerta y se quedó de pie en la oficina. No quiso sentarse.

Carpenter estaba sentado en un sofá junto a la ventana. Había otro hombre a su lado, en un sillón. Era de complexión robusta y pelo canoso, y llevaba una insignia de comisario jefe en el hombro.

Mierda. No era el mejor momento para esa presentación.

Carpenter levantó la vista.

—Inspectora Clarke —dijo.

—Señor.

Lesley enderezó los hombros. Pensó en las veces que la habían llamado al despacho de un superior cuando llevaba uniforme, y en lo

cómoda que se había sentido. Había algo en llevar uniforme que te hacía ponerte automáticamente en posición de firmes.

—Este es el comisario jefe Price —dijo Carpenter.

Lesley asintió hacia el hombre.

—Encantada de conocerle, señor.

Este le dedicó una vaga sonrisa y le tendió la mano. Ella se acercó y se inclinó para estrechársela.

—¿Ya estás en apuros? —le soltó, con cierto brillo en los ojos.

—Señor —respondió Lesley sin más. No lo conocía de nada y no sabía qué responder.

El comisario se levantó, le echó una mirada intensa y salió del despacho. Al abrir la puerta, se volvió hacia Carpenter.

—Nos vemos el sábado por la tarde, ¿no? Nueve hoyos.

—Sería mejor dieciocho —dijo Carpenter.

—E incluso diecinueve —replicó Price.

Ambos hombres se rieron. La risa de Carpenter sonaba forzada.

Price cerró la puerta y Carpenter se levantó del sofá. Entonces miró a Lesley.

—A ver —comenzó—, ¿quién es esta fuente cercana a la investigación?

Lesley tragó saliva.

—No lo sé, señor. Pero no es nadie de mi equipo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Acabo de hablar con ellos. Doy fe de su integridad.

—Solo llevas un mes trabajando con ellos, inspectora Clarke. —Se paseó a su alrededor, con los ojos puestos en su cara.

Lesley permanecía inmóvil, con la mirada al frente. No iba a dejar que la pusiera nerviosa.

—¿Y los CSI? —sugirió.

Lesley parpadeó.

—No he tenido la oportunidad de hablar con ellos, señor. No sabría decirle.

—Ya… —dijo—. No se les exige lo mismo que a los agentes de policía. Existe la posibilidad de que uno de ellos se haya puesto a charlar con un miembro del público mientras estaban en la escena del crimen.

—De verdad que no creo que el equipo de Gail se comporte así.

Entonces Carpenter dejó de pasearse.

—Voy a hacer algunas llamadas. No podemos permitir que los técnicos se vayan de la lengua.

Lesley lo miró.

—Está bien, señor. Hablaré con la encargada de la escena del crimen.

Pero Carpenter sacudió la cabeza.

—Déjamelo a mí, Clarke.

Ella asintió.

—¿Eso es todo, señor?

—Hay otra posibilidad —dijo—. Podría ser un testigo. ¿A alguien le interesa hablar con la prensa? ¿Alguien de la firma de abogados, tal vez?

Lesley sacudió la cabeza.

—No hemos informado a ninguno de los testigos de que tenemos un sospechoso del asesinato de Ameena Khan. —Pero no sabía exactamente de qué había hablado Dennis con los socios cuando los había entrevistado.

—Compruébalo —le pidió Carpenter—. Asegúrate de que no lo sabían. Haz un seguimiento con el periodista.

—Con todo el respeto, señor, no puedo controlar lo que diga el público.

La expresión de Carpenter se endureció.

—En ese caso, dile a tu equipo que tenga más cuidado con lo que dicen a los testigos en el futuro.

—Sí, señor. —Enderezó la espalda al contestar.

—Eso es todo, Clarke.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

JOHNNY COGIÓ el teléfono cuando la inspectora salió de la oficina. «No has trabajado catorce años en el equipo de investigación sin hacer contactos en la prensa», se dijo a sí mismo.

Normalmente, hablaría de la llamada que estaba a punto de hacer con el sargento. Pero después de lo de anoche...

Dennis dijo que lo protegería, pero Johnny se sentía avergonzado. Quisiera que se lo tragara la tierra. Esconderse bajo una roca y no salir nunca. Pero tenía que seguir allí, al descubierto, listo para enfrentarse a lo que había hecho.

El teléfono sonó cuatro veces. Johnny estaba a punto de colgar cuando alguien contestó.

—Matt Crippins.

—Matt, soy Johnny Chiles, de la policía de Dorset.

Una carcajada.

—Me preguntaba cuánto tardaría en recibir una llamada tuya.

—¿Cómo estás, Matt?

—No perdamos el tiempo en formalidades. Me llamas por la pieza de Sadie a la hora de comer, ¿no?

—Así es.

Matt Crippins era el editor de las noticias locales de la BBC. Él sabría quién era la fuente de Sadie.

—Imagino que ya sabes lo que voy a preguntarte —dijo Johnny.

Otra risa.

—Eres muy predecible.

Johnny sonrió.

—¿Quién es tu fuente, Matt? ¿Quién te habló del sospechoso?

Una pausa.

—A los periodistas nos gusta proteger nuestras fuentes.

—Esta es una investigación de asesinato. Si alguien ha estado filtrando información, necesitamos saber por qué. Alguien mató a Harry Nevin. Posiblemente la misma persona que ha estado hablando contigo.

Matt se mofó.

—Lo dudo mucho.

Johnny se inclinó sobre el escritorio y rodeó el teléfono con las manos. Había estado hablando en voz baja y confiaba en que nadie pudiera oírle. Pero una vez terminada la llamada, esperaba tener algo que contar al resto del equipo.

—Vamos, Matt —le pidió—, entre tú y yo.

Matt estaría sopesando sus opciones, considerando las consecuencias. Siempre cabía la posibilidad de que lo interrogaran bajo caución. De ser así, podría verse obligado a revelar más información que si lo hiciera ahora de manera informal.

Al MCIT no le gustaba amonestar a los periodistas, ya que comprendía la necesidad de mantener una relación sana con ellos. Matt a veces tenía información que ayudaba a Johnny a identificar sospechosos, y Johnny confiaba en la prensa local para los llamamientos de testigos. Por eso, Johnny no quería sacar la artillería pesada, pero sabía que podía hacerlo.

—Matt, ¿me lo vas a decir o voy a tener que hablar con mi jefa?

Matt respiró hondo.

—Joder, colega.

—Esta es una investigación de doble asesinato —respondió Johnny—. Me estoy jugando el puesto.

Esperó.

—De acuerdo —dijo Matt, por fin—. Si te ayuda a encontrar a tu asesino, estoy dispuesto a revelar mi fuente en esta ocasión. Pero esto es un favor entre tú y yo, ¿entendido? Me debes una.

Johnny asintió. Miró a Dennis, que lo estaba observando.

Se reclinó en su silla.

—Continúa —le dijo a Matt—. ¿Quién es?

—Fue una de las abogadas de Nevin, Cross y Short. Una de las socias.

Johnny sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Aurelia Cross? —preguntó. No le había caído bien la mujer cuando la habían entrevistado. Parecía del tipo de persona dispuesta a descarrilar una investigación policial.

—No —contradijo Matt—. Fue Elsa Short.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

LESLEY SE TOMÓ su tiempo en regresar, tenía los sentidos a flor de piel. Odiaba que Carpenter le hablara así.

Cuando estaba a punto de doblar la última esquina hacia la oficina, sonó su teléfono.

—Inspectora Clarke.

—Lesley, soy Elsa.

Lesley dejó de caminar.

—No es un buen momento.

—Necesito hablarte de algo.

Lesley apretó los puños.

—Estoy en medio de una investigación de asesinato.

Lesley recordó el estado de ánimo en el que se encontraba Elsa cuando se vieron antes. No quería tener esta conversación por teléfono.

—¿Has visto las noticias locales? —preguntó Elsa.

—Por supuesto que he visto las malditas noticias locales. En eso estoy. —Sintió un cosquilleo en la piel de la espalda—. ¿Por qué me llamas para hablar de eso?

—Fui yo —dijo Elsa.

Lesley se quedó boquiabierta.

—Espera.

Se apresuró a las escaleras y bajó con estrépito a la planta baja. Salió del edificio por la entrada principal y caminó hacia un lado, al lugar en el que había hablado ayer con Dennis.

Cuando estuvo fuera de vista del aparcamiento, se acercó el teléfono a la oreja.

—¿Qué has hecho? —le preguntó a Elsa.

—La filtración a la prensa, Lesley. Fui yo. Se lo conté al periodista.

—¿Por qué?

—No puedo hablar de esto por teléfono.

Lesley pasó las manos por la mampostería que tenía detrás. Clavó la uña, sintiendo la presión a través de las yemas de los dedos.

—Dime, Elsa. ¿Por qué?

Elsa no dijo nada.

Lesley echó la cabeza hacia atrás y la golpeó contra el ladrillo.

—Elsa, no des rodeos. Por favor, merezco una explicación.

—Quiero dejar la empresa.

—¿Y? —respondió Lesley—. Presenta tu dimisión.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

Lesley pensó en el ambiente que había observado en Nevin, Cross y Short. Gente ocupada que seguía adelante con su jornada. No había tensión. Harry Nevin había sido un poco imbécil, pero aparte de eso...

—¿Qué tiene de malo el lugar, Elsa?

—No es la empresa.

—¿Qué es, entonces?

—Es un cliente —explicó Elsa—. No es el tipo de persona de la que te alejas.

—¿Qué cliente?

Lesley miró a su alrededor, comprobando el aparcamiento. Dos agentes uniformados se dirigían hacia un coche patrulla. Se pegó aún más al muro.

—¿Qué cliente, Elsa?

—Por teléfono no.

Lesley suspiró.

—¿Estás hablando de Arthur Kelvin?

Silencio.

—¿Elsa?

—Como he dicho: no por teléfono.

—¿Y qué demonios tiene que ver filtrar a las noticias locales? ¿Cómo te saca eso de la empresa?

Otro silencio.

—Piensa, Lesley —dijo por fin Elsa—. Tú eres la inspectora, resuélvelo.

Lesley dio vueltas en el sitio, con los músculos tensos.

—Lo entiendo. Quieres que la empresa se vaya a pique para que no puedas quedarte.

—No voy a responder a eso —contestó Elsa—, pero...

—Me has jodido la investigación y bien. Ni siquiera le dijimos a la señora Nevin que sospechábamos de su marido. Maldita sea, ni siquiera se lo dijimos a él.

—Lo sé —respondió Elsa.

—¿Cómo lo sabías?

—Él y yo éramos compañeros, Lesley. Hablábamos el uno con el otro. Harry sabía que ibas tras él.

Lesley entrecerró los ojos. Habían ido a buscar a Harry Nevin en cuanto tuvieron pruebas suficientes para sospechar seriamente que había asesinado a Ameena Khan. Pero no estaba en ninguna parte. Ni en el bufete, ni en su casa, ni en casa de su amante.

—¿Qué le pasó, entonces? —preguntó—. ¿Estaba en tu piso?

—No —contestó Elsa—. De verdad que no. Te lo prometo.

—Entonces, ¿dónde fue?

—Su mujer me llamó y até los cabos sueltos. Pero no sé a dónde fue, ni quién lo mató. Aunque tengo mis sospechas.

—Crees que fue Kelvin. —Lesley pensó en las imágenes de las cámaras de vigilancia que habían visto: dos hombres y una mujer arrastrando el cuerpo de Harry Nevin fuera de la furgoneta.

—No voy a decir nada más —dijo Elsa.

Lesley sintió un nudo en el estómago.

—Elsa, tengo una pregunta para ti. —Su voz sonaba baja.

—¿Qué pregunta es esa? —La voz de Elsa también bajó de tono.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Harry?

Silencio.

—Elsa, sé que estás ahí.

—Sabes que no.

—Sé que no estabas allí. Al menos, estoy bastante segura de que no estabas…

—Lesley, no lo hagas.

—Pero, Elsa, ¿lo querías muerto?

—No puedo creer que pienses eso de mí.

La línea se cortó.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

TINA echó un vistazo por encima del ordenador y vio a Johnny cuchicheando con el sargento.

Odiaba la forma en que lo hacían. Sabía que Johnny y el sargento tenían una larga relación profesional. Por la forma en que hablaban, imaginaba que se conocían desde que Johnny era un crío. Aun así…, cuando Mike estaba cerca, lo incluían. A ella, nunca.

Necesitaba aire.

Se levantó y se estiró.

—Voy al baño.

Johnny gruñó.

Tina se enderezó las mangas de la camisa y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella, se detuvo. A través del panel acristalado pudo ver a la inspectora de pie en el pasillo. Estaba hablando por teléfono, de espaldas a Tina.

Tina se quedó de pie, con la mano en la puerta, observando a la jefa. Al cabo de unos instantes, la inspectora empezó a caminar hacia la escalera. Tenía prisa. Bajó los escalones casi corriendo y desapareció de la vista.

Tina empujó la puerta para abrirla un poco.

¿Había algún problema? ¿Podría ayudarla o debería dejarla estar?

No quería que la jefa supiera que la había estado observando.

Dejó que la puerta se cerrara de nuevo. Esperaría a otro momento para ir al baño y tomar el aire. Prefería no cruzarse con la jefa.

Volvió a su mesa. Johnny enarcó una ceja como diciendo «qué rapidez». Tina lo ignoró y encendió el ordenador.

¿Qué había estado haciendo? Investigando casos, eso era. Los relacionados con Kelvin y su bufete, en los que había trabajado Elsa Short. Tina estaba convencida de que debían investigar a Elsa. Si ella no era responsable del asesinato de Nevin o Ameena, tal vez supiera quién lo era. Arthur Kelvin le daba mala espina y su conexión con este caso inquietaba a Tina.

Hojeó las notas que había tomado sobre Elsa. La abogada tenía un hermano, Tom. Era el propietario del pub Duke de Wellington en Wareham. ¿Debería llamarlo?

Podría tener información de fondo.

Este era el tipo de cosas que normalmente hablaría con la jefa, o con el sargento. Pero la inspectora había dicho que le gustaba que Tina mostrara iniciativa. No quería que sus colegas, los machos del equipo, pensaran que no estaba a la altura.

Marcó el número que figuraba en el expediente, con el corazón en la boca.

—Duque de Wellington, ¿puedo ayudarle?

—Hola. —Tina se apartó de su escritorio para que Johnny y el sargento no la oyeran—. Soy la agente Abbott, llamo de la policía de Dorset. ¿Puedo hablar con Tom Short?

—Al habla —respondió el hombre—. ¿Se trata del problema de licencias del que me ocupé el mes pasado?

—No. Es otra cosa.

—Vamos, entonces. —Sonaba preocupado.

—¿Es usted el hermano de Elsa Short, socia de Nevin, Cross y Short?

—Sí. —Sonaba desconcertado.

—Vale. La señora Short es testigo en una investigación que estamos llevando a cabo. Solo quería saber algo sobre ella. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en Nevin, Cross y Short?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —respondió el hombre.

—Por favor, señor. Es una simple pregunta.

Tina sabía que no lo estaba haciendo nada bien. Tal vez debería hablar con Mike. Él sabría cómo hacer esto. Él sabría si debería estar

haciendo esto o no.

—Un momento —dijo el hombre—. ¿Estás trabajando en el asesinato de Harry Nevin?

—Sí. —Tina se tensó—. Así es.

—Bueno, en ese caso probablemente trabajas para la inspectora Clarke, ¿no? Lesley Clarke.

Tina frunció el ceño.

—Eh… sí, la conozco. Es la investigadora principal.

—¿Trabajas para Lesley?

—Sí, señor.

—¿Entonces qué demonios haces llamándome a mí?

—Lo siento, señor. No entiendo a qué se refiere.

Tina deseaba ahora no haber comenzado nunca esta llamada.

—Lesley Clarke es la novia de Elsa —dijo Tom Short—. Si quieres averiguar cuánto tiempo lleva Elsa trabajando para Nevin, Cross y Short, te sugiero que se lo preguntes a ella.

CAPÍTULO SESENTA

LESLEY SE APRESURÓ A SUBIR las escaleras y entrar en su despacho, con el corazón latiéndole con fuerza. No había llevado nada bien la conversación con Elsa.

Por supuesto que Elsa no había matado a Harry Nevin. Los instintos de Lesley eran mejores que eso. No se habría acercado a la mujer si fuera una asesina.

Desvió la mirada por la oficina y vio a Tina mirándola fijamente. Entonces, la agente volvió a mirar la pantalla del ordenador.

Lesley frunció el ceño.

Dennis y Johnny estaban acurrucados entre sus mesas, consultando algo. Lesley hablaría con ellos en breve para saber qué progresos estaban haciendo. Pero antes, necesitaba estar sola.

Entró en su despacho y cerró la puerta. Se sentó a su escritorio, resistiendo el impulso de poner la cabeza entre las manos. Podían verla a través del cristal que rodeaba el despacho.

Se volvió hacia la ventana, con los ojos desenfocados. La interrumpió un golpe en la puerta. Se giró y vio a Tina fuera. Lesley le hizo señas para que entrara.

Tina entró arrastrando los pies y cerró la puerta. Tenía la cara roja.

—¿Qué te pasa, agente Abbott? —estalló Lesley.

El rubor de Tina aumentó.

—Lo siento, no debí...

—¿Qué pasa?

Los ojos de Tina se abrieron de par en par.

Lesley se hundió en su silla.

—Lo siento, Tina. Estoy frustrada. No estamos progresando como deberíamos y no debería desquitarme contigo. Perdona.

Abrió el cajón superior de su escritorio y cogió una bolsa de patatas fritas. La abrió y fue a sacar una. Antes de hacerlo, recordó sus modales y le tendió el paquete.

—¿Quieres?

Tina negó con la cabeza.

—No, gracias.

Lesley se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes. La comida basura me da la vida. —Cogió un puñado de patatas fritas y se las metió en la boca.

Hubo otro golpe: Dennis. Lesley puso los ojos en blanco y le hizo señas para que entrara él también.

Cerró la puerta justo cuando ella se metía en la boca el segundo puñado de patatas fritas.

—¿Te está molestando la agente Abbott, jefa? —preguntó.

Lesley miró a Tina y luego a Dennis.

—No lo sé, aún no ha dicho para qué ha venido.

La cara de Tina se ensombreció un poco más.

—Sea lo que sea —dijo Lesley, limpiando migas de su falda—, está claro que es un tema muy embarazoso.

Dennis se volvió hacia Tina.

—Soy tu sargento, agente. No vengas a llamar a la puerta de la inspectora sin hablar conmigo.

Lesley levantó una mano para detenerlo.

—Espera un momento, Dennis. Tina, ¿es algo delicado? ¿Has venido a hablar conmigo porque soy mujer?

Tina frunció el ceño.

—No, jefa.

Lesley alzó una ceja.

Tina se dirigió hacia el escritorio de Lesley. Se colocó detrás de una de las sillas.

—Bueno, sí, jefa. Más o menos. —Miró a Dennis.

Dennis negó con la cabeza.

—¿Está relacionado con el caso, Tina?

—Sí, sargento.

—Bien, entonces —respondió—. Dinos qué es. Ya has perdido cinco minutos del tiempo de la inspectora.

Tina miró a Lesley.

—Acabo de hablar con Tom Short.

Lesley la miró fijamente.

—¿Tom Short?

Un movimiento de cabeza.

—El hermano de Elsa Short.

—Sé quién es Tom Short. ¿Qué... qué demonios hacías llamándole?

Tina apoyó la mano en el respaldo de la silla.

—Por el amor de Dios, Tina —exclamó Lesley—. Siéntate. Parece que te vas a desmayar.

—Lo siento.

—Vamos, Tina —dijo Dennis—. Salgamos de aquí. Siento que te haya molestado, jefa.

Pero Lesley sabía de qué se trataba.

—No, Dennis. Tina, dinos qué has descubierto. No pasa nada. No tienes que avergonzarte.

—¿Por qué iba a avergonzarse? —preguntó Dennis entonces—. ¿Te has pasado de la raya, agente?

Tina lo miró. Tragó saliva.

—Tom Short me dijo que Elsa tiene novia.

Lesley echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo. Sabía que esto acabaría saliendo a la luz, pero había guardado la esperanza de que fuera una vez que el caso estuviera cerrado.

—Sigue —dijo Lesley.

Tina se volvió de Dennis hacia ella.

—¿Estás segura?

—Díselo.

Tina miró a Dennis.

—La novia de Elsa Short es la inspectora.

Dennis balbuceó, sin saber qué decir.

—No seas ridícula, Tina —soltó por fin—. Lesley es una mujer casada... Eres una mujer casada, ¿no, jefa?

Lesley tomó aire. Legalmente, aún estaba casada, pero no por mucho tiempo.

—Tiene razón, Dennis —respondió Lesley—. Elsa Short es mi novia, lo es desde hace un mes.

Tina sonrió.

—Bien por ti, jefa. —Volvió a sonrojarse—. Lo siento.

—Sí, Tina —dijo Lesley—, me alegro de que lo veas así; pero entiendo que te preocupe.

Dennis dio un paso hacia el escritorio.

—Un momento. Elsa Short es una posible sospechosa, dado su trabajo para Arthur Kelvin y su relación con Harry Nevin...

—¿Qué relación con Harry Nevin? —preguntó Lesley.

—Me refería a su relación profesional.

Lesley se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que hay. Y, además, no es sospechosa.

Tina se aclaró la garganta.

—Bueno, encontré algo de información sobre ella. Es la abogada de Kelvin.

Lesley negó con la cabeza.

—No importa —reiteró Lesley—. Tiene coartada para la muerte de Harry Nevin.

—¿Qué coartada? —preguntó Dennis—. Nadie nos ha dicho nada de una coartada.

Lesley lo miró fijamente.

—No, porque estaba conmigo.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

ELSA ESTABA CABREADA. Con Lesley, por hacerle esa pregunta. Con Harry Nevin, por hacerse matar. Y consigo misma, por dejar que la afectara.

Era la última en el despacho, pues Aurelia Cross se había marchado hacía media hora. Se incorporó sobre su escritorio, con la esperanza de perderse en su trabajo. A veces funcionaba, le ayudaba a distraerse, perderse en las minucias del día a día. Pero esa noche, el trabajo y la vida personal estaban demasiado entrelazados.

Su ordenador emitió un pitido que le hizo levantar la vista. Le había llegado un correo de una dirección desconocida: admin@aacar-repairs.com.

Lo abrió con un clic. AA Car Repairs era uno de los negocios de Arthur Kelvin. Uno de tantos. A Elsa le costaba seguirles la pista.

El correo electrónico era breve.

«Necesito reunirme contigo lo antes posible. Ya sabes de qué se trata».

No había firma, ni despedida.

Elsa se frotó los ojos. La muerte de Ameena y ahora la de Harry la habían afectado. Todos en el bufete habían sobrellevado la muerte de Ameena de alguna manera. Ameena había sido reservada, había hecho pocos amigos, no había dejado mucha huella en el bufete. Pero Harry... Harry era el socio fundador. Sin él, nadie aquí sabía qué

pasaría después. Todos seguían adelante, fingiendo que había un plan. Pero ella sabía que no había ningún plan.

Elsa esperaba que la empresa se desmoronara y poder salir de allí. Pero mientras tanto, tenía que ocuparse de este correo electrónico.

Tecleó una respuesta.

«¿Dónde?»

Recibió una dirección en Sandbanks. Elsa frunció el ceño. No era propio de Kelvin utilizar la dirección de su casa.

«Dame diez minutos».

Se levantó y quitó la chaqueta del respaldo de la silla. Su ordenador volvió a sonar.

«No se lo digas a tus colegas. Sobre todo, a Aurelia Cross».

Elsa se abrochó la chaqueta. Por supuesto que no se lo diría a sus colegas. Sabían que trabajaba para él. Harry le había dado ese puesto cuando se incorporó al bufete, por eso la habían nombrado socia.

De haberlo sabido, jamás habría aceptado.

Pero, aunque todos sabían a quién representaba, también sabían que se esperaba de ella que no hablara de su mayor cliente, que actuara como si no existiera. A pesar de la cantidad de dinero que aportaba al bufete.

Apagó el ordenador y se dirigió a la puerta. Quería irse a casa y darse un largo baño caliente. Pero Elsa sabía que cuando Arthur Kelvin decía «salta», la única respuesta posible era: «¿hasta dónde?»

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

LESLEY ESTABA SENTADA en su mesa, examinando unos documentos. Su equipo se había pasado el resto de la tarde revisando todo lo que sabían sobre Harry Nevin. Lesley había llamado a Gail, pero aún no habían obtenido nada nuevo de las pruebas forenses y seguían intentando identificar el arma que había causado las lesiones de Nevin.

Dennis y Johnny se habían ido poco antes de las seis, los dos juntos. Lesley sospechaba que iban al pub a cotillear sobre ella.

«Que digan lo que quieran», pensó.

Tina se había marchado poco después, no sin antes lanzar una mirada incómoda a su jefa. Lesley le había hecho un gesto con la mano que Tina no devolvió.

Mike, por el contrario, seguía allí.

Lesley levantó la vista y lo vio acercarse a su puerta. Llamó y ella le hizo señas con la cabeza.

Se aclaró la garganta, con la mano en el pomo.

—Me voy. Nos vemos mañana.

Lesley miró el reloj: eran las siete.

—¿No tienes un sitio mejor donde estar, Mike? En el CID no se pagan las horas extras.

—Prefiero estar aquí que en mi patético estudio.

Se reclinó en la silla y le dirigió una mirada cómplice.

—Sé cómo es: cena de microondas para uno, noche frente a la tele.

Mike se encogió de hombros.

—Mi casa es más pequeña que tu despacho. Solo tiene una ventana alta. En verano es un horno y en invierno una nevera.

—Pero tienes un sueldo de cabo —dijo ella—. ¿No puedes permitirte algo mejor que eso?

—Por aquí no —respondió—. Los «*grockles*» ponen los precios por las nubes.

—«*Grockles*» —repitió Lesley. La palabra local para los veraneantes. Empezaba a entender por qué los lugareños estaban tan resentidos con ellos.

—¿Así que no hay ninguna novia por ahí? —le preguntó—. ¿Ni familia?

Mike sacudió la cabeza antes de contestar.

—Estoy solo, jefa. Tuve un gato hasta hace un par de años, pero... —Se le cortó la voz.

—Siento oír eso —dijo Lesley—. Bueno, nos vemos mañana.

—Sí, jefa. —Tiró de la puerta para salir, y luego se detuvo—. Solo quería decir...

Lesley alzó una ceja, instándole a continuar.

—Solo quería decir que bien por ti —soltó.

—¿Perdona?

—Quiero decir... —Mike se miró los pies—. Lo de ser gay y todo eso.

Lesley soltó una risa.

—No estoy segura de etiquetarme como gay, Mike. Sigo casada con un tipo llamado Terry.

Mike soltó una risa nerviosa.

—Pero gracias —dijo entonces, tratando de expresar más comodidad de la que él claramente sentía—. Aprecio el sentimiento. Aunque no estoy segura sobre Dennis.

Mike la miró.

—Entrará en razón. El sargento no es el dinosaurio que crees que es.

—Estoy saliendo con una persona de interés en un caso de asesinato —le recordó ella—. Eso no es fácil de digerir.

—Pero ella tiene una coartada.

—Una coartada proporcionada por mí.

Les había contado que había estado con Elsa la noche anterior a la muerte de Harry Nevin. Después de salir de casa de la novia de Nevin, había ido al piso de Elsa en Bournemouth y había pasado allí la noche. Por la mañana había ido directamente a la oficina, y Elsa había ido a la suya.

Por la hora registrada en la cámara de seguridad, Elsa no podía ser la asesina. Esa mujer en la cima del acantilado no era ella.

—Sé lo delicado que es —le dijo a Mike— que la agente investigadora sénior le proporcione una coartada a una posible sospechosa.

Mike se encogió de hombros.

—Es lo que hay.

—Esa es una forma de decirlo. —No le apetecía dar explicaciones a Carpenter si llegaba el caso. Sonrió—. Te veo mañana, Mike.

—Sí, jefa. —Cerró la puerta.

Lesley se levantó y dio un par de vueltas alrededor de su escritorio. Estaba cansada e inquieta. Quería moverse y dormir a la vez. Pero, sobre todo, quería hablar con Elsa. Quería contarle lo que había pasado hoy. Quería disculparse.

Cogió el teléfono. Sonó tres veces.

Lesley tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—Contesta, por favor. —Deseaba que Elsa no estuviera evitando sus llamadas.

Saltó el buzón de voz.

—Hola, Elsa, soy yo. Quería pedirte perdón. Llámame, por favor.

Dejó el teléfono sobre la mesa y examinó el despacho. La conversación con Mike sobre volver a casa para cena de microondas y noche frente a la tele no había estado muy lejos de la realidad. Esa noche, no estaba de humor para su pequeña casa.

Hacía un par de días había estado en una sala de reuniones de la segunda planta, con un sofá pegado a una de las paredes. «¿Podría dormir en él? ¿Pasar la noche ahí en la oficina?».

Negó con la cabeza.

—No seas ridícula.

Cogió la chaqueta de su traje y se la echó sobre los hombros. Era hora de volver a casa.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

ELSA SE ACERCÓ al edificio cuya dirección le habían dado. Podía ver la playa al otro lado de la casa. Una pareja pasó abrazada junto a ella. Empezaba a oscurecer y la playa estaría tranquila; los veraneantes se habían recogido al anochecer. Oyó las olas más allá de la casa.

Se acercó a la puerta principal y pulsó el timbre. Al cabo de unos instantes, se oyó una voz por el interfono:

—¿Puedo ayudarle?

Se inclinó, bajando la voz.

—Soy Elsa Short.

—Un momento.

Puso la mano en la pared junto a la entrada y esperó. Al cabo de unos instantes, la puerta se abrió y apareció una mujer. Era bajita, rubia y llevaba traje. Su aspecto era serio y profesional. Elsa no la reconoció.

—¿Señora Short? —preguntó.

Elsa asintió.

La mujer se apartó.

—Entre, no la haremos esperar mucho.

—¿Quién eres? —preguntó Elsa.

—Soy del servicio.

Elsa miró a la mujer de arriba abajo. No parecía del servicio; ese traje era demasiado caro. Aun así, una persona con el dinero

necesario para poseer una propiedad como esa contrataría criadas caras.

La mujer hizo un gesto a Elsa para que subiera un tramo de escaleras. Arriba había un largo pasillo con vistas a la playa. La mujer la adelantó y abrió unas puertas dobles que daban a un amplio salón. Elsa la siguió y, atraída por las vistas, se acercó al ventanal del fondo.

Como había anticipado, la playa estaba tranquila. Una pareja mayor paseaba a su perro por la orilla y un hombre solitario pasó junto a ellos. Las tres personas aminoraron la marcha para saludarse y luego siguieron caminando. Aparte de eso, no quedaba nadie más en la playa.

Elsa se volvió hacia la mujer.

—¿Cuánto tiempo va a...? —empezó.

Pero vio que la habitación estaba vacía.

Elsa se encogió de hombros y se dejó caer en un sofá mullido. Era amplio y estaba tapizado con terciopelo de color crema. Se quedó mirando las vistas un rato. Su piso estaba a tres calles de la playa de Bournemouth; si asomaba la cabeza por la ventana del cuarto de baño y estiraba el cuello, podía ver el mar de refilón. Sin embargo, allí, las vistas eran el plato principal.

Se acercó de nuevo a la ventana y resistió el impulso de poner las yemas de los dedos sobre ella. El cristal estaba inmaculado, brillante. La pareja que paseaba a su perro seguía allí; el perro jugaba en la orilla. Elsa los observó, preguntándose si podrían ver el interior o si la ventana tendría algún tipo de cristal con efecto espejo.

Al cabo de unos instantes, volvió al sofá. Miró su reloj: ya llevaba veinte minutos allí. Más de lo que había tardado en llegar. Cruzó la habitación hasta las puertas dobles. Estaban cerradas.

Elsa llamó a la puerta.

—¡Hola!

No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

—Llevo esperando veinte minutos. ¿Qué pasa?

Sabía que no debía perder la calma. A Kelvin le gustaba hacer esperar a la gente. Esta no era su dirección, pero tenía muchas propiedades residenciales. Sin embargo, nunca la había invitado a una. Se habían encontrado en lugares neutros: clubes nocturnos, bares, restaurantes, propiedades comerciales, pero nunca en sitios privados.

Dio un paso atrás y observó las puertas. Miró alrededor de la habitación. Había una puerta al fondo. Más allá había un dormitorio vacío donde una enorme cama dominaba el espacio. Cerró la puerta y se giró hacia la entrada.

Volvió a aporrear la puerta.

—¡Hola!

Se dirigió al sofá y se sentó en él.

No debería haber respondido al correo electrónico. Debería haber fingido que ya había salido de la oficina, que no lo había recibido.

Ahora iba a estar ahí, encerrada, durante Dios sabía cuánto tiempo.

Sacó su teléfono del bolsillo.

Pero ¿a quién llamaría? Ciertamente a Lesley, no. Ni a Harry, ahora ya no.

¿Aurelia, tal vez? No. El mensaje decía que no le dijera a Aurelia a dónde iba.

Suspiró. ¿Qué esperaba al responder a una invitación así? Tendría que esperar a ver qué pasaba.

Se recostó en el sofá, se quitó los zapatos y se sentó sobre sus pies. Si la espera iba a ser larga, más le valía ponerse cómoda.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

LESLEY APARTÓ una zanahoria con moho y un cartón de leche agria de su nevera. En algún lugar del fondo quedaban los restos de comida china para llevar de hacía cuatro noches: cerdo agridulce con arroz y pan de gambas.

Lo sacó y colocó los cartones sobre la encimera. El pan estaba blandengue; igual no debería haberlo metido en la nevera. Abrió la puerta del microondas y metió los cartones.

Salió de la cocina mientras esperaba y giró la cabeza para estirar el cuello. Se acercó al sofá y estaba a punto de sentarse cuando sonó su teléfono. Esperaba que fuera Sharon; hacía días que no hablaban y quería saber cómo le había ido en el examen de inglés.

No era Sharon, sino una notificación del buzón de voz de una llamada que recibió una hora antes mientras conducía.

Era Elsa, con voz entrecortada.

—Recibí tu mensaje. Lo que dijiste caló hondo. No puedo creer que me veas capaz de asesinar a mi colega, Lesley.

Lesley bajó los hombros.

Nunca debió decir lo que dijo. Aunque sospechara que Elsa estaba implicada en los crímenes, enfrentarse a ella de ese modo había sido una mala jugada.

El mensaje continuaba:

—No me llames. Necesito un tiempo a solas.

El mensaje terminó ahí.

El microondas sonó y Lesley lo ignoró.

Se desplomó en el sofá. Le pesaban las piernas. Necesitaba dormir, pero aún no se acostumbraba a los bultos de su cama.

Suspiró y se levantó.

Había un feo arcón de caoba en un rincón del salón, con algunas cosas dentro que habían pertenecido al anterior inquilino. Abrió la puerta y rebuscó en su interior.

Perfecto. Su memoria no le había fallado.

Sacó la botella de whisky, más que medio vacía, del fondo. La abrió y se dirigió a la cocina para coger un vaso.

Se sirvió una buena copa: la necesitaba.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

PASÓ hora y media y no llegaba nadie.

Elsa se dejó caer en el sofá, contemplando la oscuridad tras los ventanales. ¿Qué demonios estaba pasando?

Se acercó a las puertas nuevamente y tiró de ellas. De nuevo, por enésima vez, no cedieron.

De vuelta a las puertas del patio, intentó abrirlas. También estaban cerradas.

¿Le pertenecería este piso a Kelvin? Se había esperado que tuviera una casa más grandiosa; el tipo tenía mucho dinero. Pero en Sandbanks, incluso un modesto piso costaba una pequeña fortuna.

La habitación no tenía ningún signo de ser inhabitado. No había fotos familiares, ni recuerdos, ni adornos. Nada. Ese lugar era frío, como si no perteneciera a nadie. Tal vez era una casa de vacaciones.

Volvió al dormitorio que había investigado antes y empujó la ventana. Estaba cerrada. En el cuarto de baño privado encontró una amplia ducha alicatada en mármol y una ventana alta sobre el inodoro. También estaba cerrada.

Salió del dormitorio con el corazón a mil. Había otra puerta, otro dormitorio, otra cama enorme, otro cuarto de baño con baldosas de mármol. En ambos cuartos de baño, el jabón de manos y la loción corporal eran caros y apenas se habían utilizado. Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que la casa no le pertenecía a nadie.

«Idiota. ¿Por qué no había ignorado el correo electrónico? ¿Por qué no le había dicho a nadie a dónde iba?»

Elsa se apresuró a volver al salón y sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta, que había dejado doblada sobre el sofá. Hablar con Aurelia Cross no le apetecía; la mujer había estado gélida en los últimos días.

De mala gana, llamó a Lesley. Después de tres tonos, saltó el buzón de voz. Colgó.

Tras el mensaje que había dejado antes, no quería dejar otro. Se hundió en el sofá, rascándose la frente. El eccema se le estaba poniendo peor. Se levantó de nuevo, cansada, pero a la vez incapaz de quedarse quieta, a pesar de llevar más de una hora sentada en el sofá. A través de la ventana, apenas podía distinguir las sombras de las olas en el mar y no veía casi nada de la playa. Podría haber una multitud observándola y ella nunca lo sabría.

Volvió al primer cuarto de baño y utilizó el inodoro. Regresó al dormitorio. Fuera, todo estaba tranquilo. Algunos coches aparcados detrás del suyo; nadie paseando por el puerto.

De vuelta en el salón encontró una bandeja sobre la mesita de cristal frente al sofá color crema.

No había estado ahí antes.

Elsa corrió hacia las puertas. Tiró de la manilla, pero seguía cerrada. Sobre la bandeja había una tetera, una taza con su platillo, una jarra de leche y un plato con algo de comida.

¿Sándwiches? ¿Quién encierra a una persona en su piso y le da comida? Quienquiera que fuera, debía haber sabido el preciso momento en que fue al baño.

Cámaras.

Elsa levantó la vista y escrutó las paredes. No había rastro de ellas. Se estremeció y se acurrucó en el sofá.

La tetera aún estaba caliente. Junto con la taza y el platillo, era de porcelana delicada. Cara. Se sirvió una taza de té; la sed la atrapaba. También el hambre. Hacía veinticuatro horas que no comía.

Volvió la vista hacia las puertas, esperando que alguien apareciera y la viera comer. No había nadie. Volvió a mirar los

bocadillos, los contempló un momento y luego se los comió con avidez.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

LESLEY SE DESPERTÓ cuando su teléfono hizo un ruido sobre la mesita. Vibró, se deslizó por la superficie y cayó sobre la alfombra con un golpe seco.

Se levantó de su posición desplomada en el sofá. ¿Se había quedado dormida ahí anoche? Estaba demasiado vieja para eso. Se llevó los dedos a la frente y se estremeció. Sentía la cabeza pesada, y su estómago parecía estar ensayando para la próxima temporada de *Bailando con las estrellas*.

Lesley se incorporó y sintió que la cabeza le daba tumbos. Al menos el teléfono había dejado de hacer ruido.

Entrecerró los ojos y miró la botella de whisky medio vacía sobre la mesa. ¿Cuánto quedaba? Más de lo que creía. Tal vez era el hecho de que no había comido, o que era demasiado vieja para el whisky. Cuando era estudiante, hacía casi treinta años, había bebido mucho. Había sido capaz de aguantar diez copas y asistir a clases por la mañana. Pero ahora...

¿Qué hora era? Miró el reloj sobre la chimenea. Las siete y media. Buena hora para una ducha rápida. Pero no, había quedado con Dennis. ¿Dónde habían quedado?

Su teléfono sonó y ella lo miró.

—Cállate.

El sonido retumbó en su cabeza. Se inclinó y lo levantó del suelo. Sería Dennis, preguntándose dónde estaba.

—Inspectora Clarke. —La voz le salió áspera.

—Lesley, siento molestarte tan temprano. Soy Zoe.

Lesley cerró los ojos y se presionó la frente con los dedos.

—¿Zoe?

Se quitó el teléfono de la oreja y lo miró. Esperaba una llamada de Elsa. Había una llamada perdida. Anoche, sobre las nueve.

¿La había contestado? ¿Había hablado con Elsa?

No, no había estado tan borracha como para olvidarlo.

Volvió a ponerse el teléfono en la oreja.

—¿Qué pasa, Zoe?

—¿Estás bien? —preguntó Zoe—. Suenas diferente.

Lesley soltó una carcajada y se arrepintió al instante. Volvió a sentarse en el sofá y trató de ponerse cómoda.

—Estoy bien. Todo lo que me pasa es culpa mía. ¿Qué tienes para mí?

Debía ser urgente si Zoe la llamaba tan temprano.

—Te he enviado un correo electrónico —dijo Zoe—, con una foto.

—Espera. —Lesley puso el teléfono en modo altavoz. Abrió su correo electrónico. En la parte superior había un mensaje de Zoe con un archivo adjunto.

—Mierda.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que es el equivalente en Bournemouth de Trevor Hamm? —preguntó Zoe.

Trevor Hamm era un hombre al que Lesley y Zoe habían tenido en el punto de mira en el departamento de Investigación Criminal de las Midlands. Era un hombrecillo de mierda, un jefe del crimen organizado al que le gustaba dejar que sus secuaces cargaran con la culpa de sus propios delitos.

—Algo así —respondió Lesley—. Gracias.

Miró la foto. ¿Se lo esperaba o no?

—No hay de qué. —Zoe colgó.

Lesley se quedó mirando la foto. No la necesitaba. Hoy no, con la resaca, lo que le había dicho a Elsa y... mierda... ponerse en evidencia en el trabajo. Tendría que hablar con Carpenter. Su jefe tenía que saber que Lesley mantenía una relación con una persona de interés en un caso. Si es que aún era así.

¿También tenía que contarle a Carpenter lo de esa foto?

No, dejaría ese tema aparcado hasta resolver el caso.

Pellizcó hacia fuera con los dedos para ampliar la foto. Dos hombres posaban juntos, sonrientes.

A la izquierda, Arthur Kelvin. Como Zoe había sugerido, la versión Bournemouth de Trevor Hamm.

Y a la derecha, su predecesor: el inspector Mackie.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

ELSA SE DESPERTÓ y vio que la luz se colaba por el borde de las cortinas opacas. Bostezó y se estiró, preguntándose si se habría quedado dormida, y luego se sentó en la cama, parpadeando.

Aquella no era su habitación. Estaba tumbada sobre una cama enorme, en una habitación apenas iluminada por la luz del sol que entraba por las cortinas.

Se levantó y abrió las cortinas. Delante de ella había una calle, su coche aparcado enfrente. Las gaviotas atacaban un cubo de basura justo al lado, y un hombre paseaba a su perro debajo de ella. Golpeó la ventana, pero él no reaccionó.

Se volvió hacia la habitación. Al final, anoche había renunciado a que apareciera nadie y había decidido dormir lo que pudiera. Había dormido mal, preocupada por si alguien la vigilaba.

Se acercó al espejo del tocador y se alisó el pelo. Se frotó el rímel que se le había acumulado bajo los ojos. Detrás de ella, había un cuarto de baño privado. Pensó en ducharse, pero se sentía demasiado vulnerable.

Dio un respingo al oír un ruido al otro lado de la puerta del salón principal. Con la respiración agitada, se dio una última palmadita en el pelo y se dirigió a la puerta, tratando de aparentar confianza.

Arthur Kelvin estaría al otro lado. Elsa estaba preparada para él; se habían reunido media docena de veces y estaba aprendiendo a lidiar con el hombre.

En su lugar, en la puerta doble que daba al pasillo encontró a una mujer. No era la mujer que la había recibido la noche anterior. Era alta y de piel oscura, con un espeso pelo ondulado que a Elsa le recordaba al suyo propio. Delante de ella había dos perros robustos de pelaje claro. Llevaban correas cortas. Elsa los miró y luego miró a la mujer.

—¿Quién es usted?

La mujer sonrió. Llevaba los labios pintados de morado y los ojos muy maquillados.

—No hace falta que lo sepas. —Miró a los perros—. Basta, Bruno.

Uno de los perros tiró de la correa y gruñó por lo bajo. La mujer sonrió a los perros y luego volvió a mirar a Elsa.

—Estos son Izzy y Bruno, mis bebés. Son muy protectores conmigo.

Elsa asintió. Se le erizó la piel.

Los perros la miraban. Habían dejado de gruñir, pero eso los hacía más amenazadores. La mujer señaló el sofá junto a la ventana.

—Siéntate —le pidió—. Tenemos que hablar.

Elsa negó con la cabeza.

—Me has retenido ilegalmente. No pretenderás que quiera charlar.

La mujer se encogió de hombros.

—Intenta pasar por encima de mí.

Elsa miró por encima del hombro de la mujer hacia el pasillo. Ella y sus perros le cerraban el paso.

Soltó un poco una de las correas. El perro se tambaleó hacia delante. Elsa retrocedió un paso y chocó con una estantería.

—Como he dicho —dijo la mujer—, siéntate. —Señaló el sofá con la cabeza.

Su voz era suave, con acento del centro de Inglaterra. Aquellos perros no le pegaban nada. Elsa no sabía mucho de perros, pero estaba bastante segura de que eran de una de las razas que habían sido ilegales en algún momento, o al menos deberían haberlo sido. Eran rechonchos y pesados, y parecía como si fueran a tirarse a su cuello si tuvieran la más mínima oportunidad.

Bordeó la habitación, manteniéndose alejada de la mujer y los perros. Se sentó en el sofá y se volvió hacia la mujer, con las manos en el regazo.

«Maldita sea». Se había dejado la chaqueta colgada sobre la cama del dormitorio. Su teléfono estaba en el bolsillo interior.

La mujer cerró la puerta y ató las correas a un gancho que había junto a ella. Uno de los perros le lamió la mano y gimoteó. Le dio una bofetada. Elsa se estremeció.

—Vale —dijo la mujer. Se acercó a un sillón situado en ángulo recto con el sofá y se sentó. Entonces, con los ojos fijos en el rostro de Elsa, dijo—: Tengo algunas preguntas para ti.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

LESLEY SALUDÓ con la cabeza a su equipo cuando se cruzó con ellos de camino a su despacho. Antes de hablar con nadie necesitaba un café. También quería hacer balance.

Abrió de un empujón la puerta de su despacho, dejó el bolso en una silla, rodeó el escritorio y se sentó con pesadez. Inclinó la cabeza sobre el escritorio y se frotó los ojos. Nunca más. Estaba demasiado mayor para el whisky.

Llamaron a la puerta: Dennis. Le hizo un gesto para que pasara.

—Hemos tenido novedades, jefa. Llegaron nuevas pruebas durante la noche.

Se reclinó en su silla, tratando de reunir fuerzas.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Encontraron el coche de Nevin, a un par de calles de la cima de los acantilados.

—¿En qué estado estaba?

—Sin daños. No hay señales de robo.

—¿Crees que alguien podría haberlo obligado a apartarse de la carretera y luego llevarlo a la cima del acantilado?

—Pero a Nevin lo sacaron de la furgoneta —dijo Dennis—. Nada de esto tiene sentido.

—Tal vez lo metieron en la furgoneta desde su coche —propuso Lesley—, y dejaron su coche atrás.

Dennis asintió con la cabeza.

Entonces el resto del equipo entró detrás de él.

—A ver —suspiró Lesley—. ¿Qué tenemos?

Johnny se acercó a la pizarra y colgó una fotografía. Mostraba una bufanda de mujer, rosa con remolinos amarillos.

—Encontramos esto en el coche —dijo Dennis mientras miraba a Lesley con expresión aguda—. La conozco bien.

Lesley también lo hacía.

—Pertenece a Elsa Short —confirmó la inspectora.

Dennis asintió con la cabeza.

—Esto la sitúa en el coche de Nevin antes de que este muriera.

Lesley negó con la cabeza.

—La sitúa en su coche en algún momento antes de morir. No necesariamente en la misma tarde.

¿Defendía a Elsa con demasiada firmeza? ¿La estaba tratando de forma diferente a cualquier otro sospechoso? Había estado con Elsa cuando Harry murió.

¿Y si Elsa estuviera implicada?

Dennis se aclaró la garganta.

—Llevaba esa bufanda el día antes de su muerte. Se la vi puesta cuando fui a hablar con Aurelia Cross y con ella. Dado que la encontramos en el coche, significa que Elsa la dejó allí en algún momento entre nuestra entrevista y la muerte de Nevin.

—A menos que alguien la pusiera allí —dijo Lesley.

—¿Por qué harían eso?

Lesley se echó hacia atrás.

—No lo sé.

El estómago le gruñó. Tomó aire; deseaba poder irse a casa a dormir.

—¿Qué más tenemos? —Su mirada recorrió al resto del equipo.

—Mike... —dijo Dennis.

Mike dio un paso adelante.

—Estamos estudiando las imágenes de una cámara de seguridad situada frente al bufete de Nevin, Cross y Short.

Lesley se inclinó hacia delante.

—¿Alguna razón en particular?

—Con ambos socios muertos, queríamos ver quién acudió a esa oficina el martes por la noche —explicó Dennis,

—Vale. ¿Qué habéis visto?

—Todavía nada, jefa —dijo Mike—. Ese es mi próximo trabajo.

—Muy bien —dijo Lesley—. Avísame si ves algo.

—Lo haré.

—Yo he estado revisando el ordenador de Nevin —intervino Tina —. Encontramos un portátil en su coche.

—Excelente. ¿Algo útil? —preguntó Lesley.

—Hay un intercambio de emails entre Elsa Short y él. Ella amenazaba con dejar la firma y vender su participación.

Lesley se puso tensa. Sabía lo que pensaba Elsa de su puesto en Nevin, Cross y Short.

—¿Y?

—Le dijo que no podía —respondió Tina—. Le era imposible romper el contrato.

—Eso podría darle un motivo —dijo Dennis.

—Ya le he proporcionado una coartada.

Tina y Mike intercambiaron miradas. Dennis bajó la mirada. Lesley los miró fijamente.

—No me digas que tú... —Se detuvo y miró a Tina—. Dime si averiguas algo más del contrato. Mike, avísame si ves algo en las grabaciones. Dennis, ¿había algo más en el coche de Nevin? ¿Señales de forcejeo? ¿Manchas de sangre?

—Nada —respondió—. El coche ha sido incautado. Johnny y yo pensábamos ir para allá.

—Bien —respondió ella—. Adelante, entonces.

Su equipo salió de la oficina. Lesley echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Se sentía lenta y pesada. Pensó en el mensaje que le había dejado Elsa y en la llamada perdida.

Cogió el teléfono de su escritorio, a punto de devolverle la llamada.

Pero si los correos incriminaban a Elsa, entonces Lesley tenía que dar un paso atrás. No podía advertir a una posible sospechosa.

Se levantó, estiró los brazos y bostezó. «Contrólate». Necesitaba café, y también hablar con Carpenter.

Pasaría por la cocina y luego iría a ver a su jefe. Tenía que hablarle de su relación con Elsa. Mejor que viniera de ella.

Cuando se acercó a la puerta, vio a Mike acechándola. Abrió la puerta de un tirón.

—Mike, ¿qué pasa?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Las imágenes de la cámara de vigilancia. Tienes que ver esto, jefa.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

ELSA LE DIRIGIÓ otra mirada a la mujer.

—No quiero charlar —dijo—. Déjame marchar; tengo que ir a trabajar.

Miró a los perros junto a la puerta.

—Y aparta a esos chuchos. —No iba a dejar que la mujer la asustara.

La mujer chasqueó los dedos y uno de los perros ladró, haciendo saltar a Elsa.

Elsa apretó los dientes y juntó las manos sobre el regazo.

—Me niego a que me amedrentes. ¿Dónde está Arthur?

La mujer se encogió de hombros.

—¿Quién es Arthur?

—Arthur Kelvin. Esta es su casa, supongo.

—No, este es mi piso.

—¿Trabajas para él entonces?

Una sombra pasó por el rostro de la mujer.

—No, no estás aquí por eso.

—¿No trabajas para él? ¿O él no me convocó aquí? —preguntó Elsa.

La mujer le dirigió una larga mirada.

—No a ninguna de las dos —dijo por fin.

Elsa se levantó y tomó aire. Si esto no tenía nada que ver con Kelvin, no había razón para que tuviera miedo, y los perros eran simplemente un farol. Se acercó a la puerta y pensó en extender la

mano y acariciar a uno de ellos. Seguro que eran unos peluches inofensivos que solo estaban allí para aparentar.

Uno de los perros gruñó y ella retiró la mano.

—No puedes marcharte —dijo la mujer. Estaba junto a la ventana que daba al puerto.

Elsa la fulminó con la mirada.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa?

La mujer puso las manos en las caderas.

—Ahora vas a decirme la verdad.

Elsa suspiró.

—¿La verdad sobre qué?

—Sobre Harry.

—¿Harry? —repitió Elsa—. ¿Harry Nevin?

La mujer asintió. Miró a los perros y luego a Elsa. Le sostuvo la mirada durante un buen rato. Elsa hizo lo mismo.

Al final, la mujer dio un paso adelante.

—Maldita zorra.

Elsa estaba a punto de dar un paso atrás cuando se acordó de los perros.

—Déjame ir —pidió de nuevo.

Quizá esta mujer era una clienta de Harry cabreada porque había muerto, porque ya no podía representarla. Tenía que mantener la perspectiva.

La mujer negó con la cabeza.

—Harry y tú. Te acostabas con él, ¿verdad?

CAPÍTULO SETENTA

LESLEY SE DIRIGIÓ a la mesa de Mike mientras Tina la miraba desde la mesa de al lado. Arrastró una silla que estaba apoyada contra la pared y la acercó al escritorio.

—Adelante, entonces.

Tina estaba inclinada sobre su mesa mirando la pantalla de Mike. Lesley frunció el ceño y volvió a su propio ordenador.

La imagen de la cámara de vigilancia era en blanco y negro y borrosa. Pero Lesley pudo ver que se trataba de la calle donde tenía su sede Nevin, Cross y Short. Debajo de las oficinas había un quiosco de prensa y, al lado, la puerta de acceso. A ambos lados, cafeterías. La calle estaba vacía.

Mike arrastró su silla hacia la pantalla.

—¿Qué has visto? —le preguntó Lesley.

—Lo rebobiné ocho minutos, jefa, para que puedas verlo todo.

—Dale, entonces. —Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el escritorio.

Mike empezó el vídeo.

—¿A qué hora comienza? —preguntó Lesley.

Mike señaló la parte superior derecha de la pantalla.

—A las 19:16 del martes de la semana pasada. Cinco días antes de la muerte de Ameena Khan. Fue la primera grabación que conseguimos, por suerte.

Lesley asintió.

En la pantalla, una mujer salía de la oficina. Cerró la puerta despacio y miró hacia la calle.

Lesley entrecerró los ojos.

—¿Es ella?

Mike asintió.

—Esa es Ameena Khan.

—¿Puedes enfocar un poco más?

Mike pinchó con el ratón y amplió el centro de la pantalla. En efecto, se trataba de Ameena Khan. Llevaba un traje oscuro y un maletín.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Lesley.

Ameena se apartó y se detuvo frente al quiosco. No dejaba de consultar su reloj y mirar hacia la puerta de la oficina.

—Está esperando a alguien —se contestó a sí misma Lesley.

Dennis se situó detrás de ellos.

—¿Qué veis?

—Imágenes de una cámara de vigilancia frente a Nevin, Cross y Short —dijo Mike—. Son del martes pasado por la noche.

—¿Y? —preguntó Dennis.

—Espera —dijo Mike.

En la pantalla, la puerta de las oficinas se abrió y Harry Nevin salió.

Ignoró a Ameena y miró hacia arriba y hacia abajo. Después de comprobar ambas direcciones, se volvió hacia ella. Estaban frente a frente. Parecían estar hablando.

—Lo adelantaré —dice Mike—. Hablan durante cuatro minutos.

—¿Cuatro minutos? —repitió Lesley. Aquella era una charla un poco larga para tenerla fuera de la oficina el socio gerente y una colega subalterna.

—¿Puedes ponerlo a doble velocidad en vez de adelantarlo? —preguntó Lesley—. No quiero perderme nada.

Mike se inclinó y ajustó la configuración para que funcionara a doble velocidad. Lesley se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿De qué estarán hablando? —se preguntó en voz alta.

—¿Del caso de Steven Leonard, tal vez? —dijo Dennis—. Estaban trabajando juntos en ello.

—Es posible —respondió Lesley—. ¿Pero por qué no tener esa conversación en el despacho? ¿A qué viene tanto secretismo?

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo Mike.

Pulsó de nuevo el ratón y volvió a poner el vídeo a velocidad normal. La hora marcaba las 19:22.

En la pantalla, Harry Nevin puso la mano en la mejilla de Ameena. Lesley respiró hondo. Sintió que Dennis se tensaba detrás de ella.

Nevin se inclinó y besó a Ameena en los labios. Ella le agarró la mano y se la llevó a la mejilla. Al cabo de un momento, se apartó y miró hacia atrás. Esperó unos segundos y volvió a besarlo.

Lesley, Dennis y Mike observaron en silencio. Tina había dejado lo que estaba haciendo y también miraba desde su escritorio.

Tras dos minutos besándose, Ameena se separó de Nevin. Se dio la vuelta y se alejó, con paso firme. Se volvió justo antes de salir de su campo de visión. Él la saludó con la mano. Ella se volvió y salió del plano.

Cuando Ameena se perdió de vista, Nevin se alejó en dirección contraria. La calle volvía a estar vacía.

Tina silbó.

Lesley la miró.

—Así que… —concluyó Lesley—, Harry Nevin tenía una esposa y dos amantes.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

ELSA NO PUDO CONTENERSE. Se echó a reír.

—Por supuesto que no me acostaba con Harry. Me estoy tirando a una maldita pol...

Se detuvo. Si esta mujer estaba asociada con Arthur Kelvin, Elsa no quería que supiera que se veía con una inspectora de policía.

—¿Quién eres tú? —le preguntó entonces Elsa.

La mujer negó con la cabeza.

—No necesitas saberlo.

—Mira —le dijo Elsa—, sé cómo era Harry. Si eras una de sus amantes, créeme, yo no era una de tus rivales. Déjame ir, ¿de acuerdo?

Se apresuró hacia la puerta, apretando los dientes y esquivando a los perros. Uno de ellos emitió un gruñido grave desde el fondo de la garganta y se abalanzó sobre ella. Le metió el hocico en la entrepierna. Contuvo la respiración. Cuando lo único que hizo fue hundir aún más la nariz, se rio y lo miró.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Se volvió hacia la mujer.

—Estos perros son más blandos que un flan.

—Estás mintiendo. Sé que habías quedado con él.

Elsa puso una mano en el pomo de la puerta.

—Que no, señora. De verdad que no.

Abrió la puerta de un tirón. Al otro lado, dos hombres la miraban. Elsa bajó los hombros. Ambos eran altos y corpulentos. Uno llevaba

la cabeza rapada y tenía una barba rubia brillante; el otro tenía una cicatriz sobre el ojo derecho. Dieron un paso hacia ella.

—¿Quién coño sois vosotros? —Estaba dispuesta a no mostrar miedo.

—¡Detenedla! —gritó la mujer.

El hombre de la barba amarilla la agarró. El otro, Cara Cortada, la golpeó en la cara. Ella le escupió. Él la sujetó por el hombro. Ambos hombres la tenían agarrada. Elsa luchó por liberarse.

—¡Esto es ridículo! —exclamó, dejando que su indignación bloqueara su creciente miedo—. Déjame ir. No soy ninguna amenaza para ti —le gritó a la mujer.

Harry estaba muerto. ¿Qué le importaba a esta mujer con quién se hubiera acostado?

Elsa se volvió hacia los hombres justo cuando una mano le tapó la visión. Sintió un golpe repentino en los ojos y tropezó, chocándose con Barba Amarilla. Se tambaleó y cayó al suelo.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

—DE ACUERDO —dijo Lesley—. Ahora tenemos un motivo para que Harry Nevin matara a Ameena Khan.

—¿Crees que lo dejó? —preguntó Mike.

Lesley se encogió de hombros.

—No importa lo que pasó. Tenemos su anillo en una foto y pruebas de que tenían una aventura.

—Podría no haber sido una aventura —dijo Tina.

Lesley señaló hacia la pantalla de Mike.

—Lo que acabamos de ver no es algo aislado.

Miró la imagen en pantalla de la calle vacía.

—Eso no se hace después de un primer beso. Si algo así hubiera ocurrido espontáneamente fuera de la oficina, o se habrían ido juntos, o habría habido algún tipo de pelea. Por lo menos, habría incomodidad. No, eso era una relación establecida.

—¿Así que algo salió mal entre ellos y él la mató? —sugirió Tina.

—Eso parece —dijo Lesley.

—Tengo más —añadió Mike, hojeando la pantalla de su ordenador.

Lesley le tocó el hombro. Él se estremeció.

—Lo siento —dijo ella, retirando la mano—. ¿Qué quieres decir con «más»?

—Más imágenes de la cámara de seguridad, de la mañana siguiente. Espera un minuto.

Lesley se inclinó sobre él.

—¿Más de Nevin y Ameena?

Mike negó con la cabeza. Unos segundos después, apareció otra imagen similar. El exterior de las oficinas, en blanco y negro, granulado. La luz era diferente esa vez, el sol brillaba desde la dirección opuesta. Al cabo de veinte segundos, Nevin entró en escena. Iba del brazo de una mujer.

—Esa no es Ameena —dijo Tina.

Dennis se aclaró la garganta. Lesley lo miró con el ceño fruncido.

—Tienes razón —dijo Lesley—. No cabe duda de que no es ella.

Ameena tenía el pelo largo y liso a la altura de la media espalda. Esta mujer tenía el pelo grueso y ondulado, y le llegaba a los hombros. Estaba de espaldas a la cámara e inclinada hacia Nevin.

—¿Es Elsa Short? —preguntó Dennis.

Lesley entornó los ojos al ver la foto. Puede que Elsa y Harry llegaran juntos, pero no irían así cogidos del brazo.

—Unos colegas no irían así —dijo.

—A no ser —replicó Dennis— que estuviera teniendo una aventura con ella también.

Lesley sintió que se le ponía la piel de gallina. No era posible...

Volvió la vista a la pantalla. La mujer tenía el pelo largo, oscuro y ondulado, y un paso seguro. Su pelo era como el de Elsa. Pero no podía ser ella.

La pareja llegó a la puerta de las oficinas. Nevin se volvió hacia la mujer, que seguía de espaldas a la cámara. Le dio un ligero beso en los labios y abrió la puerta del despacho. Ella se apartó y se volvió hacia la cámara.

Lesley sintió que su cuerpo se relajaba.

—Esa no es Elsa.

Mike agarró su ratón.

—Es la otra.

—La amante —dijo Dennis—. Priscilla Evans.

—¿Cuántas mujeres tenía Harry Nevin? —preguntó Tina.

Observaron cómo Nevin desaparecía dentro del bufete. Un momento después, la puerta volvió a abrirse y él salió de nuevo. La mujer seguía fuera, con el teléfono en la oreja. Levantó la vista

cuando él apareció. Estaban frente a frente y parecía que hablaban, con movimientos espasmódicos. Nevin le sacudió el puño.

—Están discutiendo —dijo Tina.

La mujer empujó a Nevin hacia la puerta. Se dio la vuelta y se alejó. No miró atrás.

—Quizás se enteró de lo de Ameena Khan —sugirió Mike.

—De cualquier manera —dijo Lesley—, quiero hablar con ella. Rebobina un minuto, ¿quieres?

Mike volvió al punto donde Nevin volvía a salir de la oficina.

—Un poco más atrás —dijo Lesley.

Lo rebobinó otro minuto.

—Ahí.

Mike detuvo la cinta.

—Pásalo de nuevo, a media velocidad.

Mike lo hizo.

La mujer se pasaba la mano izquierda por el pelo, echándoselo hacia atrás. Lesley había visto ese gesto antes.

—Tina —le dijo Lesley—, saca la cinta de la cima del acantilado, de cuando arrojaron a Nevin.

Tina deslizó la silla hasta su escritorio y hojeó los archivos de su ordenador. Puso en pantalla la grabación de la noche en cuestión y la detuvo en el momento en que la mujer se había quitado el sombrero y se había pasado la mano por el pelo.

Lesley se apartó y miró entre las dos pantallas.

—Es la misma mujer.

En ambas tomas, la mujer estaba de espaldas a ellos. Vieron el mismo pelo largo, oscuro y ondulado, similar al de Elsa. Pero ese gesto no coincidía: Elsa era diestra.

—Es ella —afirmó Lesley—. Era ella la que estaba en el acantilado.

—¿Estás segura? —preguntó Dennis.

Lesley se volvió hacia él.

—Vamos a ver a Priscilla Evans. Ya.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

LESLEY SE APRESURÓ A ENTRAR en su despacho y cogió su chaqueta. Al salir, su equipo al completo la estaba mirando. Esperando.

—Vale —comenzó—. Tina, vuelve a los correos de Harry Nevin, mira si hay algo entre Priscilla y él que pueda darnos una idea de cómo era su relación. Tenemos que averiguar dónde trabaja Priscilla; ya tenemos la dirección de su casa. Dennis, tú y yo vamos para allá ahora. Mike y Johnny, vosotros averiguad dónde trabaja e id para allá. Esté donde esté, quiero hablar con ella.

—¿Vamos a detenerla, jefa? —preguntó Johnny.

—Todavía no —respondió Lesley—. Hablaré con Gail en el coche a ver si hay más pruebas forenses. Pero Priscilla Evans es una persona de interés en este caso.

Dennis asintió. Lesley lo miró, preguntándose qué estaría pensando. ¿Asumiría que intentaba quitarle la culpa a Elsa?

No importaba. Necesitaban ver a Priscilla Evans. Le habían preguntado si sabía dónde se encontraba Nevin el domingo por la mañana y ella había confirmado que estuvieron juntos. Esa coartada estaba bajo cuestión ahora que era sospechosa.

—Vamos —espetó. Dennis la siguió mientras salía a toda prisa del despacho y se dirigía a las escaleras. Bajó corriendo, casi tropezando por las prisas, y salió disparada hacia el aparcamiento.

—Cogeremos tu coche, Dennis —le dijo—. Conoces las carreteras.

—Sí, jefa. —Corrió hacia su Opel Astra.

—¿Cuánto se tarda? —preguntó Lesley mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos. No estoy seguro a esta hora del día.

Lesley consultó su reloj. Eran las nueve y cuarto; la hora punta estaría terminando. Tenían que atravesar Poole. Al menos, el tráfico de la hora punta en la ciudad era más predecible que el vacacional en la isla de Purbeck.

—Vale, pisa a fondo.

—No voy a sobrepasar el límite de velocidad —avisó Dennis—. Esto no es una emergencia, no puedo poner las luces azules.

Lesley apretó los dientes.

—Tú ponte en marcha.

Salieron del aparcamiento y condujeron hacia Wareham.

Al pasar por el pueblo, Lesley se volvió hacia él.

—Quiero dejar algo claro. Lo mío con Elsa Short…

La cara de Dennis permaneció inmóvil, sus ojos fijos en la carretera.

—No es asunto mío.

—Sabes que le di una coartada. Te crees esa coartada, ¿verdad?

La miró y luego volvió la mirada a la carretera. Agarró el volante con los nudillos blancos.

—Claro que creo. ¿Por qué mentirías?

Miró al frente. El tráfico se había aligerado. Se acercaban a las afueras de Poole.

—No mentí —insistió Lesley—. Pero tampoco os conté que tenía una relación con ella. No se lo dije a nadie.

—Como digo, jefa, no es asunto mío.

Apoyó la mano en el salpicadero.

—Es una testigo en un caso, Dennis. Debería haber confesado.

El coche aminoró la marcha y se detuvieron en un semáforo. Dennis se volvió hacia ella.

—Sé que piensas que soy un dinosaurio, pero te equivocas. Puedo entender por qué no querías hablar de ello. Es un tema

incómodo. Apenas nos conoces, apenas te conocemos. Pero tranquila, nadie te va a juzgar.

—Vale. —Lesley no sabía si se refería al hecho de que salía con una mujer, o al hecho de que tal mujer era una sospechosa.

Los coches de delante arrancaron de nuevo y Dennis se volvió de nuevo hacia la carretera.

—Cuando lleguemos —dijo Lesley, cambiando de tema—, tenemos que preguntarle dónde estaba en el momento de ambos asesinatos.

—¿Crees que estuvo involucrada en el asesinato de Ameena Khan? —preguntó Dennis—. Pensé que teníamos pruebas de que Harry Nevin lo hizo.

—La mujer dijo que estaba con él. Podrían haber estado compinchados.

—¿Y luego qué? ¿Se volvió contra él?

—Él habría sido testigo de que ella era una asesina. ¿Tal vez quiso quitárselo de encima?

—Una motivación válida para ambos.

Lesley se encogió de hombros.

—No lo sé. Podemos investigar el motivo luego. Pero la tenemos en ese acantilado, de eso estoy segura.

Cogió su teléfono y llamó a Gail. Línea ocupada. «Maldita sea». Con suerte, la forense estaría hablando con alguien de su equipo.

—Quizás estaba molesta con él —sugirió Dennis—. Ese video, las imágenes fuera de la oficina…

Lesley asintió. «Date prisa», pensó, deseando que pudieran poner las sirenas. No había hablado con Carpenter. Sabía que no tenía suficiente para una orden de arresto, pero tenía los nervios a flor de piel.

—Voy a llamar a Tina.

Dennis asintió, girando a la izquierda.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Un atajo. Conozco esta zona muy bien.

—Buena idea.

Lesley marcó.

—Tina, ¿has encontrado algo más en los correos?

—Lo siento, jefa. Todavía nada. Hay mucho entre Nevin y Priscilla, mensajes amorosos, ese tipo de cosas. Pero nada sobre Ameena, nada sobre una discusión.

—¿Cuándo fue el último email que le envió? —preguntó Lesley.

—Un momento mientras lo miro… El martes pasado.

—¿Y respondió?

—No veo nada. Ah, espera... No, no, es una respuesta automática. Pero no, el último email entre ellos fue el pasado martes por la noche.

Lesley miró por el parabrisas las calles residenciales por las que circulaba Dennis. Se alegró de haberle dicho que condujera. No tenía ni idea de dónde estaba.

—¿Así que la última vez que Harry Nevin y Priscilla Evans se contactaron por correo electrónico fue la noche en que lo hemos visto besando a Ameena Khan?

—La noche anterior tuvieron esa pelea —añadió Dennis.

—Tienes razón —dijo Lesley—. Tina, ¿Johnny y Mike ya tienen la dirección de su trabajo?

—Acaban de irse, jefa. Trabaja en Poole.

—¿En qué parte de Poole?

—No lo pillé. Johnny dijo algo y salieron corriendo por la puerta.

—Vale. Sigue intentándolo con Gail, ¿quieres? Necesito saber si hay más pruebas forenses de su coche.

—Lo haré, jefa.

Estaban atravesando el centro de Poole y giraron hacia la costa. Lesley tamborileaba con los dedos sobre las rodillas, impaciente, deseando llegar antes. Pero el tráfico se había despejado y ahora se trataba de recorrer kilómetros, no de sortear atascos.

Por fin llegaron a Sandbanks. No había plazas de aparcamiento cerca del piso de Priscilla. Dennis aparcó en doble fila y Lesley se bajó.

Observó el edificio en el que vivía Priscilla Evans. El piso de la mujer estaba en la primera planta, con ventanas que daban a la carretera y a la playa.

Miró a ambos lados y echó a correr por la calle. Al hacerlo, se abrió la puerta del edificio. Salieron tres personas.

A Lesley se le abrieron los ojos de par en par.
—¿Pero qué demonios es esto?

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

ELSA SE QUEDÓ sin aliento por la colisión con el hombre. Se deslizó hasta el suelo y su cadera golpeó con fuerza el duro piso.

La mujer se le abalanzó encima.

—Átale las muñecas.

—¡No! —chilló Elsa. Dio una patada y golpeó a la mujer en el tobillo.

La mujer gritó y se agarró el tobillo, lo que le hizo perder el equilibrio. Barba Amarilla extendió una mano para detener su caída y la mujer se enderezó.

Ahora era la oportunidad de Elsa. Le soltó una patada en la pantorrilla que lo hizo tambalearse.

Elsa se impulsó hacia arriba y, mientras lo hacía, le dio un codazo en la ingle a Cara Cortada. El tipo abrió la boca y se dobló del dolor. Tenía la cara roja.

Inspiró hondo y se puso de pie, ignorando el dolor que el golpe con el suelo le había causado.

Se dio la vuelta y corrió hacia las escaleras; casi podía sentir la libertad en la punta de los dedos.

Al llegar a las escaleras, sintió una mano en el tobillo. Se giró y vio a Barba Amarilla detrás de ella. Estaba tumbado en el suelo, con el brazo estirado hacia ella y la mano sujetándole el tobillo.

Elsa dio una patada, pero era demasiado tarde. Extendió las manos, el pánico le tensó la piel. Las escaleras eran de hormigón,

bajo aquella moqueta mullida. Recordó haberlas subido anoche, pensando en lo gruesas que eran.

Se lanzó hacia delante con los brazos extendidos, lo que le dio un impulso no deseado. Gritó al caer. Su cabeza chocó con un escalón y el golpe la sacudió. Cayó dando tumbos, retorciéndose una y otra vez hasta quedar al pie de la escalera. Su cadera le dolía aún más y gritó.

Tenía el tobillo torcido, posiblemente era un esguince. Apretó los dientes y se examinó.

Tocándose un lado de la frente, encontró un bulto. Notó calor, humedad. Tragó saliva. Se dio la vuelta e intentó enderezarse. Su tobillo le pulsaba.

Extendió los brazos hacia la puerta principal del edificio. ¿Dónde estaba la otra mujer? ¿La que le había abierto la puerta la noche anterior, la que la había dejado entrar?

—¡Socorro! —gritó Elsa. Se arrastró hacia la puerta, incapaz de levantarse. Si lo hacía, su tobillo herido la derribaría.

Estaba a medio metro de la puerta. Se detuvo al sentir algo clavarse en la espalda. Era afilado, un tacón de aguja. La mujer. Elsa hizo una mueca cuando se lo clavó en la espalda.

—¡Socorro! —gritó de nuevo.

La puerta principal era sólida, solo le quedaba esperar que alguien la oyera. Avanzó unos centímetros más hacia la puerta.

—Métela en la furgoneta —espetó la mujer.

—¿Adónde quieres que la llevemos? —preguntó una voz masculina. Elsa no pudo distinguir de cuál de los hombres se trataba.

Una pausa.

—A los acantilados de Boscombe —respondió la mujer.

—¿Otra vez? Es pleno día, no hay forma de que...

—Tú haz lo que te digo.

Elsa entrecerró los ojos cuando se abrió la puerta principal. La luz del sol le daba en la cara. «Por favor, que haya alguien ahí fuera. Por favor, que me vean».

Unas manos se introdujeron bajo sus brazos y la arrastraron hacia arriba. Dio una patada y gritó al sentir dolor en el tobillo.

La levantaron y la sacaron por la puerta, con el pie herido arrastrándose por el suelo. Respiraba de forma entrecortada. Era pleno día, alguien tenía que verla. Pero estaban en Sandbanks. Las casas separadas unas de las otras, las fachadas apartadas de la carretera. La gente, reservada.

Las manos la soltaron de repente y Elsa cayó al suelo. Cerró los ojos. «Ya está. Me van a matar antes de meterme en la furgoneta», pensó.

Pero entonces oyó algo.

Unos pasos corriendo hacia ella desde la carretera.

Una voz. Una voz familiar.

—¡Policía! ¡No muevan ni un maldito músculo!

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

LESLEY SE QUEDÓ MIRANDO la casa. La puerta del edificio en el que vivía Priscilla Evans se abrió y de ella salieron dos hombres. Se tambaleaban mientras arrastraban a una mujer entre ellos.

Lesley vaciló, con la boca abierta. ¿Era Priscilla a la que cargaban? ¿Quiénes eran aquellos hombres?

Corrió hacia ellos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Dennis.

—¡Corre! —gritó Lesley como respuesta.

Señaló hacia delante, hacia los hombres. Cruzó la calle a toda velocidad, sin prestar atención al claxon del coche que casi la atropella, y llegó a la acera del otro lado. Estaba concentrada en las tres personas, y su paso no vacilaba.

Cuando los hombres salieron del edificio, una cuarta persona apareció detrás de ellos. Una mujer negra, alta, con el pelo oscuro y ondulado. Priscilla Evans.

Lesley miró a la otra mujer, la que arrastraban entre los dos. Tenía la cabeza inclinada. Su pelo, como el de Priscilla, le llegaba hasta los hombros y era ondulado.

—Ay, Dios mío. —Lesley tomó aliento—. ¡Alto! —gritó.

A punto estuvo de tropezar, pero se recompuso y siguió corriendo. Aceleró el paso y se acercó a los hombres. Uno de ellos llevaba la cabeza rapada y tenía una barba rubia; el otro, tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Detrás de ellos, Priscilla Evans cojeaba.

Uno de los hombres, el de la barba, levantó la vista y vio a Lesley. Dejó caer a la mujer.

Lesley tomó aliento.

—¡Policía! ¡No muevan ni un maldito músculo!

Corrió hacia la mujer que estaba en el suelo.

—¿Estás bien?

Elsa la miró, reconociéndola.

—Sí. ¡Detenlos!

Lesley se levantó de un salto. Agarró al primero de los hombres, el de la cicatriz. Dennis ya había agarrado a Priscilla. Lesley esposó al hombre y Dennis hizo lo mismo con la mujer.

—¡¿Dónde está el otro?! —gritó, mirando a su alrededor.

El segundo hombre, el de la barba, había desaparecido.

—No llegará muy lejos —dijo Dennis.

—¡Podría herir a alguien!

Se puso de pie, girando de un lado a otro, con los sentidos a flor de piel. ¿Dónde estaba?

Cogió su teléfono.

—Habla la inspectora Clarke. —Gritó la dirección—. Necesito una ambulancia urgentemente. Sospechoso de asesinato en movimiento. Necesitamos refuerzos, ahora mismo.

Se volvió para ver que Dennis había atado a Priscilla y al hombre a la barandilla de la valla exterior del edificio. Le hizo un gesto con la cabeza.

—Bien pensado.

Se detuvo una ambulancia y bajaron dos paramédicos varones.

—¡Esa mujer, allí! —Les indicó Lesley mientras señalaba a Elsa—. Se llama Elsa Short y la han atacado.

—¿Y este par? —dijo el primero de los paramédicos. Priscilla Evans estaba apoyada en la barandilla, quejándose del dolor en la pierna.

—Preocupaos por Elsa primero.

Sonó su teléfono: Tina.

—Jefa, los patrulleros llegarán dentro de dos minutos. ¿Necesitas algo de mí?

—No —dijo Lesley—. Solo necesito que lleguen los agentes.

—¿Dónde está el individuo? —preguntó Tina.

—¿Cómo sabes que se ha fugado uno?

—El agente Mullins me llamó. Lo han llamado para que acuda a la escena.

Mullins era un colega de Tina, con el que había estado cuando Lesley la conoció en el castillo de Corfe.

—Seguramente esté en la playa —dijo Lesley.

Oyó un zumbido por encima de su cabeza y levantó la vista. Un helicóptero se acercaba por el oeste. Sobrevoló su cabeza y se dirigió a la playa. Lesley jadeó y lo vio desaparecer por encima de los tejados.

—Tengo que ir a buscarlo —dijo y colgó.

—No, jefa —dijo Dennis—. Los patrulleros se encargarán. Tú quédate aquí.

Lesley lo miró fijamente.

—No me des órdenes.

Un coche patrulla se detuvo detrás de la ambulancia y salieron dos agentes.

—Agente Wright —se presentó—. ¿Quién está a cargo?

Lesley se volvió hacia él, conteniendo su irritación ante Dennis.

—Yo lo estoy. Soy la inspectora Clarke. Hemos detenido a dos sospechosos, pero hay un tercero, un hombre. Tiene la cabeza rapada y una barba rubia. Mide un metro ochenta, es corpulento, lleva vaqueros y una camiseta amarilla.

El sargento Wright asintió.

—¿Por dónde se fue?

—Por ahí. —Lesley señaló hacia la playa.

La radio de Wright crepitó.

—El helicóptero lo ha localizado, señora. Lo atraparemos, no se preocupe.

Se detuvo otro coche patrulla y de él bajaron dos agentes más, junto con un tercero que vino en el coche junto con el agente Wright. Se volvió hacia ellos, dio órdenes y los cinco salieron corriendo en persecución del hombre.

—¡Rápido! —gritó Lesley tras ellos—. Hay gente en la playa. —«*Grockles*», pensó.

Se volvió y vio a un paramédico que se acercaba a la ambulancia. El hombre sacó una silla de ruedas y se apresuró a volver al edificio. Lesley lo siguió. El segundo paramédico levantó a Elsa del suelo y la ayudó a sentarse en la silla.

Lesley se agachó y agarró la mano de Elsa.

—¿Estás bien?

Elsa la miró fijamente, parpadeando con dificultad. Asintió apenas y cerró los ojos.

—Ha perdido el conocimiento —dijo uno de los paramédicos.

—Rápido. Tenemos que llevárnosla —respondió el otro.

Lesley se apartó y observó cómo se llevaban a Elsa a la ambulancia. Cerraron las puertas traseras y arrancaron, con las sirenas a todo volumen, en dirección a Poole.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

DENNIS NO APARTABA los ojos de los dos detenidos mientras la ambulancia se alejaba a toda velocidad.

—¡Jefa, necesito ayuda!

Lesley se acercó.

—¿Los has arrestado?

—Sí. Tenemos que meterlos en mi coche.

—No —dijo Lesley—. Los pondremos en los coches patrulla.

Tres de los agentes uniformados habían ido hacia la playa. Los demás habían ido en distintas direcciones para comprobar las carreteras.

—Jefa, no estás pensando con claridad. No puedo tenerlos atados a la valla así.

Lesley se volvió para mirarlo. Miró su coche, la calle, luego a los sospechosos y, por fin, a Dennis.

—¿Qué dices? —preguntó Lesley.

Dennis entrecerró los ojos al mirarla. Su jefa estaba distraída. Había visto alejarse la ambulancia con su novia dentro y no conseguía concentrarse.

—Jefa, tú encárgate de la mujer; yo llevaré al hombre. Entre los dos, los meteremos en la parte de atrás de mi coche.

Priscilla Evans se echó a reír.

—¿Qué es esto? ¿Una patrulla de payasos?

Dennis se volvió hacia ella. Al moverse, hizo un gesto de dolor. Le dolía la pierna. ¿Cómo había ocurrido?

—Estás herido —dijo Lesley.

—Estoy bien. —Dennis sacudió la cabeza—. Me pegó una patada, eso es todo. Nada que no pueda sobrellevar.

Lesley frunció el ceño. Miró en la dirección en que había desaparecido la ambulancia. Sus ojos se apagaron y volvieron a brillar.

—Dennis, tú coge al hombre y yo a la mujer.

—Eso es lo que acabo de... No importa.

Lesley miró al hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Sin comentarios.

Lesley cerró el puño. Lo levantó y se acercó a él.

—Jefa —siseó Dennis.

Lesley se quedó mirando al hombre, el pecho le subía y bajaba por la respiración. Poco a poco, dejó caer el puño y retrocedió un paso. Dennis se interpuso entre ella y el sospechoso. Desató las esposas del hombre de la barandilla y las colocó en su propia muñeca.

—Te llevaré al coche —dijo Dennis.

Cuando Dennis se acercó al coche, el agente Wright volvió. Dos de sus hombres estaban detrás de él, el tercer sospechoso entre ellos.

«Gracias a Dios», pensó Dennis. Levantó una mano para tocarse la camisa, el crucifijo bajo ella.

—¿Hay algún herido? —preguntó el sargento—. ¿Atacó a alguien en la playa?

El agente Wright negó con la cabeza.

—Estaba demasiado ocupado huyendo de nosotros.

—Muy bien —dijo Dennis—. ¿Podéis llevaros a estos dos también? Metedlos en vuestros coches y llevadlos a la comisaría más cercana.

—Por supuesto —respondió Wright.

El agente agarró al hombre que sujetaba Dennis. Otro de los agentes fue a quitar a Priscilla Evans de las manos de Lesley. Lesley miraba fijamente a Priscilla, sin decir nada. Se llevó la mano a la

nuca, como si tratara de borrar una imagen que no quería recordar. Dennis la observaba, preguntándose cuándo iba a volver en sí.

Los patrulleros metieron a los detenidos en sus coches y se marcharon. Dennis respiró aliviado y se agachó, palpándose la espinilla.

—Maldita sea, cómo duele —murmuró.

Lesley levantó la cabeza.

—Dennis, ¡has dicho una palabrota!

Dennis apretó los dientes.

—Me duele, jefa.

Lesley le sonrió. Él le devolvió la sonrisa… hasta que el dolor le torció el gesto.

—¿Necesitas una ambulancia?

—Por supuesto que no. Es solo una patada.

Lesley parpadeó.

—¿Crees que Elsa estará bien?

—Claro que sí —asintió Dennis.

—Sí —respondió la jefa—. Está hecha de material duro, Elsa.

Dennis alzó una ceja. Se preguntó qué habría ocurrido dentro de aquel edificio. Cómo había conseguido Elsa evitar correr la misma suerte que Ameena Khan y Harry Nevin.

—Eso parece —afirmó el sargento.

Lesley suspiró. Lo miró, como si se fijara en él por primera vez.

—Vamos, Dennis. Tenemos varios interrogatorios que llevar a cabo.

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

ELSA SE DESPERTÓ con un olor desconocido, a desinfectante mezclado con un perfume que no reconocía. Estiró la mano, pero solo notó aire.

¿Dónde la habían llevado? ¿Seguía en ese piso o en otro peor?

¿Se atrevía a abrir los ojos? ¿Estaban sentados cerca, observando, esperando a que se despertara?

Oyó una respiración cerca.

Ay, Dios.

Sería la mujer. O tal vez los dos matones.

Elsa seguía sin saber quién era aquella mujer. ¿Era una empleada de Arthur Kelvin? Kelvin era un criminal empedernido, pero nunca había amenazado a Elsa. Era su abogada, por el amor de Dios. ¿Qué había dicho la mujer sobre él? Elsa se lo había preguntado, pero no recordaba la respuesta.

No podía quedarse allí todo el día, dándoles ventaja.

Parpadeó y abrió los ojos. Le dolía la cabeza y notaba el tobillo inmovilizado.

Estaba tumbada en una cama blanda. Al menos no yacía en el suelo. Volvió a cerrar los ojos.

Poco a poco, giró la cabeza hacia la fuente de la respiración y se preparó.

Abrió los ojos.

La mujer sentada junto a la cama era regordeta, con el pelo gris atado en lo alto de la cabeza y los labios finos pintados de un rosa

brillante.

Elsa frunció el ceño.

—¿Aurelia?

Aurelia Cross puso una mano sobre la de Elsa.

—Elsa, gracias a Dios que estás despierta. ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé —dijo Elsa—. No me acuerdo.

—Fue Priscilla Evans —explicó Aurelia—, la novia de Harry. Ella te atacó. Estabas en su piso.

—¿La novia de Harry? —A Elsa le dolía la garganta y también la cara.

—Priscilla Evans —repitió Aurelia—. ¿Qué estabas haciendo allí?

Elsa se volvió y miró al techo. Tenía baldosas y luces fluorescentes. Era aburrido e institucional. ¿Dónde estaba?

Intentó recordar, pero su cerebro se sentía espeso, los recuerdos indistintos.

Aurelia le acarició la mano.

—No te preocupes. No necesitas recordar nada ahora. Hay tiempo de sobra. Aunque la policía querrá hablar contigo.

Elsa asintió y luego se arrepintió. La cabeza le latía con fuerza. Le dolía la cadera, recordaba habérsela golpeado al caer por las escaleras.

—Tengo que denunciar una agresión —graznó.

Aurelia se inclinó sobre ella.

—No es solo un asalto, Elsa. Ella mató a Harry. A Ameena también, supongo.

—¿Qué? —Elsa se volvió hacia su colega. No recordaba nada, todo estaba demasiado borroso.

Aurelia le apretó la mano.

—Te dejaré descansar un poco.

Elsa cerró los ojos. Permaneció unos instantes en silencio. La luz era roja tras sus párpados cerrados. Deseó poder cerrar las cortinas, pero no tenía fuerzas ni para sentarse en la cama.

—He oído que has dado mucha guerra —dijo una voz de mujer.

Elsa abrió los ojos. Sonrió: Lesley.

Lesley se inclinó sobre ella. Sonreía, mirando a Elsa a los ojos.

—¿Cómo estás?

—Tengo el tobillo hecho polvo y... ¿Me han dado analgésicos?

—Morfina —asintió Lesley.

—Eso lo explica todo. Me siento como si alguien hubiera metido mi cerebro en un túnel de lavado. —Su voz sonaba jadeante.

—Le rompiste la pierna —dijo Lesley.

—¿Qué? ¿A quién?

—A Priscilla Evans, cuando le diste la patada.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—La hemos entrevistado, Elsa. Dos veces. Has estado entrando y saliendo de la consciencia los últimos dos días.

Elsa cerró los ojos con fuerza.

—¿Quién era ella? ¿Es verdad que...? —Su voz se apagó.

Lesley se sentó en la silla que Aurelia Cross había dejado libre.

—Era la novia de Harry Nevin. También lo era Ameena Khan. Priscilla era de las celosas, al parecer.

Elsa, desconcertada, preguntó:

—¿Por eso ella...?

—Pensó que también te acostabas con él —dijo Lesley.

Le sonó a algo que la mujer de los perros le había gritado, antes de que todo se volviera confuso. Cerró los ojos. Necesitaba dormir.

—No lo hacías, ¿a que no? —quiso saber Lesley.

Elsa se estremeció. Abrió los ojos.

—No. Por supuesto que no.

Lesley asintió.

—Encontramos imágenes que os mostraban juntos en una cafetería de la playa de Sandbanks. —Lesley parecía preocupada. Ladeó la cabeza y miró a Elsa a la cara como si intentara leerle la mente.

Elsa sacudió la cabeza. «¡Ay, duele!», pensó.

—Negocios —murmuró.

—Pero trabajabais en la misma oficina.

—Asunto confidencial. Hay cosas que es mejor hablar en privado...

Lesley le apretó la mano. Elsa se volvió hacia ella y se secó los ojos. Lesley podía intuir sus intenciones, lo sabía. Claro que lo sabía. Era inspectora de policía, al fin y al cabo.

No debería haberse involucrado nunca con una policía.

Lesley le soltó la mano.

—Te dejaré dormir.

Se besó los dedos y los colocó sobre la frente de Elsa. Esta sintió que la piel le irradiaba calor.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? —preguntó Lesley.

Elsa recordaba haber oído la voz de Lesley cuando los hombres la sacaban a rastras del bloque de apartamentos y verla aparecer cuando estaba desplomada en el suelo.

—Por hacer tu trabajo —murmuró.

CAPÍTULO SETENTA Y OCHO

LESLEY ENTRÓ en el salón de su casa de Wareham. En algún momento dejaría de considerarla una base temporal y empezaría a considerarla su hogar. Elsa y Sharon estaban en el sofá, jugando a las cartas. Elsa tenía la pierna escayolada, apoyada en la mesita. Se había roto el tobillo en dos partes y tardaría meses en poder volver a caminar.

Sharon levantó la vista.

—Estamos jugando al continental, mamá. ¿Te apuntas?

—Déjame hacer un café —respondió Lesley—. Y después me uno.

Entró en la cocina. Sharon entró detrás de ella.

—¿Puedo tomar uno?

—¿Desde cuándo bebes café?

—Desde que empezaste a beber esa cosa decente que te compró tu amiga Zoe.

Lesley echó café molido en la máquina.

—No es mi amiga, es mi colega.

—Ya no trabajas con ella.

Lesley se giró.

—Volveré a hacerlo. —Miró más allá de Sharon, hacia la sala de estar—. Ha pasado un mes. Dentro de otros cinco, estaré de vuelta en Birmingham.

Sharon asintió.

—Tendrás que comprar una casa.

—¿Quién lo dice?

Lesley ya tenía una casa en perfecto estado. Había pagado la mitad de la hipoteca. La había decorado.

Sharon se encogió de hombros.

—¿Sabías que Julieta tiene un hijo? Se ha mudado con él.

Lesley sintió que se le revolvía el estómago. Puso la mano en el hombro de su hija.

—Siento oírlo, cariño. ¿Cómo es el chico?

Otro encogimiento de hombros.

El café burbujeó detrás de Lesley y Sharon lo señaló con un movimiento de cabeza.

—Está listo.

Lesley se dio cuenta de que Sharon no había respondido a su pregunta.

—¿Qué edad tiene el niño?

Se volvió para servir café en una taza.

—Tiene tres años —contestó Sharon.

Lesley se volvió hacia ella.

—¡Tres!

—Sí. Se despierta por las noches llorando y se levanta a las cinco y media. Papá lo odia.

—¿Qué edad tiene Julieta, entonces?

—¿Tal vez treinta y tantos? No estoy segura.

Lesley se sirvió una taza de café y, a continuación, sirvió media para Sharon y la rellenó con agua del fregadero.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó su hija.

—¿Hacer el qué?

—Aguarme el café.

—No quiero que te vuelvas adicta.

—Anda, mamá. Tengo dieciséis años.

Sharon cogió la taza. Vertió la mitad en el fregadero y la rellenó con café de la cafetera.

—¿Qué te parece que salga con Elsa? —preguntó entonces Lesley.

Sharon sonrió.

—Creo que mola mucho. Es genial: mi madre gay y su fabulosa novia.

—No es el hecho de que sea una mujer lo que me preocupa —respondió Lesley—. Tu padre y yo hemos traído gente nueva a tu vida. No debe de ser fácil.

—Me acostumbraré —dijo Sharon.

Lesley le dio un apretón en el hombro.

—Habla conmigo, ¿de acuerdo? Si te resulta difícil, ven a mí. Eres mi prioridad, siempre serás lo primero.

Sharon se sacudió.

—Eso no es verdad y lo sabes.

Lesley se quedó helada.

—Sharon, tienes que entender que, para mí, eres más importante que Elsa.

Sharon desvió la mirada.

—No estoy hablando de Elsa, mamá. Ni de papá, cuando estabais juntos… Me refiero a juntos de verdad. —Le dio un sorbo a su café —. Este café está delicioso. Lo que quiero decir es que siempre has querido más a tu trabajo. —Se marchó.

Lesley se quedó mirándola. ¿Tenía razón Sharon? ¿Le había dado prioridad a su trabajo? Había aceptado esta comisión de servicio en Dorset por su salud mental. Sharon tenía dieciséis años, estaba ocupada con sus amigos y sus exámenes, y Lesley no había tenido otra opción.

Entró en el salón, con los nervios a flor de piel. Sharon levantó la vista y sonrió. Lesley le devolvió una sonrisa triste.

Elsa enarcó las cejas:

—¿Estás bien?

Lesley asintió. Se sentó entre las dos.

—Entonces, ¿cómo se juega?

—¡Mamá! —exclamó Sharon—. ¿No sabes jugar al continental?

—No, nunca he jugado. Nunca tuve tiempo.

—Ni que lo digas —dijo Sharon.

«Demasiado ocupada con el trabajo», pensó.

Debería hacer algo al respecto.

—Entonces te enseñaremos —dijo Elsa. Y empezó a repartir cartas sobre la mesa.

CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE

LESLEY LEVANTÓ la vista de su escritorio y vio que Dennis entraba en la oficina. Johnny se levantó para ayudarle a sentarse, pero Dennis le hizo un gesto con la mano para que se apartara. Lesley salió y se apoyó en el poste de la puerta.

—Dennis, me alegro de tenerte de vuelta.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo Dennis. Luego sonrió—. Aun así, es agradable tener a Pam cuidándome en casa.

Lesley asintió.

—Te rompiste un ligamento cruzado. Yo no diría que eso son pocas nueces.

Dennis se enderezó e hizo una mueca de dolor. Se apoyó en el escritorio.

—Yo no me rompí tal cosa. Me lo hizo el sospechoso.

El sargento sonrió. «Tienes razón», pensó ella. Agredir a un agente de policía no tenía mucha importancia en una acusación de conspiración de asesinato. Pero no sobraba.

Mike apareció con una taza de té y la puso sobre el escritorio, frente al sargento. Johnny trasteaba alrededor de su jefe: acomodaba su silla, movía archivos alrededor de su escritorio, encendía el ordenador. Tina observaba en silencio, con el cuerpo rígido. «Tiene que dejar de verse a sí misma como una intrusa», pensó Lesley.

Lesley pasó por delante de los escritorios.

—Tengo que ir a ver al superintendente Carpenter. No tardaré.

—Nada serio, espero —dijo Dennis.

Lesley lo miró. ¿Cuánto sabía él de lo que iba a hablar con el jefe?

—Solo rutina —contestó—. Lo típico del cierre de un caso.

Mike levantó la vista.

—Jefa, terminé de investigar al tipo que me pediste, el que le daba tanto miedo a la asistente de Ameena.

—Danny Rogers. ¿Y?

—Se conocían. Trabajaron juntos hace seis años.

—¿Qué le hizo?

—Nada, dice ella. Pero el lugar donde trabajaron.... —Se frotó un lado de la nariz.

—¿Es uno de los negocios de Kelvin? —sugirió Tina.

Johnny miró a Dennis.

—Pensé que todo esto era sobre Harry Nevin y su vida sexual.

Dennis le devolvió la mirada.

—Lo es. —Se volvió hacia Lesley—. Ya está todo finiquitado, ¿no, jefa?

—Más o menos. —Pero Lesley archivó los nombres en su memoria, por si acaso: Sam Chaston, Danny Rogers. Por no hablar de Steven Leonard y Arthur Kelvin—. Gracias, Mike.

Mike se encogió de hombros. Dennis miró a Johnny. Lesley esperaba que aquellos dos hubieran resuelto sus diferencias.

Cinco minutos más tarde, estaba en el despacho de Carpenter. Su jefe se encontraba junto a la ventana, mirando hacia el aparcamiento.

—Entonces —comenzó sin mirarla—, tu segundo caso de doble asesinato. Creo que deberíamos enviarte a casa. No le haces ningún favor a la tasa de mortalidad de Dorset.

Ella le dedicó una sonrisa tensa.

—Lo siento, señor.

—En cualquier caso, ¿tienes lo suficiente para un caso contra Priscilla Evans? ¿Los de la fiscalía están satisfechos?

Lesley asintió.

—Contra ella y los dos hombres. Eran sus primos. Se les ve a todos en el vídeo, y encontramos el ADN de Harry Nevin en su

furgoneta.

—¿Y para el caso de Ameena Khan también? —preguntó Carpenter.

—Fue Harry quien la mató. Su piel estaba bajo las uñas de ella.

—¿Motivo?

—Un crimen pasional a la antigua, señor. Ella le había contado a la otra amante lo de su relación. Él nunca había salido con una colega antes. Y creemos que Priscilla lo alentó. Posiblemente lo chantajeó. Aunque todavía estamos trabajando en ese ángulo.

—¿Se compincharon Priscilla y Harry?

—Es posible. De todos modos, la tenemos por el asesinato. Así como por detención ilegal y asalto a Elsa Short.

Carpenter respiró hondo.

—Vaya lío. No estoy seguro de que el bufete sobreviva.

Lesley frunció los labios. Sabía que Elsa esperaba que así fuera.

—He leído tu carta —dijo Carpenter—, sobre tu implicación personal.

Lesley echó los hombros hacia atrás.

—Quería ser sincera, señor. En cierto momento pensamos que Elsa Short podría ser sospechosa. Pero casi se convierte en la tercera víctima.

—¿Y estás saliendo con ella?

—Llevamos cuatro semanas ya —asintió Lesley.

Carpenter alzó una ceja.

—Pensé que tenías un marido y una hija.

—Nos hemos separado, señor.

Lesley se aguantó las ganas de contarle lo de Julieta, de quitarse la culpa de encima.

Carpenter se dirigió a su escritorio y se sentó. Se reclinó en la silla.

—No eres la primera agente que se acuesta con el enemigo. Yo no me preocuparía.

Lesley sintió que se le calentaba la cara.

—¿El enemigo, señor?

—Abogada criminalista —respondió. Se inclinó hacia delante—. Pero confío en que actúes con profesionalidad, independientemente

de quién se encuentre en el bando opuesto.

—Por supuesto.

Le señaló el asiento de enfrente y ella lo tomó.

—¿Tienes algo más de lo que quieras hablarme?

Ella tragó saliva.

—Sí, señor. Otro asunto.

Miró hacia la ventana y luego le devolvió la mirada.

—¿Uno delicado? —le preguntó, dirigiéndole una mirada significativa.

—Podría decirse que sí.

—¿Nos dejas? ¿Te vuelves a las Midlands?

—No, señor. Es sobre mi predecesor, el inspector Mackie.

Carpenter se frotó el puente de la nariz. La miró fijamente.

—Me lo esperaba.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Hay una subinspectora de las Midlands metiendo las narices en sus archivos. ¿Algo que ver contigo?

Lesley se puso rígida.

—Es mi culpa, señor. No fue su idea en absoluto. Tenía mis sospechas y le pregunté si podía...

—¿Por qué no preguntaste a tu equipo?

—Con todo respeto, pensé que reaccionarían...

Levantó una mano para detenerla.

—Si tienes sospechas sobre agentes de este departamento, inspectora Clarke, actuales o anteriores, las hablas conmigo, ¿entendido?

—Sí, señor.

—¿Se puede confiar en ella, la tal subinspectora Finch?

—Por supuesto. Zoe era una de mis mejores agentes.

—¿No irá a cotillear con tus viejos colegas de Birmingham?

Lesley negó con la cabeza.

—No.

—Algo es algo. —Balanceó la silla hacia delante y hacia atrás—. Entonces, ¿qué has descubierto?

—No creo que...

—¿Qué ha encontrado tu amiga? Debe de ser algo, o no estarías aquí.

Lesley lo miró. Sacó su teléfono y hojeó la foto de Mackie y Kelvin. El superintendente se inclinó hacia delante para mirar la pantalla.

—¿Eso es todo?

—También está la escena del crimen —añadió Lesley—. Hay razones para pensar que no pudo saltar desde ese lugar.

—Así que Gail Hansford ha estado hablando contigo.

—No quiero...

Carpenter se levantó. Rodeó el escritorio y se posó en su borde, justo al lado de ella. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, oírle respirar. El super miró hacia la puerta y se inclinó para mirarla a los ojos.

—Mantén esto entre tú y yo, ¿entendido?

—Por supuesto —respondió ella—. ¿Voy bien encaminada, señor?

—No voy a responder a esa pregunta. Y voy a fingir que nunca hemos tenido esta conversación. Pero si encuentras algo más, ven a mí directamente.

Se levantó y se alejó del escritorio. Abrió la puerta del despacho y le hizo un gesto para que saliera.

Lesley se levantó y se alisó la falda. Lo miró, intentando leer su expresión. ¿Se estaba asegurando de que no siguiera adelante o le estaba diciendo que la ayudaría? Solo había una forma de averiguarlo.

—Sí, señor —respondió Lesley—. Gracias.

Pasó junto a él y salió del despacho. La puerta se cerró tras ella.

Se dirigió al pasillo, sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta y llamó a Zoe.

* * *

Espero que hayas disfrutado de *Los crímenes del acantilado*. ¿Quieres saber más sobre la muerte del inspector Mackie? La precuela ***El crimen de la roca***, es gratuita para suscriptores a la

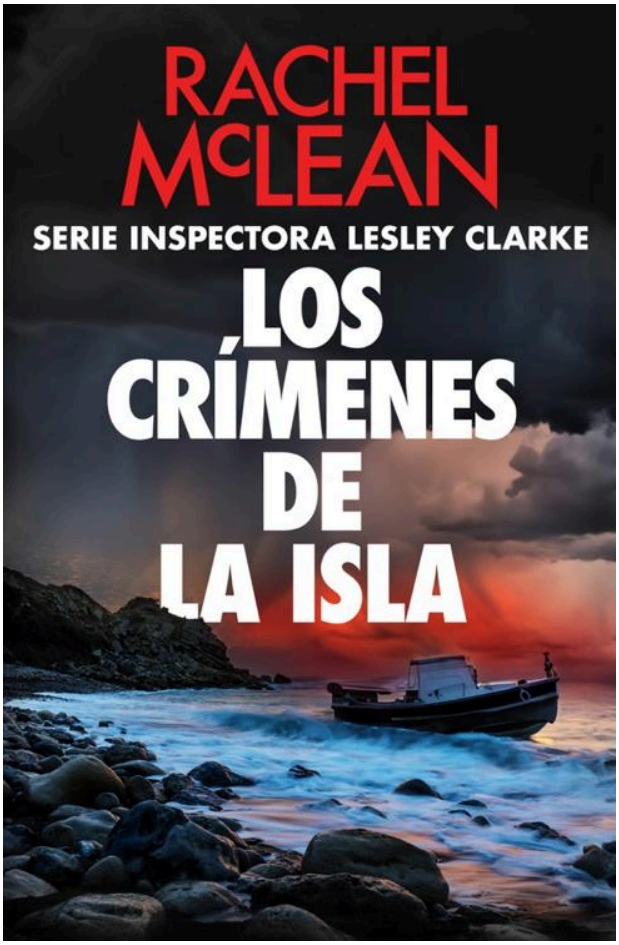
lista de correos de Rachel McLean. Apúntate AQUÍ y empieza a leerla hoy mismo.

O si estás leyendo en Kindle o en papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para descargar tu libro gratis.



* * *

Y si quieres continuar con la serie, la tercera entrega ***Los crímenes de la isla*** está ya disponible en preventa a un precio especial de 2,99 euros/dólares, con fecha de lanzamiento 17 de julio 2025. ¡No te lo pierdas!



Una inspectora tenaz. Una isla aparentemente tranquila. Y una muerte que esconde demasiadas preguntas.

Cuando el cuerpo de una mujer aparece en la orilla de la isla de Brownsea, la inspectora Lesley Clarke piensa que se trata de un suicidio. Pero cuanto más se adentra en la vida de esta pequeña comunidad costera, más convencida está de que fue asesinada.

¿Por qué discutió la víctima con su mejor amiga días antes de morir? ¿Qué oculta su jefa? ¿Y logrará Lesley descubrir la verdad antes de que alguien más corra la misma suerte?

Los crímenes de la isla es un thriller tenso y absorbente, ideal para quienes alguna vez han soñado con una vida tranquila junto al mar… y sospechan que no todo es tan perfecto como parece.

LIBRO GRATIS

LEE LA PRECUELA GRATUITA EL CRIMEN DE LA ROCA



El sargento Dennis Frampton aún se está acostumbrando a la vida sin su antiguo jefe, el inspector Mackie, y disimula como puede lo mucho que detesta estar al mando del equipo de investigación de delitos graves de Dorset. Sobre todo, debe asegurarse de que nadie descubra que todavía le pide consejo a Mackie sobre sus casos.

Pero entonces Mackie no aparece a una reunión… y horas después, un cadáver es descubierto al pie de unos acantilados cercanos.

Cuando Dennis descubre que se trata de su viejo amigo y mentor, su mundo se tambalea. ¿Se quitó la vida Mackie… o alguien lo empujó? ¿Está su nuevo jefe intentando encubrir algo? ¿Puede confiar en las pruebas, o alguien las ha manipulado?

Descúbrelo leyendo *El crimen de la roca* — GRATIS en este enlace: http://subscribepage.io/emHMbY

OTRAS OBRAS DE RACHEL MCLEAN

Serie Inspectora Lesley Clarke

Los crímenes del castillo

Los crímenes del acantilado

Los crímenes de la isla

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecerte sobre todo a ti, querido lector, por darle una oportunidad a este libro. Esperamos que lo hayas disfrutado y, si así ha sido, te animamos a que escribas una reseña en Amazon. Eso ayudará a que otros lectores descubran esta serie.

También estamos eternamente agradecidas a nuestro maravilloso equipo de lectores cero, que nos ayudan a pescar los errores que hemos cometido. En esta versión han colaborado Julio Turell de Uruguay, Circe Hernández de México, Rosa Muñiz y Maite Martín de Asturias, Carmen Losada González, Begoña Gancedo, May Rojo y Carlos García de Madrid, Jimena Cernich de Argentina, Rafaela Svarzman de Alicante y Mercedes Leal Lama de Badajoz.

¡Muchísimas gracias a todos!

Rachel y María